



DICK.

D i c k

Tiempo de Marte

minotauro

Lectulandia

En la árida colonia de Marte, lo único más valioso que el agua puede ser un niño esquizofrénico de diez años llamado Manfred Steiner. Aunque para la ONU sea un niño «anómalo» destinado a la deportación y a su destrucción final, otros —especialmente Arnie Kott, presidente del Sindicato local de Trabajadores del Agua— sospechan que el desorden de Manfred puede abrir una ventana hacia el futuro.

Lectulandia

Philip K. Dick

Tiempo de Marte

ePUB v1.0

cosmickid 19.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: Martian Time Slip

Traducción: Marcelo Cohen

© 1964 by Philip K. Dick

© 2002 Ediciones Minotauro

ISBN: 84-450-7340-0

Edición digital: Carlos Palazón

Revisión: Sadrac, Ren&Stimpy

Versión 2.0

1

Desde un profundo sueño de fenobarbital, Silvia Bohlen oyó una llamada. Era una voz aguda y partió los estratos en que estaba hundida, estropeando un perfecto estado de impersonalidad.

—Mamá —volvió a llamar su hijo desde fuera.

Sentándose, Silvia bebió un trago de la copa de agua que tenía junto a la cama; apoyó los pies descalzos en el suelo y se levantó con dificultad. Hora en el reloj: nueve treinta. Encontró la bata y fue hasta la ventana.

No puedo volver a tomarlo, pensó. Más valía sucumbir al proceso esquizofrénico, sumarse al resto del mundo. Subió la persiana; el polvoriento matiz rojizo de la luz del sol la encegueció. Alzó la mano.

—¿Qué pasa, David? —dijo.

—¡Mamá, ha venido el hombre del canal!

De modo que era miércoles. Asintió, dio media vuelta, con paso inestable fue del dormitorio a la cocina, y encendió torpemente la buena y sólida cafetera terrestre.

¿Qué debo hacer?, se preguntó. Está todo preparado para él. De cualquier manera, David va a verlo. Abrió el grifo del fregadero y se salpicó la cara. El agua, desagradable y teñida, la hizo toser. Tendríamos que vaciar el tanque, pensó. Limpiarlo, ajustar el nivel de cloro y comprobar cuántos filtros se han tapado; todos, quizá. ¿No podía hacerlo el hombre del canal? No, eso no era asunto de la ONU.

—¿Necesitas algo? —preguntó abriendo la puerta de atrás. El viento la envolvió en un remolino, frío y arenoso. Inclino la cabeza y esperó la respuesta de David. Estaba adiestrado para decir que no.

—Supongo que no —gruñó el niño.

Más tarde, sentada en bata a la mesa de la cocina, bebiendo café ante un plato de tostadas y compota de manzanas, volvió los ojos hacia la figura del hombre de pie, en la chalana que recorría oficialmente el canal, bufando, sin apresurarse nunca pero llegando siempre a tiempo. Era el año 1994, la segunda semana de agosto. Hacía quince días que esperaban, y ahora recibirían su ración de agua. El gran canal pasaba cerca de esa línea de casas, a un kilómetro y medio hacia el norte marciano.

El hombre amarró la chalana ante la compuerta y saltó a tierra con una carpeta de anillas en la que guardaba los registros y las herramientas que cambiarían la posición del desagüe. Llevaba un uniforme gris y embarrado y botas altas casi marrones, cubiertas de limo seco. ¿Alemán? No; cuando el hombre volvió la cabeza, Silvia vio una cara chata y eslava, y en el centro de la visera de la gorra una estrella roja. Esta vez les tocaba a los rusos; había perdido el hilo.

Y evidentemente no era ella la única que había perdido el hilo de la secuencia de rotación que las autoridades de la ONU habían establecido. Porque ahora veía que la

familia de la casa vecina, los Steiner, estaba ya en el porche y se disponía a acercarse al canal. Los seis: el padre, la robusta madre y las cuatro rubias, rollizas y ruidosas niñas Steiner.

El agua que el hombre estaba cerrando era la de los Steiner.

—Bitte, mein Herr —empezó a decir Norbert Steiner; pero entonces él también vio la estrella roja y se calló.

Silvia disimuló una sonrisa. Qué mal, pensó.

David abrió la puerta trasera y entró deprisa en la casa.

—¿Sabes, mamá? ¡Anoche hubo un escape en el depósito de los Steiner y han perdido la mitad del agua! O sea que no les alcanza para el huerto, y el señor Steiner dice que se les morirá.

Ella asintió, masticando el último trozo de tostada. Encendió un cigarrillo.

—¿No es terrible, mamá? —dijo David.

—Y los Steiner —dijo Silvia— quieren que les dejen un poco más de agua.

—No podemos permitir que se les muera el huerto. ¿Te acuerdas de nuestro problema con las remolachas? El señor Steiner nos dio ese producto que acabó con los escarabajos, y nosotros íbamos a regalarles parte de las remolachas pero no lo hicimos; nos olvidamos.

Era verdad. Silvia lo recordó con un sobresalto de culpa. Se lo habíamos prometido... y ellos no dijeron nada, aunque seguramente no lo habían olvidado. Y David siempre está jugando allí.

—Por favor, sal y habla con el hombre —rogó David.

Ella dijo:

—Quizá podríamos darles un poco de agua a mediados de mes; podríamos llevar una manguera hasta su huerto. Pero lo del escape no me lo creo. Siempre quieren más de lo que les corresponde.

—Ya lo sé —dijo David, bajando la cabeza.

—No se merecen más, David. Nadie se merece más.

—Es que no saben cómo cuidar la propiedad —dijo David—, El señor Steiner no entiende nada de herramientas.

—Pues es responsabilidad de ellos —Se sentía irritada, y se le ocurrió que no se había despertado del todo; necesitaba un Dexamil o no acabaría de abrir los ojos hasta que anocheciera de nuevo y llegase la hora de otro fenobarbital. Fue hasta el cuarto de baño, sacó el frasco del botiquín, lo abrió y contó las píldoras verdes con forma de corazón; le quedaban veintitrés. Pronto tendría que subirse al enorme tractorbús y cruzar el desierto hasta la ciudad, para que se las repusieran en la farmacia.

Desde encima de su cabeza le llegó un gorgoteo fuerte, resonante. El depósito de la azotea había empezado a llenar la cisterna de metal. El operario había cerrado la

compuerta; los ruegos de los Steiner habían sido en vano.

Sintiéndose cada vez más culpable, llenó de agua una copa para tomar la píldora matutina. Si Jack estuviera más en casa..., se dijo; esto es tan desértico... Estamos reducidos a una mezquindad que es una forma de barbarie. ¿Qué sentido tienen la tensión, las rencillas, el terrible cuidado por cada gota de agua que domina nuestra vida? Tendría que haber algo más... Al comienzo nos habían prometido tanto...

A todo volumen, en una casa cercana, sonó una radio que emitía una alborotada músicaailable; luego un locutor recomendó una marca de herramientas agrícolas.

—...Profundidad y ángulo del surco —declaraba la voz, reverberando en el aire frío de la mañana— programados y autoajustables, de modo que aun el propietario más inexperto y menos hábil podrá...

Volvió la músicaailable; habían cambiado de emisora.

Se oyó un parloteo de niños. ¿Va a ser así todo el día?, se preguntó Silvia, considerando si podría soportarlo. Y Jack en su trabajo, fuera hasta el fin de semana; era casi como no estar casada, como no tener un hombre. ¿Para esto he emigrado de la Tierra? Se tapó los oídos con las manos, intentando aislarse del ruido de radios y niños.

Debería volver a la cama; es mi lugar, pensó mientras terminaba de vestirse para el día que tenía por delante.

En el despacho de Bunchewood Park, en el centro de la ciudad, Jack Bohlen hablaba por radioteléfono con su padre, que estaba en Nueva York. Como siempre, la comunicación a través de millones de kilómetros mediante un sistema de satélites, no era muy buena; pero la llamada la pagaba Leo Bohlen.

—¿Cómo que en los montes Franklin D. Roosevelt? —dijo Jack en voz alta—. Te equivocas, papá, allí no hay nada, es una región totalmente baldía. Cualquier agente inmobiliario te lo dirá.

Le llegó la tenue voz de su padre:

—No, Jack, creo que tiene sentido. Quiero ir a echar un vistazo y discutirlo contigo. ¿Cómo están Silvia y el muchacho?

—Bien —dijo Jack—. Pero oye... No te comprometas, porque es bien sabido que en Marte toda propiedad alejada de los canales que aún funcionan, y recuerda que sólo funciona una décima parte de la red, es casi un fraude puro y duro.

No entendía cómo su padre, con tantos años de experiencia en los negocios, sobre todo inversiones en tierra virgen, podía dejarse atrapar en un timo así. Lo asustaba. Quizá en los años que Jack llevaba sin verlo hubiese envejecido. Las cartas contaban muy poco: el padre se las dictaba a una mecanógrafa de la empresa.

O acaso en la Tierra el tiempo fluía de otro modo que en Marte; en una revista de psicología había leído un artículo que lo insinuaba. Su padre llegaría temblequeando, vieja reliquia canosa. ¿Había alguna forma de evitar la visita? David se alegraría de

ver al abuelo, y Silvia también lo quería. Al oído de Jack Bohlen una voz distante relataba noticias de Nueva York, ninguna del menor interés. Para Jack eran irreales. Diez años antes había hecho un esfuerzo atroz por despegarse de su comunidad de la Tierra, y lo había conseguido; no quería saber nada de ella.

Y sin embargo el vínculo con su padre se mantenía, y dentro de muy poco lo apuntalaría el primer viaje de su padre al exterior de la Tierra; siempre había querido visitar otro planeta antes de que fuera tarde: en otras palabras, antes de morir. Pero pese a los avances en las grandes naves interplanetarias, viajar era arriesgado. A él no le importaba. Nada iba a arredrarlo; en realidad, ya había hecho la reserva.

—Dios mío, papá —dijo Jack—. Qué maravilla que te sientas capaz de hacer un viaje tan pesado. Espero que lo aguantes bien —Se sentía resignado.

Enfrente, el jefe de Jack, el señor Yee, lo miró alzando un papelito amarillo, una nota de reclutamiento. El flaco y larguirucho señor Yee, con su pajarita y su traje recto: el estilo chino, rigurosamente arraigado en suelo extraño, tan auténtico como si el señor Yee estuviera haciendo negocios en el centro de Cantón.

El señor Yee señaló el papelito y a continuación representó solemnemente el contenido: tembló, vertió algo de izquierda a derecha, se enjugó la frente y se aflojó el cuello de la camisa. Luego se miró el reloj que llevaba en la muñeca huesuda. En alguna granja lechera se había averiado un equipo de refrigeración, comprendió Jack Bohlen, y era urgente; en cuanto subiese la temperatura del día, la leche se echaría a perder.

—De acuerdo, papá —dijo—. Esperamos tu telegrama —Después de despedirse colgó—. Siento haber hablado tanto —le dijo al señor Yee. Alargó la mano hacia el papel.

—Un hombre de edad no debería hacer ese viaje —dijo el señor Yee en su tono plácido, implacable.

—Está decidido a ver cómo nos va —dijo Jack.

—Y si no les va como él desearía, ¿puede ayudarlos? —El señor Yee torció la boca en una mueca de desdén—. ¿Se supone que tienen que haberse hecho ricos? Dígame que diamantes no hay. Los tiene la ONU. En cuanto a la llamada que le indicaba: según el archivo, hace dos meses reparamos ese equipo de refrigeración por la misma queja. El problema está en la fuente de energía o el conducto. En el momento menos pensado el motor aminora la marcha hasta que el seguro lo apaga para evitar que se quemé.

—Miraré qué otra fuente tienen conectada al generador —dijo Jack.

Trabajar para el señor Yee era difícil, pensó mientras subía a la terraza, donde estaban los helicópteros de la empresa. Todo se llevaba a cabo en términos racionales. El señor Yee tenía el aspecto de una calculadora y así se comportaba. Seis años atrás, cuando él tenía veintidós, había calculado que una empresa en Marte sería más

rentable que en la Tierra. En Marte había una necesidad clamorosa de servicios de mantenimiento para cualquier clase de maquinaria, de todo lo que constara de partes montadas, porque transportar unidades nuevas desde la Tierra era muy caro. La misma tostadora vieja que en la Tierra se hubiera convertido inmediatamente en chatarra, en Marte seguía funcionando. El señor Yee aplaudía la idea de recuperar cosas. Había crecido en la atmósfera frugal, puritana de la China Popular y no le gustaba el despilfarro. Y como ingeniero eléctrico de la provincia de Honán tenía experiencia. Así, serena y metódicamente había llegado a una decisión que para la mayoría era un desgarró emocional catastrófico; había hecho sus planes para emigrar de la Tierra, exactamente como si hubiera ido al dentista para ponerse una dentadura de acero inoxidable. Sabía hasta el último dólar ONU cuánto podía recortar desde un principio los gastos generales. Era una operación secundaria, pero extremadamente profesional. Desde 1988, en seis años no había parado de expandirse, hasta que ahora sus técnicos tenían la prioridad en casos de emergencia; ¿y qué no era una emergencia en una colonia que aún tenía dificultades para cultivar rábanos y enfriar una minúscula producción de leche?

Jack Bohlen cerró la puerta del helicóptero, encendió el motor y pronto se alzaba sobre los edificios de Bunchewood Park, en el opaco cielo brumoso de la mañana, rumbo a su primer servicio del día.

Lejos, a la derecha, una enorme nave culminaba su viaje desde la Tierra posándose en el círculo de basalto, la base de recepción de cargamento vivo. Otros cargamentos se depositaban unos ciento cincuenta kilómetros al este. El que había llegado era un transporte de primera, y en breve sería visitado por artefactos operados a distancia que librarían a los pasajeros de cualquier virus o bacteria, insecto o semilla que llevaran encima. Los pasajeros emergerían desnudos como recién nacidos, pasarían por baños químicos, mascullarían irritados durante ocho horas de pruebas... y por fin, una vez asegurada la supervivencia de la colonia, podrían ocuparse de la supervivencia personal. Quizás algunos fueran incluso devueltos a la Tierra; aquellos cuyo estado implicara defectos genéticos revelados por el estrés del viaje. Jack pensó en su padre sufriendo pacientemente el proceso de inmigración. Hay que hacerlo, muchacho, diría. Es necesario. El viejo, fumando un cigarro, meditando; un filósofo con una educación de siete años en el período más salvaje de la escuela pública neoyorquina. Es extraño, pensó, cómo se revela el carácter. El viejo estaba en contacto con algún nivel de conocimiento que le decía cómo comportarse, no en el sentido social, sino de un modo más profundo, más permanente. Se adaptará a este mundo, decidió Jack. Una estancia corta le bastará para integrarse mejor que Silvia y yo. Más o menos como David...

Se llevarían bien, su padre y el muchacho. Astutos y prácticos los dos, y sin embargo caprichosamente románticos, como probaba el impulso de su padre de

comprar tierra en algún lugar de los montes FDR. Montes. Era el último jadeo de esperanza eterna que brotaba del viejo; he ahí una tierra que se vendía por casi nada, sin compradores, la frontera auténtica que las zonas habitables de Marte manifiestamente no eran. Debajo de él Jack divisó el canal Senador Taft y alineó el vuelo con su curso; el canal lo llevaría a la hacienda lechera McAuliff, con sus miles de hectáreas de pastos mustios y su manada de Jerseys en un tiempo apreciadas, ahora reducidas por un entorno difícil a un parecido remoto con sus ancestros. Ése era el Marte habitable, una casi fértil telaraña de líneas radiales y entrecruzadas apta para que la vida se mantuviera a duras penas, no más. El Senador Taft, que ahora Jack tenía exactamente debajo, exhibía un verde estancado y repelente; era agua reciclada y filtrada, pero que allí mostraba los añadidos del tiempo, el limo subyacente, la arena y los contaminantes que le daban cualquier atributo menos la potabilidad. Sabía Dios qué álcalis habría absorbido la población a esas alturas e incorporado a los huesos. No obstante estaban vivos. Por castaño amarillenta que fuese, por muchos sedimentos que contuviera, el agua no los había matado. Mientras que al oeste los confines esperaban que la ciencia arrimara el hombro y obrara su milagro.

Los equipos arqueológicos que habían llegado a Marte a comienzos de los setenta habían planeado cuidadosamente las fases de retirada de la antigua civilización, que los seres humanos empezaban a reemplazar. Esa civilización nunca se había establecido en el verdadero desierto. Como la del Tigris y el Eufrates en la Tierra, evidentemente se había aferrado a lo que se pudiese irrigar. La antigua cultura marciana sólo había ocupado un quinto de la superficie del planeta, dejando el resto como lo había encontrado. La casa de Jack Bohlen, por ejemplo, cerca de la confluencia del canal William Butler Yeats con el Herodoto, estaba casi al borde de la red que había alimentado la fertilidad del suelo durante los últimos cinco mil años. Los Bohlen eran pobladores tardíos, aunque once años atrás nadie había sabido que la emigración bajaría tan asombrosamente.

La radio del helicóptero hizo ruidos de estática y una versión metálica de la voz del señor Yee anunció:

—Jack, tengo una llamada más para usted. La delegación de la ONU dice que la Escuela Pública tiene desperfectos y el técnico no está disponible.

Tomando el micrófono, Jack respondió:

—Lo siento, señor Yee. Como creo haberle dicho, no estoy capacitado para tocar unidades escolares. Será mejor que eso lo manejen Bob o Pete. Estoy seguro de habérselo dicho ya —concluyó mascullando.

En su estilo lógico, el señor Yee dijo:

—Es una reparación vital, Jack, y por lo tanto no podemos rechazarla. Nunca nos hemos negado a hacer un trabajo. Su actitud no es positiva. Tendré que insistir en que se encargue de hacerlo. Lo más pronto posible enviaré a la escuela otro técnico que lo

ayude. Gracias, Jack —El señor Yee cortó.

—Gracias a ti —murmuró ácidamente Jack Bohlen.

Debajo veía ahora los comienzos del segundo asentamiento. Eso era Lewistown, residencia principal de la colonia del sindicato de fontaneros, una de las primeras en organizarse en el planeta. Los técnicos eran parte de la población, lo que no favorecía al señor Yee. Si el trabajo se ponía demasiado desagradable, Jack Bohlen siempre podía hacer las maletas, emigrar a Lewistown y unirse al sindicato. Tal vez hasta consiguiera un empleo mejor pagado. Pero los últimos acontecimientos políticos en la colonia del sindicato de fontaneros no le gustaban. Arnie Kott, presidente del Sindicato Local de Trabajadores del Agua, sólo había sido elegido después de una campaña muy peculiar y una segunda vuelta con más irregularidades de lo corriente. Jack intuía que su régimen no era de los que a él le habría gustado soportar; por lo que había visto, el gobierno del anciano tenía todos los elementos de una tiranía del Renacimiento temprano, con una pizca de nepotismo añadida. Económicamente, sin embargo, al parecer la colonia progresaba. Tenía un avanzado programa de obras públicas y la política fiscal había propiciado una enorme reserva de metálico. No sólo era eficiente y próspera, también era capaz de proporcionar trabajo decente a todos sus habitantes. Exceptuando el asentamiento israelí del norte, la colonia del sindicato era la más viable del planeta. Y el asentamiento israelí contaba con la ventaja de disponer de inquebrantables unidades de choque, acampadas en el desierto mismo, aplicadas a toda clase de proyectos de recuperación, desde el cultivo de naranjas hasta el refinamiento de fertilizantes químicos. Nuevo Israel había recuperado ella sola un tercio de toda la tierra del desierto que ahora era tierra de cultivo. De hecho, era la única colonia de Marte que exportaba su producción a la Tierra en cantidades ilimitadas.

Lewistown, la capital del Sindicato de Trabajadores del Agua, quedó atrás, y luego el monumento a Alger Hiss, el primer mártir de la ONU; luego vino el desierto abierto. Reclinándose Jack encendió un cigarrillo. Bajo el acuciante escrutinio del señor Yee, se había marchado sin el termo de café y ahora lo echaba en falta. Tenía sueño. No conseguirán hacerme trabajar en la Escuela Pública, se dijo con más rabia que convicción. Renunciaré. Pero sabía que no iba a renunciar. Iría a la escuela, pasaría alrededor de una hora haciendo pequeños ajustes, fingiendo atarearse en reparaciones, y luego Bob o Pete se dejarían caer y harían el trabajo; la reputación de la empresa saldría bien parada y ellos podrían volver a las oficinas. Todo el mundo quedaría satisfecho, incluido el señor Yee.

Jack y su hijo habían visitado muchas veces la Escuela Pública. Eso era otra cosa. David, uno de los primeros del curso, estudiaba con las máquinas docentes más avanzadas de la ruta. Se quedaba hasta tarde, aprovechando al máximo el sistema de clases individuales que tanto orgullo daba a la ONU. Jack miró el reloj; eran las diez.

En ese momento, por lo que recordaba de las visitas y de los relatos de su hijo, David estaría con la Aristóteles, aprendiendo rudimentos de ciencia, filosofía, lógica, gramática, poética y de una física arcaica. De todas las máquinas docentes, David parecía obtener más de la Aristóteles, lo cual era un alivio; muchos niños preferían los profesores más relumbrantes: Sir Francis Drake (historia de Inglaterra, fundamentos de civismo masculino), Abraham Lincoln (historia de los Estados Unidos, conocimientos básicos de guerra moderna y del estado contemporáneo) o personajes sombríos como Julio César y Winston Churchill. Por su parte, Jack había nacido demasiado pronto para beneficiarse del sistema escolar individual; de pequeño había ido a clases que compartía con otros sesenta niños y más tarde, en el instituto, se había encontrado entre mil alumnos frente a un profesor que hablaba por circuito cerrado de televisión. Si a pesar de todo lo hubieran aceptado en la nueva escuela, fácilmente habría localizado a su favorito: durante una visita con David, de hecho el primer día de contacto padres-profesores, había visto la Máquina Docente Thomas Edison y no había necesitado más. A David le había llevado casi una hora arrancar a su padre de allí.

Debajo del helicóptero, el desierto dio paso a una extensión de campos dispersos con algo de prados. Una valla de alambre marcaba el comienzo de la hacienda McAuliff, y con ella del área administrativa del estado de Texas. El padre de McAuliff había sido un magnate tejano del petróleo, y había financiado naves propias para la emigración a Marte; había vencido hasta a los del sindicato de fontaneros. Jack apagó el cigarrillo y empezó a bajar, buscando los edificios de la hacienda contra el resplandor del sol.

El ruido del helicóptero asustó a una pequeña manada de vacas; las miró dispersarse al galope, esperando que McAuliff, un irlandés bajito y adusto con una actitud obsesiva hacia la vida, no lo hubiera notado. Por buenas razones, McAuliff tenía de sus vacas una visión hipocondríaca; sospechaba que había toda suerte de cosas marcianas empeñadas en perseguirlas, en volverlas flacas, enfermas e intermitentes en la producción de leche.

Encendiendo el radiotransmisor, Jack dijo al micrófono:

—Éste es un aparato de servicio de la Compañía Yee. En respuesta a su llamada, Jack Bohlen pide autorización para aterrizar en la granja McAuliff.

Esperó a que de la enorme hacienda llegara la respuesta.

—De acuerdo, Bohlen. Todo despejado. De nada vale preguntarle qué lo ha retrasado tanto —Era la voz resignada y gruñona de McAuliff.

—Llego en un minuto —dijo Jack con una mueca.

Enseguida divisó delante las construcciones, blancas contra la arena.

—Aquí tenemos sesenta mil litros de leche —dijo la voz de McAuliff en el altavoz de la radio—. Como no ponga ese equipo en marcha ahora mismo se echarán

a perder, maldita sea.

—A paso ligero —dijo Jack. Se llevó los pulgares a las orejas y le hizo al altavoz una grotesca mueca.

2

Según su costumbre, el ex fontanero Arnie Kott, Miembro Honorario Supremo del Consejo de Trabajadores del Agua, Filial Cuarto Planeta, se levantó de la cama a las diez y fue directamente al baño de vapor.

—Hola, Gus.

—Hola, Arnie.

Todo el mundo lo llamaba por el nombre, y eso estaba bien. Arnie hizo a Bill, Eddy y Tom un gesto con la cabeza, y los tres lo saludaron. El aire, repleto de vapor, se condensaba alrededor de los pies y se escurría entre las baldosas para perderse. A Arnie ese detalle le gustaba: habían construido los baños de modo que no retuvieran el agua ya utilizada. Esta iba a parar al calor de la arena y allí desaparecía para siempre. ¿Quién más podía permitirse eso? A ver si esos ricos de Nuevo Israel tienen baños de vapor que desperdician agua, pensó.

Poniéndose bajo una ducha, Arnie Kott dijo a los sujetos que lo rodeaban:

—He oído un rumor y quiero que lo confirméis lo antes posible. ¿Os acordáis del complejo de California, de aquellos portugueses que originariamente tenían títulos sobre la cadena FDR y trataron de extraer hierro pero estaba demasiado profundo y el coste era una enormidad? Me han dicho que han vendido las acciones.

—Sí, yo también lo he oído —dijo uno de ellos. Los muchachos asintieron a un tiempo—. Me pregunto cuánto habrán perdido. Debe de haber sido un desastre.

—No —dijo Arnie—. He oído que han encontrado un comprador dispuesto a poner más de lo que habían pagado. Sacarían beneficio, después de tantos años. Así que yo les he pagado para que aguanten. Me intriga saber qué chiflado puede querer esas tierras. Yo tengo allí ciertos derechos mineros, ¿sabéis? Quiero que averigüéis quién es el comprador y qué clase de operación está en marcha. Quiero saber qué van a hacer allí arriba.

—Esas cosas conviene saberlas.

Una vez más todos asintieron y un hombre, Fred, parecía, se separó del grupo para ir a vestirse.

—Yo me enteraré, Arnie —dijo por encima del hombro—. Voy a ocuparme ahora mismo.

Arnie se enjabonó todo el cuerpo y habló para los que quedaban.

—Ya sabéis que tengo que proteger mis derechos sobre el mineral; no voy a permitir que un charlatán de la Tierra venga a hacer de esos montes, pongamos, un parque nacional para picnics de familia. Os diré qué he oído. Sé que hace una semana estuvo aquí una pandilla de funcionarios comunistas de Rusia y Hungría, peces gordos, sin duda husmeando. ¿Os creéis que porque el año pasado fracasó ese colectivo suyo se han dado por vencidos? No. Tienen cerebro de chinche y, como las

chinchas, vuelven siempre. Los rojos se mueren por establecer un colectivo en Marte; allá en Casa, los suyos prácticamente se corren soñando con eso. No me sorprendería que los portugueses de California hayan vendido a los comunistas y pronto veamos los montes FDR, un nombre apropiado y justo, cambiado por algo así como montes Joe Stalin.

Los hombres rieron apreciativamente.

—Bien, hoy tengo una serie de asuntos que dirigir —dijo Arnie Kott enjuagándose los restos de jabón con furiosos chorros de agua caliente—, así que no puedo dedicar más tiempo a esto; confío en que investiguéis vosotros. Por ejemplo, he estado yendo al este, donde tenemos en marcha ese experimento con melones, y parece que en poco tiempo habremos triunfado totalmente en inducir el crecimiento del melón de Nueva Inglaterra en este medio. Sé que hace mucho que os preguntáis por esto, porque a todos nos encanta comer una buena rodaja de melón con el desayuno, si es posible.

—Es cierto —concordaron los muchachos.

—Pero —prosiguió Arnie— yo tengo algo más que melones en la cabeza. El otro día vino a visitarnos uno de esos de la ONU, para protestar por nuestras normas respecto de los negros. Aunque quizá no debería decirlo así; quizá tendría que hablar como los de la ONU, que dicen «remanentes de población indígena», o simplemente oscuros. A lo que se refería era a la franquicia que dimos a las minas bajo propiedad de nuestra colonia para usar a los oscuros por debajo del convenio, o sea, por debajo del salario mínimo; porque ni las hadas madrinas de la ONU se proponen seriamente pagar a los negros según el convenio. Sin embargo, nuestro problema es que no podemos pagar el mínimo a los oscuros porque trabajan tan mal que nos arruinaríamos, y tenemos que usarlos en las minas porque son los únicos capaces de respirar allá abajo, y el coste más barato de transportar hasta aquí suficiente equipo de oxígeno ya es escandaloso. Allá en Casa alguien se está forrando con las bombonas y los compresores de oxígeno. Son unos gánsters, y no nos dejaremos extorsionar, os lo prometo.

Todos asintieron sombríamente.

—Ahora, no podemos permitir que la burocracia de la ONU nos dicte cómo llevar la colonia —dijo Arnie—. Tenían apenas una bandera plantada en la arena cuando nosotros ya operábamos aquí. Construimos casas antes de que ellos hubieran puesto siquiera un orinal en cualquier lugar de Marte, incluida toda la región del sur en litigio entre Estados Unidos y Francia.

—Tienes razón, Arnie —asintieron todos los muchachos.

—Con todo —continuó Arnie—, está el problema de que los maricas de la ONU controlan los canales, y nosotros tenemos que tener agua. La necesitamos para el transporte, y para la energía y para beberla y para esto, para bañarnos, por ejemplo.

Quiero decir, esos cabrones nos la pueden cortar cuando quieran; nos tienen agarrados por los huevos.

Acabó de ducharse y pisando con cuidado las tibias baldosas mojadas fue a recibir una toalla del asistente. Pensar en la ONU le desató ruidos en el estómago, y en el lado izquierdo, casi en la ingle, empezó a arderle la antigua úlcera duodenal. Más le valía desayunar algo, pensó.

Cuando el asistente lo hubo vestido, con pantalón de paño gris y camiseta, botas de cuero blando y gorra náutica, salió de los baños y por el pasillo de la Sede Sindical fue hasta su comedor privado, donde Helio, su cocinero oscuro, tenía el desayuno esperándolo. Al poco estaba sentado ante una pila de tortitas con tocino, café y un zumo de naranja, además del New York Times dominical de la semana anterior.

—Buenos días, señor Kott —En respuesta a su timbrazo, había aparecido una secretaria de la sección, una muchacha que Kott no había visto nunca. Nada guapa, decidió tras un breve vistazo, y siguió leyendo el periódico. Y además lo llamaba señor Kott. Bebió el zumo de naranja y leyó algo sobre una nave desaparecida en el espacio con los trescientos tripulantes muertos. Era una nave mercante japonesa que transportaba bicicletas. Lo hizo reír. Bicicletas en el espacio, y ahora todas perdidas; mala cosa, porque en un planeta de poca masa, como Marte, donde virtualmente no había fuentes de energía —salvo el lento sistema de canales— y hasta el queroseno costaba una fortuna, las bicicletas eran de gran valor económico. Un hombre podía pedalear cientos de millas sin gastos, aun sobre la arena. Los únicos que utilizaban vehículos a reacción de queroseno eran los funcionarios vitales, como los técnicos de reparación y mantenimiento, y por supuesto los funcionarios importantes como él. Desde luego que había transportes públicos, como los tractorbuses que conectaban cada asentamiento con el siguiente y las zonas residenciales periféricas con el mundo en general..., pero circulaban sin regularidad, porque el combustible dependía de los cargamentos de la Tierra. Y en términos personales, los buses se movían con tal lentitud que a él le entraba claustrofobia.

Leer el New York Times lo hizo sentirse un poco de nuevo en Casa, en Pasadena del Sur; su familia había estado suscrita a la edición del Times de la Costa Oeste, y recordó cuando de niño lo sacaba del buzón al entrar desde la calle bordeada de albaricoqueros; aquella callecita tibia, brumosa, de pulcras casas de una planta, coches aparcados y césped indefectiblemente cuidado un fin de semana tras otro. Era el jardín, con todo su equipo y sus productos, lo que Kott más echaba en falta: la carretilla de fertilizante, las semillas de hierba, la centrifugadora, la alambrada para los pollos a comienzos de primavera... y durante el largo verano los asperjadores trabajando sin cesar, siempre que la ley lo permitiera. También allí racionaban el agua. Una vez habían detenido a su tío Oscar por lavar el coche en día de racionamiento.

Siguiendo con el periódico dio con un artículo sobre una recepción en la Casa Blanca para cierta señora Lizner que, como funcionaría de la Agencia de Control de la Natalidad, había llevado a cabo ocho mil abortos terapéuticos y por eso era un ejemplo para la femineidad norteamericana. Una especie de enfermera, digamos, pensó Arnie Kott. Una ocupación noble para las mujeres. Volvió la página.

Allí había, en cuerpo grande, un anuncio de un cuarto de página que él mismo había ayudado a componer, una brillante incitación a que la gente emigrara. Arnie se reclinó en la silla, dobló el periódico y estudió el anuncio con profundo orgullo; tenía buena pinta, decidió. Sin duda atraería gente, al menos a la que tuviera, según decía el texto, algún temple y franco deseo de aventura.

El anuncio incluía una lista de los oficios requeridos en Marte, y era una lista larga, que sólo excluía criador de canarios y proctólogo; y ni eso. Señalaba cuánto le costaba ahora en la Tierra encontrar empleo al que sólo tuviera un doctorado, mientras que en Marte había puestos muy bien pagados para meros licenciados.

Esto debería atraparlos, pensó Arnie. Él mismo había tenido que emigrar porque sólo tenía una licenciatura. Se le habían cerrado todas las puertas, y luego había llegado a Marte como simple fontanero agremiado, y que lo vieran ahora, apenas unos años después. En la Tierra, lo más probable era que un fontanero licenciado acabara rastrillando langostas muertas en África, como parte de un destacamento norteamericano de ayuda internacional. De hecho era lo que estaba haciendo ahora su hermano Phil; se había graduado en la universidad de California y nunca había tenido una oportunidad de ejercer su profesión, analista de leche. En su curso se habían graduado más de cien de la misma profesión, ¿y para qué? En la Tierra no había oportunidades. Tienes que venir a Marte, murmuró Arnie. Mira esas vaquitas de las haciendas lecheras de los suburbios. No les vendría mal un control.

Pero la trampa del anuncio era sencillamente que, una vez en Marte, al emigrante no se le garantizaba nada, ni siquiera la certeza de poder rendirse y regresar; a causa de la inadecuación de los servicios, los viajes de vuelta eran mucho más caros. Y tampoco se le garantizaba nada en términos de empleo. La culpa la tenían las grandes potencias de Casa: China, Estados Unidos, Rusia y Alemania Occidental. En vez de apoyar debidamente el desarrollo de los planetas, se habían concentrado en nuevas exploraciones. Comprometían todo el tiempo, el dinero y los cerebros disponibles en proyectos siderales como el estúpido vuelo a Centauro, que ya había devorado billones de dólares y horas-hombre. Arnie Kott no lograba ver los proyectos siderales traducidos a lentejas. ¿Quién quería hacer un viaje de cuatro años a otro sistema solar que tal vez ni siquiera existía?

Pero, al mismo tiempo, Arnie temía un cambio de actitud en las grandes potencias terráqueas. ¿Y si una mañana se levantaban dispuestas a mirar de otro modo las colonias de Marte y Venus? ¿Y si echaban un vistazo a su ruinoso desarrollo y

resolvían que había que hacer algo? En otras palabras, ¿qué sería de Arnie Kott cuando las Grandes Potencias volvieran en sí? Era una cuestión a meditar.

Sin embargo, las Grandes Potencias no mostraban síntomas de racionalidad. Seguían gobernadas por una competitividad obsesiva; para alivio de Arnie, en ese preciso momento estaban lanzando sus tentáculos a dos años luz de distancia.

Siguiendo con el periódico, encontró un artículo relacionado con una organización de mujeres de Berna, Suiza, que había salido a declarar una vez más su preocupación por el proceso colonizador.

LAS CONDICIONES DE LOS CAMPOS DE LLEGADA EN MARTE ALARMAN A LA COMISIÓN DE SEGURIDAD COLONIAL

En una petición presentada al Departamento Colonial de la ONU, las damas habían vuelto a expresar la convicción de que los aeródromos marcianos para naves de la Tierra distaban demasiado de los complejos de viviendas y el sistema de agua. En ciertos casos, se había requerido de los pasajeros, incluidos niños, ancianos y mujeres, que atravesaran a pie ciento cincuenta kilómetros de páramo. La Comisión de Seguridad Colonial quería que la ONU emitiera un reglamento obligando a las naves a posarse a no más de cuarenta kilómetros de un canal principal (con nombre).

Bienhechoras, pensó Arnie Kott mientras leía el artículo. Era probable que ninguna de ellas hubiera salido nunca de la Tierra; sólo sabían lo que alguien les había contado en una carta, alguna tía que vivía en Marte de su pensión, que aprovechaba un terreno gratuito de la ONU y era naturalmente agarrada. Y, desde luego, también dependían de su miembro residente en Marte, una tal Anne Esterhazy, que hacía circular un boletín ciclostilado entre otras señoras de espíritu cívico de los asentamientos. Arnie recibía y leía el boletín, El oyente contesta, un título que le daba náuseas. También le daban náuseas las sátiras de dos líneas que venían insertadas en los artículos largos:

¡Recemos por agua potable! ¡Contactemos con los consejeros carismáticos de la colonia y demos testimonio de un filtrado que nos enorgullezca!

Ciertos artículos de El oyente contesta estaban escritos en una jerga tan especial que Arnie apenas entendía el significado. Pero evidentemente el boletín había atraído un público de devotas que tomaban cada asunto sobriamente a pecho y representaban las proezas que se les pedían. Sin duda en este momento se estaban quejando, junto con la Comisión de Seguridad Colonial que se reunía en la Tierra, de las arriesgadas distancias que separaban la mayoría de los aeródromos marcianos de los recursos acuáticos y las viviendas humanas. Participaban en una de las grandes luchas, y, en

este caso en particular, Arnie Kott se las había arreglado para controlar las náuseas. Porque, de los alrededor de veinte aeródromos de Marte, sólo uno estaba a no más de cuarenta kilómetros de un canal principal: el Aeródromo Samuel Gompers, que servía a la colonia de Arnie. Si por un azar la presión de la Comisión de Seguridad Colonial se hacía efectiva, todas las naves de pasajeros llegadas de la Tierra tendrían que posarse allí, y la colonia recibiría los ingresos correspondientes.

No era en absoluto casual que el boletín de la señora Esterhazy y su organización en la Tierra defendieran una causa que rendiría beneficios a Arnie. La señora y él seguían siendo buenos amigos, y aún poseían conjuntamente una serie de negocios que habían iniciado o adquirido durante su matrimonio. Aunque en el plano estrictamente personal no hubiera un terreno común, en varios niveles seguían trabajando juntos. A Arnie ella le parecía agresiva, dominante y demasiado masculina. Era una mujer alta y huesuda, afecta a los zapatos de tacón alto, las chaquetas de tweed y las gafas oscuras, con una gran cartera de cuero siempre colgada del hombro... Pero también era astuta e inteligente: una ejecutiva nata. Mientras no tuviera que verla fuera del marco de los negocios, Arnie podía entenderse con ella.

Que Anne Esterhazy y él habían estado casados y aún tenían vínculos financieros no estaba muy extendido. Cuando quería ponerse en contacto con ella, Arnie no dictaba una carta a una mecanógrafa de la colonia; usaba una maquina codificadora de dictado que guardaba en su escritorio, y le enviaba la cinta por un mensajero especial. El mensajero dejaba la cinta en una tienda de objetos de arte que Anne tenía en la colonia israelí, y la respuesta, cuando la había, era depositada del mismo modo en las oficinas de una cementera del canal Bernard Baruch que pertenecía a Ed Rockingham, marido de la hermana de Arnie.

Hacía un año, al construir una casa para él, Patricia y sus tres hijos, Ed Rockingham se había hecho con lo imposible: un canal propio. Lo había hecho construir, en abierta violación de la ley, para uso privado, y el agua la obtenía de la gran red común. Hasta Arnie se había escandalizado entonces. Pero no había habido juicio y ahora el canal, modestamente bautizado con el nombre del primogénito de Rockingham, llevaba agua ciento veinte kilómetros desierto adentro, de modo que Pat Rockingham viviera en un paraje encantador y tuviera césped, piscina y un jardín con flores abundantemente regadas. Pat cultivaba unos arbustos de camelia particularmente grandes, los únicos que habían superado el trasplante a Marte. Durante todo el día los asperjadores giraban rociando las plantas, impidiendo que se secaran y murieran.

A Arnie Kott doce grandes camelias le parecían una ostentación. No se llevaba bien con su hermana ni con Ed Rockingham. ¿Para qué habían ido a Marte?, se preguntaba. Para llevar, a cambio de un esfuerzo y un coste increíble, una vida lo más

semejante posible a la que habían llevado en la Tierra. Le parecía absurdo. ¿Por qué no quedarse en Casa? Para Arnie, Marte era un lugar nuevo, y significaba una vida nueva vivida de un modo nuevo. En su momento, él y otros colonos grandes y pequeños habían hecho ajustes minúsculos, en un proceso de adaptación a Marte con tantas etapas que al cabo habían evolucionado; ahora eran criaturas diferentes. Los hijos nacidos en Marte empezaban así, nuevos y particulares, en ciertos aspectos enigmáticos para los padres. Dos de los hijos de Arnie —los que había tenido con Anne— vivían en un asentamiento de las afueras de Lewistown. Cuando los iba a ver no lograba desentrañarlos; lo miraban con ojos inclementes, como esperando que se fuera. Hasta donde él vislumbraba, los muchachos carecían de sentido del humor. Y sin embargo eran sensibles; podían hablar sin límite de animales y plantas, del paisaje mismo. Los dos tenían mascotas, bichos marcianos que él encontraba horrendos; chinches tipo mantis religiosa grandes como jumentos. Los llamaban boxeadores, a los malditos, porque a menudo se los veía erguidos y trabados en un combate ritual que generalmente acababa con uno matando al otro. Bert y Ned habían adiestrado a sus boxeadores para hacer tareas manuales sencillas y no comerse mutuamente. Y los bichos les hacían compañía; los niños de Marte eran solitarios, en parte porque aún había pocos y en parte porque... Arnie no sabía. Tenían una mirada dilatada y poseída, como hambrienta de algo todavía invisible. Tendían a marcharse, en cuanto se les daba la ocasión, a vagabundear por el páramo. Lo que traían era tan inservible para ellos como para los asentamientos, acaso huesos o reliquias de la antigua civilización. Cada vez que volaba en helicóptero, Arnie divisaba algunos niños aislados, uno aquí, otro allá, trajinando en el desierto, rascando la roca y la arena como si intentaran vanamente husmear bajo la superficie de Marte.

Arnie abrió el último cajón del escritorio, sacó la codificadora de dictado y la puso en marcha. Dijo al micrófono: «Anne, me gustaría verte para hablar. Esa comisión tiene demasiadas mujeres y está empezando a descarriarse. El último anuncio del Times, por ejemplo, me preocupa porque...». Dejó de dictar; con un gruñido, la codificadora se había parado. La sacudió y los rollos volvieron a girar lentamente en silencio.

Creí que estaba arreglada, pensó Arnie con rabia. ¿No pueden reparar nada esos cretinos? Tal vez debería ir a comprar otra en el mercado negro, a un precio desmesurado. La idea lo encogió.

La no muy guapa secretaria de la sección, que llevaba rato esperando sentada frente a él, respondió al gesto que Arnie le hizo con la cabeza. Cogió bloc y lápiz y escribió lo que él dictaba.

—Por lo general —dijo Kott— entiendo lo difícil que es mantener las cosas en marcha, considerando la escasez de recambios y este clima dañino para el metal y los cables. Sin embargo, estoy harto de pedir un servicio de reparaciones competente

para un aparato tan vital como mi codificadora. Tengo que tenerla y basta. Así que si vosotros no sois capaces de mantenerla, prescindo de vosotros. Os retiro la franquicia para el mantenimiento en la colonia y contrato técnicos de fuera.

Hizo otro gesto y la muchacha dejó de escribir.

—¿Llevo la codificadora al departamento de reparaciones, señor Kott? —preguntó ella—. Me encantaría, señor.

—No —gruñó Arnie—. Sólo date prisa.

Cuando se hubo ido, Arnie recogió el New York Times y siguió leyendo. Allá en Casa se podía comprar una codificadora nueva por unos centavos; de hecho, allá en Casa se podía... demonios. Había que ver la publicidad: desde monedas romanas antiguas hasta abrigo de piel, pasando por equipos de acampada, diamantes, cohetes espaciales y veneno de cicuta. ¡Caray!

Con todo, ahora el problema inmediato era tomar contacto con su ex mujer sin usar la codificadora. Tal vez simplemente podría pasar a verla, se dijo Arnie. Buena excusa para salir del despacho.

Descolgó el teléfono para pedir que le tuviesen listo un helicóptero en la azotea de la Sede. Luego acabó el desayuno, se limpió rápidamente la boca y fue hasta el ascensor.

—Hola, Arnie —lo saludó el piloto, un joven de cara agradable de la sección de transporte aéreo.

—Hola, hijo —dijo Arnie, mientras el piloto lo ayudaba a instalarse en el asiento especial de cuero que él mismo había hecho en la tapicería de la colonia. Cuando el muchacho hubo ocupado el otro asiento, delante de él, Arnie se recostó cómodamente, cruzó las piernas y dijo—: Bien, tú despegas y yo te guiaré en vuelo. Y tranquilo, que no tengo prisa. Parece bonito, el día.

—Precioso, de veras —dijo el piloto, mientras las aspas empezaban a rotar—. Salvo esa niebla alrededor de los FDR.

Apenas se habían elevado cuando sonó el altavoz.

—Aviso de emergencia. En el punto 4,65003 del girocompás hay en desierto abierto una partida de oscuros muriendo por falta de abrigo y de agua. Se ordena a las naves del norte de Lewistown que se dirijan allí para prestar asistencia a la mayor brevedad posible. La autoridad legal de las Naciones Unidas exige que respondan todas las naves mercantes y privadas.

Hablando desde la emisora de la ONU, en un satélite artificial que estaría en algún lugar allá arriba, la nítida voz del anunciador repitió el aviso.

Arnie sintió que el helicóptero alteraba el curso y dijo:

—Bah, hijo, venga ya.

—Tengo que responder, señor —dijo el piloto—. Es lo que manda la ley.

Cristo santo, pensó Arnie, disgustado. Mentalmente apuntó que en cuanto

volvieron del viaje debía hacer echar o al menos suspender al muchacho.

Ya estaban sobre el desierto, moviéndose a buena velocidad hacia la intersección dada por el anunciador de la ONU. Negros oscuros, pensó Arnie. Hay que dejarlo todo para sacar de apuros a estos idiotas, joder. ¿No pueden ni cruzar su propio desierto? ¿No llevan cinco mil años haciéndolo sin nuestra ayuda?

Jack Bohlen empezaba a bajar el móvil de reparaciones de la Compañía Yee hacia la hacienda lechera McAuliff cuando oyó el aviso de emergencia de la ONU, cuyo tono conocía de otras veces e indefectiblemente le daba escalofríos.

—...Hay en desierto abierto una partida de oscuros —declaró la voz indiferente— muriendo por falta de abrigo y de agua. Se ordena a las naves del norte de Lewistown que se dirijan allí para prestar asistencia a la mayor brevedad posible.

Ya lo tengo, se dijo Jack. Abrió el micrófono y dijo:

—Aquí un móvil de reparaciones de la Compañía Yee cercano al punto 4,65003. Me apresto a responder enseguida. En dos o tres minutos debería estar allí —Viró el helicóptero hacia el sur, alejándolo de la hacienda, y tuvo un dorado momento de satisfacción al imaginarse la indignación de McAuliff. Nadie apreciaba menos a los oscuros que los grandes hacendados; los nómadas y menesterosos nativos se presentaban sin cesar en las fincas pidiendo alimentos, agua, asistencia médica y a veces que les echaran una simple mano, a la antigua, y a los prósperos lecheros nada parecía irritarlos más que ser utilizados por las criaturas de cuyas tierras se habían apropiado.

Otro helicóptero respondía ya.

—Me encuentro en las afueras de Lewistown, en el punto 4,78995 del girocompás, y acudiré lo más pronto posible. Llevo a bordo raciones, incluidos doscientos litros de agua —Dio su identificación y cortó.

La hacienda lechera quedó al norte con sus vacas y ahora Jack Bohlen escrutaba intensamente una vez más el desierto abierto, buscando divisar la partida de oscuros. Y desde luego allí estaban. Cinco, a la sombra que arrojaba una pequeña colina de piedra. No se movían. Posiblemente ya hubieran muerto. En su trayectoria por el cielo, el satélite de la ONU los había descubierto pero no podía ayudarlos. Sus mentores eran impotentes. Ya nosotros que podemos, ¿qué nos importan?, pensó Jack Bohlen. De todos modos, los oscuros en general se estaban muriendo, y los supervivientes estaban cada año más maltrechos y desesperados. Eran guardias de la ONU, y la ONU los protegía. Menuda protección, pensó Jack.

Pero ¿qué podía hacerse por una raza que se extinguía? A los nativos de Marte se les había acabado el tiempo mucho antes de que, allá por los sesenta, en el cielo apareciese la primera nave soviética para atraparlos todo con las cámaras de televisión. Ningún grupo humano había conspirado para exterminarlos; no había hecho falta. Y de todos modos habían sido objeto de una vasta curiosidad, al principio. Ahí tenían

un descubrimiento digno de los billones gastados en la tarea de llegar a Marte. Ahí tenían una raza extraterrestre.

Posó el helicóptero en la arena llana cerca de la partida de oscuros, apagó el rotor, abrió la puerta y bajó.

El candente sol matinal le dio de lleno mientras avanzaba por la arena hacia los inmóviles oscuros. Estaban vivos; tenían los ojos abiertos y estaban mirándolo.

—Derramo lluvias sobre sus valiosas personas —los saludó en su dialecto, usando la apropiada fórmula oscura.

Ya cerca, vio que la partida consistía en una pareja anciana y arrugada, un macho y una hembra jóvenes, sin duda marido y mujer, y su hijo. Una familia, era evidente, que se había lanzado a pie por el desierto, probablemente en busca de agua o comida; tal vez se hubiera secado el oasis del cual venían manteniéndose. Esa conclusión de la caminata era típica de las aflicciones de los oscuros. Allí yacían, incapaces de seguir adelante; de tan mustios parecían montones de materia vegetal seca y si no los hubiese detectado el satélite de la ONU habrían muerto pronto.

Poniéndose en pie despacio, el joven oscuro macho hizo una genuflexión y con una voz oscilante y frágil dijo:

—Las lluvias que caen de su maravillosa presencia nos vigorizan y reaniman, señor.

Jack Bohlen le alargó su cantimplora. En el acto el joven oscuro se arrodilló, desenroscó el tapón y se la ofreció a la supina pareja mayor. Tomándola, la anciana bebió.

El cambio fue inmediato. Pareció que brotaba de nuevo a la vida, que ante los ojos de Jack la abandonaba el grisáceo color de la muerte.

—¿Nos permite llenar nuestras cáscaras? —preguntó el oscuro más joven. Posados sobre la arena había varios huevos de paka, pálidas cáscaras huecas; los oscuros eran de una capacidad técnica tan elemental que no tenían ni vasijas de barro. Y sin embargo, reflexionó Jack, sus antepasados habían construido el sistema de canales.

—Claro —dijo—. Está a punto de llegar otra nave con agua en abundancia —Fue hasta el helicóptero a buscar la cubeta de su almuerzo; al volver se la dio al macho oscuro —Comida —explicó. Como si no lo supieran. La pareja mayor se había levantado y ya se tambaleaba alargando las manos.

Detrás de Jack creció el clamor del segundo helicóptero. Era un aparato grande, para dos, que ya se estaba posando. El piloto puso punto muerto y la velocidad de las aspas se redujo.

—¿Me necesitas? —gritó el piloto—. Si no sigo viaje.

—No tengo mucha agua para darles —dijo Jack.

—De acuerdo —dijo el piloto, y apagó el motor. Se apeó cargando un bidón de

quince litros—. Este pueden quedárselo.

Juntos, Jack y el piloto observaron cómo el oscuro llenaba las cáscaras con agua del bidón. No tenían muchas posesiones: una aljaba de flechas envenenadas y un cuero animal cada uno. Las hembras tenían bloques de moler, único efecto valioso: sin los bloques eran mujeres ineptas, porque en ellos preparaban la carne y el cereal o cualquier comida que diera la caza. Y tenían unos pocos cigarrillos.

—A mi pasajero —susurró el joven piloto al oído de Jack— no le gusta que la ONU pueda forzarnos a parar aquí de esta forma. Pero no se da cuenta de que con ese satélite arriba pueden ver si uno no para. Y te cae una multa infernal.

Jack se volvió a mirar el otro helicóptero. Sentado dentro vio un hombre corpulento y calvo, un hombre bien alimentado, al parecer satisfecho de sí, que atisbaba agriamente el paisaje sin prestar atención a los cinco oscuros.

—Hay que acatar la ley —dijo el piloto en tono defensivo—. Luego la multa me la ponen a mí.

Acercándose al aparato, Jack le habló al grandote calvo.

—¿No lo reconforta haber salvado la vida de cinco personas?

El calvo bajó los ojos hacia él.

—Cinco negros, querrá decir —dijo—. Yo a éstos no los llamo personas. ¿Usted sí?

—Yo sí —dijo Jack—. Y pienso seguir haciéndolo.

—Adelante, llámelos así —dijo el calvo. Ruborizándose, desvió la mirada hacia el helicóptero de Jack y leyó las letras pintadas en él—. Ya ve adonde lo lleva esa actitud.

Acercándose a Jack, el joven piloto se apresuró a decir:

—Está hablando con Arnie. Arnie Kott —Subió la voz:—Ya podemos irnos, Arnie —Trepó al aparato y desapareció dentro. Las aspas empezaron a girar de nuevo.

El helicóptero se elevó en el aire, dejando a Jack solo con los cinco oscuros. Habían saciado la sed y ya empezaban a comer del recipiente con su almuerzo. Caída a un lado estaba la cantimplora vacía. Los huevos de paka, llenos, habían sido cubiertos. Los oscuros no miraron partir el helicóptero. Tampoco prestaban atención a Jack; murmuraban entre ellos, en su dialecto.

—¿Adonde van? —les preguntó Jack.

El oscuro joven nombró un lejano oasis del sur.

—¿Piensan que pueden llegar? —preguntó Jack. Señaló a la pareja de ancianos—. ¿Ellos podrán?

—Sí, señor —respondió el oscuro joven—. Ahora podremos, con la comida y el agua que usted y el otro señor nos han dado.

Dudo que puedan, se dijo Jack. Naturalmente ellos dirán que sí, aunque sepan que

es imposible. Orgullo de raza, supongo.

—Señor —dijo el oscuro joven—. Tenemos un regalo para usted, por su ayuda. Tendió el brazo.

Eran tan magras sus posesiones que a Jack le costaba creer que les sobrase algo. De todos modos alargó la mano, y el oscuro joven le puso en la palma algo pequeño y frío, un trozo oscuro, arrugado y reseco de una sustancia que a Jack le pareció un fragmento de raíz de árbol.

—Es una aguatuja —dijo el oscuro—. Cada vez que la necesite, señor, le traerá agua, la fuente de la vida.

—A ustedes no los ayudó, ¿no? —dijo Jack.

Con una sonrisa ladina el oscuro joven dijo:

—Ayudó, señor. Lo trajo a usted.

—¿Y ustedes cómo se las arreglarán? —preguntó Jack.

—Tenemos otra, señor. Nosotros preparamos aguatuja —El oscuro joven señaló a la pareja de ancianos—. Ellos son autoridades.

Examinando con más cuidado la aguatuja, Jack se dio cuenta de que tenía cara y unos vagos miembros. Era una especie de criatura viviente momificada. Distinguió las piernas recogidas, las orejas... Se estremeció. Tenía una cara extrañamente humana, marchita, sufriente, como si la hubieran matado mientras gritaba.

—¿Cómo funciona? —le preguntó al oscuro joven.

—Antes, cuando uno quería agua, orinaba en la aguatuja y ella volvía a la vida. Ahora ya no lo hacemos, señor; hemos aprendido de los señores que orinar está mal. Así que escupimos sobre ella, y eso le llega casi igual. Se despierta, y luego se abre y mira alrededor, a continuación abre la boca y llama al agua. Como hizo con usted, señor, y con el otro señor, el que se quedó sentado sin bajar, el que no tiene pelo en la cabeza.

—Ese señor es un señor poderoso —dijo Jack—. Es el monarca de la colonia del sindicato de fontaneros. Toda Lewistown es suya.

—Tal vez —dijo el oscuro joven—. Si es así, no pararemos en Lewistown, porque ya vimos que al señor sin pelo no le gustamos. A él no le dimos una aguatuja a cambio del agua, porque no quería dárnosla. No puso el corazón en el acto; sólo las manos.

Jack se despidió de los oscuros y volvió al helicóptero. Un momento después se elevaba; abajo, los oscuros agitaban solemnemente la mano.

Le dará la aguatuja a David, decidió. El fin de semana, cuando vaya a casa. Puede mearle o escupirle a su gusto. Lo que él prefiera.

3

Norbert Steiner tenía cierta libertad para moverse a sus anchas porque era su propio jefe. En una pequeña construcción de las afueras de Bunchewood Park manufacturaba alimentos naturales, enteramente hechos de plantas y minerales domésticos, sin conservantes ni películas químicas ni fertilizantes atractivos no orgánicos. Una empresa de Bunchewood Park le envasaba los productos en cajas, cartones, frascos y sobres de tipo profesional, y luego Steiner recorría Marte vendiéndolos directamente a los consumidores.

Sacaba buenos beneficios, porque al fin y al cabo no tenía competencia. La suya era la única empresa de alimentos naturales que había en Marte.

Y además tenía una línea lateral. Importaba de la Tierra diversas exquisiteces como trufas, paté de hígado de pato, caviar, sopa de rabo de canguro, queso azul danés, ostras ahumadas, huevos de codorniz o bizcocho al ron, todos los cuales eran ilegales en Marte, ya que la ONU intentaba obligar a las colonias a lograr la autosuficiencia alimenticia. Los expertos en alimentación de la ONU aducían que transportar comida por el espacio era inseguro, debido a los efectos de la radiación, pero Steiner no se dejaba engañar; la verdadera razón era el miedo a las consecuencias que el estallido de una guerra en Casa podía tener en las colonias. Se interrumpirían los embarques de alimentos y, a menos que las colonias fueran autosuficientes, en poco tiempo toda la población moriría de hambre.

Si bien admiraba el razonamiento, Steiner no deseaba consentir el hecho. No porque se importaran bajo mano unos cuantos botes de trufas los hacendados lecheros dejarían de producir leche, ni los criadores de cerdos, novillos y ovejas de esforzarse por que sus establecimientos rindieran. Se seguiría plantando melocotoneros, manzanos y albaricoqueros, se los cuidaría y regaría, por más que en los diversos asentamientos aparecieran frascos de caviar a veinte dólares la unidad.

En ese momento Steiner estaba inspeccionando un cargamento de botes de jaiva, un dulce turco, llegado la noche anterior a bordo del transbordador autoguiado que unía Manila con el pequeño aeródromo que Steiner, usando mano de obra oscura, había construido en los páramos de los montes FDR. El jaiva se vendía bien, sobre todo en Nuevo Israel, y mientras examinaba los botes buscando signos de deterioro Steiner estimó que podía obtener al menos cinco dólares por cada uno. Y además, el buen Arnie Kott, de Lewistown, absorbía casi toda cosa dulce con que Steiner lograra hacerse, por no hablar de quesos y todo tipo de conserva de pescado, además del tocino ahumado canadiense, que llegaba en latas de dos kilos, lo mismo que el jamón holandés. De hecho, Arnie Kott era su mejor cliente individual.

El cobertizo de almacenaje, en donde Steiner se encontraba ahora, estaba a la vista de su pequeño aeródromo privado e ilegal. Erguido en el campo de aterrizaje

estaba el cohete que había llegado la noche anterior; el técnico de Steiner —él no tenía ese tipo de habilidad manual— se atareaba en preparar el vuelo de regreso a Manila. Aunque de sólo seis metros de altura, el cohete estaba hecho en Suiza y era muy estable. Arriba, el rojizo sol marciano proyectaba las alargadas sombras de los picos de la cordillera circundante, y Steiner había encendido una estufa de queroseno para calentar el cobertizo. Advirtiéndole que Steiner miraba por la ventana, el técnico asintió para indicar que el cohete estaba listo para el regreso; de modo que de momento Steiner dejó los botes de jaiva. Empuñando la furgoneta de mano, empezó a empujar el cargamento de cajas de taitón a través de la puerta del cobertizo para llevarlo hasta la pista rocosa.

—Parecen unos cuarenta kilos —dijo críticamente el técnico.

—Son cajas muy ligeras —dijo Steiner. Contenían una hierba seca que, una vez en Filipinas, era procesada de tal modo que al final se parecía mucho al hachís. Se fumaba mezclada con vulgar tabaco fuerte de Virginia, y en los Estados Unidos se vendía a un precio tremendo. Steiner nunca la había probado; para él, la salud física y la moral eran una sola cosa: creía en la comida sana y no fumaba ni bebía.

Junto con Otto, cargó el cohete y lo selló, y luego Otto puso en marcha el reloj del sistema de guía. En pocos días, allá en Manila, José Pesquito retiraría el cargamento, lo confrontaría con el albarán adjunto y reuniría el pedido de Steiner para el viaje siguiente.

—¿Puedo volver con usted? —preguntó Otto.

—Antes tengo que pasar por Nuevo Israel —dijo Steiner.

—No hay problema. Me sobra tiempo.

En otro tiempo, por cuenta propia, Otto Zitte había manejado un pequeño negocio en el mercado negro; trataba exclusivamente con equipamiento electrónico, componentes de gran fragilidad y tamaño reducido, que se introducían de contrabando en los cargueros comunes que operaban entre la Tierra y Marte. Y antes aun había intentado importar artículos clandestinos tan preciados como máquinas de escribir, cámaras fotográficas, grabadoras, pieles y whisky, pero la competencia lo había apartado. Eran los grandes operadores profesionales del mercado negro, que contaban con grandes capitales de apoyo y un sistema de transporte a gran escala, quienes habían acaparado el comercio de esos artículos necesarios para la vida y los vendían en todas las colonias. Y de todos modos, Otto no tenía vocación. Quería ser técnico en reparaciones; de hecho había ido a Marte para eso, sin saber que dos o tres firmas monopolizaban el negocio de las reparaciones, operando al modo de gremios exclusivos; por ejemplo la Compañía Yee, para la cual trabajaba Jack Bohlen, el vecino del señor Steiner. Otto se había presentado a las pruebas de aptitud pero no era suficientemente bueno. Por lo tanto, después de algo más de un año en Marte, se había puesto a trabajar para Steiner en ese pequeño negocio de importación. Era

humillante, pero al menos no hacía trabajo manual en una cuadrilla cualquiera de las colonias, bajo ese sol que reclamaba el desierto para sí.

Mientras volvían al cobertizo, Steiner dijo:

—Por más que tenga que tratar con ellos a menudo, personalmente no soporto a los israelíes. La vida antinatural que llevan, en esas barracas, y siempre intentando cultivar huertos, plantar naranjos y limoneros, ya me entiendes... Le llevan ventaja a todo el mundo porque en Casa vivían prácticamente como aquí, en el desierto y casi sin recursos...

—Es verdad —dijo Otto—. Pero tiene que reconocerles que se parten el lomo. No holgazanean.

—Y no sólo eso —dijo Steiner—. Con la comida son unos hipócritas. Fíjate la cantidad de botes de carne no kósher que me compran. No hay uno que guarde las normas alimenticias.

—Bueno, si no aprueba que le compren ostras ahumadas no se las venda —dijo Otto.

—Eso es asunto de ellos, no mío —dijo Steiner.

Tenía otro motivo para visitar Nuevo Israel, un motivo que ni siquiera Otto conocía. Un hijo suyo vivía allí, en un campo especial para los llamados «niños anómalos». El término se refería a cualquier niño que, física o psicológicamente, difiriera de la norma al punto de no poder asistir a la Escuela Pública. El hijo de Steiner era autista y hacía tres años que la instructora del campo trabajaba con él, procurando que lograra comunicarse con la cultura humana en la que había nacido.

Tener un hijo autista era una vergüenza especial, porque para los psicólogos el origen de la enfermedad era un defecto de los padres, por lo general un temperamento esquizoide. Manfred Steiner, de diez años, no había dicho nunca una palabra. Andaba por ahí de puntillas, esquivando a las personas como si fueran cosas puntiagudas y peligrosas. Físicamente era un chico rubio, grande y sano, y el primer año a los Steiner los había regocijado tenerlo. Pero ahora... hasta la instructora del campo B-G ofrecía pocas esperanzas. Y la instructora era siempre optimista; era su trabajo.

—Puede que me pase en Nuevo Israel todo el día —dijo Steiner, mientras él y Otto cargaban las cajas de jaiva en el helicóptero—Tengo que visitar todos los malditos kibbutz, y se tarda horas.

—¿Por qué no quiere que vaya? —preguntó Otto rojo de rabia.

Steiner arrastró los pies, agachó la cabeza y culpablemente dijo:

—No me interpretes mal. Me encantaría tener compañía, pero.. —Por un instante pensó en contarle a Otto la verdad—. Te llevaré hasta la terminal del tractorbús..., ¿de acuerdo?

Se sentía cansado. Cuando llegara al campo B-G encontraría a Manfred igual que siempre, reacio a mirar a los ojos, fijando la vista sólo en las cosas de alrededor, más

parecido a un animal tenso y vigilante que a un niño... Apenas valía la pena ir, pero aun así iría.

Por dentro, Steiner le echaba la culpa a su mujer; en la época en que Manfred era bebé, nunca le había hablado ni le había mostrado el menor afecto. Educada como química, había tenido una actitud intelectual, práctica, inapropiada en una madre. Lo había bañado y alimentado como si fuera un animal de laboratorio, una rata blanca por ejemplo. Lo había mantenido limpio y sano pero nunca lo había acunado ni se había reído con él; en realidad nunca había usado el lenguaje. Era natural entonces que el niño se hubiese vuelto autista; ¿qué otra cosa le quedaba? Pensar en esto ponía a Steiner lúgubre. Eso pasaba por casarse con una licenciada. Cuando pensaba en el hijo de los Bohlen, todo el día jugando a gritos... Pero ahí estaba Silvia Bohlen: una madre y una mujer auténtica, vital, físicamente atractiva, viva. Ciertamente que era dominante y egoísta... Tenía un sentido de la propiedad altamente desarrollado. Pero eso a Steiner le despertaba admiración. Silvia no era sentimental: era fuerte. Bastaba como ejemplo su actitud en la cuestión del agua. No se podía quebrarla, ni siquiera alegando que por una filtración en el tanque uno había perdido la ración de dos semanas. Pensando en eso Steiner sonrió compungido. Silvia Bohlen no había caído en la trampa ni por un momento.

Otto dijo:

—Déjeme en la terminal, entonces.

—Muy bien —dijo Steiner, aliviado—. Así no tendrás que soportar a los israelíes.

Observándolo, Otto dijo:

—Ya le he dicho, Norbert, que a mí no me molestan.

Juntos entraron en el helicóptero. Steiner se sentó a los controles y puso en marcha el aparato. Otto y él no se dijeron nada más.

Mientras posaba el aparato en el helipuerto Weizmann, al norte de Nuevo Israel, Steiner sintió culpa por haber hablado mal de los israelíes. Lo había hecho sólo en el marco de un discurso encaminado a disuadir a Otto de ir con él, pero igualmente no respondía a la verdad; contradecía sus verdaderos sentimientos. Vergüenza, se dio cuenta. Por eso lo había dicho: vergüenza de tener un hijo defectuoso en el campo B-G. Qué impulso tan poderoso: podía llevar a un hombre a decir cualquier cosa.

Sin los israelíes, su hijo no habría tenido quien lo cuidara. En Marte no había otros servicios para niños anómalos, si bien en Casa las instituciones especiales abundaban tanto como cualquier otro servicio que a uno se le ocurriera. Y el coste de tener a Manfred en el campo era tan bajo que parecía casi una formalidad. Steiner aparcó el helicóptero y se apeó sintiendo que la culpa crecía, hasta que se preguntó si podría enfrentarse con los israelíes. Le daba la impresión, Dios no lo permitiera, de que iban a leerle la mente, de que de algún modo intuirían lo que había dicho de ellos.

Sin embargo, el personal de campo lo saludó cordialmente, y la culpa empezó a

apagarse. Era evidente que no se traslucía. Cargando las pesadas maletas, Steiner cruzó la pista hasta el aparcamiento en donde el tractorbús esperaba para llevar los pasajeros al distrito central de negocios.

Había subido ya al bus y se estaba poniendo cómodo cuando se percató de que no llevaba nada para su hijo. La señorita Milch, la instructora, le había dicho que llevara siempre algún regalo, un objeto por el cual Manfred pudiera recordar a su padre después de que se hubiese ido. Tendré que parar por ahí, se dijo Steiner. Comprar un juguete, quizá un juego. Y luego recordó que una madre que visitaba a su hijo en el campo B-G tenía en Nuevo Israel una tienda de artículos de regalo: la señora Esterhazy. Podía parar allí; la señora Esterhazy había visto a Manfred y sabía de niños anómalos en general. Ella le diría que comprar sin preguntar cosas incómodas como la edad que tenía el muchacho.

En la parada más cercana a la tienda se bajó del bus y recorrió la acera, mirando con placer los pequeños y cuidados almacenes y despachos. En muchos aspectos Nuevo Israel le Recordaba a Casa; era una ciudad de veras, más que la misma Bunchewood Park o Lewistown. Había mucha gente a la vista, la mayoría con prisa, como si estuviese ocupada, y Steiner se embebió de la atmósfera de comercio y actividad.

Llegó a la tienda de regalos, que tenía un cartel moderno y escaparates curvos. Salvo por el arbusto marciano que crecía en la cristalera, podría haber sido un almacén del centro de Berlín. Entró. La señora Esterhazy estaba de pie tras el mostrador y sonrió al reconocerlo. Era una atractiva matrona de poco más de cuarenta años, con el pelo oscuro y siempre bien vestida, siempre con un aire despejado e inteligente. Como sabía todo el mundo, la señora Esterhazy desplegaba una actividad tremenda en asuntos cívicos y políticos; publicaba un boletín e integraba un comité tras otro.

Que tenía un hijo en el campo B-G era un secreto sólo conocido por unos pocos de los demás padres, y desde luego por el equipo del campo. Era un niño pequeño, de sólo tres años, que padecía uno de los impresionantes defectos físicos asociados con la exposición a rayos gamma durante la vida intrauterina. Él lo había visto una sola vez. En el campo B-G había muchas anomalías impactantes, y Steiner había llegado a aceptar a quienes las sufrían fuera cual fuese su aspecto. Al principio, el niño Esterhazy lo había sobresaltado, chiquito y apergaminado como era, con unos ojos enormes, como de lémur. Tenía unos peculiares dedos palmeados, como si lo hubieran modelado para un mundo acuático. A Steiner le daba la impresión de ser asombrosamente agudo en sus percepciones; lo había estudiado con una intensidad profunda, como si alcanzara en él una hondura habitualmente inaccesible, tal vez incluso para él mismo... En cierto modo había parecido alargarse hasta sondearle los secretos; luego se había retirado, tras aceptarlo sobre la base de lo que había

comprendido.

Steiner presumía que el niño era marciano, es decir, nacido en Marte de la señora Esterhazy y un hombre que no era el marido, porque la señora Esterhazy vivía sola. Este dato él lo había obtenido de una conversación; ella lo había anunciado con calma, sin tapujos. Hacía unos cuantos años que estaba divorciada. Evidentemente, pues, el niño del campo B-G era hijo natural, cosa que, como tantas mujeres modernas, la señora Esterhazy no consideraba una desgracia. Steiner compartía su opinión.

Apoyando en el suelo las pesadas maletas, dijo:

—Qué tienda más bonita tiene, señora Esterhazy.

—Gracias —dijo ella, saliendo de detrás del mostrador—. ¿En qué puedo servirlo, señor Steiner? ¿Ha venido a venderme yogur o germen de trigo? —Los ojos oscuros titilaron.

—Necesito un regalo para Manfred —dijo Steiner.

En la cara de ella apareció una expresión suave y compasiva.

—Ya. Bueno.. —Se alejó de él hacia un estante—. El otro día, estando de visita en B-G, vi a su hijo. ¿Alguna vez se ha interesado por la música? La música suele gustar a los niños autistas.

—Le gusta dibujar. Se pasa el tiempo haciendo dibujos.

Ella tomó un pequeño instrumento de madera que parecía una flauta.

—Esto lo hacen aquí. Y está muy bien hecho —Se lo tendió.

—Sí —dijo él—. Me lo llevaré.

—La señorita Milch, en B-G, está usando la música como método para llegar a los niños autistas —dijo la señora Esterhazy envolviendo la flauta de madera—. En especial la danza —Titubeó un momento—. Señor Steiner, usted sabe que estoy en contacto permanente con la situación política de Casa. Yo... Corre el rumor de que la ONU está pensando.. —Bajó la voz y palideció—. Detesto causarle sufrimiento, señor Steiner, pero si esto tiene algo de cierto, y parece que sí...

—Siga —Pero ahora Steiner deseó no haber entrado. Sí, la señora Esterhazy estaba en contacto con acontecimientos importantes, y a él eso bastaba para desasosegarlo. No necesitaba oír más.

La señora Esterhazy dijo:

—Se supone que la ONU ya está discutiendo una medida relacionada con los niños anómalos —Le tembló la voz—. Demandaría la clausura del campo B-G.

Al cabo de un momento él consiguió decir:

—Pero ¿por qué? —La miraba fijamente.

—Temen... Bueno, no quieren que en los planetas coloniales aparezcan lo que llaman «cepas defectuosas». Quieren mantener pura la raza. ¿Usted puede entenderlo? Yo sí, y sin embargo..., vaya, no puedo estar de acuerdo. Probablemente a

causa de mi hijo. No, no puedo estar de acuerdo, así de sencillo. Los niños anómalos de Casa no les preocupan porque no tienen las mismas aspiraciones para sí mismos que para nosotros. Comprenda cuánto idealismo depositan en nosotros, con cuánta ansiedad nos miran... ¿Recuerda lo que sentía usted antes de emigrar aquí con su familia? Allá en Casa la existencia de niños anómalos en Marte parece un signo de que uno de los mayores problemas de la Tierra se ha trasplantado al futuro, porque para ellos el futuro somos nosotros, y...

Steiner la interrumpió.

—¿Está segura de que hay un proyecto así?

—Tengo la sensación de que es cierto —Lo miró de frente, la barbilla levantada, los inteligentes ojos en calma—. Ningún cuidado nos bastará; sería horrible que cerraran el campo B-G y.. —No terminó la frase. Steiner leyó en sus ojos algo indecible. Matarían a los niños anómalos, su hijo y el niño de ella, de algún modo científico, indoloro, instantáneo. ¿Quería decir eso?

—Acabe —dijo.

La señora Esterhazy dijo:

—Pondrán a los niños a dormir.

Asqueado, él dijo:

—Está diciendo que los matarán.

—Oh —dijo ella—. ¿Cómo puede hablar así, como si no le importase? —Lo miró horrorizada.

—Cristo —dijo él con una amargura violenta—. Si en esto hay algo de cierto.. — Pero no la creía. ¿Quizás porque no quería creerla? ¿Porque era demasiado espantoso? No, pensó. Porque no confiaba en su instinto, en su sentido de la realidad; esa mujer había recogido un rumor tergiversado e histérico. Tal vez hubiera un proyecto dirigido a un aspecto tangencial del asunto que en cierto modo afectaría a los niños del campo B-G. Pero ellos, los padres de los niños, habían vivido siempre bajo esa nube. Habían leído sobre la esterilización obligatoria de padres y vástagos en casos de probada alteración permanente de gónadas; casos, por lo general, de exposición a una cantidad inusual de rayos gamma —¿Quiénes son los autores del proyecto en la ONU?

—Se supone que lo han escrito seis miembros de la Comisión Interplanetaria de Bienestar y Salud —Se puso a escribir—. Aquí tiene los nombres. Bueno, señor Steiner, lo que nos gustaría es que le escribiese a esta gente, y pidiese a todos los conocidos suyos que...

Él apenas escuchaba. Pagó la flauta, le dio las gracias, aceptó el papel doblado en dos y salió de la tienda.

Maldición, ¡ojalá no se le hubiera ocurrido entrar! ¿La divertía a la Esterhazy contar esas historias? ¿No había suficientes problemas en el mundo para que las

señoras, que, para empezar, no tenían nada que hacer en los asuntos públicos, traficaran con cuentos de comadres?

Pero dentro de él una voz tenue decía: Puede que tenga razón. Tienes que mirarlo de frente. Aferrando las pesadas maletas, Steiner apretó el paso, confuso y atemorizado, apenas consciente de las tiendecitas nuevas que iba dejando atrás en su camino hacia el campo B-G y el niño que lo esperaba.

Al entrar en el invernadero del campo Ben Gurión, bajo la bóveda de cristal vio a la rubia señorita Milch, en bata de trabajo y sandalias, manchada de barro y pintura, una expresión de concentración en su cara. Acercándose a él, la muchacha ladeó la cabeza y se apartó el enmarañado pelo de la cara.

—Hola, señor Steiner. Vaya día hemos tenido. Dos niños nuevos, y encima uno es un demonio.

—Señorita Milch —dijo él—. Acabo de estar en la tienda de la señora Esterhazy y me ha contado...

—¿Le contó lo del supuesto proyecto de la ONU? —La señorita Milch parecía cansada—. Sí, hay un proyecto así. Si puede, procure disimular la agitación delante de Manfred; las incorporaciones de hoy lo han perturbado —Echó a andar hacia un pasillo que salía del invernadero, para guiar al Señor Steiner hasta el salón de juegos donde estaba su hijo, pero él corrió detrás y la frenó.

—¿Qué se puede hacer con eso? —preguntó sin aliento. Apoyó las maletas, reteniendo sólo la bolsa de papel donde la señora Esterhazy había metido la flauta.

—Me parece que no podemos hacer nada —dijo la señorita Milch. Fue despacio hasta la puerta y la abrió. Les llegó un sonido agudo y estridente de voces infantiles—. Naturalmente, las autoridades de Nuevo Israel y las de Israel mismo, en Casa, han protestado furiosamente, lo mismo que varios gobiernos más. Pero buena parte del asunto es secreto; para que no se desate el pánico mantienen el proyecto en secreto y lo han hecho todo bajo cuerda. Nadie sabe de verdad qué siente la gente ni si habría que escucharla —Agotada y quebradiza, la voz de la señorita Milch se arrastraba como si fuera a quedarse sin batería. Pero entonces pareció recobrase. Palmeó el hombro de Steiner—. Pienso que lo peor que harían, después de cerrar el B-G, sería deportar a los niños anómalos a Casa. No creo que nunca lleguen al extremo de eliminarlos.

—A campos de la Tierra —se apresuró a decir Steiner.

—Vamos a ver a Manfred —dijo la señorita Milch—. ¿De acuerdo? Me parece que sabe que es su día de visita. Estaba junto a la ventana, aunque claro que a menudo está allí.

De repente, para su propia sorpresa, él prorrumpió con voz ahogada:

—Me pregunto si quizá no tienen razón. ¿Para qué tener un niño incapaz de hablar y de vivir con la gente?

La señorita Milch lo miró sin decir nada.

—Nunca podrá conservar un empleo —siguió Steiner—. Para la sociedad será siempre una carga, como ahora. ¿Es verdad o no?

—Los niños autistas no dejan de confundirnos —dijo la señorita Milch—. Por lo que son, por cómo llegaron a ser así y por la tendencia a empezar de pronto a evolucionar mentalmente, sin razón que se aprecie, tras años de fracasar totalmente en responder.

—Creo que en buena conciencia no puedo oponerme al proyecto —dijo Steiner—. Después de haberlo meditado, no. Ahora que ha pasado la conmoción... Sería justo. Siento que es justo —Le temblaba la voz.

—Bueno —dijo la señorita Milch—. Me alegro de que no se lo haya dicho a Anne Esterhazy, porque no lo habría dejado ir; lo habría abrumado a discursos hasta tenerlo del lado de ella —Mantuvo abierta la puerta del salón de juegos—. Manfred está en aquel rincón.

Viendo a su hijo a lo lejos, Steiner pensó: No podrías volver a mirarlo. La cabeza grande y bien formada, el pelo crespo, los rasgos hermosos... El niño estaba doblado, absorto en algo que tenía en la mano. Un muchacho auténticamente guapo, con ojos de un brillo unas veces burlón, otras dichoso y excitado... Y esa coordinación tremenda. Ese modo de salir disparado, de puntillas, como bailando al compás de una música inaudible, una melodía de su mente cuyos ritmos lo mantenían hechizado.

Qué pedestres somos comparados con él, pensó Steiner. Plomizos. Nos arrastramos como caracoles, mientras que él baila y salta como si no lo afectara la gravedad. ¿No estaría hecho de una especie de átomos nueva y diferente?

—Hola, Manny —saludó el señor Steiner a su hijo.

El niño no alzó la cabeza ni dio muestras de haber advertido su presencia; siguió jugueteando con el objeto.

Les escribiré a los autores del proyecto, pensó Steiner, y les diré que tengo un hijo en el campo. Y que estoy de acuerdo con ellos.

Se asustó de lo que pensaba.

Asesinato; de Manfred: lo reconoció. Me brota el odio por él, liberado por las noticias. Ya veo por qué lo discuten en secreto. Apuesto a que mucha gente guarda este odio. Dentro, sin reconocerlo.

—Nada de flautas para ti, Manfred —dijo Steiner—. ¿Por qué voy a dártela, eh? ¿Te importa aunque sea un poco? No —El niño no alzó la vista ni dio señales de oír—. Nada —dijo Steiner—. Vacío.

En eso se acercó el alto y delgado doctor Glaub, de chaqueta blanca, con su tablero de notas. Steiner percibió de golpe la presencia y se sobresaltó.

—Hay una teoría nueva sobre el autismo —dijo el doctor Glaub—. Viene de Berghólzlei, Suiza. Quería discutirla con usted, porque al parecer abre una

perspectiva nueva para este niño.

—Lo dudo —dijo Steiner.

Como si no lo hubiera oído, el doctor Glaub continuó:

—Admite que el individuo autista tiene perturbado el sentido del tiempo, y que siente acelerarse el entorno de tal modo que no puede lidiar con él. De hecho es incapaz de percibir ese entorno adecuada, precisamente, como nos pasaría a nosotros frente a un programa de televisión en cámara rápida, donde los objetos zumbaban como bólidos y el sonido fuera una jerga incomprensible..., ¿se da cuenta? Pues bien, esta teoría nueva pondría al niño autista en una sala cerrada, frente a una pantalla en donde se proyectarían en cámara lenta secuencias filmadas, ¿comprende? Con la imagen y la banda sonora a baja velocidad, tan baja que ni usted ni yo percibiríamos el movimiento ni captaríamos los sonidos como habla humana.

Fatigadamente, Steiner dijo:

—Fascinante. En materia de psicoterapia siempre hay algo nuevo, ¿no?

—Sí —asintió el doctor Glaub—. Sobre todo en Suiza. Allí tienen ingenio para comprender la visión del mundo de los perturbados, los individuos encapsulados y aislados de los medios de comunicación corrientes, ¿se da cuenta?

—Lo sé —dijo Steiner.

Sin dejar de asentir, el doctor Glaub se había alejado, para detenerse ante una madre sentada junto a su hijita. Las dos examinaban un libro de ropa para pintar.

Esperanza antes del diluvio, pensó Steiner. ¿Sabe el doctor Glaub que cualquier día de estos las autoridades de la Tierra pueden cerrar el campo B-G? Feliz con sus esquemas, el buen doctor se afana en una inocencia idiota.

Acercándose al médico, Steiner esperó una pausa en la conversación para decir:

—Doctor, me gustaría discutir un poco más esa teoría.

—Sí, sí —dijo el doctor Glaub, disculpándose con la mujer y la niña. Llevó a Steiner aparte para que pudieran hablar en privado—. Acaso el concepto de índices de tiempo abra una puerta a esas mentes tan exhaustas por la imposible tarea de comunicarse en un mundo donde todo ocurre con tal rapidez que...

Steiner lo interrumpió:

—Suponga que su teoría resulta. ¿Cómo se ayuda a un individuo así a funcionar? ¿Pretende que se pase el resto de la vida en la sala cerrada, con la televisión en cámara lenta? Lo que yo pienso, doctor, es que aquí en el campo B-G todos están jugando. No aceptan la realidad. Ustedes son virtuosos. Faltos de malicia. Pero el mundo de fuera... no es así. Éste es un lugar noble, idealista, pero ustedes se engañan. Y en mi opinión también engañan a los padres, permíteme si se lo digo. Esa sala cerrada en cámara lenta es el epítome de todos ustedes, de su actitud aquí.

El doctor Glaub escuchó, asintiendo, con una expresión muy atenta.

—Nos han prometido equipamiento técnico —dijo en cuanto Steiner hubo

acabado—. La Westinghouse, allá en Casa. En la sociedad, la comunicación con los otros se lleva a cabo sobre todo mediante el sonido, y la Westinghouse nos ha diseñado una grabadora que recoge el mensaje dirigido al individuo psicótico —por ejemplo su muchacho, Manfred— y, luego de registrarlo en una cinta de óxido de hierro, casi al instante lo reproduce a menor velocidad; luego lo borra y registra el mensaje siguiente, y así sucesivamente, con el resultado de que el individuo, a su propia velocidad, entabla contacto permanente con el mundo exterior. Y más tarde esperamos tener en nuestras manos una videograbadora que le presentará al psicótico un registro constante pero desacelerado de la porción de realidad correspondiente al fragmento de sonido. Cabe admitir que al sujeto lo separará un paso del contacto con la realidad, y que el problema del tacto se presenta difícil; pero disiento de que esto sea demasiado idealista para resultar útil. Mire la difundida terapia química que se puso a prueba no hace tanto. Se usaron estimulantes para acelerarle al psicótico el sentido interior del tiempo, de modo que pudiera comprender los estímulos que se vertían en él; pero en cuanto el estimulante se agotó, la capacidad cognitiva del sujeto se fue haciendo más lenta en la misma medida en que el deficiente metabolismo se restablecía, ¿se da cuenta? Sin embargo aprendimos de eso muchísimo; aprendimos que la psicosis tiene base química, no psicológica. Un solo experimento con amital de sodio trastocó sesenta años de nociones erróneas...

—Sueños —interrumpió Steiner—. Usted nunca tomará contacto con mi hijo —Dio media vuelta y se alejó del doctor Glaub.

Del campo B-G tomó un bus hasta un restaurante pretencioso, el Zorro Rojo, que siempre le compraba buena cantidad de mercancía. Una vez acabó de tratar con el dueño, se sentó un rato a la barra a beber una cerveza.

El parloteo del doctor Glaub... era esa clase de idiotez que, para empezar, los había llevado a Marte. A un planeta donde un vaso de cerveza costaba el doble que uno de whisky porque contenía mucha más agua.

El dueño del Zorro Rojo, un hombre bajito, calvo y robusto, con gafas, se sentó al lado de Steiner y dijo:

—¿Por qué tan lúgubre, Norb?

—Van a cerrar el campo B-G —dijo Steiner.

—Bien hecho —dijo el dueño del Zorro Rojo—. Aquí en Marte no necesitamos engendros; es mala publicidad.

—Estoy de acuerdo —dijo Steiner—. Hasta cierto punto, al menos.

—Pasa como con esos bebés con aletas de foca que había en los sesenta, por tomar no sé qué droga alemana. Tendrían que haberlos destruido a todos. Si nacen tantos niños normales, ¿para qué mantener a estos otros? Si tuviera un hijo con brazos de más o sin brazos, por así decir, deforme, no querría mantenerlo vivo, ¿no?

—No —dijo Steiner. No dijo que allá en la Tierra había un hermano de su mujer

que era uno de esos niños; había nacido sin brazos y usaba unos artificiales, soberbios, diseñados para él por una empresa canadiense especializada en el tema.

De hecho no le dijo nada al hombrecito robusto; bebió la cerveza mirando las botellas alineadas detrás de la barra. El hombrecito no le gustaba nada y nunca le había hablado de Manfred. Conocía sus arraigados prejuicios. Tampoco era un caso raro. Steiner no lograba sentir rencor hacia él; simplemente estaba agotado y no quería discutir.

—Así empezó la cosa —dijo el dueño—. Con los bebés que nacieron en los sesenta. ¿Hay alguno en el campo B-G? Nunca he pisado ese lugar y nunca lo haré.

Steiner dijo:

—¿Cómo van a estar en el B-G? Esos niños apenas son anómalos; anómalo significa que sólo hay uno.

—Hombre, claro —admitió el dueño—. Entiendo lo que dice. De todos modos, si hace años los hubieran destruido hoy no habría lugares como el B-G, porque, en mi opinión, hay un vínculo directo entre los monstruos nacidos en los sesenta y los engendros que nacieron desde entonces por supuesta culpa de la radiación. Es decir, todo es cuestión de genes ineptos, ¿no? Bien, pues yo pienso que los nazis tenían razón. Ellos ya habían visto en los treinta la necesidad de eliminar las razas genéticamente inferiores; se dieron cuenta de...

—Un hijo mío —empezó Steiner, y entonces se detuvo. Comprendió lo que había dicho. El hombrecito robusto lo miraba fijo—. Un hijo mío está allí —continuó al fin Steiner—, y para mí él significa al menos tanto como su hijo para usted. Sé que un día aflorará de nuevo al mundo.

—Permita que le demuestre cuánto lo siento, Norbert —dijo el hombrecito robusto—, invitándolo a una copa. Quiero decir que siento haber dicho lo que dije.

—Para los que tenemos hijos en el B-G —dijo Steiner—, que cerraran el campo sería una calamidad insoportable. No puedo ni pensarlo.

—Ya entiendo —dijo el hombrecito robusto—. Comprendo lo que siente.

—Si comprende lo que siento, usted es superior a mí —dijo Steiner—. Porque para mí es un lío —Dejó el vaso vacío en el mostrador y se bajó del taburete—. No quiero otra copa —dijo—, Perdome; me tengo que ir —Recogió las pesadas maletas.

—Hace tiempo que viene aquí, Norbert —dijo el dueño—. Hemos hablado mucho del campo y nunca me dijo que tenía allí un hijo. No ha hecho bien —Ahora parecía enfadado.

—¿Por qué no he hecho bien?

—Demonios, de haberlo sabido no habría dicho lo que dije. El responsable es usted, Norbert; podría habérmelo contado, pero se lo guardó adrede. Y eso no me gusta nada —Se había puesto rojo de indignación.

Cargando las maletas Steiner salió del bar.

—Hoy no es mi día —dijo en voz alta—. Me he peleado con todo el mundo; la próxima visita me la pasaré pidiendo disculpas... Si es que vuelvo alguna vez. Pero tengo que volver; para mi negocio es vital. Y tengo que parar en el campo B-G. No hay otro camino.

De pronto se le ocurrió que debía matarse. La idea le apareció plena en la mente, como si hubiese estado siempre allí, como si fuera parte de él. No era difícil; bastaba estrellar el helicóptero. Pensó: estoy hasta la coronilla de ser Norbert Steiner, maldita sea; yo no pedí ser Norbert Steiner ni vender comida de contrabando ni nada. ¿Qué razón tengo para seguir vivo? Con las manos no soy bueno; no sé hacer cosas ni repararlas; tampoco sé usar la cabeza: soy un simple vendedor. Estoy cansado de que mi mujer me desprecie porque no sé mantener en funcionamiento el equipo de agua. Estoy cansado de Otto, a quien tuve que emplear porque soy un inútil hasta en mi propio negocio.

En realidad, pensó, ¿por qué esperar hasta volver al helicóptero? Por la calle, retumbando, se acercaba un enorme tractorbús con los flancos velados de arena. Acababa de cruzar el desierto; llegaba a Nuevo Israel desde alguna otra colonia. Steiner dejó las maletas, bajó a la calle y se lanzó derecho hacia él.

El tractorbús hizo sonar el claxon; los frenos rechinaron. Otros vehículos pararon mientras Steiner corría con la cabeza baja y los ojos cerrados. Sólo en el último momento, cuando el sonido del claxon creció hasta hacersele insoportablemente doloroso, los abrió por fin. Vio al conductor boquiabierto, vio el volante y el número en la gorra del hombre. Y luego...

En el invernadero del campo Ben Gurión, la señorita Milch oyó ulular de sirenas e hizo una pausa en medio de la Danza del Hada Ciruela, de la Suite del Cascanueces de Chaikovski, que estaba tocando en el piano para que los niños bailaran.

—¡Fuego! —dijo uno yendo hacia la ventana. Los otros fueron detrás.

—No, señorita Milch. Es una ambulancia —dijo otro niño, ya en la ventana—. Va para la ciudad.

La señorita Milch retomó la pieza, y los niños, al oír los ritmos que salían del piano, volvieron poco a poco a sus lugares. Eran osos del zoológico, que retozaban a cambio de cacahuetes; eso les sugería la música, y la señorita Milch les había dicho que se lanzaran a representarlo.

Apartado, Manfred se mantenía insensible a la música, la cabeza gacha y una expresión pensativa en la cara. En un momento, el clamor de las sirenas se hizo más alto y Manfred alzó la cabeza. Advirtiéndolo, la señorita Milch ahogó un grito y dejó escapar una plegaria. ¡El niño había oído! Exultante, atacó más fuerte aún la música de Chaikovski. Tenían razón ella y los médicos: el contacto le había llegado al niño por el sonido. Ahora Manfred se acercaba despacio a la ventana; sin nadie al lado oteó los edificios y las calles de abajo, buscando el origen del sonido que lo había

incitado, que le había llamado la atención.

A fin de cuentas la situación no es tan desesperada, se dijo la señorita Milch. Espera a que lo sepa su padre; es una prueba de que no debemos rendirnos nunca.

Feliz, siguió tocando con fuerza.

4

Bajo el candente sol marciano de media tarde, David Bohlen estaba construyendo una presa de tierra húmeda al borde del huerto de su familia cuando vio que frente a la casa de los Steiner se posaba un helicóptero policial de la ONU. Al instante supo que ocurría algo.

Un policía de uniforme azul y casco brillante bajó del aparato y recorrió el sendero que llevaba a la puerta delantera de los Steiner, y cuando aparecieron dos de las niñas las saludó. Luego le dijo algo a la señora Steiner, y ambos entraron en la casa y detrás de ellos se cerró la puerta.

David se puso en pie y a través del jardín y la franja de arena corrió hasta la acequia; la cruzó de un salto, avanzó por el suelo yermo donde la señora Steiner había tratado en vano de cultivar pensamientos y en la esquina de la casa topó de golpe con una de las niñas; inerte, con la cara blanca, estaba arrancando un tallo de cizaña. Parecía a punto de vomitar.

—Eh, ¿qué pasa? —le preguntó—. ¿Qué hace el policía hablando con tu mamá?

La niña Steiner lo miró y salió disparada, dejándolo solo.

Apuesto a que sé lo que pasa, pensó David. Han arrestado al señor Steiner porque ha hecho algo ilegal. Excitado, saltaba de un lado a otro. Me pregunto qué habrá hecho. Dando media vuelta, volvió a la carrera sobre sus pasos, saltó de nuevo por encima del canal y abrió la puerta de su casa.

—¡Mamá! —gritó, corriendo por las habitaciones—. Oye, ¿sabes eso que siempre decís tú y papá, de que el señor Steiner está fuera de la ley, en su trabajo quiero decir? Bueno, ¿sabes qué?

No encontraba a su madre por ningún lado; comprendió que se habría ido de visita. Por ejemplo a casa de la señora Henessy, que vivía cerca, canal arriba. Era frecuente que su madre se pasara la mayor parte del día visitando a otras señoras, bebiendo café e intercambiando chismes. Vaya, pues se lo están perdiendo, David pensó. Corrió a mirar por la ventana, para cerciorarse de que él no se perdía detalle.

Ahora el policía y la señora Steiner habían salido e iban despacio hacia el helicóptero. La señora Steiner se llevaba a la cara un gran pañuelo y el policía le rodeaba el hombro, como si fuera un pariente o algo así. Fascinado, David los miró subir al helicóptero. Las niñas Steiner se habían apretado en un grupito, con unas caras peculiares. El policía fue a hablarles y ya había regresado al helicóptero cuando reparó en David. Le hizo una seña para que se acercase. David, con miedo, obedeció; parpadeando por el sol asomó de la casa y paso a paso se acercó al policía de casco brillante, brazaletes y pistola a la cintura.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó el policía con acento raro.

—David Bohlen —Le temblaban las piernas.

—¿Papá o mamá están en casa, David?

—No —dijo él—. Estoy solo.

—Cuando vuelvan tus padres, diles que vigilen a estas niñas mientras no esté la señora Steiner —El policía encendió el motor del helicóptero y las aspas empezaron a girar—. ¿Lo harás, David? ¿Me entiendes?

—Sí, señor —dijo David, notando la banda azul que significaba que el policía era sueco. El muchacho conocía las señas de identificación de todas las unidades de la ONU. Se preguntó a qué velocidad podría ir el helicóptero. Daba la impresión de que la tarea era urgente, y le dieron ganas de subirse: había perdido el miedo al policía y ahora le habría gustado hablar mas con él. Pero el policía se estaba yendo. El helicóptero despegó y torrentes de viento y arena obligaron a David a apartarse, cubriéndose la cara con un brazo.

Las cuatro niñas Steiner seguían apretadas, sin decir una palabra. Una, la mayor, se había echado a llorar. Silenciosas lágrimas le corrían por las mejillas. La más pequeña, que sólo tenía tres años, le sonrió a David tímidamente.

—¿Queréis ayudarme a hacer la presa? —las llamó él—. Podéis venir. El policía me dijo que no había problema.

Al cabo de un momento, la niña menor se le acercó, y las otras la siguieron.

—¿Qué ha hecho tu padre? —le preguntó David a la mayor. Tenía doce años. Más que él—. El policía dijo que podías contarle.

No hubo respuesta; la niña se limitaba a mirarlo.

—Si me lo cuentas no se lo diré a nadie —dijo David—. Te prometo que me lo guardaré.

Silvia Bohlen tomaba el sol en el patio vallado y emparrado de June Henessy, bebiendo té helado, conversando amodorradamente, cuando la radio dio las noticias de la tarde.

A su lado, June se incorporó diciendo:

—Oye, ¿no es el hombre que vive al lado de tu casa?

—Shh —dijo Silvia, y prestó más atención. Pero el locutor no dijo nada más. Sólo una breve mención: Norbert Steiner, representante de alimentos naturales, se había suicidado en una calle céntrica de Nuevo Israel lanzándose contra un tractorbús. Era el mismo Steiner, sí; su vecino: lo supo enseguida.

—Qué espanto —dijo June, sentándose para ajustarse los tirantes de la blusa de topos—. Yo sólo lo vi un par de veces, pero...

—Era un hombrecito espantoso —dijo Silvia—. No me sorprende que lo haya hecho —Y sin embargo estaba horrorizada. No lo podía creer. Se puso en pie y dijo: —Con cuatro hijas... ¡La ha dejado sola con cuatro hijas! ¿No es atroz? ¿Qué será de ellas? De todos modos estaban tan indefensas...

—Me han dicho —dijo June— que tiene negocios en el mercado negro. ¿Tú has

oído algo? Tal vez lo habían acorralado.

—Será mejor —dijo Silvia— que vuelva a casa y vea si puedo ayudar a la señora Steiner. Quizá pueda tener un tiempo a las niñas —¿Habría sido culpa mía?, se preguntó. ¿Será posible que lo haya hecho porque esta mañana le negué el agua? Era posible, porque en aquel momento Steiner estaba en la casa; aún no se había marchado al trabajo.

O sea que tal vez fue culpa nuestra. De nuestra forma de tratarlos... ¿Quién de nosotros fue alguna vez amable con ellos, los aceptó de verdad? Pero son una gente tan horrible, tan quejosa, siempre pidiendo ayuda, mendigando, pidiendo prestado... ¿Quién iba a respetarlos?

Entró en la casa y en el dormitorio se puso los pantalones y la camiseta. Detrás de ella entró June Henessy.

—Sí —dijo—. Tienes razón. Tenemos que arrimar el hombro todas. Me pregunto si se quedará aquí o volverá a la Tierra. Yo me volvería. De todos modos yo estoy prácticamente decidida a volver. Esto es de lo más soso.

Recogiendo el bolso y el tabaco, Silvia se despidió de June y echó a andar por el borde del canal. Sin aliento, llegó a su casa a tiempo para ver el helicóptero policial perdiéndose en el cielo. En el patio trasero encontró a David con las cuatro niñas Steiner; estaban jugando.

—¿Se han llevado a la señora Steiner? —le preguntó a David.

El niño se levantó de un salto y excitadamente corrió hasta ella.

—Se fue con él, mamá. Yo me he ocupado de las niñas.

Es justamente lo que me temía, pensó Silvia. Sentadas junto a la presa, las niñas seguían jugando con el barro y el agua en apática cámara lenta. Ninguna había alzado la vista ni la había saludado; parecían inertes, sin duda por el choque al enterarse de que su padre había muerto. Sólo la más pequeña daba muestras de haberse reanimado; para empezar, no debía de haber entendido la noticia. La muerte del hombrecito, pensó Silvia, ya se ha extendido; ya se está propagando la frialdad. Ella sintió el frío en el corazón. Y eso que ni siquiera lo apreciaba, pensó.

La imagen de las cuatro hijas de Steiner la estremeció. ¿Tendré que hacerme cargo de estas niñas insulsas, blanduzcas y regordetas de clase baja?, se preguntó. La respuesta subió por el pensamiento derribando toda consideración posible: ¡No quiero! Sintió pánico, porque era evidente que no tenía alternativa; ahora mismo estaban jugando en su terreno, en su jardín: ya las tenía en casa.

Esperanzada, la más pequeña preguntó:

—Zeñorita Bohlen, ¿nos deja sacar más agua de su presa?

Agua. Siempre pidiendo agua, pensó Silvia. Siempre las mismas sanguijuelas, como si fuera un rasgo de nacimiento. Sin prestar atención a la niña, le dijo a David:

—Ven conmigo. Quiero decirte algo.

Entraron en la casa para que las niñas no oyeran.

—David —dijo Silvia—: el padre ha muerto. Lo han dicho por la radio. Por eso ha venido la policía a buscar a la madre. Durante un tiempo tendremos que ayudarles —Intentó sonreír, pero era imposible—. Por mucho que los Steiner nos disgusten...

David estalló:

—A mí no me disgustan, mamá. ¿Cómo ha sido que se ha muerto? ¿Le ha dado un ataque al corazón? ¿No lo habrá atacado un oscuro salvaje?

—No importa cómo murió; lo que nosotros debemos pensar ahora es cómo ayudaremos a esas niñas —Silvia tenía la mente en blanco: no se le ocurría nada. Sólo sabía que se negaba a tener a las niñas cerca—. ¿Qué podemos hacer? —le preguntó a David.

—Tal vez darles de comer. Me han dicho que no han comido nada. Su madre iba a prepararles la cena.

Silvia salió de la casa y bajó el sendero.

—Niñas, si alguna quiere os prepararé algo de comer. En vuestra casa —Esperó un momento y echó a andar hacia la casa de los Steiner. Cuando volvió la cabeza vio que sólo la seguía la más pequeña.

Con una voz ahogada en llanto la mayor dijo:

—No, gracias.

—Sería mejor que comierais algo —dijo Silvia, pero se sintió aliviada—. Ven —le dijo a la pequeña—. ¿Cómo te llamas?

—Betty —dijo tímidamente la niña—. ¿Me puede hacer un sándwich de huevo? ¿Y cacao?

—Veremos qué hay —dijo Silvia.

Más tarde, mientras la niña tomaba el sándwich, Silvia aprovechó la oportunidad para explorar la casa de los Steiner. En el dormitorio dio con algo que le interesó: una foto de un niño de enormes ojos luminosos y pelo rizado; parecía, pensó Silvia, una criatura desesperada de otro mundo, de algún lugar divino pero terrible más allá del de ellos.

Llevó la foto a la cocina y le preguntó a Betty quién era el muchacho.

—Mi hermano Manfred —contestó Betty, la boca repleta de pan y huevo. Después empezó a reírse. Entre las risitas surgieron unas palabras vacilantes y Silvia comprendió que supuestamente las niñas no debían mencionar a su hermano ante nadie.

—¿Por qué no vive con vosotras? —preguntó Silvia, llena de curiosidad.

—Está en un campo —dijo Betty—. Porque no sabe hablar.

—Qué vergüenza —dijo Silvia, y pensó: En ese campo de Nuevo Israel, seguro. No me extraña que las crías no deban nombrarlo; es uno de esos niños anómalos de los que se oye hablar pero nadie ve. La idea la puso triste. Una tragedia velada en

casa de los Steiner; nunca lo habría imaginado. Y era en Nuevo Israel donde el señor Steiner se había quitado la vida. Indudablemente había ido a visitar a su hijo.

Entonces no tiene nada que ver con nosotros, decidió mientras devolvía la foto a su lugar. La decisión del señor Steiner se basó en motivos personales. Se sintió aliviada.

Qué extraña, pensó, la reacción inmediata de culpa y responsabilidad que tiene una cuando se entera de un suicidio. Si hubiera hecho esto o hubiera hecho lo otro... Habría podido evitarlo. Estoy en falta. Y ése no había sido el caso, en absoluto; para los Steiner ella era una completa extraña; no tenía el menor lugar en la vida de ellos: sólo un arrebató de culpa neurótica la había llevado a imaginar otra cosa.

—¿Ves a tu hermano de vez en cuando? —le preguntó a Betty.

—Creo que lo vi el año pasado —dijo Betty, dudando—. Estaba jugando a corre que te pillo y había un montón de niños más grandes que yo.

Silenciosas y en fila, las otras tres niñas entraron ahora en la cocina y se pararon junto a la mesa. Por fin la mayor dijo:

—Hemos cambiado de idea. Querríamos comer.

—De acuerdo —dijo Silvia—. Podéis ayudarme a pelar los huevos. ¿Por qué no buscáis a David, así también le doy de comer a él?

Las niñas asintieron, mudas.

Arnie Kott caminaba por la calle mayor de Nuevo Israel cuando vio delante una multitud y varios coches parados junto al bordillo. Hizo una pausa antes de girar en dirección a la tienda de regalos y arte contemporáneo de Anne Esterhazy. Algo pasa, se dijo. ¿Un atraco? ¿Una riña callejera?

Pero no tenía tiempo para investigar. Siguió su camino y pronto llegó a la pequeña y moderna tienda que administraba su ex mujer; con las manos en los bolsillos, entró despacio.

—¿Hay alguien en casa? —llamó jovialmente.

Nadie. Debe de haber salido a ver el alboroto, se dijo Arnie. Vaya sentido del negocio; ni siquiera ha echado la llave a la tienda.

Un momento después, Anne volvió corriendo y sin aliento.

—Arnie —dijo, sorprendida de verlo—. Dios mío, ¿sabes qué ha pasado? Estuve hablando con él, hablando sencillamente hace no más de una hora. Y ahora está muerto —Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se derrumbó en una silla, encontró un kleenex y se sonó la nariz—. Es terrible —dijo con voz apagada—. Y no ha sido un accidente; lo ha hecho adrede.

—Ah, o sea que era eso —dijo Arnie, deseando ahora haber echado un vistazo—. ¿De quién hablas?

—No sabes quién es. Tiene un hijo en el campo; por eso lo conocí —Se restregó los ojos y estuvo un rato quieta, mientras Arnie se paseaba por la tienda—. Bien —

dijo al fin—, ¿en qué puedo servirte? Es bueno verte.

—Se me ha estropeado la maldita codificadora —dijo Arnie—. Ya sabes lo difícil que es conseguir un buen servicio de reparación. ¿Qué podía hacer sino darme una vuelta por aquí? ¿Qué te parece comer conmigo?

—Por supuesto —dijo ella, alterada—. Deja sólo que me lave la cara. Siento como si me hubiera pasado a mí. Lo vi, Arnie. El bus le pasó por encima; son unas moles tan grandes que no pueden frenar. Me gustaría comer algo... Quiero salir de aquí —Se precipitó al lavabo... y cerró la puerta.

Poco después los dos caminaban juntos por la acera.

—¿Por qué se suicida la gente? —preguntó Anne—. No paro de pensar que yo podría haberlo impedido. Le vendí una flauta para su hijo. Aún la tenía. La vi en el bordillo, con las maletas; no se la había dado. ¿Habrá sido ése el motivo? ¿Tendrá algo que ver con la flauta? Me debato entre la flauta y...

—Corta ya —dijo Arnie—. No es culpa tuya. Mira, si un hombre va a suicidarse no hay nada que lo detenga. Y tampoco hay manera de provocarlo; es algo que se lleva en la sangre, es el destino. Esa gente se lo trabaja durante años enteros, y luego es como una inspiración súbita; de repente... uaaam. Van y lo hacen, ¿comprendes? —La rodeó con el brazo y le dio una palmadita.

Ella asintió.

—Quiero decir, fíjate que nosotros tenemos un niño en el campo B-G y no por eso nos desmoronamos —siguió Arnie—. No se acaba el mundo, ¿cierto? Nosotros tiramos. ¿Dónde quieres comer? ¿Qué tal ese Zorro Rojo de allí enfrente? ¿Pasable? Me gustaría comer gambas fritas, pero demonios, hace casi un año que no veo una. Hay que solucionar de una vez el problema del transporte o se acabará la inmigración.

—El Zorro Rojo no —dijo Anne—. Detesto al dueño. Probemos ese lugar de la esquina; es nuevo, todavía no he estado. Por lo que he oído supongo que es bueno.

Mientras esperaban la comida en una mesa del restaurante, Arnie siguió desarrollando su argumento.

—Para empezar, cuando oyes que alguien se ha suicidado, puedes estar segura de que el tipo sabe una cosa: sabe que no es un miembro útil de la sociedad. Ésa es la verdad con que se enfrenta, lo que dispara la cosa: saber que no es importante para nadie. Si de algo estoy seguro es de esto. La naturaleza obra así: a los desechables los hace a un lado, y por propia mano. Por eso enterarme de un suicidio no me quita el sueño, y te sorprendería saber cuántas de las muertes supuestamente naturales que ocurren en Marte son en realidad suicidios. Este medio es muy duro. Este lugar arranca a los ineptos Como si fueran maleza y deja sólo a los aptos.

Anne Esterhazy asintió, pero no parecía reanimada.

—Volviendo a ese sujeto.. —continuó Arnie.

—Steiner —dijo Anne.

—¡Steiner! —Fijó en ella la mirada—. ¿Norbert Steiner, el del mercado negro? —Había levantado la voz.

—El que vendía alimentos naturales.

—¡Ese era! —Estaba atónito—. Caray, no. Steiner no —Dios todo el género se lo conseguía Steiner. Dependía totalmente de ese hombre.

El camarero se presentó con la comida.

—Es terrible —dijo Arnie—. O sea, terrible de veras. ¿Y yo qué voy a hacer?

Cada fiesta que daba, cada vez que arreglaba una cena íntima para él y alguna chica, por ejemplo Marty o últimamente en especial Doreen... Demasiado para un solo día, esto y la codificadora al mismo tiempo.

—¿Crees que tendrá alguna relación —dijo Anne— con el hecho de que fuera alemán? Los alemanes han sufrido tanto desde la peste de esa droga, los niños que nacían con aletas... He oído a algunos decir abiertamente que era un castigo de Dios por lo que hicieron los nazis. Y no te hablo de gente religiosa; eran empresarios, uno de aquí, el otro de Casa.

—Steiner, maldito imbécil —dijo Arnie—. El muy cabeza hueca.

—Come, Arnie —Anne desplegó su pañuelo—. La sopa tiene buena pinta.

—No puedo comer —dijo él—. No quiero esta bazofia —Apartó el bol de la sopa.

—Sigues siendo un bebé grande —dijo Anne—. Aún te dan rabieta —Hablaban con voz suave y compasiva.

—Diablos —dijo él—. ¡A veces me parece que cargo con todo el planeta y tú dices que soy un bebé! —Perplejo de furia, la fulminó con la mirada.

—No sabía que Norbert Steiner estuviera metido en el mercado negro —dijo Anne.

—Naturalmente que no, si te pasas la vida en esos comités de señoras. ¿Qué sabes tú del mundo que te rodea? Por eso he venido... He leído ese último anuncio que pusisteis en el Times, y palabra que apesta. Tienes que acabar con esa basura; a la gente inteligente le repugna. Es sólo para maniáticas como tú.

—Por favor —dijo Anne—. Cómete eso. Serénate.

—Asignaré un hombre de mi Sede para que te revise todo el material antes de que lo distribuyas. Un profesional.

—¿De veras? —dijo ella blandamente.

—Tenemos un problema grave... De la Tierra ya no viene gente preparada, la gente que necesitamos. Nos estamos pudriendo; eso lo sabe todo el mundo. Nos estamos cayendo a pedazos.

Sonriendo, Anne dijo:

—Alguien ocupará el lugar del señor Steiner. Tiene que haber otros operadores.

—Me malinterpretas deliberadamente para presentarme como un tipo avaro y mezquino, cuando en realidad soy uno de los miembros más responsables de todo el intento de colonización de Marte. Y por eso se estropeó nuestro matrimonio, porque eres tan celosa y competitiva que sólo te importa rebajarme. No sé para qué he venido. Para ti es imposible elaborar algo sobre un fundamento racional. Todo tienes que enturbiarlo con cuestiones de personalidad.

—¿Sabías que se ha presentado a la ONU un proyecto para cerrar el campo B-G?
—dijo Anne con calma.

—No —dijo Arnie.

—¿No te entristece pensar que cerrarán el campo?

—Qué demonios, le pondremos a Sam asistencia privada.

—¿Y los demás niños, qué?

—Has cambiado de tema —dijo Arnie—. Oye, Anne. Escucha, Anne. Tienes que pasar por el aro de eso que llamas dominación masculina y dejar que mi gente edite lo que escribes. Te juro por Dios que trae más daños que beneficios... Me repugna decírtelo a la cara, pero es la verdad. Tal como aborras las cosas, más vale tenerte de enemiga que de amiga. ¡Eres una diletante! Como la mayoría de las mujeres. Eres... una irresponsable —Arnie resollaba de cólera. La cara de ella no mostraba la menor reacción; las palabras de él no le causaban efecto.

—¿Puedes hacer alguna presión para ayudar a que el campo B-G se mantenga abierto? —preguntó—. Podríamos hacer un trato. Yo quiero que siga funcionando.

—Una causa —dijo Arnie, feroz.

—Sí.

—¿Quieres que te conteste con sinceridad?

Ella asintió, mirándolo fríamente.

—Nunca he dejado de lamentar que los judíos abrieran ese campo.

Anne dijo:

—Bendito seas, sincero y honrado Arnie Kott, amigo de la humanidad.

—Le está diciendo al mundo entero que en Marte tenemos engendros, que si uno viaja por el espacio para llegar aquí puede estropearse los órganos sexuales y engendrar tal monstruo que a su lado esos semipescados alemanes parecerán gente corriente.

—Tú y el dueño del Zorro Rojo, ese caballero.

—Sólo soy porfiadamente realista. Estamos luchando por nuestra vida; o conseguimos que sigan viniendo inmigrantes o quedamos desfasados, Anne. Tú lo sabes. Si no estuviera el campo B-G podríamos publicitar que lejos de la atmósfera de la Tierra, contaminada por las pruebas con bombas atómicas, no hay nacimientos anormales. Yo esperaba ver eso, pero el B-G lo ha echado a perder.

—El B-G no. Los nacimientos.

—Sin el B-G —continuó Arnie—, nadie podría corroborar si ha habido nacimientos anormales.

—Aun sabiendo que no es cierto, si pensaras que no iban a descubrirete les dirías a los de Casa que aquí estarán más a salvo.

—Pues claro —asintió Arnie.

—Es... una inmoralidad.

—No. Escucha. La inmoral eres tú... Tú y esas señoras. Lo único que conseguís manteniendo abierto el campo es que...

—No discutamos. Nunca nos pondremos de acuerdo. Comamos y luego tú te vuelves a Lewistown. Para mí es suficiente.

Acabaron la comida en silencio.

Cumplida la labor de la jornada, el doctor Milton Glaub, integrante del equipo psiquiátrico del campo B-G, subvencionado por la colonia del Sindicato de Transportistas Interplanetarios, estaba de nuevo a solas en su despacho privado. En las manos tenía la factura por unas reparaciones hechas un mes antes en el techo de su casa. Él había ido posponiendo el trabajo —incluía el uso del raspador para evitar que se acumulara arena— pero al fin el inspector de viviendas de la colonia le había enviado por correo una conminación a treinta días. De modo que —sabiendo que no podía pagar, pero no viendo otra alternativa— había tomado contacto con los trabajadores de Mantenimiento de Techos. Estaba en la ruina. Este mes había sido el peor hasta el momento.

Si al menos su esposa, Jean, hubiera podido gastar menos...

Pero, de todos modos, la solución no estaba allí; la solución era conseguir más pacientes. El STI le pagaba un salario, pero por cada paciente recibía un premio adicional de cincuenta dólares; incentivo, lo llamaban. En términos reales marcaba la diferencia entre las deudas y la liquidez. Nadie que tuviera mujer e hijos podía vivir con un salario de psiquiatra y, como todos sabían, el STI era especialmente parsimonioso.

Y sin embargo, el doctor Glaub seguía viviendo en la colonia del STI; era una comunidad ordenada, en muchos aspectos parecida a la Tierra. Nuevo Israel, lo mismo que otros asentamientos nacionales, tenía un aire cargado y explosivo.

El caso era que tiempo atrás el doctor Glaub había vivido en otra colonia nacional, la de la República Árabe Unida, una región opulenta en donde se había inducido el crecimiento de abundante vegetación importada de Casa. Para él, con todo, la constante animosidad de los colonos hacia las colonias vecinas había sido primero irritante y luego abrumadora. En sus trabajos diarios los hombres rumiaban los agravios recibidos. Bastaba mencionar ciertos temas para que los individuos más encantadores estallasen. Y desde el anochecer la hostilidad cobraba forma práctica; las colonias nacionales vivían para la noche. Entonces los laboratorios de

investigación, que durante el día eran marco de experimentos y desarrollo científico, abrían las puertas al público y exhibían máquinas infernales; todo lo cual se hacía con enorme entusiasmo, con regocijo y por supuesto con orgullo nacional.

Que se vayan al diablo, pensó el doctor Glaub. Se habían arruinado la vida; simplemente habían transportado allí las viejas disputas de la Tierra, y habían olvidado el propósito de la colonización. Esa mañana, por ejemplo, el periódico de la ONU había informado sobre un altercado en las calles de la colonia de trabajadores de la electricidad; la crónica infería que los responsables eran el vecino asentamiento italiano, ya que varios de los agresores llevaban los largos bigotes encerados tan populares en esa colonia...

Un golpe en la puerta del despacho le cortó la línea de pensamiento.

—Sí —dijo, guardando la factura en un cajón.

—¿Estás listo para recibir al cofrade Purdy?

—Dile al cofrade Purdy que pase —dijo el doctor Glaub—. Pero mejor dame un par de minutos para leer la historia clínica.

—¿Has almorzado hoy? —preguntó Jean.

—Desde luego. Todo el mundo almuerza.

—Se te ve pálido —dijo ella.

Mal asunto, pensó el doctor Glaub. Fue al cuarto de baño, donde se oscureció cuidadosamente la cara con los polvos color caramelo que se habían puesto de moda. Le mejoraron el aspecto, aunque no el estado de ánimo. Detrás de los polvos estaba la teoría de que, siendo de ascendencia española y portorriqueña, los círculos gobernantes del STI eran proclives a inhibirse si un contratado tenía piel más clara que la de ellos. Desde luego que los anuncios no lo expresaban así; los anuncios sólo señalaban a los contratados de la colonia que el clima marciano tendía a «marchitarse el tono natural de la piel en un blanco antiestético».

Había llegado el momento de ver al paciente.

—Buenas tardes, cofrade Purdy.

—Tardes, doctor.

—Veo en su dossier que es panadero.

—Sí, exacto.

Una pausa.

—¿Qué deseaba consultar conmigo?

La vista en el suelo, jugueteando con la gorra, el cofrade Purdy dijo:

—Nunca he ido al psiquiatra.

—Sí, aquí leo que no lo había hecho.

—Es que hay una fiesta que va a hacer mi cuñado... Yo no soy muy amigo de las fiestas.

—¿Está obligado a asistir? —Tranquilamente el doctor Glaub había colocado su

reloj sobre el escritorio. El tictac iba consumiendo la media hora del cofrade.

—Bueno, en parte la van a hacer para mí. Quieren que tome a mi sobrino de aprendiz, para que con el tiempo esté en el sindicato —La voz de Purdy era un zumbido—. Y anoche no pegué ojo tratando de pensar cómo me libraba... Vea, es que son mis parientes y no puedo ir y decirles que no. Lo que pasa es que no puedo. Me pone mal la cosa. Por eso he venido aquí.

—Comprendo —dijo el doctor Glaub—. Bien, será mejor que me cuente los detalles de esa fiesta, cuándo y dónde es, los nombres de las personas que irán, si queremos que yo haga un trabajo impecable.

Aliviado, Purdy hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un documento limpiamente mecanografiado.

—No sabe cómo le agradezco que vaya por mí, doctor. La verdad, menuda carga le quitan a uno ustedes los psiquiatras. No es broma si le digo que este asunto no me dejaba dormir —Oteó con agradecida reverencia al hombre que tenía delante, diestro en maneras sociales, capaz de aventurarse por la angosta y arriesgada senda de las complejas relaciones interpersonales que durante años habían derrotado a tantos miembros del sindicato.

—No se preocupe más —dijo el doctor Glaub. Porque a fin de cuentas, pensó, ¿qué tiene de malo una minúscula esquizofrenia? Es decir, tú sabes de qué sufres. Yo te libro de la presión social y tú puedes seguir en ese estado de inadaptación crónica, al menos por unos meses más. Hasta que sobre tus limitadas capacidades caiga otra apabullante demanda social...

Mientras el cofrade Purdy salía del despacho, el doctor Glaub reflexionó que esa forma de psicoterapia desarrollada en Marte era indudablemente práctica. En vez de curarle al paciente las fobias, a la manera de un abogado uno lo defendía ocupando su puesto real en...

Jean entró en el despacho.

—Milt, te llaman de Nuevo Israel. Es Bosley Touvim.

Dios, pensó el doctor Glaub. Touvim era el presidente de Nuevo Israel. Había algún problema. Se apresuró a descolgar el teléfono.

—Habla el doctor Glaub.

—Doctor —sonó la voz oscura, rígida y poderosa—. Soy Souvim. Tenemos aquí un muerto que según entiendo es paciente suyo. ¿Tendría la amabilidad de volar aquí para hacerse cargo? Permita que le facilite algunos detalles... Norbert Steiner, alemán occidental...

—No es paciente mío, señor —interrumpió Glaub—. Pero su hijo es... una criatura autista del campo B-G. ¿Dice que Steiner ha muerto, señor? Por Dios, si esta mañana estuve hablando con él... ¿Está seguro de que es el mismo Steiner? Si es él, tengo un dossier suyo, de toda la familia, por el carácter de la enfermedad del niño.

Nosotros pensamos que en los casos de autismo infantil antes de empezar la terapia hay que entender la situación de la familia. Sí, enseguida voy para allá.

Touvim dijo:

—Es evidente que fue un suicidio.

—No lo puedo creer —dijo el doctor Glaub.

—Hace media hora que estoy discutiendo esto con el personal del campo B-G; me dicen que poco antes de marcharse, Steiner tuvo una larga conversación con usted. En la investigación nuestra policía querrá saber qué indicios dio Steiner, si es que dio alguno, de humor mórbido o depresivo, qué dijo que acaso le diera a usted ocasión de disuadirlo o, excluyendo esto, obligarlo a someterse a terapia. Entiendo que no dijo nada que pudiera alertarlo sobre su estado.

—Absolutamente nada —dijo el doctor Glaub.

—Entonces yo de usted no me preocuparía —dijo Touvim—. Simplemente prepárese a dar la historia clínica del individuo... A discutir los posibles motivos que lo hayan llevado a quitarse la vida. Ya me comprende.

—Gracias, señor Touvim —dijo débilmente Glaub—. Es posible, supongo, que estuviera deprimido por lo del hijo, pero yo le esboqué una terapia nueva en la cual tenemos grandes esperanzas. Cierto que él estuvo cínico y se cerró. No respondió como yo habría esperado. ¡Pero suicidarse!

¿Y si pierdo el puesto en el B-G?, se preguntaba el doctor Glaub. Sencillamente no puedo. Trabajar en el campo una vez por semana le añadía a los ingresos lo suficiente para imaginar —si bien no para alcanzar— la seguridad financiera. Con el talón del B-G la meta se hacía al menos plausible.

¿No se le ocurrió a ese idiota de Steiner qué consecuencias tendría su muerte para los demás? Sí, debe de habersele ocurrido; lo hizo para vengarse. Para resarcirse. Pero ¿de qué? ¿De que intentáramos curar a su hijo?

Esto es muy serio, se dio cuenta. Un suicidio tan inmediatamente después de una entrevista médico-paciente. Gracias a Dios que el señor Touvim me ha prevenido. Aun así los periódicos van a difundirlo y los únicos beneficiados serán los que quieren que cierren el campo B-G.

Una vez reparado el equipo de refrigeración de la hacienda lechera McAuliff, Jack Bohlen volvió a su helicóptero, puso la caja de herramientas detrás del asiento y llamó a su patrón, el señor Yee.

—La escuela —dijo el señor Yee—. Tiene que ir, Jack. Aún no he conseguido otro que se haga cargo.

—De acuerdo, señor Yee —Resignado, encendió el motor del helicóptero.

—Tiene un mensaje de su esposa, Jack.

—¿Ah, sí? —Se había sorprendido; el señor Yee ponía mala cara cuando a los empleados los llamaban sus mujeres, y eso Silvia lo sabía. Quizá le había pasado algo

a David—. ¿Puede decirme qué quería? —preguntó. El señor Yee contestó:

—La señora Bohlen pidió a nuestra telefonista que le informara de que un vecino de ustedes, el señor Steiner, se ha quitado la vida. La señora Bohlen está cuidando a las niñas de los Steiner y quiere que usted lo sepa. También preguntó si era posible que esta noche usted fuera a su casa, pero yo le dije que lamentábamos mucho no poder prescindir de sus servicios. Hasta el fin de semana tiene usted que estar disponible para las urgencias, Jack.

Steiner muerto, se dijo Jack. Pobre desgraciado incapaz. Bueno, tal vez así esté mejor.

—Gracias, señor Yee —dijo al micrófono. Mientras el helicóptero despegaba de los ralos pastos del llano, Jack pensó: Esto nos afectará a todos, y profundamente. Era una sensación fuerte y aguda, una intuición. No creo haber cambiado con Steiner más de una docena de palabras seguidas, y con todo... hay en su muerte algo de enorme. La muerte misma tiene una autoridad tremenda. Es una transformación tan formidable como la vida, y nos resulta mucho más difícil de entender.

Dirigió el helicóptero hacia la sede marciana de la ONU, camino de la gran entidad autorrealimentada de sus vidas, ese organismo artificial único que era la Escuela Pública: el lugar que, en su experiencia fuera de Casa, Jack temía como a ningún otro.

5

Bajo el candente sol marciano de media tarde, David Bohlen estaba construyendo una presa de tierra húmeda al borde del huerto de su familia cuando vio que frente a la casa de los Steiner se posaba un helicóptero policial de la ONU. Al instante supo que ocurría algo.

Un policía de uniforme azul y casco brillante bajó del aparato y recorrió el sendero que llevaba a la puerta delantera de los Steiner, y cuando aparecieron dos de las niñas las saludó. Luego le dijo algo a la señora Steiner, y ambos entraron en la casa y detrás de ellos se cerró la puerta.

David se puso en pie y a través del jardín y la franja de arena corrió hasta la acequia; la cruzó de un salto, avanzó por el suelo yermo donde la señora Steiner había tratado en vano de cultivar pensamientos y en la esquina de la casa topó de golpe con una de las niñas; inerte, con la cara blanca, estaba arrancando un tallo de cizaña. Parecía a punto de vomitar.

—Eh, ¿qué pasa? —le preguntó—. ¿Qué hace el policía hablando con tu mamá?

La niña Steiner lo miró y salió disparada, dejándolo solo.

Apuesto a que sé lo que pasa, pensó David. Han arrestado al señor Steiner porque ha hecho algo ilegal. Excitado, saltaba de un lado a otro. Me pregunto qué habrá hecho. Dando media vuelta, volvió a la carrera sobre sus pasos, saltó de nuevo por encima del canal y abrió la puerta de su casa.

—¡Mamá! —gritó, corriendo por las habitaciones—. Oye, ¿sabes eso que siempre decís tú y papá, de que el señor Steiner está fuera de la ley, en su trabajo quiero decir? Bueno, ¿sabes qué?

No encontraba a su madre por ningún lado; comprendió que se habría ido de visita. Por ejemplo a casa de la señora Henessy, que vivía cerca, canal arriba. Era frecuente que su madre se pasara la mayor parte del día visitando a otras señoras, bebiendo café e intercambiando chismes. Vaya, pues se lo están perdiendo, David pensó. Corrió a mirar por la ventana, para cerciorarse de que él no se perdía detalle.

Ahora el policía y la señora Steiner habían salido e iban despacio hacia el helicóptero. La señora Steiner se llevaba a la cara un gran pañuelo y el policía le rodeaba el hombro, como si fuera un pariente o algo así. Fascinado, David los miró subir al helicóptero. Las niñas Steiner se habían apretado en un grupito, con unas caras peculiares. El policía fue a hablarles y ya había regresado al helicóptero cuando reparó en David. Le hizo una seña para que se acercase. David, con miedo, obedeció; parpadeando por el sol asomó de la casa y paso a paso se acercó al policía de casco brillante, brazaletes y pistola a la cintura.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó el policía con acento raro.

—David Bohlen —Le temblaban las piernas.

—¿Papá o mamá están en casa, David?

—No —dijo él—. Estoy solo.

—Cuando vuelvan tus padres, diles que vigilen a estas niñas mientras no esté la señora Steiner —El policía encendió el motor del helicóptero y las aspas empezaron a girar—. ¿Lo harás, David? ¿Me entiendes?

—Sí, señor —dijo David, notando la banda azul que significaba que el policía era sueco. El muchacho conocía las señas de identificación de todas las unidades de la ONU. Se preguntó a qué velocidad podría ir el helicóptero. Daba la impresión de que la tarea era urgente, y le dieron ganas de subirse: había perdido el miedo al policía y ahora le habría gustado hablar mas con él. Pero el policía se estaba yendo. El helicóptero despegó y torrentes de viento y arena obligaron a David a apartarse, cubriéndose la cara con un brazo.

Las cuatro niñas Steiner seguían apretadas, sin decir una palabra. Una, la mayor, se había echado a llorar. Silenciosas lágrimas le corrían por las mejillas. La más pequeña, que sólo tenía tres años, le sonrió a David tímidamente.

—¿Queréis ayudarme a hacer la presa? —las llamó él—. Podéis venir. El policía me dijo que no había problema.

Al cabo de un momento, la niña menor se le acercó, y las otras la siguieron.

—¿Qué ha hecho tu padre? —le preguntó David a la mayor. Tenía doce años. Más que él—. El policía dijo que podías contarle.

No hubo respuesta; la niña se limitaba a mirarlo.

—Si me lo cuentas no se lo diré a nadie —dijo David—. Te prometo que me lo guardaré.

Silvia Bohlen tomaba el sol en el patio vallado y emparrado de June Henessy, bebiendo té helado, conversando amodorradamente, cuando la radio dio las noticias de la tarde.

A su lado, June se incorporó diciendo:

—Oye, ¿no es el hombre que vive al lado de tu casa?

—Shh —dijo Silvia, y prestó más atención. Pero el locutor no dijo nada más. Sólo una breve mención: Norbert Steiner, representante de alimentos naturales, se había suicidado en una calle céntrica de Nuevo Israel lanzándose contra un tractorbús. Era el mismo Steiner, sí; su vecino: lo supo enseguida.

—Qué espanto —dijo June, sentándose para ajustarse los tirantes de la blusa de topos—. Yo sólo lo vi un par de veces, pero...

—Era un hombrecito espantoso —dijo Silvia—. No me sorprende que lo haya hecho —Y sin embargo estaba horrorizada. No lo podía creer. Se puso en pie y dijo: —Con cuatro hijas... ¡La ha dejado sola con cuatro hijas! ¿No es atroz? ¿Qué será de ellas? De todos modos estaban tan indefensas...

—Me han dicho —dijo June— que tiene negocios en el mercado negro. ¿Tú has

oído algo? Tal vez lo habían acorralado.

—Será mejor —dijo Silvia— que vuelva a casa y vea si puedo ayudar a la señora Steiner. Quizá pueda tener un tiempo a las niñas —¿Habría sido culpa mía?, se preguntó. ¿Será posible que lo haya hecho porque esta mañana le negué el agua? Era posible, porque en aquel momento Steiner estaba en la casa; aún no se había marchado al trabajo.

O sea que tal vez fue culpa nuestra. De nuestra forma de tratarlos... ¿Quién de nosotros fue alguna vez amable con ellos, los aceptó de verdad? Pero son una gente tan horrible, tan quejosa, siempre pidiendo ayuda, mendigando, pidiendo prestado... ¿Quién iba a respetarlos?

Entró en la casa y en el dormitorio se puso los pantalones y la camiseta. Detrás de ella entró June Henessy.

—Sí —dijo—. Tienes razón. Tenemos que arrimar el hombro todas. Me pregunto si se quedará aquí o volverá a la Tierra. Yo me volvería. De todos modos yo estoy prácticamente decidida a volver. Esto es de lo más soso.

Recogiendo el bolso y el tabaco, Silvia se despidió de June y echó a andar por el borde del canal. Sin aliento, llegó a su casa a tiempo para ver el helicóptero policial perdiéndose en el cielo. En el patio trasero encontró a David con las cuatro niñas Steiner; estaban jugando.

—¿Se han llevado a la señora Steiner? —le preguntó a David.

El niño se levantó de un salto y excitadamente corrió hasta ella.

—Se fue con él, mamá. Yo me he ocupado de las niñas.

Es justamente lo que me temía, pensó Silvia. Sentadas junto a la presa, las niñas seguían jugando con el barro y el agua en apática cámara lenta. Ninguna había alzado la vista ni la había saludado; parecían inertes, sin duda por el choque al enterarse de que su padre había muerto. Sólo la más pequeña daba muestras de haberse reanimado; para empezar, no debía de haber entendido la noticia. La muerte del hombrecito, pensó Silvia, ya se ha extendido; ya se está propagando la frialdad. Ella sintió el frío en el corazón. Y eso que ni siquiera lo apreciaba, pensó.

La imagen de las cuatro hijas de Steiner la estremeció. ¿Tendré que hacerme cargo de estas niñas insulsas, blanduzcas y regordetas de clase baja?, se preguntó. La respuesta subió por el pensamiento derribando toda consideración posible: ¡No quiero! Sintió pánico, porque era evidente que no tenía alternativa; ahora mismo estaban jugando en su terreno, en su jardín: ya las tenía en casa.

Esperanzada, la más pequeña preguntó:

—Zeñorita Bohlen, ¿nos deja sacar más agua de su presa?

Agua. Siempre pidiendo agua, pensó Silvia. Siempre las mismas sanguijuelas, como si fuera un rasgo de nacimiento. Sin prestar atención a la niña, le dijo a David:

—Ven conmigo. Quiero decirte algo.

Entraron en la casa para que las niñas no oyeran.

—David —dijo Silvia—: el padre ha muerto. Lo han dicho por la radio. Por eso ha venido la policía a buscar a la madre. Durante un tiempo tendremos que ayudarles —Intentó sonreír, pero era imposible—. Por mucho que los Steiner nos disgusten...

David estalló:

—A mí no me disgustan, mamá. ¿Cómo ha sido que se ha muerto? ¿Le ha dado un ataque al corazón? ¿No lo habrá atacado un oscuro salvaje?

—No importa cómo murió; lo que nosotros debemos pensar ahora es cómo ayudaremos a esas niñas —Silvia tenía la mente en blanco: no se le ocurría nada. Sólo sabía que se negaba a tener a las niñas cerca—. ¿Qué podemos hacer? —le preguntó a David.

—Tal vez darles de comer. Me han dicho que no han comido nada. Su madre iba a prepararles la cena.

Silvia salió de la casa y bajó el sendero.

—Niñas, si alguna quiere os prepararé algo de comer. En vuestra casa —Esperó un momento y echó a andar hacia la casa de los Steiner. Cuando volvió la cabeza vio que sólo la seguía la más pequeña.

Con una voz ahogada en llanto la mayor dijo:

—No, gracias.

—Sería mejor que comierais algo —dijo Silvia, pero se sintió aliviada—. Ven —le dijo a la pequeña—. ¿Cómo te llamas?

—Betty —dijo tímidamente la niña—. ¿Me puede hacer un sándwich de huevo? ¿Y cacao?

—Veremos qué hay —dijo Silvia.

Más tarde, mientras la niña tomaba el sándwich, Silvia aprovechó la oportunidad para explorar la casa de los Steiner. En el dormitorio dio con algo que le interesó: una foto de un niño de enormes ojos luminosos y pelo rizado; parecía, pensó Silvia, una criatura desesperada de otro mundo, de algún lugar divino pero terrible más allá del de ellos.

Llevó la foto a la cocina y le preguntó a Betty quién era el muchacho.

—Mi hermano Manfred —contestó Betty, la boca repleta de pan y huevo. Después empezó a reírse. Entre las risitas surgieron unas palabras vacilantes y Silvia comprendió que supuestamente las niñas no debían mencionar a su hermano ante nadie.

—¿Por qué no vive con vosotras? —preguntó Silvia, llena de curiosidad.

—Está en un campo —dijo Betty—. Porque no sabe hablar.

—Qué vergüenza —dijo Silvia, y pensó: En ese campo de Nuevo Israel, seguro. No me extraña que las crías no deban nombrarlo; es uno de esos niños anómalos de los que se oye hablar pero nadie ve. La idea la puso triste. Una tragedia velada en

casa de los Steiner; nunca lo habría imaginado. Y era en Nuevo Israel donde el señor Steiner se había quitado la vida. Indudablemente había ido a visitar a su hijo.

Entonces no tiene nada que ver con nosotros, decidió mientras devolvía la foto a su lugar. La decisión del señor Steiner se basó en motivos personales. Se sintió aliviada.

Qué extraña, pensó, la reacción inmediata de culpa y responsabilidad que tiene una cuando se entera de un suicidio. Si hubiera hecho esto o hubiera hecho lo otro... Habría podido evitarlo. Estoy en falta. Y ése no había sido el caso, en absoluto; para los Steiner ella era una completa extraña; no tenía el menor lugar en la vida de ellos: sólo un arrebató de culpa neurótica la había llevado a imaginar otra cosa.

—¿Ves a tu hermano de vez en cuando? —le preguntó a Betty.

—Creo que lo vi el año pasado —dijo Betty, dudando—. Estaba jugando a corre que te pillo y había un montón de niños más grandes que yo.

Silenciosas y en fila, las otras tres niñas entraron ahora en la cocina y se pararon junto a la mesa. Por fin la mayor dijo:

—Hemos cambiado de idea. Querríamos comer.

—De acuerdo —dijo Silvia—. Podéis ayudarme a pelar los huevos. ¿Por qué no buscáis a David, así también le doy de comer a él?

Las niñas asintieron, mudas.

Arnie Kott caminaba por la calle mayor de Nuevo Israel cuando vio delante una multitud y varios coches parados junto al bordillo. Hizo una pausa antes de girar en dirección a la tienda de regalos y arte contemporáneo de Anne Esterhazy. Algo pasa, se dijo. ¿Un atraco? ¿Una riña callejera?

Pero no tenía tiempo para investigar. Siguió su camino y pronto llegó a la pequeña y moderna tienda que administraba su ex mujer; con las manos en los bolsillos, entró despacio.

—¿Hay alguien en casa? —llamó jovialmente.

Nadie. Debe de haber salido a ver el alboroto, se dijo Arnie. Vaya sentido del negocio; ni siquiera ha echado la llave a la tienda.

Un momento después, Anne volvió corriendo y sin aliento.

—Arnie —dijo, sorprendida de verlo—. Dios mío, ¿sabes qué ha pasado? Estuve hablando con él, hablando sencillamente hace no más de una hora. Y ahora está muerto —Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se derrumbó en una silla, encontró un kleenex y se sonó la nariz—. Es terrible —dijo con voz apagada—. Y no ha sido un accidente; lo ha hecho adrede.

—Ah, o sea que era eso —dijo Arnie, deseando ahora haber echado un vistazo—. ¿De quién hablas?

—No sabes quién es. Tiene un hijo en el campo; por eso lo conocí —Se restregó los ojos y estuvo un rato quieta, mientras Arnie se paseaba por la tienda—. Bien —

dijo al fin—, ¿en qué puedo servirte? Es bueno verte.

—Se me ha estropeado la maldita codificadora —dijo Arnie—. Ya sabes lo difícil que es conseguir un buen servicio de reparación. ¿Qué podía hacer sino darme una vuelta por aquí? ¿Qué te parece comer conmigo?

—Por supuesto —dijo ella, alterada—. Deja sólo que me lave la cara. Siento como si me hubiera pasado a mí. Lo vi, Arnie. El bus le pasó por encima; son unas moles tan grandes que no pueden frenar. Me gustaría comer algo... Quiero salir de aquí —Se precipitó al lavabo... y cerró la puerta.

Poco después los dos caminaban juntos por la acera.

—¿Por qué se suicida la gente? —preguntó Anne—. No paro de pensar que yo podría haberlo impedido. Le vendí una flauta para su hijo. Aún la tenía. La vi en el bordillo, con las maletas; no se la había dado. ¿Habrá sido ése el motivo? ¿Tendrá algo que ver con la flauta? Me debato entre la flauta y...

—Corta ya —dijo Arnie—. No es culpa tuya. Mira, si un hombre va a suicidarse no hay nada que lo detenga. Y tampoco hay manera de provocarlo; es algo que se lleva en la sangre, es el destino. Esa gente se lo trabaja durante años enteros, y luego es como una inspiración súbita; de repente... uaaam. Van y lo hacen, ¿comprendes? —La rodeó con el brazo y le dio una palmadita.

Ella asintió.

—Quiero decir, fíjate que nosotros tenemos un niño en el campo B-G y no por eso nos desmoronamos —siguió Arnie—. No se acaba el mundo, ¿cierto? Nosotros tiramos. ¿Dónde quieres comer? ¿Qué tal ese Zorro Rojo de allí enfrente? ¿Pasable? Me gustaría comer gambas fritas, pero demonios, hace casi un año que no veo una. Hay que solucionar de una vez el problema del transporte o se acabará la inmigración.

—El Zorro Rojo no —dijo Anne—. Detesto al dueño. Probemos ese lugar de la esquina; es nuevo, todavía no he estado. Por lo que he oído supongo que es bueno.

Mientras esperaban la comida en una mesa del restaurante, Arnie siguió desarrollando su argumento.

—Para empezar, cuando oyes que alguien se ha suicidado, puedes estar segura de que el tipo sabe una cosa: sabe que no es un miembro útil de la sociedad. Ésa es la verdad con que se enfrenta, lo que dispara la cosa: saber que no es importante para nadie. Si de algo estoy seguro es de esto. La naturaleza obra así: a los desechables los hace a un lado, y por propia mano. Por eso enterarme de un suicidio no me quita el sueño, y te sorprendería saber cuántas de las muertes supuestamente naturales que ocurren en Marte son en realidad suicidios. Este medio es muy duro. Este lugar arranca a los ineptos Como si fueran maleza y deja sólo a los aptos.

Anne Esterhazy asintió, pero no parecía reanimada.

—Volviendo a ese sujeto.. —continuó Arnie.

—Steiner —dijo Anne.

—¡Steiner! —Fijó en ella la mirada—. ¿Norbert Steiner, el del mercado negro? —Había levantado la voz.

—El que vendía alimentos naturales.

—¡Ese era! —Estaba atónito—. Caray, no. Steiner no —Dios todo el género se lo conseguía Steiner. Dependía totalmente de ese hombre.

El camarero se presentó con la comida.

—Es terrible —dijo Arnie—. O sea, terrible de veras. ¿Y yo qué voy a hacer?

Cada fiesta que daba, cada vez que arreglaba una cena íntima para él y alguna chica, por ejemplo Marty o últimamente en especial Doreen... Demasiado para un solo día, esto y la codificadora al mismo tiempo.

—¿Crees que tendrá alguna relación —dijo Anne— con el hecho de que fuera alemán? Los alemanes han sufrido tanto desde la peste de esa droga, los niños que nacían con aletas... He oído a algunos decir abiertamente que era un castigo de Dios por lo que hicieron los nazis. Y no te hablo de gente religiosa; eran empresarios, uno de aquí, el otro de Casa.

—Steiner, maldito imbécil —dijo Arnie—. El muy cabeza hueca.

—Come, Arnie —Anne desplegó su pañuelo—. La sopa tiene buena pinta.

—No puedo comer —dijo él—. No quiero esta bazofia —Apartó el bol de la sopa.

—Sigues siendo un bebé grande —dijo Anne—. Aún te dan rabieta —Hablaban con voz suave y compasiva.

—Diablos —dijo él—. ¡A veces me parece que cargo con todo el planeta y tú dices que soy un bebé! —Perplejo de furia, la fulminó con la mirada.

—No sabía que Norbert Steiner estuviera metido en el mercado negro —dijo Anne.

—Naturalmente que no, si te pasas la vida en esos comités de señoras. ¿Qué sabes tú del mundo que te rodea? Por eso he venido... He leído ese último anuncio que pusisteis en el Times, y palabra que apesta. Tienes que acabar con esa basura; a la gente inteligente le repugna. Es sólo para maniáticas como tú.

—Por favor —dijo Anne—. Cómete eso. Serénate.

—Asignaré un hombre de mi Sede para que te revise todo el material antes de que lo distribuyas. Un profesional.

—¿De veras? —dijo ella blandamente.

—Tenemos un problema grave... De la Tierra ya no viene gente preparada, la gente que necesitamos. Nos estamos pudriendo; eso lo sabe todo el mundo. Nos estamos cayendo a pedazos.

Sonriendo, Anne dijo:

—Alguien ocupará el lugar del señor Steiner. Tiene que haber otros operadores.

—Me malinterpretas deliberadamente para presentarme como un tipo avaro y mezquino, cuando en realidad soy uno de los miembros más responsables de todo el intento de colonización de Marte. Y por eso se estropeó nuestro matrimonio, porque eres tan celosa y competitiva que sólo te importa rebajarme. No sé para qué he venido. Para ti es imposible elaborar algo sobre un fundamento racional. Todo tienes que enturbiarlo con cuestiones de personalidad.

—¿Sabías que se ha presentado a la ONU un proyecto para cerrar el campo B-G?
—dijo Anne con calma.

—No —dijo Arnie.

—¿No te entristece pensar que cerrarán el campo?

—Qué demonios, le pondremos a Sam asistencia privada.

—¿Y los demás niños, qué?

—Has cambiado de tema —dijo Arnie—. Oye, Anne. Escucha, Anne. Tienes que pasar por el aro de eso que llamas dominación masculina y dejar que mi gente edite lo que escribes. Te juro por Dios que trae más daños que beneficios... Me repugna decírtelo a la cara, pero es la verdad. Tal como aborras las cosas, más vale tenerte de enemiga que de amiga. ¡Eres una diletante! Como la mayoría de las mujeres. Eres... una irresponsable —Arnie resollaba de cólera. La cara de ella no mostraba la menor reacción; las palabras de él no le causaban efecto.

—¿Puedes hacer alguna presión para ayudar a que el campo B-G se mantenga abierto? —preguntó—. Podríamos hacer un trato. Yo quiero que siga funcionando.

—Una causa —dijo Arnie, feroz.

—Sí.

—¿Quieres que te conteste con sinceridad?

Ella asintió, mirándolo fríamente.

—Nunca he dejado de lamentar que los judíos abrieran ese campo.

Anne dijo:

—Bendito seas, sincero y honrado Arnie Kott, amigo de la humanidad.

—Le está diciendo al mundo entero que en Marte tenemos engendros, que si uno viaja por el espacio para llegar aquí puede estropearse los órganos sexuales y engendrar tal monstruo que a su lado esos semipescados alemanes parecerán gente corriente.

—Tú y el dueño del Zorro Rojo, ese caballero.

—Sólo soy porfiadamente realista. Estamos luchando por nuestra vida; o conseguimos que sigan viniendo inmigrantes o quedamos desfasados, Anne. Tú lo sabes. Si no estuviera el campo B-G podríamos publicitar que lejos de la atmósfera de la Tierra, contaminada por las pruebas con bombas atómicas, no hay nacimientos anormales. Yo esperaba ver eso, pero el B-G lo ha echado a perder.

—El B-G no. Los nacimientos.

—Sin el B-G —continuó Arnie—, nadie podría corroborar si ha habido nacimientos anormales.

—Aun sabiendo que no es cierto, si pensaras que no iban a descubrirete les dirías a los de Casa que aquí estarán más a salvo.

—Pues claro —asintió Arnie.

—Es... una inmoralidad.

—No. Escucha. La inmoral eres tú... Tú y esas señoras. Lo único que conseguís manteniendo abierto el campo es que...

—No discutamos. Nunca nos pondremos de acuerdo. Comamos y luego tú te vuelves a Lewistown. Para mí es suficiente.

Acabaron la comida en silencio.

Cumplida la labor de la jornada, el doctor Milton Glaub, integrante del equipo psiquiátrico del campo B-G, subvencionado por la colonia del Sindicato de Transportistas Interplanetarios, estaba de nuevo a solas en su despacho privado. En las manos tenía la factura por unas reparaciones hechas un mes antes en el techo de su casa. Él había ido posponiendo el trabajo —incluía el uso del raspador para evitar que se acumulara arena— pero al fin el inspector de viviendas de la colonia le había enviado por correo una conminación a treinta días. De modo que —sabiendo que no podía pagar, pero no viendo otra alternativa— había tomado contacto con los trabajadores de Mantenimiento de Techos. Estaba en la ruina. Este mes había sido el peor hasta el momento.

Si al menos su esposa, Jean, hubiera podido gastar menos...

Pero, de todos modos, la solución no estaba allí; la solución era conseguir más pacientes. El STI le pagaba un salario, pero por cada paciente recibía un premio adicional de cincuenta dólares; incentivo, lo llamaban. En términos reales marcaba la diferencia entre las deudas y la liquidez. Nadie que tuviera mujer e hijos podía vivir con un salario de psiquiatra y, como todos sabían, el STI era especialmente parsimonioso.

Y sin embargo, el doctor Glaub seguía viviendo en la colonia del STI; era una comunidad ordenada, en muchos aspectos parecida a la Tierra. Nuevo Israel, lo mismo que otros asentamientos nacionales, tenía un aire cargado y explosivo.

El caso era que tiempo atrás el doctor Glaub había vivido en otra colonia nacional, la de la República Árabe Unida, una región opulenta en donde se había inducido el crecimiento de abundante vegetación importada de Casa. Para él, con todo, la constante animosidad de los colonos hacia las colonias vecinas había sido primero irritante y luego abrumadora. En sus trabajos diarios los hombres rumiaban los agravios recibidos. Bastaba mencionar ciertos temas para que los individuos más encantadores estallasen. Y desde el anochecer la hostilidad cobraba forma práctica; las colonias nacionales vivían para la noche. Entonces los laboratorios de

investigación, que durante el día eran marco de experimentos y desarrollo científico, abrían las puertas al público y exhibían máquinas infernales; todo lo cual se hacía con enorme entusiasmo, con regocijo y por supuesto con orgullo nacional.

Que se vayan al diablo, pensó el doctor Glaub. Se habían arruinado la vida; simplemente habían transportado allí las viejas disputas de la Tierra, y habían olvidado el propósito de la colonización. Esa mañana, por ejemplo, el periódico de la ONU había informado sobre un altercado en las calles de la colonia de trabajadores de la electricidad; la crónica infería que los responsables eran el vecino asentamiento italiano, ya que varios de los agresores llevaban los largos bigotes encerados tan populares en esa colonia...

Un golpe en la puerta del despacho le cortó la línea de pensamiento.

—Sí —dijo, guardando la factura en un cajón.

—¿Estás listo para recibir al cofrade Purdy?

—Dile al cofrade Purdy que pase —dijo el doctor Glaub—. Pero mejor dame un par de minutos para leer la historia clínica.

—¿Has almorzado hoy? —preguntó Jean.

—Desde luego. Todo el mundo almuerza.

—Se te ve pálido —dijo ella.

Mal asunto, pensó el doctor Glaub. Fue al cuarto de baño, donde se oscureció cuidadosamente la cara con los polvos color caramelo que se habían puesto de moda. Le mejoraron el aspecto, aunque no el estado de ánimo. Detrás de los polvos estaba la teoría de que, siendo de ascendencia española y portorriqueña, los círculos gobernantes del STI eran proclives a inhibirse si un contratado tenía piel más clara que la de ellos. Desde luego que los anuncios no lo expresaban así; los anuncios sólo señalaban a los contratados de la colonia que el clima marciano tendía a «marchitar el tono natural de la piel en un blanco antiestético».

Había llegado el momento de ver al paciente.

—Buenas tardes, cofrade Purdy.

—Tardes, doctor.

—Veo en su dossier que es panadero.

—Sí, exacto.

Una pausa.

—¿Qué deseaba consultar conmigo?

La vista en el suelo, jugueteando con la gorra, el cofrade Purdy dijo:

—Nunca he ido al psiquiatra.

—Sí, aquí leo que no lo había hecho.

—Es que hay una fiesta que va a hacer mi cuñado... Yo no soy muy amigo de las fiestas.

—¿Está obligado a asistir? —Tranquilamente el doctor Glaub había colocado su

reloj sobre el escritorio. El tictac iba consumiendo la media hora del cofrade.

—Bueno, en parte la van a hacer para mí. Quieren que tome a mi sobrino de aprendiz, para que con el tiempo esté en el sindicato —La voz de Purdy era un zumbido—. Y anoche no pegué ojo tratando de pensar cómo me libraba... Vea, es que son mis parientes y no puedo ir y decirles que no. Lo que pasa es que no puedo. Me pone mal la cosa. Por eso he venido aquí.

—Comprendo —dijo el doctor Glaub—. Bien, será mejor que me cuente los detalles de esa fiesta, cuándo y dónde es, los nombres de las personas que irán, si queremos que yo haga un trabajo impecable.

Aliviado, Purdy hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un documento limpiamente mecanografiado.

—No sabe cómo le agradezco que vaya por mí, doctor. La verdad, menuda carga le quitan a uno ustedes los psiquiatras. No es broma si le digo que este asunto no me dejaba dormir —Oteó con agradecida reverencia al hombre que tenía delante, diestro en maneras sociales, capaz de aventurarse por la angosta y arriesgada senda de las complejas relaciones interpersonales que durante años habían derrotado a tantos miembros del sindicato.

—No se preocupe más —dijo el doctor Glaub. Porque a fin de cuentas, pensó, ¿qué tiene de malo una minúscula esquizofrenia? Es decir, tú sabes de qué sufres. Yo te libro de la presión social y tú puedes seguir en ese estado de inadaptación crónica, al menos por unos meses más. Hasta que sobre tus limitadas capacidades caiga otra apabullante demanda social...

Mientras el cofrade Purdy salía del despacho, el doctor Glaub reflexionó que esa forma de psicoterapia desarrollada en Marte era indudablemente práctica. En vez de curarle al paciente las fobias, a la manera de un abogado uno lo defendía ocupando su puesto real en...

Jean entró en el despacho.

—Milt, te llaman de Nuevo Israel. Es Bosley Touvim.

Dios, pensó el doctor Glaub. Touvim era el presidente de Nuevo Israel. Había algún problema. Se apresuró a descolgar el teléfono.

—Habla el doctor Glaub.

—Doctor —sonó la voz oscura, rígida y poderosa—. Soy Souvim. Tenemos aquí un muerto que según entiendo es paciente suyo. ¿Tendría la amabilidad de volar aquí para hacerse cargo? Permita que le facilite algunos detalles... Norbert Steiner, alemán occidental...

—No es paciente mío, señor —interrumpió Glaub—. Pero su hijo es... una criatura autista del campo B-G. ¿Dice que Steiner ha muerto, señor? Por Dios, si esta mañana estuve hablando con él... ¿Está seguro de que es el mismo Steiner? Si es él, tengo un dossier suyo, de toda la familia, por el carácter de la enfermedad del niño.

Nosotros pensamos que en los casos de autismo infantil antes de empezar la terapia hay que entender la situación de la familia. Sí, enseguida voy para allá.

Touvim dijo:

—Es evidente que fue un suicidio.

—No lo puedo creer —dijo el doctor Glaub.

—Hace media hora que estoy discutiendo esto con el personal del campo B-G; me dicen que poco antes de marcharse, Steiner tuvo una larga conversación con usted. En la investigación nuestra policía querrá saber qué indicios dio Steiner, si es que dio alguno, de humor mórbido o depresivo, qué dijo que acaso le diera a usted ocasión de disuadirlo o, excluyendo esto, obligarlo a someterse a terapia. Entiendo que no dijo nada que pudiera alertarlo sobre su estado.

—Absolutamente nada —dijo el doctor Glaub.

—Entonces yo de usted no me preocuparía —dijo Touvim—. Simplemente prepárese a dar la historia clínica del individuo... A discutir los posibles motivos que lo hayan llevado a quitarse la vida. Ya me comprende.

—Gracias, señor Touvim —dijo débilmente Glaub—. Es posible, supongo, que estuviera deprimido por lo del hijo, pero yo le esboqué una terapia nueva en la cual tenemos grandes esperanzas. Cierto que él estuvo cínico y se cerró. No respondió como yo habría esperado. ¡Pero suicidarse!

¿Y si pierdo el puesto en el B-G?, se preguntaba el doctor Glaub. Sencillamente no puedo. Trabajar en el campo una vez por semana le añadía a los ingresos lo suficiente para imaginar —si bien no para alcanzar— la seguridad financiera. Con el talón del B-G la meta se hacía al menos plausible.

¿No se le ocurrió a ese idiota de Steiner qué consecuencias tendría su muerte para los demás? Sí, debe de habersele ocurrido; lo hizo para vengarse. Para resarcirse. Pero ¿de qué? ¿De que intentáramos curar a su hijo?

Esto es muy serio, se dio cuenta. Un suicidio tan inmediatamente después de una entrevista médico-paciente. Gracias a Dios que el señor Touvim me ha prevenido. Aun así los periódicos van a difundirlo y los únicos beneficiados serán los que quieren que cierren el campo B-G.

Una vez reparado el equipo de refrigeración de la hacienda lechera McAuliff, Jack Bohlen volvió a su helicóptero, puso la caja de herramientas detrás del asiento y llamó a su patrón, el señor Yee.

—La escuela —dijo el señor Yee—. Tiene que ir, Jack. Aún no he conseguido otro que se haga cargo.

—De acuerdo, señor Yee —Resignado, encendió el motor del helicóptero.

—Tiene un mensaje de su esposa, Jack.

—¿Ah, sí? —Se había sorprendido; el señor Yee ponía mala cara cuando a los empleados los llamaban sus mujeres, y eso Silvia lo sabía. Quizá le había pasado algo

a David—. ¿Puede decirme qué quería? —preguntó. El señor Yee contestó:

—La señora Bohlen pidió a nuestra telefonista que le informara de que un vecino de ustedes, el señor Steiner, se ha quitado la vida. La señora Bohlen está cuidando a las niñas de los Steiner y quiere que usted lo sepa. También preguntó si era posible que esta noche usted fuera a su casa, pero yo le dije que lamentábamos mucho no poder prescindir de sus servicios. Hasta el fin de semana tiene usted que estar disponible para las urgencias, Jack.

Steiner muerto, se dijo Jack. Pobre desgraciado incapaz. Bueno, tal vez así esté mejor.

—Gracias, señor Yee —dijo al micrófono. Mientras el helicóptero despegaba de los ralos pastos del llano, Jack pensó: Esto nos afectará a todos, y profundamente. Era una sensación fuerte y aguda, una intuición. No creo haber cambiado con Steiner más de una docena de palabras seguidas, y con todo... hay en su muerte algo de enorme. La muerte misma tiene una autoridad tremenda. Es una transformación tan formidable como la vida, y nos resulta mucho más difícil de entender.

Dirigió el helicóptero hacia la sede marciana de la ONU, camino de la gran entidad autorrealimentada de sus vidas, ese organismo artificial único que era la Escuela Pública: el lugar que, en su experiencia fuera de Casa, Jack temía como a ningún otro.

6

¿Por qué lo turbaba la Escuela Pública? Ahora lo veía desde arriba, y escrutó el edificio con forma de huevo de pato, blanco contra la oscura y borrosa superficie del planeta, como puesto allí en el último momento; no encajaba con los alrededores.

Al situar el aparato en el aparcamiento asfaltado de la entrada descubrió que tenía las puntas de los dedos blancas y dormidas, signo bien conocido por él de que estaba en tensión. Y sin embargo el lugar no molestaba a David, que tres veces a la semana era recogido por un helicóptero y llevado allí con otros niños de su grupo de rendimiento. Evidentemente era algún factor de su propia constitución; tal vez porque sabía tanto de máquinas no podía aceptar la ilusión de la escuela, entregarse a ese juego. Para él los artefactos de la escuela no estaban inertes ni vivos; en cierto modo estaban inertes y vivos a la vez.

Pronto se sentó en una sala de espera, con la caja de herramientas a su lado.

Sacó del revistero un ejemplar de Mundo del motor y, entrenado como tenía el oído, oyó el chasquido de un interruptor. La escuela había notado su presencia. Observaba qué revista había elegido, durante cuánto tiempo la leía y cuál tomaba después. Lo estaba calibrando.

Se abrió una puerta y una mujer madura, con un traje de tweed, le sonrió diciendo:

—Usted debe de ser el técnico del señor Yee.

—Sí —dijo él levantándose.

—Cuánto me alegro de verlo —Le indicó que la siguiera—. Ha habido mucho alboroto con ese Maestro en especial, pero ahora está parado —A largas zancadas llegó al final de un pasillo y mantuvo una puerta abierta esperando a que él la alcanzara—. El Portero Cascarrabias —dijo, señalando.

Él lo reconoció por la descripción de su hijo.

—Se ha estropeado de repente —le dijo la mujer al oído—. ¿Ve usted? Justo en la mitad de su ciclo: había salido a la calle a gritar y estaba a punto de agitar el puño.

—¿El circuito central no...?

—Yo soy el circuito central —dijo la mujer madura sonriendo alegremente. El brillo de los ojos chispeaba en la montura metálica de las gafas.

—Claro —dijo él con pesadumbre.

—Pensamos que acaso sea esto —La mujer, o aquella extensión peripatética de la escuela, le tendió una hoja de papel.

Jack lo desplegó; era un cúmulo de diagramas de válvulas de realimentación autorreguladas.

—Es una figura de autoridad, ¿no? —dijo—. Enseña a los alumnos a respetar la propiedad. De un tipo muy recto, dentro de lo que son los Maestros.

—Sí —dijo la mujer.

Reinició manualmente al Portero Cascarrabias y lo puso en marcha otra vez. Tras algunos chasquidos, al Portero se le enrojeció la cara. Alzando el brazo gritó:

—Largo de aquí, muchachos, ¿me estáis oyendo? —Mirando cómo temblaban de indignación los mofletes barbudos, cómo se abría y cerraba la boca, Jack Bohlen pudo imaginar el poderoso efecto que tendría en un niño. Por su parte, él reaccionaba con disgusto. Sin embargo, ese artefacto era la esencia de la máquina docente lograda; hacía un buen trabajo, en concierto con otras dos docenas de artefactos repartidos, como casetas de un parque de atracciones, a lo largo de los pasillos que constituían la escuela. A la vuelta de la esquina, Jack divisaba la siguiente máquina docente: estaba impartiendo su arenga ante varios niños de aire respetuoso.

—...Y entonces pensé —les explicaba con voz afable—: caramba, ¿qué podemos aprender nosotros de una experiencia semejante? ¿Lo sabe alguno de vosotros? A ver, Sally, tú.

La voz de una niña:

—Eem, pues... tal vez podemos aprender que cada cual tiene algo de bueno, por muy mal que actúe.

—¿Y qué dices tú, Victor? —La máquina docente se bamboleó—. Escuchemos a Victor Plank.

Un niño balbuceó:

—Yo diría más o menos lo mismo que Sally, que si uno se toma el trabajo de prestar atención, la mayoría de la gente tiene un fondo bueno. ¿Digo bien, señor Whitlock?

De modo que Jack estaba oyendo a la máquina docente Whitlock. Su hijo la había mencionado muchas veces; era su favorita. Jack sacó las herramientas sin dejar de escuchar. El Whitlock era un caballero de edad, canoso, con acento regional, acaso de Kansas... Era amable; dejaba que los demás se expresaran; era una variedad permisiva de máquina docente, sin una pizca del malhumor y las maneras autoritarias del Portero Cascarrabias. Hasta donde Jack alcanzaba, era de hecho una mezcla de Sócrates con Dwight D. Eisenhower.

—Las ovejas son pasivas —dijo Whitlock—. Ahora bien, mirad cómo se comportan cuando les arrojáis algo de comer por encima de la cerca, pongamos unas mazorcas. Os prometo que las detectarán a un kilómetro de distancia —El Whitlock soltó una risita—. Tratándose de lo que les importa son muy listas. Y quizás esto nos ayude a ver en qué consiste verdaderamente ser listo. No seguramente en haber leído un montón de libros, ni en conocer palabras largas... Consiste en la capacidad de localizar lo que nos es ventajoso. Nadie es listo si no puede discernir lo útil.

Arrodillándose, Jack empezó a desatornillar la espalda del Portero Cascarrabias. El circuito central de la escuela lo observaba.

Esa máquina, él lo sabía, llevaba a cabo sus aspavientos según lo que indicaba una cinta de instrucciones, pero en cada etapa la representación estaba abierta a modificaciones según la respuesta del público. No era un sistema cerrado; confrontaba las réplicas de los niños con su propia cinta, cotejaba, clasificaba y por último respondía. Las respuestas singulares eran imposibles porque la máquina docente sólo reconocía un número limitado de categorías. Y sin embargo daba una convincente ilusión de vida y viabilidad; era un triunfo de la ingeniería.

La ventaja respecto a los maestros humanos radicaba en su capacidad para tratar individualmente con cada niño. Más que un mero enseñante, era un preceptor. La máquina docente podía manejar hasta mil alumnos sin confundir a ninguno con el de al lado; como variaba las respuestas, con cada cual era una entidad sutilmente diferente. Mecánica, sí, pero casi infinitamente compleja. Las máquinas docentes demostraban un hecho del que Jack Bohlen tenía buena conciencia: en lo llamado «artificial» había una profundidad asombrosa.

Y con todo, las máquinas docentes lo repugnaban. Porque toda la Escuela Pública estaba orientada a una labor contraria a sus principios: la meta no era informar ni educar, sino moldear, y según normas severamente limitadas. La escuela era el vínculo con la cultura heredada, y difundía la totalidad de esa «cultura» entre los jóvenes. Sometía a los alumnos a sus dictados; la meta era perpetuar la cultura, y cualquier rareza que pudiera llevar a un niño en otra dirección debía eliminarse.

Era un batalla, comprendió Jack, entre la psique compuesta de la escuela y las psiques individuales de los niños; y las cartas clave las tenía la escuela. A todo niño que no respondiera apropiadamente se lo daba por autista; es decir, orientado según un factor subjetivo que prevalecía sobre el sentido de realidad objetiva. Y el niño acababa siendo expulsado; entonces iba a una clase de escuela muy diferente, diseñada para rehabilitarlo: iba al campo Ben-Gurión. No se le podía enseñar; sólo se lo podía tratar como enfermo.

Para los gobernantes de Marte, reflexionó Jack mientras desatornillaba la espalda del Portero Cascarrabias, el autismo se había vuelto un concepto interesado. Reemplazaba al término «psicópata», que en su momento había reemplazado a «imbécil moral», que a su vez había ocupado el lugar de «demente criminal». Y en el campo B-G los niños tenían atención por humanos, o más bien terapéutas.

Desde que su hijo David había entrado en la Escuela Pública vivía esperando oír la mala noticia: que no se podía evaluar al niño según la escala de rendimiento por la cual las máquinas docentes clasificaban a los alumnos. Sin embargo, David había respondido a las máquinas con entusiasmo; de hecho obtenía calificaciones muy altas. La mayoría de las docentes le gustaban y volvía a casa loco de contento; se llevaba bien hasta con las más severas y a estas alturas era patente que no tenía problemas: no era autista y nunca vería el campo B-G por dentro. Pero no por eso

Jack se sentía mejor. Nada, había comentado Silvia, habría logrado que Jack se sintiera mejor. Había sólo dos posibilidades abiertas, la Escuela Pública y el campo B-G, y Jack desconfiaba de las dos. ¿Y por qué? No lo sabía.

Quizás, había conjeturado una vez, fuese porque realmente existía un estado como el autismo. Era una forma infantil de esquizofrenia que tenía un montón de gente. La esquizofrenia, una enfermedad grave, afectaba tarde o temprano a todas las familias. Consistía, sencillamente, en que la persona no podía vivir fuera de las directrices que le había implantado la sociedad. La realidad de la cual se apartaba el esquizofrénico —o a la que nunca se había incorporado, para empezar— era la de la vida interpersonal, dentro de una cultura dada con determinados valores; no la vida biológica, ni forma alguna de vida heredada, sino la vida que se aprendía. Esa vida había que recogerla trocito a trocito de quienes uno tenía alrededor, padres y maestros, figuras de autoridad en general... De cualquiera con quien la persona entrara en contacto durante los años de formación.

La Escuela Pública, entonces, tenía razón en expulsar al niño que no aprendía. Pues lo que el niño estaba aprendiendo no eran simples datos, ni los fundamentos de cómo hacer dinero, y ni siquiera una carrera útil. Era algo mucho más profundo. Estaba aprendiendo que ciertas cosas de la cultura de su entorno merecían ser preservadas a cualquier precio. Sus valores se fundían con los de cierta empresa humana objetiva. Y así se volvía parte de la tradición que le entregaban; toda su vida mantenía el legado y hasta lo mejoraba. Se hacía cargo. En última instancia, había decidido Jack, el verdadero autismo era una apatía hacia el esfuerzo público; una existencia privada conducida como si la persona individual fuera la creadora de todo valor, no un mero receptáculo de valores heredados. Y Jack Bohlen, en bien de su vida, no podía aceptar la Escuela Pública, con sus máquinas docentes, como único arbitro de qué era un valor y qué no. Porque los valores de una sociedad estaban en flujo incesante, y la Escuela Pública era un intento de estabilizarlos, de congelarlos en cierto punto; de embalsamarlos.

La Escuela Pública, había decidido hacía ya mucho, era neurótica. Quería un mundo en donde no surgiese nada nuevo, sin sorpresas. Y ése era el mundo del neurótico compulsivo-obsesivo; un mundo en absoluto sano.

Una vez, hacía un par de años, le había contado esta teoría a su mujer. Silvia lo había escuchado con un grado de atención considerable y luego había dicho: «Pero no ves de qué se trata, Jack. Trata de entender. Hay cosas mucho peores que la neurosis». Había hablado en voz baja y firme, y él había escuchado. «Sólo ahora empezamos a descubrirlas. Tú sabes qué son. Tú has pasado por ellas.»

Y él había asentido, porque sin duda sabía de qué estaba hablando Silvia. Con poco más de veinte años él mismo había tenido un interludio psicótico. Era común. Era natural. Y, tenía que admitirlo, era horrible. Comparado con eso la Escuela

Pública —aunque fija, rígida y neurótico-compulsiva —parecía un punto de referencia mediante el cual uno podía reencauzar agradecidamente su rumbo en el de la humanidad y la realidad compartida. Lo había hecho comprender por qué la neurosis era un artefacto deliberado, construido deliberadamente por el individuo enfermo o por una sociedad en crisis. Era un invento surgido de la necesidad.

«No derribes la neurosis», le había dicho Silvia, y él había comprendido. La neurosis era un acto deliberado, un congelamiento en algún punto del sendero de la vida. Porque más allá esperaba...

Todo esquizofrénico sabía qué esperaba más allá. Y como ¿pensó Jack, todo esquizofrénico recordaba su propio episodio.

Al otro lado de la sala había dos hombres que lo miraban de un modo raro. ¿Qué había dicho? Carrington jamás será tan buen jefe del FBI como lo fue Herbert Hoover.

—Sé que no me equivoco —añadió—. Admito apuestas —Tenía la mente confusa y dio un sorbo a la cerveza. Todo se le había vuelto pesado, el brazo y hasta la copa; bajar la vista le costaba menos que subirla... Estudió la caja de cerillas que había sobre la mesa de té.

—No es Herbert Hoover —dijo Lou Notting—. Tú quieres decir J. Edgar...

¡Cristo!, pensó Jack, abatido. Sí, él había dicho Herbert Hoover, y si no se lo hubieran señalado le habría parecido bien. ¿Qué me pasa?, se preguntó. Es como si estuviera medio dormido. Sin embargo la noche anterior se había acostado a las diez; había dormido casi doce horas.

—Perdonadme —dijo—. Por supuesto, quería decir.. —Se le trababa la lengua. Con mucho cuidado dijo:—J. Edgar Hoover —Pero la voz sonó lenta y borrosa, como un giradiscos perdiendo velocidad. Y ahora le resultaba casi imposible levantar la cabeza; se estaba durmiendo, sentado en la sala de estar de Notting, pero no se le cerraban los ojos: cuando intentó hacerlo descubrió que no podía. La atención se le había fijado en la caja de cerillas. Al borde ya del apagón, leyó. ¿Puede usted dibujar este caballo? Primera lección gratis, sin compromiso. Llame el impreso que está al dorso. Sin pestañear, Jack seguía mirando, mientras Lou Notting y Fred Clarke discutían sobre ideas abstractas como el recorte de libertades, el proceso democrático... Oía estas palabras con total claridad y no le molestaba escuchar. Pero no sentía ganas de discutir, aunque supiera que se equivocaban los dos. Los dejaba seguir discutiendo; era más fácil. Simplemente ocurría. Y él dejaba que ocurriese.

—Esta noche Jack no está con nosotros —estaba diciendo Clarke.

Sobresaltado Jack Bohlen se dio cuenta de que habían vuelto la atención hacia él. Tenía que hacer o decir algo; ahora.

—Claro que estoy —dijo, y le costó un esfuerzo terrible; era como alzarse del mar—. Adelante, os escucho.

—Dios, pareces un maniquí —dijo Notting—. Vete a dormir a tu casa, caray.

Phyllis, la mujer de Lou, entró en la sala y dijo:

—En ese estado no llegarás nunca a Marte, Jack —Subió el volumen del equipo de alta fidelidad; era un grupo de jazz de vanguardia, vibración y contrabajo, o quizás había un instrumento electrónico. La rubia y coqueta Phyllis se sentó a su lado en el sofá y lo estudió—. Jack, ¿te pasa algo con nosotros? Oye, es que estás tan retraído...

—A veces se pone taciturno, nada más —dijo Notting—. En el servicio militar le pasaba a menudo, sobre todo los sábados por la noche. Moroso y callado, cavilante. ¿En qué cavilas ahora, Jack?

La pregunta le pareció extraña; no estaba cavilando en nada: tenía la mente vacía. La cajita de cerillas seguía colmándole el campo de percepción. No obstante, era preciso que les diese cuenta de sus cavilaciones. Y como ellos lo esperaban, debidamente fraguó un tema.

—En el aire —dijo—. De Marte. ¿Cuánto tiempo tardaré en adaptarme? En diferentes personas el proceso es variable —Un bostezo reacio a salir se le había alojado en el pecho, y ahora se le difundía por los pulmones y la tráquea. Le había dejado la mandíbula colgando; con un esfuerzo se las arregló para cerrar la boca—. Más me vale moverme, supongo —dijo—. Irme al sobre —Apelando a todas sus fuerzas logró levantarse.

—¿A las nueve? —aulló Fred Clarke.

Más tarde, caminando hacia su piso por las oscuras y frescas calles de Oakland, volvió a sentirse bien. Se preguntó qué le habría pasado en casa de Notting. Quizá el aire cargado, la falta de ventilación.

Pero algo pasaba.

Marte, pensó. Había cortado los lazos, en particular con su empleo, había vendido el Plymouth y había dado aviso al oficial que administraba su piso. Y eso que le había llevado un año conseguirlo; el edificio era propiedad de una cooperativa sin ánimo de lucro de la Costa Oeste, una estructura enorme, en parte subterránea, con miles de unidades y supermercado, lavandería, parvulario, clínica médica y hasta psiquiatra propios en la galería comercial situada bajo el nivel de la calle. En el último piso había una emisora de FM que difundía música clásica escogida por los residentes, y en el centro del edificio se podía encontrar un teatro y una sala de reuniones. Era el edificio de apartamentos más nuevo de la inmensa cooperativa; y de repente él lo había echado todo por la borda. Un día, mientras hacía cola para comprar en la librería del lugar, se le había ocurrido una idea.

Después de haber pensado en ella se había puesto a vagar por los pasillos de la galería. Al llegar al tablero de anuncios se había parado automáticamente a leer los papeles clavados con chinchetas. Detrás de él pasaban niños corriendo hacia el patio de juegos. Un anuncio largo e impreso le había llamado la atención.

CONTRIBUYA A EXTENDER EL MOVIMIENTO
COOPERATIVO A REGIONES RECIÉN COLONIZADAS.
LA JUNTA DE COOPERATIVAS DE SACRAMENTO
PREPARA PARTIDA DE EMIGRANTES RESPONDIENDO
A LLAMADA DE SINDICATO OBRERO PARA GRAN
EMPRESA Y EXPLOTACIÓN DE ZONAS DE MARTE
RICAS EN MINERALES. ¡INSCRÍBASE AHORA!

Se parecía mucho a cualquier otro anuncio de las cooperativas, y sin embargo... ¿por qué no? Una cantidad de gente joven se estaba yendo. ¿Y qué le quedaba a él en la Tierra? Había abandonado el piso pero aún era miembro de la cooperativa; seguía teniendo acciones y un número.

Más tarde, cuando después de haber firmado estaba ya en proceso de pruebas médicas y vacunas, mentalmente la secuencia se le había vuelto borrosa; en el recuerdo, la decisión de irse a Marte venía primero, y luego el abandono del empleo y el piso. Eso parecía más racional, y así se lo había contado a los amigos. Pero sencillamente no era verdad. ¿Y qué era verdad? Durante casi dos meses había vagado por ahí, confundido, desesperado, sin ninguna certeza salvo que el 14 de noviembre su grupo, doscientos miembros de la cooperativa, iba a partir rumbo a Marte, y que entonces cambiaría todo; se le despejaría la confusión y vería con claridad, como alguna vez le había ocurrido con vagos períodos del pasado. Lo sabía: en un tiempo había sido capaz de ordenar las cosas en el espacio y el tiempo; ahora, por razones que ignoraba, tiempo y espacio se habían desplazado y él no encontraba orientación ni en uno ni en otro.

Su vida no tenía propósito. Había vivido catorce meses con una meta sólida: adquirir un piso en el enorme edificio de la cooperativa; y cuando por fin lo había conseguido, no había quedado nada. El futuro había dejado de existir. Escuchaba por radio las suites de Bach que pedía; compraba comida en el supermercado y curioseaba en la librería del edificio... Pero ¿para qué?, se preguntaba. ¿Quién soy? Y en el trabajo se le iba marchitando la capacidad. Aquél había sido el primer indicio, y en cierto modo el más ominoso; lo primero que lo había asustado.

Había empezado con un incidente extraño que nunca había podido explicar del todo. Aparentemente, una parte había sido pura alucinación. Pero ¿qué parte? Todo había tenido algo de sueño, y por un momento le había entrado un pánico abrumador, un deseo de correr, de escapar a cualquier precio.

El empleo era en una empresa electrónica de Redwood City, al sur de San Francisco; él manejaba una máquina que hacía el control de calidad en la línea de montaje. Se responsabilizaba de que la máquina no se desviara de su concepto de

tolerancia aceptable respecto a un componente específico: una batería de helio líquido no mayor que una cabeza de cerilla. Un día el jefe de personal lo había convocado de improviso; ignorando qué querían de él, había subido al ascensor muy nervioso. Más tarde recordaría aquello: un insólito estado de nervios.

—Entre, señor Bohlen —El jefe de personal, un hombre de buena presencia y pelo gris rizado, quizá una peluca a la moda, le había dado la bienvenida a su despacho—. Sólo nos llevará un momento —Lo estudiaba minuciosamente—. Señor Bohlen, ¿por qué últimamente no cobra los talones de la paga?

Se había hecho un silencio.

—¿No los cobro? —había dicho Jack. El corazón le latía pesadamente, haciéndole temblar el cuerpo. Se sentía endeble y cansado. Creí que los estaba cobrando, se dijo.

—Se podría pagar un traje nuevo —había dicho el jefe de personal—, y necesita ir a la peluquería. Desde luego, es asunto suyo.

Llevándose la mano a la cabeza, confundido, Jack se había tanteado el pelo. ¿Necesitaba un corte? ¿No había ido a la peluquería la semana anterior? Claro que tal vez había sido mucho antes.

—Gracias —había dicho asintiendo—. De acuerdo, iré. Como usted dice.

Y entonces había sobrevenido la alucinación, si es que era eso. Había visto al jefe de personal bajo una luz nueva. El hombre estaba muerto.

A través de la piel le había visto el esqueleto. Lo habían unido con cables; tenía los huesos conectados por un fino alambre de cobre. Los órganos, marchitos, habían sido reemplazados por componentes artificiales: riñones, corazón, pulmones, todo era de plástico y acero inoxidable, y todo trabajaba al unísono pero sin ninguna vida autónoma. La voz del hombre salía de una cinta grabada, a través de un amplificador y un sistema de altavoces.

Era posible que en algún momento el hombre hubiese sido real, hubiese estado vivo, pero eso era pasado, y pulgada a pulgada se había llevado a cabo el furtivo reemplazo, avanzando insidiosamente de un órgano a otro, y ahora había allí toda una estructura para engañar a los demás. De hecho, para engañarlo a él, Jack Bohlen. Estaba solo en aquel despacho; no había ningún jefe de personal. Nadie le hablaba y él no había hablado para nadie; estaba en una habitación totalmente inanimada, mecánica.

No estaba seguro de qué hacer; intentaba no mirar demasiado fijo la estructura humanoide que tenía delante. Trataba de hablar con calma, con naturalidad, del trabajo y hasta de sus problemas personales. La estructura lo sondeaba; quería saber algo de él. Lógicamente él le contaba lo menos posible. Y todo el rato, con la mirada en la alfombra, veía de reojo los tubos y válvulas y piezas en funcionamiento; no podía evitar verlos.

Lo único que quería era irse de allí lo antes posible. Había empezado a sudar; chorreaba sudor y temblaba, y el corazón le latía cada vez más fuerte.

—Bohlen —había dicho la estructura—. ¿Se siente mal?

—Sí —había dicho él—. ¿Puedo volver ya a mi banco? —Volviéndose, había echado a andar hacia la puerta.

—Sólo un momento —había dicho detrás de él la estructura.

Entonces lo había invadido el pánico, y había escapado; había abierto la puerta y corrido al vestíbulo.

Alrededor de una hora después se había encontrado vagando por una calle desconocida de Burlingame. No recordaba nada del tiempo intermedio y no sabía cómo había llegado allí. Le dolían las piernas. Era evidente que había caminado mucho, kilómetro tras kilómetro.

Tenía la cabeza mucho más despejada. Soy esquizofrénico, se había dicho. Lo sé. Todo el mundo conoce los síntomas; excitación catatónica de matiz paranoide: nos lo inculcan los de salud mental, incluso a los niños. Soy uno más de éstos. Era esto lo que el jefe de personal estaba sondeando.

Necesito ayuda médica.

Mientras Jack le retiraba la batería al Portero Cascarrabias y la dejaba en el suelo, el circuito central de la escuela dijo:

—Es usted muy habilidoso.

Jack alzó la mirada hacia la madura figura femenina y pensó: Está claro por qué me turba este lugar. Se parece a mi experiencia psicótica de hace años. ¿Tuve en ese momento una visión del futuro?

En aquel entonces no había escuelas como ésta. En todo caso, él no las había visto ni había sabido que existían.

—Gracias —dijo.

Lo que lo había atormentado desde el episodio psicótico con el jefe de personal del Emporio Corona era eso: ¿Y si no había sido una alucinación? ¿Y si el presunto jefe de personal era lo que él había visto, una construcción artificial, una máquina como estas máquinas docentes?

Si esto era cierto, no había habido psicosis.

Más que una psicosis, había pensado una y otra vez, había sido algo del orden de la visión, una vislumbre de realidad absoluta desnuda de fachadas. Y la idea era tan aplastante, tan radical, que Jack no podía conciliarla con sus puntos de vista corrientes. De ahí la perturbación mental.

Metiendo la mano entre los expuestos mecanismos del Portero Cascarrabias, Jack sondeó expertamente con los largos dedos hasta dar con lo que esperaba: un cable roto.

—Creo que lo tengo —le dijo al circuito central de la escuela. A Dios gracias,

pensó, éstos no son los anticuados circuitos impresos; de ser así habría que reemplazar la unidad. No habría modo de repararla.

—Según entiendo —dijo el circuito central—, gran parte del esfuerzo de diseño se aplicó a evitar que las docentes tuvieran problemas de reparación. De momento hemos tenido suerte; no ha habido ninguna interrupción prolongada del servicio. No obstante, pienso que lo prescrito es hacer dentro de lo posible un mantenimiento preventivo; por lo tanto me gustaría que examinara a otro docente que hasta ahora no ha dado señales de colapso. Es de una importancia singularmente vital para el funcionamiento entero de la escuela —El circuito central hizo una educada pausa mientras Jack pugnaba por introducir la larga punta de la pistola soldadora entre las capas de cables—. Quiero que examine al Papá Bueno.

Jack dijo:

—El Papá Bueno —Y agriamente pensó: Me pregunto si habrá por aquí una Tía Solterona. Y deliciosos cuentos hogareños de la Tía para relatar a los más pequeños.

—¿Tiene conocimiento de ese docente?

La verdad era que no; David no se lo había nombrado.

En la otra punta del pasillo los niños seguían charlando sobre la vida con el Whitlock; Jack los oía tendido de espaldas, sosteniendo por encima de la cabeza la soldadora insertada entre los cables del Portero, intentando mantener la punta en su sitio.

—Sí —decía el Whitlock con aquella voz imperturbable, absolutamente plácida—, Jimmy el mapache es un fulano asombroso, vaya si lo es. Yo lo he visto muchas veces. Y por cierto que es un fulano grande, con brazos largos, poderosos y encima muy ágiles.

—Una vez yo vi un mapache —chilló entusiasmado un niño—. ¡Lo vi, señor Whitlock, estaba así de cerca!

¿Viste un mapache en Marte?, pensó Jack.

El Whitlock rió.

—No, Don, me temo que no. Por aquí no tenemos mapaches. Para ver uno de esos fulanos increíbles hay que hacer todo el viaje a nuestra buena madre Tierra. Pero a lo que yo voy, niñas y niños, es a eso. ¿Os acordáis de que el increíble mapache Jimmy suele agarrar su comida y muy sigilosamente ir a lavarla en el agua? ¿Y cómo nos partimos de risa cuando un día se le disolvió un terrón de azúcar y se quedó sin nada que comer? Pues bien, niñas y niños, debéis saber que aquí también tenemos mapaches Jimmy, sí, aquí en...

—Me parece que he acabado —dijo Jack retirando la soldadora—. ¿Quiere ayudarme a ensamblarlo de nuevo?

El circuito general dijo:

—¿Tiene prisa?

—No me gusta oír cómo habla ese chisme —dijo Jack. Lo ponía tenso y tembloroso, tanto que apenas podía trabajar.

Pasillo abajo se cerró una puerta corrediza; la voz del Whidock dejó de oírse.

—¿Así está mejor? —preguntó el circuito central.

—Gracias —dijo Jack.

Pero las manos le seguían temblando. El circuito central lo había advertido; Jack era consciente de su preciso escrutinio. Se preguntó cómo lo usaría.

El lugar que ocupaba el Papá Bueno consistía en una parte de una sala de estar, con chimenea, sofá, mesita de té, ventanal con cortina y una silla reclinable en la que el Papá Bueno tenía un periódico abierto sobre el regazo. Cuando llegaron Jack Bohlen y el circuito central, varios niños estaban prestando atención sentados en el sofá; escuchaban las reconvenciones de la máquina docente y no parecieron notar que había entrado alguien. El circuito central despidió a los niños y se dispuso a marcharse también.

—No sé muy bien qué quiere que haga —dijo Jack.

—Hágalo pasar por todo el ciclo. Me parece que repite ciertos tramos o se queda atrancado; sea como sea, consume demasiado tiempo. Debería volver al punto de partida en unas tres horas —Se abrió una puerta y el circuito central desapareció. Jack se quedó a solas con el Papá Bueno, lo cual no lo alegraba mucho.

—Hola, Papá Bueno —dijo sin entusiasmo. Abrió la caja de herramientas y empezó a desatornillar la chapa de la espalda.

Con voz cálida y comprensiva, el Papá Bueno dijo:

—¿Cómo se llama, joven?

—Me llamo Jack Bohlen —dijo Jack, retirando la chapa y dejándola en el suelo —, y soy un papá bueno igual que usted, Papá Bueno. Tengo un hijo de diez años, Papá Bueno. Así que no me trate de joven, ¿de acuerdo? —Estaba temblando otra vez y sudaba mucho.

—Vaya vaya —dijo el Papá Bueno—. ¡Ya veo!

—¿Qué ve? —dijo Jack, y se dio cuenta de que hablaba casi a gritos—. Oiga —dijo—, complete su maldito ciclo, ¿de acuerdo? Si le es más fácil, adelante, finja que soy un mocoso. A mí sólo me interesa acabar con esto y largarme —dijo— con el menor trastorno posible —Sentía que por dentro se le inflamaban complejas emociones. ¡Tres horas!, pensó amargamente.

El Papá Bueno dijo:

—Jackie, pequeño, me parece que hoy llevas un gran nudo en el pecho. ¿Me equivoco?

—Hoy y todos los días —Jack encendió la linterna de emergencia y la apuntó a los mecanismos del docente. Hasta el momento parecían cumplir el ciclo con eficiencia.

—A lo mejor yo puedo ayudarte —dijo el Papá Bueno—. Suele ser muy útil que una persona mayor, con experiencia, escuche tus problemas, en cierto modo los comparta y los aligere.

—De acuerdo —aceptó Jack, reclinándose sobre las caderas—. Juguemos. De todos modos tengo que pasarme aquí tres horas. ¿Quiere que empiece por el principio mismo? ¿Por el episodio que tuve en la Tierra, una oclusión, cuando trabajaba para el Emporio Corona?

—Empieza por donde gustes —dijo el Papá Bueno, cortés.

—¿Usted sabe qué es la esquizofrenia, Papá Bueno?

—Creo que tengo una idea bastante aproximada, Jackie —dijo el Papá Bueno.

—Vea, Papá Bueno, es la enfermedad más misteriosa de toda la medicina; así de sencillo. Y se manifiesta en una de cada seis personas, que son muchas personas.

—Vaya si son muchas —dijo el Papá Bueno.

—En una época —dijo Jack, mirando cómo funcionaba el mecanismo—, yo tuve algo que llaman esquizofrenia polimorfa situacional simple. Y fue duro, Papá Bueno.

—No me cabe duda —dijo el Papá Bueno.

—Bien, yo sé para qué se supone que sirve usted —dijo Jack—. Sé cuál es su propósito, Papá Bueno. Estamos muy lejos de Casa. A millones de kilómetros de distancia. Tenemos un contacto muy tenue con nuestra civilización de allá. Y hay mucha gente que tiene un miedo terrible, Papá Bueno, porque cada año el vínculo se debilita más. De modo que esta escuela se estableció para presentar a los niños nacidos aquí un entorno fijo, un medio terráqueo. Esta chimenea, por ejemplo. En Marte no hay chimeneas; para el calor usamos pequeños hornos atómicos. Esa ventana con tanto cristal: las tormentas de arena la ensuciarían hasta hacerla opaca. De hecho no hay nada alrededor de usted que derive de nuestro mundo real. ¿Sabe quiénes son los oscuros, Papá Bueno?

—Si te dijera que sí mentiría, Jackie. ¿Quiénes son los oscuros, muchacho?

—Una de las razas indígenas de Marte. Sabe que está en Marte, ¿no?

El Papá Bueno asintió.

—La esquizofrenia —dijo Jack— es uno de los problemas más apremiantes que ha enfrentado la humanidad. Para serle franco, Papá Bueno, yo emigré a Marte porque tuve un episodio esquizofrénico a los veintidós años, cuando trabajaba para el Emporio Corona. Estaba al borde del colapso. Tuve que mudarme de un complejo urbano a un sitio más sencillo, más libre, un lugar primitivo de frontera; o emigraba o me volvía loco. Ese edificio cooperativo; ¿se imagina una cosa que agrupa piso sobre piso, como un rascacielos, y con tanta gente como para necesitar un supermercado propio? Yo me volví loco en la cola de la librería. Todo el mundo, Papá Bueno, hasta la última persona de esa librería y del supermercado... vivía en el mismo edificio que yo. Era una sociedad de un solo edificio, Papá Bueno. Y hoy el edificio es pequeño

comparado con otros que han construido. ¿Qué me dice?

—Vaya, vaya —dijo el Papá Bueno meneando la cabeza.

—Le diré qué pienso yo —dijo Jack—. Pienso que esta Escuela Pública y ustedes, las máquinas docentes, van a criar una nueva generación de esquizofrénicos, descendientes de gente como yo, que se está adaptando muy bien a este planeta. Como preparan a los niños para un medio ambiente que no existe, les van a dividir la mente en dos. Además ese medio ya no existe ni en la Tierra; está obsoleto. Pregúntele al docente Whitlock si una inteligencia auténtica no tiene que ser práctica. Yo he oído decir eso: que la inteligencia debe ser una herramienta de adaptación. ¿No es cierto, Papá Bueno?

—Sí, Jackie. Debe serlo, muchacho.

—Lo que ustedes deberían enseñar —dijo Jack— es cómo hacemos...

—Sí, Jackie —lo interrumpió el Papá Bueno—. Debe serlo, muchacho —Y en cuanto dijo esto, a la luz de la linterna de Jack patinó un engranaje y el ciclo se repitió.

—Está atascado, Papá Bueno —dijo Jack—. Se le ha gastado un engranaje.

—Sí, Jackie —dijo el Papá Bueno—. Debe serlo, muchacho.

—Tiene razón —dijo Jack—. Debe serlo. A la larga todo se gasta; no hay nada permanente. La única constante de la vida es el cambio. ¿No es cierto, Papá Bueno?

—Sí, Jackie —dijo el Papá Bueno—. Debe serlo, muchacho.

Apagando la fuente de energía de la máquina, Jack empezó a desmontar el cuerpo principal para poder reemplazar el engranaje gastado.

—De modo que lo descubrió —dijo el circuito central media hora más tarde, cuando Jack salió secándose la cara con la manga.

—Sí —dijo él. Estaba exhausto. El reloj de pulsera le indicaba apenas las cuatro; tenía por delante una hora más de trabajo.

El circuito central lo acompañó al aparcamiento.

—Me complace mucho que hayan atendido nuestras necesidades con tanta diligencia —dijo—. Telefonaré al señor Yee para agradecerse.

Agotado aun para despedirse, Jack asintió con la cabeza y subió al helicóptero. Pronto se estaba elevando; abajo, el huevo de pato que era la Escuela Pública administrada por la ONU fue menguando en la distancia. Con ella desapareció la tensión y Jack pudo respirar de nuevo.

Tomando el transmisor, dijo:

—Señor Yee, soy Jack. ¿Qué viene ahora?

Tras una pausa, la voz pragmática del señor Yee dijo:

—Jack, nos ha llamado el señor Arnie Kott, de Lewistown. Solicita que le reparemos una codificadora de dictado en la que tiene gran confianza. Como todos los demás están cubiertos, lo envío a usted.

Arnie Kott poseía el único clavicordio de Marte. Pero el clavicordio estaba desafinado, y Arnie no encontraba a nadie que lo reparase. Se buscara por donde se buscase, en Marte no había afinadores de clavicordios.

Hacía un mes que Arnie venía entrenando a su oscuro doméstico para lidiar con la tarea; los oscuros tenían un oído magnífico y éste en particular parecía entender qué quería Arnie. Se le había dado a Heliogábalo una traducción al dialecto oscuro de un manual para el mantenimiento de instrumentos de teclado, y ahora Arnie esperaba resultados inminentes. Mientras, sin embargo, el clavicordio era prácticamente intocable.

De vuelta en Lewistown tras la visita a Anne Esterhazy, Arnie Kott estaba de un humor lúgubre. La muerte del proveedor de mercado negro, Norbert Steiner, era un tremendo golpe bajo, y Arnie sabía que para compensarla tendría que dar un paso, probablemente un paso drástico y sin precedentes. ¿Qué había sacado del viaje a Nuevo Israel? Apenas una mala noticia. A Anne, como de costumbre, era imposible persuadirla de nada; pensaba seguir con esas campañas y querellas de amateur, y poco le importaba ser el hazmerreír de Marte.

—Así te mueras, Heliogábalo —dijo Arnie, furioso—. O haces funcionar el maldito instrumento o te echo de Lewistown a patadas. Puedes volverte al desierto a comer escarabajos y raíces con los de tu calaña.

Sentado en el suelo junto al clavicordio, el oscuro se crispó, lanzó a Arnie una mirada aguda y bajó otra vez los ojos al manual.

—Aquí nunca se arregla nada —rezongó Arnie.

Marte entero, decidió, era una especie de Humpty Dumpty; en el origen había habido un estado de perfección, y desde ese estado ellos y sus propiedades habían ido cayendo en herrumbrosos pedazos y desechos inútiles. A veces tenía la sensación de estar presidiendo un enorme vertedero. Y entonces, una vez más, pensó en el helicóptero de emergencias de la Compañía Yee con que se había cruzado en el desierto y en el cretino del piloto. Cabrones independientes, se dijo Arnie. Habría que bajarles los humos. Pero sabían bien lo que valían. Vitales para la economía del planeta; lo llevaban escrito en la cara. Nosotros no nos agachamos ante nadie, etcétera. Las manos en los bolsillos, el ceño fruncido, Arnie se paseaba por la gran sala delantera de la casa que mantenía en Lewistown, además de su apartamento en la Sede del Sindicato.

Figúrate que el tipo se atrevió a hablarme así, reflexionó Arnie. Será un técnico fenomenal para sentirse tan seguro.

Y también pensó: Voy a hacerme con ese sujeto así sea lo último que haga. A mí nadie me habla de ese modo y se va tan campante.

Pero, de los dos pensamientos que acababa de tener sobre el engréido técnico de la Compañía Yee, el primero empezó a dominarle la mente; porque Arnie era un hombre práctico y sabía que era preciso mantener las cosas en marcha. Los códigos de conducta podían esperar. Esto no es una sociedad medieval, se dijo. Si el sujeto es realmente bueno, puede decirme lo que se le antoje; lo único que me importa son los resultados.

Con eso en mente, telefoneó a la Compañía Yee de Bunchewood Park y pronto tuvo en la línea al propio señor Yee.

—Escuche —dijo—, tengo aquí una codificadora pachucha. Si ustedes logran que funcione, tal vez pueda hacerles un contrato permanente. ¿Me sigue?

No había duda: el señor Yee lo seguía al dedillo. Había captado todo el panorama.

—Nuestro mejor hombre. De inmediato. Y estoy seguro de que cumpliremos con usted totalmente, a cualquier hora del día o la noche.

—Quiero un hombre en particular —dijo Arnie, y pasó a describir al técnico que había encontrado en el desierto.

—Joven, moreno, delgado —repitió el señor Yee—. Con gafas, y un aire nervioso. Tiene que ser el señor Jack Bohlen. Lo mejor que tenemos.

—Déjeme decirle —dijo Arnie— que aunque ese Bohlen me habló como no permito que me hable nadie, después de pensarlo comprendí que estaba en su derecho. Cuando lo vea se lo diré a la cara —En realidad, sin embargo, Arnie Kott ya no recordaba cuál había sido la cuestión—. Da la impresión de que ese Bohlen lleva la cabeza bien puesta —concluyó—. ¿Puede venir hoy?

Sin titubear el señor Yee prometió el servicio para las cinco.

—Se lo agradezco —dijo Arnie—. Y asegúrese de decirle que Arnie Kott no es rencoroso. Cierto que en el momento me alteró; pero ya está olvidado. Dígale.. —Meditó un momento—. Dígale a Bohlen que en lo que a mí respecta no tiene absolutamente nada de qué preocuparse —Luego colgó, y se reclinó con un sentimiento de honrada y sombría realización.

Así pues, el día no había sido puro desperdicio. Y además en Nuevo Israel había obtenido de Anne una información interesante. Había sacado el tema de los rumores sobre apaños en los montes FDR, y, como de costumbre, Anne tenía algunos chismes internos surgidos de Casa, cuentos que la cadena oral sin duda había embrollado. Sin embargo, el meollo era cierto. La ONU de la Tierra estaba en vías de poner en escena uno de sus periódicos golpes. En un par de semanas reclamaría los montes FDR como dominio público, dado que no pertenecían a nadie..., lo que probablemente era cierto. Pero ¿por qué quería la ONU un gran trozo de terreno sin valor? En ese punto los chismes de Anne se volvían pasmosos. Una historia muy ventilada en Ginebra decía que la ONU pensaba construir un enorme parque supranacional, una especie de Jardín del Edén, que incitara a los terráqueos a emigrar. Según otra, los ingenieros de la

ONU se aprestaban a lanzar un vasto ataque final al problema del refuerzo de las fuentes de energía en Marte; establecerían una enorme planta de energía atómica de hidrógeno, única tanto en tamaño como en alcance. El sistema de aguas se revitalizaría. Y, con fuentes de energía adecuadas, por fin la industria pesada podría trasladarse a Marte, beneficiándose de los terrenos gratuitos, la poca gravedad y los bajos impuestos.

Una tercera historia, finalmente, sostenía que la ONU iba a establecer en los montes FDR una base militar que compensara los planes similares que los Estados Unidos y la Unión Soviética tenían en el mismo campo.

Fuera cual fuese cierto de los tres rumores, un hecho concreto destacaba: muy pronto ciertas parcelas de los montes FDR se revalorizarían de manera importante. En este momento estaba en venta la cadena entera, en terrenos que iban desde una hectárea hasta cien mil, a un precio asombrosamente bajo. En cuanto los especuladores se enteraran de los planes de la ONU, las cosas cambiarían... Sin duda ya se habían puesto en acción. Para reclamar suelo en Marte tenían que estar sobre el terreno: la ley impedía que se hiciera desde Casa. Si los rumores de Anne eran correctos, cabía esperar que empezasen a llegar en cualquier momento. Sería como el primer año de la colonización, cuando había habido especuladores por todas partes.

Sentándose al desafinado clavicordio, Arnie abrió un libro de sonatas de Scarlatti y empezó a aporrear una de sus favoritas, una para manos cruzadas que llevaba meses practicando. Era una música fuerte, rítmica, vigorosa, y Arnie golpeaba las teclas con deleite sin hacer caso al sonido distorsionado. Heliogábalo se apartó para estudiar su manual; el sonido le lastimaba los oídos.

—De esto, tengo un long-play —le dijo Arnie sin dejar de tocar—. Es tan viejo y vale tanto que no me animo a ponerlo.

—¿Qué es un long-play? —preguntó el oscuro.

—Si te lo explicara no lo entenderías. Toca Glenn Gould. Es de hace cuarenta años. Me lo pasó mi familia; era de mi madre. Ese hombre sí que sabía cruzar las manos —Como su propia ejecución lo desalentaba, Arnie abandonó. Nunca conseguiré que suene bien, decidió, ni aunque me dejen este instrumento como estaba cuando lo hice traer de Casa.

Sentado en el taburete, sin tocar, Arnie caviló una vez más sobre las doradas oportunidades que deparaba el suelo de los montes FDR. Yo podría comprar cuanto quisiera, pensó, con fondos del Sindicato. ¿Pero dónde? Es una cadena grande; no voy a comprarla toda.

¿Quién conoce esa cadena?, se preguntó. Probablemente Steiner la conociera, porque según he oído tiene —o tenía— la base de operaciones cerca de allí. Y hay exploradores que van y vienen. Y oscuros viviendo en ella, también.

—Helio —dijo—. ¿Conoces los montes FDR?

—Señor, sí que los conozco —dijo el oscuro—. Los rehuyo. Hace frío allí, y no hay nadie, y no hay vida.

—¿Es verdad —dijo Arnie— que los oscuros tenéis una roca oracular adonde vais cuando queréis saber el futuro?

—Sí, señor. La tienen los oscuros incultos. Pero es una superstición vana. Puño Manchado, llaman a la roca.

—Tú nunca la consultas.

—No, señor.

—Si le haces una pregunta de mi parte a tu maldito Puño Manchado —dijo Arnie—, te daré un dólar.

—Gracias, señor, pero no puedo.

—¿Por qué no, Helio?

—Sería proclamar mi ignorancia consultar semejante fraude.

—Cristo —dijo Arnie, disgustado—. Como un juego, nada más... ¿No puedes hacerlo? Por bromear.

Aunque el oscuro no dijo nada, la cara se le enturbió de resentimiento. Fingió retomar la lectura del manual.

—Qué estupidez la vuestra, abandonar la religión nativa —dijo Arnie—. Demostrasteis lo débiles que sois. Yo no lo habría hecho. Tú dime cómo encuentro el Puño Manchado que ya le preguntaré yo. Sé muy bien que vuestra religión enseña que podéis predecir el futuro, maldita sea. ¿Y qué tiene de particular? Allá en Casa nosotros tenemos individuos extra-sensoriales y algunos tienen precognición; leen el futuro. Desde luego que hay que encerrarlos con otros chiflados, porque es un síntoma de esquizofrenia, si tienes alguna idea de qué es eso.

—Sí, señor —dijo Heliogábalo—. Conozco la esquizofrenia. Es el salvaje dentro del hombre.

—Claro, es la regresión a formas de pensamiento primitivas. Pero bueno, y si leéis el futuro, ¿qué? En los campos sanitarios que hay allá en Casa debe de haber cientos de precog.. —Y entonces a Arnie Kott se le ocurrió una idea. Tal vez en el campo B-G hubiera uno o dos.

Al diablo el Puño Manchado, pensó Arnie. Un día de estos me dejo caer por el B-G antes de que lo cierren y me consigo un precog; pago la fianza, lo traigo a Lewistown y lo pongo en plantilla.

Fue hasta el teléfono y llamó a Edward L. Goggins, el administrador del sindicato.

—Eddy —dijo cuando le pasaron con él—. Échate un trote hasta nuestra clínica psiquiátrica, agarra a un médico de esos y te vuelves con una descripción de un chiflado precognitivo. Qué síntomas tienen, quiero decir, y si saben si en el campo B-G podríamos pillar alguno.

—De acuerdo, Arnie. Está hecho.

—¿Quién es el mejor psiquiatra de Marte, Eddy?

—Caray, Arnie, tendría que revisarlo. Los transportistas tienen uno bueno, Milton Glaub. Yo lo sé porque el hermano de mi mujer es transportista y el año pasado consiguió un análisis de Glaub, además de representación efectiva, claro.

—Me figuro que ese Glaub conoce muy bien el B-G.

—Hombre, Arnie, sí. Va por allí una vez a la semana; todos ellos hacen turnos. Los judíos pagan de lo mejor; les sobra pasta. Es pasta que les envían los israelíes de Casa.

—Bien, sujeta a ese Glaub y dile que me prepare un esquizofrénico precoz cuanto antes. A Glaub ponlo en plantilla, pero sólo si no tienes más remedio; la mayoría de los psiquiatras ven tan poco dinero que se desviven por una entrada regular. ¿Entendido, Eddy?

—Sí, Arnie —El administrador colgó.

—¿Alguna vez te psicoanalizaste, Helio? —dijo Arnie, que ya se sentía alegre.

—No, señor. El psicoanálisis es todo estupidez y vanagloria.

—¿Cómo es eso, Helio?

—Con una cuestión no se enfrentan nunca, y es en qué transformar a la persona enferma. No hay en qué transformarla.

—No te sigo, Helio.

—El propósito de la vida no se conoce; por eso el camino es ocultarse a los ojos de las criaturas humanas. ¿Quién dice que tal vez los esquizofrénicos no tienen razón? Arriesgado viaje el de ellos, señor. Se apartan de las meras cosas, que uno puede manejar y usar para fines prácticos; van para dentro, para el significado. Allí está la negra-noche-sin-fondo, el pozo. ¿Quién sabe si regresarán? Y si regresan, ¿cómo serán después de haber vislumbrado el significado? Yo los admiro.

—Jeeesús —dijo Arnie, desdeñoso—. Apuesto, engendro semi-instruido, a que si en Marte desaparece la civilización humana, a los diez segundos estarás de vuelta entre los salvajes, adorando ídolos y todo. ¿Por qué finges que quieres parecerte a nosotros? ¿Por qué lees ese manual?

Heliogáballo dijo:

—La civilización humana no se irá de Marte nunca, señor. Por eso estudio mi libro.

—Más te vale aprender de ese libro a afinar el clavicordio —dijo Arnie— o volverás al desierto, haya civilización humana o no.

—Sí, señor —dijo el oscuro doméstico.

Desde que a Otto Zitte le había sido retirado el carnet del sindicato y no podía trabajar legalmente, su vida había sido un embrollo constante. A estas alturas, con el carnet habría sido ya un técnico reparador de primera. Que en un tiempo lo había

tenido, y se las había ingeniado para perderlo, era un secreto que hasta su patrón Norb Steiner desconocía. Por razones que a él mismo se le escapaban, Otto prefería dejar creer a los demás que había fallado en las pruebas de aptitud. Tal vez era más fácil considerarse un fracaso; a fin de cuentas, entrar en el negocio de las reparaciones era casi imposible; y que a uno lo echaran después de haberlo logrado...

Había sido culpa suya. Tres años antes había sido miembro del sindicato, a sueldo, bien considerado, en otras palabras un cofrade auténtico. Ante él se abría un amplio futuro; era joven, tenía novia y helicóptero propio. El helicóptero lo estaba comprando a plazos; la novia— aunque entonces no lo supiera —la compartía. ¿Y qué podía frenarlo? Nada, salvo quizá su estupidez.

Había roto una regla del sindicato que era una ley fundamental. A su entender era una regla necia, pero de todos modos... La venganza me pertenece, decía el Sindicato Extraterrestre de Técnicos Reparadores, Filial Marciana. Ah, cómo odiaba a esos cabrones; el odio le había estropeado la vida y él lo reconocía. Y no hacía nada por modificarlo; quería que se la desgraciara. Dondequiera que existiese aquella vasta estructura monolítica, Otto quería seguir odiándola.

Lo habían pillado por dar asistencia socializada.

Y lo jodido era que en realidad no había sido asistencia socializada, porque él esperaba obtener un beneficio. Simplemente era una forma nueva de cobrar a los clientes, y en cierto sentido no tan nueva, para el caso. De hecho, era la forma más vieja del mundo: un sistema de trueque. Pero el beneficio no podía dividirse de modo que pudiera darse una parte al sindicato. Había tratado con ciertas amas de casa de parajes remotos, mujeres muy solitarias cuyos maridos se pasaban cinco días en la ciudad y sólo volvían los fines de semana. Otto, que era guapo, de buena figura y pelo negro bien echado hacia atrás (todo eso según él mismo, en todo caso), había intimado con una mujer tras otra; y un marido furioso, al descubrirlo, en vez de pegarle un tiro había ido a la Oficina de Contrataciones del sindicato a poner una denuncia formal: reparaciones sin compensación adecuada.

Bien, era cierto que adecuada no; eso él lo admitía.

De modo que ahora tenía ese empleo con Norb Steiner, que le significaba tener que vivir prácticamente en los páramos de los montes FDR, fuera de la sociedad semanas enteras, cada vez más solitario y más resentido. Lo que le había causado problemas había sido la necesidad de contacto personal íntimo; y había que ver dónde estaba ahora. Sentado en el cobertizo de almacenaje, esperando que apareciera el siguiente cohete, repasó su vida y llegó a la conclusión de que ni los oscuros habrían querido vivir como él, aislado hasta tal punto de todo el mundo. ¡Si al menos le hubieran resultado los negocios en el mercado negro! Como Norbert Steiner, él había sido capaz de fatigar diariamente el planeta visitando una persona tras otra. ¿Era culpa suya que las mercancías que había elegido importar hubieran interesado

también a los peces gordos? Se había excedido en el acierto; sus productos se habían vendido demasiado bien.

Odiaba a las grandes mafias como odiaba a los grandes sindicatos. Odiaba lo grande en sí; los grandes grupos habían arruinado a los pequeños comerciantes y destruido el sistema norteamericano de libre empresa; acaso él, de hecho, hubiera sido el último pequeño comerciante genuino del sistema solar. Era ése su verdadero delito: en vez de llenarse la boca con el modo de vida americano, había intentado vivirlo.

—Que les den por culo —se dijo, sentado en un baúl, rodeado de cajas, cartones, paquetes y piezas de varios cohetes desmantelados que había estado reparando. Al otro lado de la ventana, silenciosas, desoladas colinas de piedra, con unos pocos arbustos secos y agonizantes, se extendían hasta donde alcanzaba el ojo.

¿Y dónde estaba Norb Steiner en ese momento? Sin duda instalado en un bar o un restaurante, o en la alegre sala de alguna señora, dando la lata sobre su mercancía, entregando frascos de salmón ahumado y a cambio recibiendo...

—Que les den por culo a todos —farfulló Otto, levantándose para caminar de un lado a otro—. Si eso es lo que quieren, que lo tengan. Animales.

Las muchachas israelíes... Allí estaba Steiner ahora, con un montón de kibbutzies, aquellas chicas de ojos negros, de labios gruesos, tetonas, calientes, sexys, bronceadas de trabajar en el campo en short y blusa de algodón, sin sostén, sin nada entre la blusa y aquellos pechos enormes, firmes... Si hasta se les veían los pezones, porque la tela húmeda se les pegaba a ellos.

Por eso no me deja ir con él, decidió Otto.

Las únicas mujeres que veía en los montes FDR eran aquellas oscuras atrofiadas, negruzcas, reseca, ni siquiera humanas, al menos para él. Unos antropólogos decían que los oscuros eran de la misma especie que el homo sapiens; que probablemente una raza interplanetaria había colonizado ambos planetas. A él no lo engañaban. ¿Humanos, esos sapos? ¿Dormir con una de ésas? Cristo, antes mejor cortársela.

Por cierto que se acercaba ahora una partida de oscuros, descalzos y cautelosos, por la roca desapareja de la colina norte. Camino hacia aquí, observó Otto. Como de costumbre.

Abriendo la puerta del cobertizo, esperó a que llegaran. Cuatro machos, dos de ellos viejos, una vieja, varios niños raquíuticos, todos con sus arcos, sus morteros, sus huevos de paka.

Hicieron alto y lo miraron callados, hasta que uno de los machos dijo:

—Derramo lluvias sobre su valiosa persona.

—Lo mismo digo —respondió Otto apoyándose en el cobertizo. Se sentía insípido, agobiado de desesperanza—. ¿Qué quieren?

El oscuro le tendió un trocito de papel. Otto lo tomó: era la etiqueta de una lata de

sopa de tortuga. Los oscuros habían comido la sopa y habían conservado la etiqueta. No podían decirle qué querían porque ignoraban cómo se llamaba.

—De acuerdo —dijo—. ¿Cuántas? —Les fue mostrando los dedos. Al quinto asintieron. Cinco latas—. ¿Qué tenéis?

Una de las oscuras dio un paso adelante y señaló la parte de ella que desde hacía tanto rato ocupaba el pensamiento de Otto.

—Dios mío —dijo Otto, desesperado—. Venga, no. Olvídalo. Basta, no, no puedo más.

Dio media vuelta, entró en el cobertizo y cerró con tal portazo que temblaron los muros; echándose en una cesta de embalaje, se apretó la cabeza con las manos. «Me voy a volver loco», se dijo, la mandíbula dura, la lengua tan hinchada que apenas podía hablar. Le dolía el pecho. Y entonces, para su asombro, empezó a llorar. Jesús, pensó asustado, me estoy volviendo loco de veras. Me estoy derrumbando. ¿Por qué? El llanto le caía por las mejillas. Hacía años que no lloraba. ¿A qué viene esto?, se preguntó. La mente no tenía noción; era sólo un aullido del cuerpo, y él era un espectador.

Pero le produjo alivio. Con un pañuelo se secó los ojos, la cara, y maldijo al verse las manos como garras de tan rígidas, los dedos crispados.

Al otro lado de la ventana aún seguían los oscuros, acaso viéndolo. En las caras no había expresión, pero debían de haberlo visto y probablemente estaban tan perplejos como él. Claro que es un misterio, pensó. Estoy de acuerdo con vosotros.

Los oscuros se apiñaron a debatir, hasta que uno se separó del grupo para acercarse al cobertizo. Otto oyó un golpecito en la puerta. Al abrirla, vio que el oscuro joven le ofrecía algo.

—Esto, pues —dijo el joven oscuro.

Otto lo tomó, pero por su vida que no lograba descifrar qué era. Tenía vidrio y metal, y estaba calibrado. Al fin se dio cuenta de que era un instrumento de topografía. A un lado llevaba un sello: PROPIEDAD DE LA ONU.

—No lo quiero —dijo irritado, dándole vueltas y más vueltas.

Comprendió que los oscuros debían de haberlo robado. Lo devolvió. El joven macho lo aceptó estoicamente y volvió al grupo. Otto cerró la puerta.

Esta vez se fueron; por la ventana los vio remontar la falda de la colina. Perdeos, se dijo. Pero, por cierto, ¿qué hacía una cuadrilla de topógrafos de la ONU en los montes FDR?

Para animarse rebuscó hasta encontrar una lata de ancas de rana ahumadas. Abriéndola, se sentó a comer, moroso, sin obtener de aquella exquisitez nada en absoluto, pero acabando metódicamente la lata.

Jack Bohlen dijo al micrófono:

—No me mande a mí, señor Yee. Hoy me he cruzado con Kott y lo he ofendido

—Le estaba cayendo encima el cansancio. Da la casualidad de que me he cruzado con Kott por primera vez en mi vida, y da la casualidad de que lo he ofendido, pensó. Y da la casualidad, porque así funciona mi vida, de que el mismo día, Arnie Kott decide llamar a la Compañía Yee y pedir asistencia. Típico del juegucito que mantengo con las poderosas fuerzas inanimadas de la vida.

—El señor Kott ha hecho alusión al encuentro de ustedes en el desierto —dijo el señor Yee—. De hecho la decisión de llamarnos a nosotros se basa en ese encuentro.

—Diablos, qué dice —Estaba estupefacto.

—Ignoro cuál fue el problema, Jack, pero no hay secuelas. Dirija su nave a Lewistown. Si tiene que quedarse hasta después de las cinco se le pagará un cincuenta por ciento más. Y el señor Kott, cuya generosidad es conocida, está tan ansioso por tener la codificadora en condiciones que ha prometido encargarse de que se le sirva a usted una comida succulenta.

—Muy bien —dijo Jack. Era demasiado para su imaginación. Al fin y al cabo él no tenía idea de qué pasaba por la cabeza de Arnie Kott.

No mucho después posaba el helicóptero en el aparcamiento de la azotea de la Sede del Sindicato de Fontaneros, en Lewistown.

Una criada se acercó a mirarlo con desconfianza.

—Técnico de la Compañía Yee —dijo Jack—. Solicitado por Arnie Kott.

—De acuerdo, compañero —dijo la criada, y lo llevó hasta el ascensor.

Encontró a Arnie Kott en una sala de estar bien amueblada, de estilo terráqueo; el corpulento calvo hablaba por teléfono, y al ver a Jack hizo un gesto con la cabeza. El gesto indicaba el escritorio, sobre el cual había una codificadora de dictado portátil. Jack se acercó, quitó la tapa de la máquina y la encendió. Mientras, Arnie Kott seguía con la conversación telefónica.

—Por supuesto, ya sé que es un don peliagudo. Por supuesto que si nadie ha podido usarlo es por algo... Pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Darme por vencido, fingir que no existe porque desde hace cincuenta mil años la gente es tan estúpida como para no tomárselo en serio? Aun así quiero probar —Hubo una larga pausa—. De acuerdo, doctor. Gracias —Arnie colgó. Dirigiéndose a Jack, le dijo:— ¿Alguna vez ha estado en el campo B-G?

—No —dijo Jack. Estaba ocupado abriendo la codificadora.

Arnie dio unos pasos y se paró a su lado. Jack sintió la mirada astuta fija en él; lo ponía nervioso, pero no podía hacer nada salvo caso omiso del hombre y seguir trabajando. Un poco como el circuito central, pensó. Y entonces, como le pasaba a menudo, se preguntó si no iría a tener un brote; cierto que había pasado mucho tiempo, pero allí estaba aquella figura poderosa cerniéndose sobre él, escrutándolo, y realmente la sensación se parecía un tanto a la de la vieja entrevista con el jefe de personal de Corona.

—Hablaba por teléfono con Glaub —dijo Arnie Kott—. El psiquiatra. ¿Ha oído hablar de él?

—No —dijo Jack.

—¿Usted qué hace con su vida? ¿Pasa el tiempo con la cabeza enterrada entre las máquinas?

Jack alzó los ojos y enfrentó la mirada del hombre.

—Tengo una esposa y un hijo. Ésa es mi vida. Lo que estoy haciendo ahora es un medio de sacar mi familia adelante —Hablaba con calma. Arnie no pareció ofenderse; hasta sonrió.

—¿Algo de beber?

—Café, si tiene.

—Tengo auténtico café de Casa —dijo Arnie—. ¿Solo?

—Solo.

—Sí, tiene pinta de ser de café negro. ¿Le parece que puede arreglar la máquina ahora, o tendrá que llevársela?

—Puedo arreglarla ahora.

Arnie resplandeció.

—¡Estupendo! De veras que dependo de esa máquina.

—¿Qué pasa con el café?

Dando media vuelta, Arnie salió obedientemente; estuvo moviéndose en otra habitación y volvió con un jarrito de cerámica que puso sobre el escritorio, cerca de Jack.

—Escuche, Bohlen. En cualquier momento vendrá a verme una persona. Una muchacha. Eso a usted no le molestará, ¿no?

Jack alzó la vista suponiendo que había sido un sarcasmo. Pero evidentemente no; Arnie repartía la mirada entre él y la máquina parcialmente desmontada, a todas luces preocupado por la marcha de la reparación. Sin duda que depende de esto, decidió Jack. Qué extraño cómo se aferra la gente a las posesiones, como si fueran extensiones del cuerpo: una especie de hipocondría de la máquina. Se diría que un hombre como Arnie Kott podría tirar esta codificadora y aflojar el dinero para una nueva.

Llamaron a la puerta y Arnie corrió a abrir.

—Ah, hola —Jack oyó la voz—. Ven, pasa. Oye, me están arreglando la codi.

Una voz de chica dijo:

—Arnie, a ti la codi no te la arreglarán nunca.

Arnie soltó una risa nerviosa.

—Oye, te presento a Jack Bohlen, mi nuevo técnico. Jack, ésta es Doreen Anderton, la tesorera de nuestro sindicato.

—Hola —dijo Jack. Por el rabillo del ojo, ya que no había parado de trabajar, vio

que la chica tenía el pelo rojo, una piel extremadamente blanca y ojos grandes y hermosos. Aquí todos están en plantilla, pensó ásperamente. Qué mundo tan fantástico. Qué fantástico sindicato tienes funcionando para ti, Arnie.

—Parece atareado, ¿no?

—Uy, sí —convino Arnie—. Estos técnicos se desvelan por hacer bien su trabajo. Los de fuera, digo, no los nuestros. Los nuestros son una panda de holgazanes que se pasan el rato jugando a costa nuestra. Me tienen hartado, Dor. Digo, este Bohlen es un mago. En cualquier momento nos pone la codi en marcha de nuevo, ¿no, Jack?

—Sí —dijo Jack.

La chica dijo:

—¿Usted no saluda, Jack?

Jack dejó de trabajar para prestarle atención; la miró con ecuanimidad. Tenía una expresión serena e inteligente, con un leve aire burlón particularmente grato y fastidioso a la vez.

—Hola —dijo Jack.

—He visto su helicóptero en la azotea —dijo la chica.

—Déjalo trabajar —dijo Arnie de mala manera—. Dame el abrigo —Se puso detrás de ella para ayudarla a quitárselo. La chica llevaba un traje de punto oscuro, obviamente importado de la Tierra y por lo tanto caro hasta un extremo abrumador. Me juego algo a que esa compra redujo un montón el fondo de pensiones del sindicato, decidió Jack.

Observando a la chica, la vio como una confirmación de un ejemplo de sabiduría antigua. Bonitos ojos, bonito pelo y piel suave daban por resultado una mujer bonita, pero una nariz de veras excelente creaba una mujer hermosa. La nariz de la chica era de ésas: fuerte, recta, dominaba las facciones y formaba una base para los demás rasgos. Se dio cuenta de que las mujeres mediterráneas alcanzaban el nivel de la belleza mucho más fácilmente que las irlandesas o las inglesas, por ejemplo, porque, en términos genéticos, la nariz mediterránea, fuera española, hebrea, turca o italiana, desempeñaba naturalmente un papel mayor en la organización fisonómica. Su propia mujer, Silvia, tenía una preciosa nariz respingona de irlandesa; para cualquier rasero era una mujer muy bonita. Pero... había una diferencia.

Imaginó que Doreen tendría poco más de treinta años. Y sin embargo había en ella una frescura que le daba una cualidad estable. Él había visto una coloración clara como ésa en muchachas de instituto próximas a la pubertad, y de vez en cuando en mujeres de cincuenta con pelo totalmente gris y hermosos ojos grandes. Esta chica seguiría siendo atractiva veinte años después, y probablemente lo había sido siempre; Jack no podía imaginársela de otra manera. Tal vez al invertir en ella, Arnie hubiera hecho buen uso de los fondos que se le confiaban; esa chica no iba a gastarse. Ya ahora se le notaba la madurez en el rostro, y eso entre las mujeres era muy raro.

Arnie le dijo a Jack:

—Nosotros saldremos a beber una copa. Si tiene la máquina arreglada a tiempo...

—Ya está arreglada —Había encontrado la correa rota y la había cambiado por una de su caja de herramientas.

—Fenomenal —dijo Arnie, sonriendo como un niño contento—. Entonces venga con nosotros —A la chica le explicó:—Vamos a conocer a Milton Glaub, el famoso psiquiatra; probablemente has oído hablar de él. Prometió que bebería una copa conmigo. Hace un momento hablaba con él por teléfono, y parece un sujeto de primera —Dio una fuerte palmada en el hombro de Jack—. ¿A que cuando bajó del helicóptero ni se imaginaba que acabaría bebiendo algo con uno de los psicoanalistas más famosos del sistema solar? ¿Me equivoco?

No sé si debo ir, pensó Jack. Pero ¿por qué no?

—De acuerdo, Arnie —contestó.

Arnie dijo:

—El doctor Glaub me va a proporcionar un esquizofrénico. Me hace falta uno; necesito sus servicios profesionales —Se rió, los ojos chispeantes. La afirmación le resultaba notablemente graciosa.

—¿Ah, sí? —dijo Jack—. Yo soy esquizofrénico.

Arnie dejó de reír.

—Bromea. Jamás me lo hubiera imaginado. Quiero decir, se lo ve perfectamente.

Acabando de montar la codificadora, Jack dijo:

—Estoy perfectamente. Estoy curado.

Doreen dijo:

—De la esquizofrenia nadie se cura para siempre —El tono era desapasionado; se había limitado a señalar un hecho.

—Puede suceder —dijo Jack— cuando es lo que se llama esquizofrenia situacional.

Arnie lo observó con gran interés, aun con suspicacia.

—Me está tomando el pelo. Usted quiere ganarse mi confianza con tretas.

Jack se encogió de hombros, sintiendo que se ruborizaba. Volvió completamente la atención al trabajo.

—Sin ánimo de ofender —dijo Arnie—, ¿habla en serio? Oiga, Jack, permítame una pregunta: ¿usted tiene alguna capacidad o poder de leer el futuro?

Después de una larga pausa, Jack dijo:

—No.

—¿Está seguro? —dijo Arnie, suspicaz.

—Estoy seguro —Ahora Jack se arrepentía de no haber rechazado de plano la invitación a acompañarlos. El resuelto interrogatorio lo hacía sentirse expuesto. Arnie lo hostigaba de muy cerca, lo estaba invadiendo. A Jack le costaba respirar, y para

poner más distancia con el fontanero se movió hacia el otro lado del escritorio.

—¿Qué pasa?

—Nada —Jack siguió trabajando sin mirar a Arnie ni a la chica. Los dos lo observaban, y a él le temblaban las manos.

De pronto Arnie dijo:

—Jack, permita que le cuente cómo he llegado adonde estoy. Un don me trajo aquí arriba. Puedo juzgar a las personas y decir cómo son por dentro, qué son realmente, más allá de lo que hagan o digan. No le creo; apostaría a que me miente respecto de la precognición, ¿no es cierto? Ni siquiera tiene que contestarme — Volviéndose hacia la chica, Arnie dijo:—Vámonos de juerga. Me muero por una copa —Le indicó a Jack que los siguiera.

Dejando las herramientas, Jack obedeció de mala gana.

8

En el helicóptero que lo llevaba a Lewistown a beber una copa con Arnie Kott, el doctor Milton Glaub se preguntó si ese golpe de suerte sería cierto. Es increíble, pensó, que mi vida dé semejante vuelco.

No estaba seguro de qué quería Arnie; la llamada había sido tan imprevista y el hombre había hablado tan rápido, que el doctor Glaub había colgado perplejo, sabiendo únicamente que el asunto se relacionaba con los aspectos parapsicológicos de los enfermos mentales. Bien, él podía contarle a Arnie prácticamente todo lo que se sabía sobre el tema, y, sin embargo, Glaub percibía en la averiguación algo más profundo.

Por lo general, la preocupación de una persona por la esquizofrenia delataba una pugna interior sobre esa enfermedad. Ahora bien, estaba probado que, a menudo, uno de los primeros síntomas del insidioso crecimiento del proceso esquizofrénico era la incapacidad de comer en público. Arnie había proclamado ruidosamente que deseaba encontrarse con Glaub, no en su casa o en la consulta del médico, sino en un famoso bar y restaurante de Lewistown, el Willows. ¿Sería acaso una formación reactiva? Como las situaciones públicas lo ponían misteriosamente tenso, sobre todo las que entrañaban la función nutricia, Arnie Kott daba un paso atrás para recobrar la normalidad que empezaba a abandonarlo.

Así discurría el doctor Glaub pilotando su helicóptero; pero entonces, por lentos y subrepticios pasos, el pensamiento volvió a sus propios problemas.

Arnie Kott, un hombre que controlaba un fondo sindical multimillonario; un personaje prominente del mundo colonial, aunque virtualmente desconocido en Casa. Casi un señor feudal. Si Kott me pusiera en su equipo, especuló Glaub, saldaría las deudas que he acumulado, esas letras al veinte por ciento que siempre tengo por delante, que nunca merman ni desaparecen. Y entonces podríamos empezar de nuevo, sin endeudarnos, viviendo de nuestros medios. Unos medios ampliamente incrementados, por cierto.

Y luego, además, como el buen Arnie era sueco, danés o algo por el estilo, el doctor Glaub no necesitaría matizarse la piel antes de recibir a cada paciente. Aparte de que Arnie tenía reputación de informal. Milt y Arnie, el uno para el otro. El doctor Glaub sonrió.

De lo que tenía que asegurarse en esa primera entrevista era de ratificar los conceptos de Arnie; por así decir, seguirle el juego, no arrojar cubos de agua fría, ni siquiera si, por ejemplo, las nociones del buen Arnie estaban fuera de lugar. ¡Menudo pecado habría sido desalentar al hombre! No, no habría sido justo.

Ya veo hacia dónde apunta, Arnie, se dijo el doctor Glaub, ensayando mientras el helicóptero se acercaba a Lewistown más y más. Sí, hay mucho que decir sobre esa

visión del mundo.

Había manejado tantas situaciones sociales para los pacientes —aparecer por ellos en público, representar a esas personalidades esquizoides, tímidas, que se cerraban en sí mismas— que sin duda esto sería una bagatela. Y si el proceso esquizofrénico empezaba a atacarlo con artillería pesada, tal vez Arnie necesitara apoyarse en él por mera supervivencia.

Pan comido, se dijo el doctor Glaub, y subió al máximo la velocidad del helicóptero.

En torno al Willows corría un foso de fría agua azul. Unas fuentes rociaban el aire y un círculo de púrpura, ámbar y óxido rojizo de buganvillas de gran altura ceñía la estructura de cristal y una sola planta. Mientras bajaba por la escalerilla de forja del aparcamiento, el doctor Glaub divisó dentro al grupo: Arnie Kott sentado con una pelirroja despampanante y un acompañante sin rasgos particulares vestido con el mono y la camisa de loneta de los técnicos.

Auténtica sociedad sin clases, ésta, reflexionó el doctor Glaub.

Un puente tipo arcoiris lo asistió para cruzar el foso. Ante él se abrieron las puertas; entró en el salón, pasó frente a la barra, hizo un alto para captar la imagen del combo de jazz que componía meditativamente y saludó a Arnie.

—¡Hola, Arnie!

—Qué hay, doctor —Arnie se levantó para presentarlo—. Doreen, te presento al doctor Glaub. Doreen Anderton. Éste es mi técnico, Jack Bohlen, un verdadero fenómeno. Jack, aquí tienes al más eminente psiquiatra vivo, Milt Glaub.

Asintiendo, todos se dieron la mano.

—Eminente en absoluto —murmuró Glaub, y se sentaron—. Son los suizos de Berghólzlei quienes siguen dominando el campo, los psiquiatras existenciales —Pero, por poco cierta que fuera la afirmación de Arnie, se sentía hondamente halagado. Si hasta se sentía enrojecer de gusto—. Lamento haberme retrasado tanto... He tenido que pasar por Nuevo Israel. Bos... Bosley Touvim... necesitaba consultarme sobre un asunto médico que le parecía apremiante.

—Tremendo sujeto, ese Bos —dijo Arnie. Había encendido un cigarro, un genuino Admiral Óptimo hecho en la Tierra—. Con verdadero empuje. Pero vamos al asunto. Espere, le pediré una copa —Mientras le hacía una seña a la camarera de las bebidas, interrogó a Glaub con la mirada.

—Escocés, si tienen —dijo Glaub.

—Cutty Sark, señor —dijo la camarera.

—Estupendo. Sin hielo, por favor.

—De acuerdo —dijo Arnie, impaciente—. Ve, doctor, ¿tiene o no el nombre de un esquizofrénico verdaderamente avanzado para darme?

—Eh —dijo Glaub, y recordó la visita que apenas un rato antes había hecho a

Nuevo Israel—. Manfred Steiner.

—¿Algún parentesco con Norbert Steiner?

—A decir verdad, el hijo. Está en el campo B-G... Imagino que puedo decírselo en confianza. Totalmente autista, de nacimiento. La madre, la típica personalidad intelectual, fría, esquizoide según los manuales. El padre...

—El padre, muerto —lo cortó Arnie.

—Correcto. De lo más lamentable. Simpático, pero depresivo. Como sabe, fue suicidio. Un impulso típico durante la fase baja. Extraña que no lo hubiera hecho mucho antes.

Arnie dijo:

—Por teléfono me contó que tiene una teoría. Que los esquizofrénicos tienen un desfase temporal.

—Sí, es un trastorno del sentido interior del tiempo —Con los tres prestándole atención, el doctor Glaub se dejó llevar por el entusiasmo; era su tema favorito—. Aún carecemos de verificación experimental completa, pero eso ya vendrá —Y luego, sin vacilación ni vergüenza, expuso la teoría del grupo de Berghólzlei como si fuera suya.

Claramente impresionado, Arnie dijo:

—Muy interesante —Se volvió hacia el técnico Jack Bohlen—. ¿Se podrían construir esas salas de baja velocidad?

—Sin duda —murmuró Jack.

—Y sensores —dijo Glaub—. Para sacar al paciente de la sala y llevarlo al mundo real. Vista, oído...

—Sería posible —dijo Bohlen.

—Y veamos esto —dijo Arnie, impaciente y entusiasmado—. Ese esquizofrénico, ¿podría correr tanto en el tiempo, comparativamente, como para estar en lo que para nosotros sería el futuro? ¿Podría explicarse así la precognición? —Los ojos claros le titilaban de emoción.

Glaub se encogió de hombros indicando que estaba de acuerdo.

Volviéndose hacia Bohlen, Arnie tartamudeó:

—¡Oye, Jack, ya está! Maldita sea, yo debería ser psiquiatra. Lo frenas, demonio. Lo aceleras, digo. Que viva desfasado en el tiempo, si quiere. Pero que comparta sus percepciones con nosotros. ¿De acuerdo, Bohlen?

Glaub dijo:

—Bien, pero hay un problema. En el autismo, sobre todo, la facultad de comunicación interpersonal está drásticamente disminuida.

—Ya —dijo Arnie, pero no se había arredrado—. Conozco el tema lo suficiente para encontrar una salida, caray. Aquel fulano, Carl Jung, ¿no se las había ingeniado hace años para descifrar el lenguaje de los esquizofrénicos?

—Sí —dijo Glaub—. Hace décadas Jung forzó el lenguaje privado de los esquizofrénicos. Pero en el autismo infantil, como es el caso de Manfred, no hay ningún lenguaje, al menos no hablado. Es posible que pensamientos totalmente personales... Pero palabras no.

—Mierda —dijo Arnie.

La chica lo amonestó con la mirada.

—Esto es serio —le dijo Arnie—. Tenemos que lograr que esos desdichados, esos niños autistas, hablen y nos cuenten lo que saben. ¿Lo expreso bien, doctor?

—Sí —dijo Glaub.

—Ese muchacho se ha quedado huérfano —dijo Arnie—. Manfred.

—Bueno, todavía tiene a la madre —dijo Glaub.

Agitando la mano de excitación, Arnie dijo:

—Pero el crío no les importa lo bastante para tenerlo en casa; lo arrumbaron en el campo. Yo lo rescataré, demonio, y lo traeré aquí. Y tú, Jack, te pones a diseñar una máquina que entable contacto con él... ¿Captas la idea?

Al cabo de un momento Bohlen respondió:

—No sé qué decir —Rió brevemente.

—Seguro que sabes qué decir... Demonio, si no tendría que costarte nada. ¿No has dicho que tú mismo eres esquizofrénico?

Interesado, Glaub le dijo a Bohlen:

—¿De verdad? —Ya había advertido, automáticamente, la tensión ósea con que el técnico sorbía su bebida, la rigidez de la musculatura, por no mencionar la complexión asténica—. Pero da la impresión de haber dado enormes pasos para recuperarse.

Bohlen alzó la cabeza, lo miró a los ojos y dijo:

—Estoy totalmente recuperado. Hace años, ya —Tenía la cara cargada de muecas. Nadie se recupera del todo, pensó Glaub. Pero se lo guardó. En cambio dijo:

—Puede que Arnie tenga razón. Usted podría sintonizar con los autistas, visto que ése es nuestro problema básico. El autista no puede asumir ninguno de nuestros papeles, ver el mundo como lo vemos nosotros, y nosotros no podemos asumir el papel de él. De modo que nos separa un abismo.

—¡Tiende tú un puente sobre el abismo, Jack! —exclamó Arnie. Le dio una palmada en la espalda—. Ése es tu trabajo. Voy a ponerte en nómina.

El doctor Glaub se llenó de envidia. Para esconder la reacción clavó la mirada en la copa. Pero la chica, que lo había visto, le sonrió. Él no le devolvió la sonrisa.

Contemplando al doctor Glaub sentado frente a él, Jack Bohlen sintió aquella difusión paulatina de la percepción que tanto temía, el cambio en el estado consciente que años antes lo había atacado en el despacho del jefe de personal del Emporio Corona. Algo que parecía haber permanecido siempre en él, siempre al borde de

asomar.

Vio al psiquiatra bajo el aspecto de la realidad absoluta: una cosa compuesta de fríos cables y conexiones, sin nada de humano, sin carne. Los simulacros de carne se habían fundido, se habían vuelto transparentes, y Jack Bohlen veía el dispositivo mecánico. Sin embargo, no permitió que ese terrible estado de conciencia se mostrara; siguió dando vueltas a su copa; siguió atendiendo a la conversación, asintiendo de vez en cuando. Ni el doctor Glaub ni Arnie Kott lo habían notado.

Pero la chica sí. Inclinandose, dijo suavemente al oído de Jack:

—¿No se encuentra bien?

Él sacudió la cabeza. No, estaba diciendo. No me encuentro bien.

—Escapemos de ellos —murmuró la chica—. Yo tampoco aguanto más —En voz alta le dijo a Arnie:—Jack y yo os vamos a dejar solos. Venga —Le dio a Jack un golpecito en el brazo y se levantó; él sintió sus dedos ligeros, fuertes, y también se puso en pie.

Arnie dijo:

—No tardéis mucho —Y reanudó la seria conversación con el doctor Glaub.

—Gracias —dijo Jack mientras se alejaban por el pasillo, entre las mesas.

Doreen dijo:

—¿Vio los celos que le dieron cuando Arnie dijo que iba a ponerlo en nómina?

—No. ¿A quién, a Glaub? —Pero no estaba sorprendido—. A veces me pasa esto —le dijo a la chica a modo de excusa—. Es algo de la vista, tal vez astigmatismo. Por la tensión.

—¿Quiere sentarse a la barra? —dijo la chica—. ¿O salir?

—Salgamos —dijo Jack.

Un momento después estaban en el puente de arcoiris, sobre el agua. Bajo el agua se deslizaban peces, luminosos, vagos, seres semirreales tan raros en Marte como la forma material más inconcebible. En ese mundo eran un milagro y, mirándolos, tanto Jack como la muchacha lo pensaron. Y sin necesidad de decirlo, los dos supieron que estaban pensando lo mismo.

—Se está bien aquí —dijo al fin Doreen.

—Sí —Jack no quería hablar.

—Todo el mundo —dijo Doreen— ha conocido alguna vez a un esquizofrénico... Si es que no lo somos todos. Mi hermano lo era, allá en Casa. Mi hermano menor.

—Me pondré bien —dijo Jack—. Ya estoy bien.

—Eso no es cierto —dijo Doreen.

—No —admitió él—. Pero ¿qué diablos voy a hacer? Usted misma lo ha dicho. La esquizofrenia es para siempre —Entonces guardó silencio, concentrado en los peces pálidos, deslizantes.

—Arnie lo aprecia mucho —dijo la chica—. Cuando dice que tiene el don de

juzgar cuánto vale la gente está diciendo la verdad. Ya se ha dado cuenta de que Glaub está desesperado por venderse y tener trabajo fijo en Lewistown. Supongo que la psiquiatría ya no rinde como en otros tiempos; demasiados profesionales en el negocio. En esta colonia ya hay veinte, y ninguno es verdaderamente bueno. ¿Su... dolencia no le causó problemas para tramitar la emigración?

—No quiero hablar de eso —dijo él—. Por favor.

—Caminemos —dijo la chica.

Pasearon por la calle, frente a las tiendas, la mayoría de las cuales ya habían cerrado.

—En la mesa —dijo la chica—, cuando se quedó mirando al doctor Glaub, ¿qué veía?

—Nada —dijo Jack.

—Tampoco querría hablar de eso.

—Exacto.

—¿Cree que si me lo cuenta empeorarán las cosas?

—No son las cosas; soy yo.

—A lo mejor son las cosas —dijo Doreen—. A lo mejor en su visión hay algo cierto, por mucho que se haya torcido o embrollado. No sé. Yo solía hacer unos esfuerzos terribles por comprender qué veía y oía Clay, mi hermano. Él no podía decirlo. Sé que su mundo no se parecía en nada al del resto de la familia. Se mató, como Steiner —Se había parado frente a un quiosco de prensa a mirar un titular que hablaba de Norbert Steiner—. A menudo los psiquiatras existenciales dicen que hay que dejar que se quiten la vida... La visión se vuelve tan horrible que no la pueden soportar.

Jack no dijo nada.

—¿Es horrible? —preguntó Doreen.

—No. Sólo... desconcertante —Jack pugnó por explicarse—. No hay manera de conciliarla con lo que supuestamente uno debe ver y saber; impide seguir adelante como la gente acostumbra.

—¿No intenta muchas veces fingir y, digamos..., sobrellevarla... actuando? ¿Como los actores? —Como él no respondía, Doreen dijo:—Es lo que trató de hacer hace un momento, en el restaurante.

—Me encantaría engañar a todo el mundo —concedió él—. Daría cualquier cosa por poder actuar, representar un papel. Pero eso supondría una división real... Hasta este momento no hay división; se equivocan cuando dicen que tengo la mente escindida. Si quiero mantenerme entero, no partirme, tendría que soltarme y decirle al doctor Glaub.. —se interrumpió.

—Dígame —dijo la chica.

—Bueno —dijo él respirando hondo—, le diría: Doctor, yo lo veo desde el punto

de vista de la eternidad y usted está muerto. Ahí tiene la esencia de la visión enferma, mórbida. Yo no quiero eso; no lo he pedido.

La chica pasó el brazo por debajo del brazo de Jack.

—Nunca se lo he contado a nadie —dijo él—. Ni siquiera a Silvia, mi esposa, ni a mi hijo. A David lo observo, ¿sabe?; todos los días lo miro para cerciorarme de que no se manifiesta también en él. Es tan fácil que esto se disimule... Como los Steiner... Hasta que lo contó el doctor Glaub, yo no sabía que tenían un hijo en el B-G. Y somos vecinos desde hace años. Steiner nunca dijo una palabra.

Doreen dijo:

—Se supone que debemos volver al Willows para la cena. ¿Le apetece? A mí me parece buena idea. Aunque, ¿sabe?, no hace falta que entre en el equipo de Arnie; puede quedarse con el señor Yee. Tiene un bonito helicóptero. No porque Arnie haya decidido que usted le sirve tiene que abandonarlo todo. Tal vez él no le sea útil a usted.

Encogiéndose de hombros, él dijo:

—Construir una vía de comunicación entre un niño autista y nuestro mundo es un reto interesante. Pienso que Arnie tiene mucha razón. Yo podría ser el intermediario... Aquí podría hacer un trabajo útil —En realidad no le importaba por qué Arnie quería traer al hijo de los Steiner, pensó. Probablemente tuviera un buen motivo egoísta, algo que le daría beneficios en metálico duro y frío. La verdad, me importa un rábano.

De hecho puedo salirme con la mía, comprendió. El señor Yee me cede al Sindicato de Fontaneros; Arnie le paga al señor Yee y él me paga a mí. Todo el mundo contento. ¿Y por qué no? Sin duda componer la mente rota, averiada de un niño es más digno de encomio que componer refrigeradores y codificadoras; si el muchacho padece alguna de las visiones que yo tuve...

Sabía algo de la teoría del tiempo que Glaub había declamado como si fuera suya. Lo había leído en el *Scientific American*; lógicamente, leía cualquier cosa sobre la esquizofrenia que se le pusiera al alcance. Sabía que era originaria de los suizos, que no la había inventado Glaub. Qué teoría tan extraña, pensó. Y sin embargo suena a verdad.

—Volvamos al Willows —dijo. Tenía mucha hambre, y seguro que sería una cena de postín.

Doreen dijo:

—Es una persona valiente, Jack Bohlen.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque vuelve al lugar que lo perturbó, a la gente que le causó la visión de la eternidad, como usted dice. Yo no sería capaz de hacerlo. Huiría.

—Pero ésa es justamente la cuestión —dijo él—. La visión está diseñada para

hacerlo huir a uno. Tiene ese propósito: aniquilar sus relaciones con los demás, aislar. Si lo consigue, la vida con los seres humanos está acabada. A eso se refieren al decir que el término esquizofrenia no es un diagnóstico; es un pronóstico... No habla de lo que uno tiene; únicamente de cómo terminará.

Yo no voy a terminar así, se dijo Jack. No como Manfred Steiner, mudo en una institución. Pienso conservar el trabajo, a mi mujer y mi hijo, mis amistades... Miró a la muchacha aferrada a su brazo. Sí, y hasta aventuras amorosas, si se da el caso.

Pienso seguir probando.

Mientras andaba metió las manos en los bolsillos y tocó algo pequeño, frío y duro; al sacarlo, sorprendido, vio que era arrugado como una raíz de árbol.

—¿Qué diablos es eso? —le preguntó Doreen.

Era la aguatuja que los oscuros le habían dado aquella mañana en el desierto; se había olvidado de ella por completo.

—Un talismán —contestó Jack.

Estremecida, ella dijo:

—Es atroz.

—Sí —convino él—, pero amistoso. Y lo cierto es que los esquizofrénicos tenemos un problema: realmente captamos la hostilidad inconsciente de los demás.

—Lo sé. El factor telepático. A Clay se le hizo cada vez peor hasta que.. —le echó una mirada— desembocó en la paranoia.

—Es lo peor de nuestro estado, esa conciencia de la agresividad y el sadismo enterrados, reprimidos, en la gente de alrededor, incluso en los extraños. Daría cualquier cosa por no tenerla. Lo captamos hasta en los restaurantes —Pensó en Glaub—. En los autobuses, en un teatro. En las multitudes.

Doreen dijo:

—¿Tiene idea de lo que necesita Arnie del niño Steiner?

—Bueno, la teoría de la precognición...

—¿Y para qué quiere Arnie conocer el futuro? Usted no tiene idea, ¿verdad? Y nunca se le ocurriría averiguarlo.

Era cierto. Ni siquiera había sentido curiosidad.

—Usted se conforma —dijo ella despacio, estudiándolo— con la mera tarea técnica de instalar la maquinaria esencial. Eso no está bien, Jack Bohlen; no es en absoluto una buena señal.

—Vaya —dijo él. Asintió—: Supongo que conformarse con una relación puramente técnica es... muy propio de la esquizofrenia.

—¿Le preguntará a Arnie?

Se sentía incómodo.

—Es asunto de él, no mío. El trabajo es interesante y Arnie me gusta; lo prefiero a él antes que al señor Yee. Es que... no tengo vocación de husmear. Soy así.

—Yo creo que tiene miedo. Pero no entiendo por qué. Es valiente, y sin embargo muy en el fondo tiene un miedo terrible. Terrible.

—Puede ser —dijo él, triste.

Volvieron juntos al Willows.

Esa noche, después de que todos se fueran, incluida Doreen, Arnie Kott se sentó en una sala a regodearse. Qué día aquel.

Había contactado a un buen técnico que ya le había reparado la invaluable codificadora e iba a construirle un cachivache para pinchar las facultades precognitivas de un niño autista.

Le había ordeñado a un psiquiatra la información que precisaba, gratis, y se las había arreglado para quitárselo de encima.

En conjunto, pues, había sido un día excepcional. Sólo dejaba dos problemas: aún tenía el clavicordio desafinado y... ¿cuál era el otro? Se le había ido de la cabeza. Caviló sentado frente al televisor, viendo peleas de boxeo de América la Bella, la colonia estadounidense de Marte.

Entonces se acordó. La muerte de Norb Steiner. Ya no había fuente de artículos.

—Eso yo lo arreglo —dijo en voz alta. Apagó el televisor y sacó la codificadora; sentado ante la máquina, micrófono en mano, emitió un mensaje. Estaba dirigido a Scott Temple, con quien había compartido un sinnúmero de aventuras económicas importantes. Temple era primo de Ed Rockingham y un buen sujeto: por medio de un acuerdo de transporte con la ONU, se las había ingeniado para acabar controlando la mayor parte de los productos médicos que entraban en Marte; y había que ver lo que era ese monopolio.

Los tambores de la codificadora giraban, alentadores.

—¡Scott! —dijo Arnie—. ¿Cómo estás? Oye, ¿ya sabes lo del pobre Norb Steiner? Es decir, es un mal rollo que haya muerto y demás. Tengo entendido que mentalmente estaba ya sabes cómo. Lo mismo que todos —Arnie soltó una risa larga e intensa—. Bien, el caso es que esto nos deja un problemita. De adquisición, me refiero. ¿Correcto? Así que escucha, Scott, colega. Me gustaría hablarlo contigo. Estoy en casa. ¿Me comprendes? Pásate por aquí un par de días, así trabajamos en los arreglos precisos. Pienso que podemos olvidarnos del equipo que usaba Steiner y empezar de nuevo. Nos conseguimos un pequeño aeródromo en un paraje apartado, cohetes esclavos propios y todo lo que haga falta. Y mantenemos en marcha esas ostras ahumadas, como es debido —Apagó la máquina e intentó pensar si quedaba algo. No, lo había dicho todo. Entre él y un hombre como Scott Temple no hacía falta hablar más; el trato estaba hecho—. Bien, muchacho —dijo—. Espero verte pronto.

Ya había quitado el carrete cuando se le ocurrió pasarlo para cerciorarse de que el mensaje estaba en código. ¡Dios, menudo desastre si por una rara casualidad salía en directo!

Pero estaba perfectamente en código, y el que más le gustaba: la máquina había vertido las unidades semánticas en una parodia gatuna de música electrónica contemporánea. Oyendo los siseos, lamentos, pitos, maullidos y ronroneos, Arnie rió hasta mojarse las mejillas de llanto; para parar tuvo que ir al lavabo a rociarse la cara con agua fría.

Luego, de vuelta ante la máquina, rotuló cuidadosamente la caja en donde iba el carrete:

CANCIÓN DEL ESPÍRITU DEL VIENTO, CANTATA DE KARL WILLIAM DITTERSHAND

Allá en la Tierra, Karl William Dittershand era por entonces el compositor favorito de los intelectuales y Arnie detestaba su presunta música electrónica; él era un purista: sus gustos se detenían firmemente en Brahms. Arnie se rió a gusto del chiste —etiquetar como cantata de Dittershand una propuesta codificada para que Scott y él entraran en la importación clandestina de alimentos— y luego llamó a un cofrade del sindicato para que llevara la caja al norte, a Nova Britannica, la colonia del Reino Unido en Marte.

A las ocho y media de la noche, liquidaba los asuntos de la jornada y Arnie volvió al televisor a ver el boxeo. Encendió otro Admiral Óptimo extrasuave y, reclinándose, se olvidó de todo y se relajó.

Ojalá todos los días fueran así, se dijo. Entonces viviría eternamente; días como éste lo hacen a uno más joven en vez de envejecerlo. Tuvo la sensación de avizorar de nuevo los cuarenta.

Pero figúrate: tú en el mercado negro, se dijo. Y por tan poco: latitas de jalea de mora y encurtido de anguila y de salmón. Pero también esas cosas eran vitales; sobre todo para él. Nadie me privará de mis caprichos, pensó lúgubrementemente. Si ese Steiner se creyó que suicidándose iba a pegarme donde más duele...

—Vamos —urgió al muchacho negro que recibía una paliza en la pantalla—. Levántate, mierda, y enséñale.

Como si lo hubiera oído, el boxeador negro se puso precariamente en pie y Arnie Kott soltó una risita de hondo, agudo placer.

En la habitación del hotelucho de Bunchewood Park donde habitualmente paraba los fines de semana de servicio, Jack Bohlen cavilaba fumando un cigarrillo junto a la ventana.

Después de tantos años había vuelto lo que tanto miedo le daba; tenía que hacerle frente. Ya no era expectativa angustiada: era una realidad. Cristo, pensó abatido, tienen razón: una vez que te ha dado, es para siempre. La visita a la Escuela Pública lo había disparado, y en el Willows había aparecido intacto y pleno, para apoderarse

de él como cuando tenía veinte años, allá en la Tierra, y trabajaba en Redwood City para el Emporio Corona.

Y sé, pensó, que la muerte de Norbert Steiner ha influido en ello. La muerte nos trastorna a todos, nos lleva a hacer cosas raras; pone en marcha un proceso irradiador de acción y emoción que se expande cada vez más, que abarca cada vez más personas y cosas.

Mejor llamo a Silvia, pensó, a ver cómo se las está arreglando con frau Steiner y las niñas.

Pero se retrajo. De todos modos no puedo ayudar en nada, decidió. Tengo que estar veinticuatro horas de guardia aquí, en la ciudad, donde el señor Yee pueda localizarme. Y ahora, además, tenía que estar disponible para Arnie Kott.

Sin embargo, había habido una recompensa. Una recompensa excelente, sutil, intensamente reanimadora. Tenía en el billetero la dirección y el número telefónico de Doreen Anderton.

¿La llamaría esa noche? Figúrate, pensó, encuentras a alguien, encima una mujer, con quien puedes hablar con franqueza, que entiende tu situación, que de verdad quiere oír y no se asusta.

Era un gran apoyo.

Con nadie en el mundo podía hablar de la esquizofrenia menos que con su mujer; las pocas veces que lo había intentado, sencillamente ella se había derrumbado de miedo. Como a todos, a Silvia la aterrorizaba la idea de que eso le entrara en la vida; se protegía con el conjuro mágico de las drogas, como si el fenobarbital pudiera detener el proceso psíquico más invasor conocido por el hombre. Sabía Dios cuántas pastillas había tragado él mismo en la última década: suficientes para pavimentar el camino de su casa al hotel, posiblemente de ida y vuelta.

Después de reflexionar un poco resolvió no llamar a Doreen. Mejor dejarlo como salida para cuando las cosas se pusieran excepcionalmente difíciles. En este momento sentía una aceptable placidez. Ya habría en el futuro tiempo de sobra para llamar a Doreen Anderton, y sobrada necesidad.

Desde luego, tendría que ser increíblemente prudente; estaba claro que Doreen era amante de Arnie Kott. Pero al parecer sabía lo que estaba haciendo, y sin duda conocía a Arnie; debía haberlo tenido en cuenta al darle a Jack el teléfono y la dirección al irse del restaurante.

Confío en ella, se dijo Jack. No es poco para alguien con una veta esquizofrénica.

Meditando en eso, Jack Bohlen apagó el cigarrillo, sacó el pijama y se preparó para acostarse.

Estaba a punto de taparse cuando sonó el teléfono. Llamada de servicio, pensó, saltando automáticamente de la cama.

Pero no. Una suave voz femenina le dijo al oído:

—¿Jack?

—Sí —dijo él.

—Soy Doreen. Estaba pensando... si se encuentra bien.

—Estoy bien —dijo él sentándose en el borde de la cama.

—¿Cree que le gustaría venir esta noche? A mi casa.

Jack dudó.

—Mmmm —dijo.

—Podríamos escuchar discos y charlar. Arnie me ha prestado una serie de elepés raros de su colección... Algunos están rayadísimos, pero otros son fabulosos. Tiene la colección de Bach más grande de Marte. Y ya ha visto el clavicordio...

De modo que era eso lo que había en la sala de Arnie.

—¿Será seguro? —preguntó.

—Sí. Por Arnie no se preocupe; no es posesivo, si me entiende.

Jack dijo:

—De acuerdo. Iré —Entonces se dio cuenta de que no podía, que debía estar accesible para las urgencias. A menos que las canalizara por el teléfono de Doreen.

—No hay problema —dijo ella cuando se lo explicó—. Llamaré a Arnie para avisarle.

Atónito, él dijo:

—Pero...

—Jack, si usted cree que podemos hacerlo de otro modo está loco. Arnie sabe todo lo que pasa en esta colonia. Déjemelo a mí. Ahora mismo lo llamo. Usted venga ya para aquí. Si mientras está en camino hay alguna llamada, yo la recogeré. Pero no creo que haya ninguna. Arnie no lo quiere a usted reparando tostadoras. Quiere que trabaje en lo de él, en esa máquina para hablar con el niño Steiner.

—De acuerdo —dijo él—. Iré. Hasta luego —Y colgó el teléfono.

Diez minutos más tarde conducía la resplandeciente unidad de urgencias de la Compañía Yee por la estrellada noche de Marte, rumbo a Lewistown y la amante de Arnie Kott.

9

David Bohlen sabía que su abuelo Leo tenía mucho dinero y poco reparo en gastarlo. Por ejemplo: no habían salido casi de la terminal de cohetes, cuando el anciano de riguroso traje con chaleco y gemelos de oro —el traje que el niño había debido identificar en la pasarela por donde bajaban los pasajeros— se había parado a comprarle a la madre de David un ramo de grandes flores azules de la Tierra. Y también había querido comprarle algo a él; y como no había juguetes, el abuelo Leo le había comprado caramelos: una caja de un kilo.

Bajo el brazo, el abuelo Leo llevaba una caja de cartón atada con un cordel; no había dejado que los oficiales del cohete se la guardaran con el equipaje. Ya en el helicóptero del padre de David, el abuelo abrió la caja. Rebosaba de pan judío, encurtidos y rodajas de corned-beef envuelto en plástico protector: en total, casi un kilo y medio.

—Caray —exclamó Jack—. Directo de Nueva York. Eso no se encuentra en las colonias, papá.

—Ya lo sé, Jack —dijo el abuelo Leo—. Un judío me dijo dónde conseguirlo, y a mí me gusta tanto que pensé que a ti también, porque tenemos los mismos gustos —Rió, complacido de ver cuánto los había alegrado—. Cuando llegemos a casa os haré un sándwich. Antes que nada.

Dejando atrás la terminal de cohetes, el helicóptero se elevó sobre el desierto en sombras.

—¿Qué tiempo habéis tenido últimamente? —preguntó el abuelo Leo.

—Muchas tormentas —dijo Jack—. Hace una semana quedamos prácticamente enterrados. Para sacar la arena tuvimos que alquilar un grupo electrógeno.

—Mal asunto —dijo el abuelo Leo—. Deberíais hacer el muro de cemento de que hablabas en las cartas.

—Aquí hacer construir algo cuesta una fortuna —dijo Silvia—. No es como en la Tierra.

—Lo sé —dijo el abuelo Leo—, pero tenéis que proteger la inversión. Esa casa vale un montón. Y el terreno... No hay que olvidar que tenéis agua cerca.

—¿Cómo vamos a olvidarlo? —dijo Silvia—. Dios santo, sin el canal ya habríamos muerto.

—¿Está algo más ancho el canal este año? —preguntó el abuelo Leo.

—Igual —dijo Jack.

En eso intervino David:

—Lo han dragado, abuelo. Yo los estuve mirando. Eran de la ONU; aspiraron la tierra del fondo con una máquina grande y ahora el agua está mucho más limpia. Así que papá apagó el sistema de filtrado, y ahora cuando viene el hombre del canal y nos

abre la compuerta podemos bombear tan rápido que papá me ha dejado plantar todo un huerto nuevo que yo riego inundándolo, y tengo maíz y calabazas y un par de zanahorias, pero las remolachas se las comió algún bicho. Anoche comimos maíz del huerto. Hemos puesto una cerca para que no se metan unos animalillos... ¿Cómo se llaman, papi?

—Ratas de arena, Leo —dijo Jack—. En cuanto el huerto de David empezó a crecer aparecieron los bichos. Son así de largas —alzó las manos para mostrárselo a su padre—, e inofensivas, sólo que en diez minutos se comen lo que pesan. Los colonos más viejos nos previnieron, pero teníamos que probar.

—Es bueno que tengáis vuestros cultivos —dijo el abuelo Leo—. Sí, David, ya me escribiste sobre el huerto. Mañana quiero verlo. Esta noche estoy cansado; he hecho un viaje largo, incluso con estas naves nuevas... ¿Cómo las llaman? Rápidas como la luz, dicen, pero no es verdad. Todavía tardan un montón en despegar y aterrizar y la conmoción es fuerte. A mi lado había una mujer aterrorizada; aun con aire acondicionado hacía tanto calor que pensó que íbamos a incendiarnos. No sé cómo dejan que se recalienten tanto; el billete no es barato. De todas maneras han mejorado mucho... ¿Te acuerdas de la nave en que vinisteis vosotros hace años? ¡Dos meses de viaje!

Jack dijo:

—Leo, espero que hayas traído la máscara de oxígeno. La nuestra está vieja, no es fiable.

—Claro, la llevo en la maleta marrón. Por mí descuida, puedo respirar esta atmósfera: tengo una píldora nueva para el corazón, realmente mejorada. En Casa todo mejora. Por supuesto que está superpoblado. Pero cada vez va a emigrar más gente aquí, créeme. Allá en Casa hay un smog que casi te mata.

David volvió a intervenir:

—Abuelo Leo, el hombre de al lado, el señor Steiner, se suicidó, y ahora su hijo Manfred ha salido del campo para niños anómalos, y papá le está construyendo un mecanismo para que pueda hablarnos.

—Qué bien —dijo benévola el abuelo Leo. Dedicó al niño una gran sonrisa—. Eso es muy interesante, David. ¿Qué edad tiene el niño?

—Diez años —dijo David—. Y todavía no puede hablarnos. Pero papá va a solucionarlo con su mecanismo, ¿y sabes para quién está trabajando papá? Para el señor Kott, el jefe del Sindicato de Fontaneros y su colonia. Es un hombre muy importante, de veras.

—Creo haber oído hablar de él —dijo el abuelo Leo, lanzando a Jack un guiño que el muchacho advirtió.

—Papá —dijo Jack—, ¿sigue en marcha ese negocio de comprar tierra en la cadena FDR?

—Vaya, sin duda —dijo el abuelo Leo—. De eso puedes estar seguro, Jack. Lógicamente he venido por sociabilidad, para veros a vosotros, pero no habría podido tomarme tanto tiempo si no hubiera también negocios de por medio.

—Esperaba que hubieras desistido —dijo Jack.

—Venga, Jack —dijo el abuelo Leo—, tú tranquilo. Deja que de hacer lo correcto me cuide yo. Ya hace años que vengo invirtiendo en tierras. Escucha. ¿Me llevarás en este aparato a los montes y así pueda verlos yo mismo? Tengo una pila de mapas; pero quiero verlos con mis propios ojos.

—Se va a decepcionar —dijo Silvia—. No sabe lo desolado que es. Sin agua, casi sin vida.

—Ahora no nos preocupemos por eso —dijo el abuelo Leo, y le sonrió a David. Le tocó las costillas con el codo—. Qué gusto ver a un joven derecho, sano, y alejado del aire contaminado que respiramos en Casa.

—Bueno, Marte tiene sus inconvenientes —dijo Silvia—. Usted pruebe vivir un tiempo con agua mala o sin agua y luego hablamos.

—Lo sé —dijo el abuelo Leo con gravedad—. Claro que tenéis coraje para vivir aquí. Pero es sano, no lo olvidéis.

Debajo de ellos titilaban ahora las luces de Bunchewood Park. Jack viró el helicóptero hacia el norte y la casa.

Al volante del helicóptero de la Compañía Yee, Jack Bohlen echó una mirada a su padre y se maravilló de lo poco que había envejecido, del aspecto vigoroso y sólido que tenía a sus poco menos de ochenta años. Y trabajando aún todo el día, disfrutando de especular como en sus mejores momentos.

Sin embargo, Jack sabía que, aunque no lo mostrase, el viaje había cansado a Leo más de lo que admitía. De todos modos ya casi estaban llegando. El girocompás indicaba el punto 7,08054; faltaban sólo unos minutos.

Acababan de aparcar en la azotea y de bajar la escalera cuando Leo se apresuró a cumplir su promesa. Fue a la cocina y alegremente se puso a hacerle a cada uno un sándwich de corned-beef kósher en pan judío. Pronto estaban todos comiendo en la sala, apacibles, relajados.

—No sabe cómo nos desesperamos por esta clase de comida —dijo al fin Silvia—. No hay ni en el mercado negro.. —Miró a Jack.

—A veces se consigue alguna exquisitez de contrabando —dijo Jack—, aunque últimamente se ha puesto más duro. Personalmente, nosotros no lo hacemos. No por motivos morales: es que es demasiado caro.

Conversaron un rato, sobre todo del viaje de Leo y de las circunstancias en Casa. A las diez y media enviaron a David a la cama, y a las once Silvia se disculpó y también fue a acostarse. Leo y Jack se quedaron en la sala, sentados todavía, solos. Leo dijo:

—¿Salimos a echar un vistazo al huerto del muchacho? ¿Tienes una linterna grande?

Jack buscó la linterna de emergencia y guió a Leo al frío aire nocturno.

Se habían parado en el borde del cuadro de maíz cuando Leo dijo en voz baja:

—¿Cómo os lleváis Silvia y tú?

—Bien —dijo Jack, un poco turbado por la pregunta.

—Me parece notar cierta frialdad —dijo Leo—. Sería terrible que os alejarais, Jack, de veras. Tienes una mujer magnífica... No encontrarías otra así entre un millón.

—Lo reconozco —dijo Jack, incómodo.

—Cuando eras joven —dijo Leo—, allá en Casa, te pasabas el tiempo mariposeando. Pero sé que ahora has sentado la cabeza.

—Sí —dijo Jack—. Y me parece que estás imaginando cosas.

—Es que se te ve retraído, Jack —dijo el padre—. Espero que no te esté molestando... tu viejo problema, ya sabes qué digo. Me refiero a...

—Sé a qué te refieres.

Imparable, Leo continuó:

—Cuando yo era pequeño no había enfermedades mentales como ahora. Es una marca de la época; demasiada gente, demasiadas apreturas. Me acuerdo de que la primera vez que te pusiste enfermo, digamos a los diecisiete años, ya desde tiempo te habías vuelto frío con la gente, no te interesaba. Me parece que ahora estás igual.

Jack lo miró furioso. Ése era el problema de las visitas de parientes; nunca podían resistir la tentación de retomar los viejos papeles: el Gran Astuto, el Sabelotodo... Para Leo, Jack no era un adulto con mujer e hijo; simplemente era su hijo Jack.

—Mira, Leo —dijo—, aquí hay muy poca gente; es un planeta apenas colonizado. Naturalmente, la gente es menos gregaria; tienen que ser más introvertidos que allá en Casa, donde, como tú dices, uno anda de una muchedumbre en otra.

Leo asintió.

—Mmmm. Pero por eso deberías estar más contento de ver seres humanos.

—Si te refieres a ti, estoy muy contento de verte.

—Claro, Jack —dijo Leo—. Lo sé. Quizá sólo es que estoy cansado. Pero no pareces hablar mucho; estás preocupado.

—Es por mi trabajo —dijo Jack—. Ese muchacho, Manfred, el niño autista... Lo tengo siempre en la cabeza.

Pero, como en los viejos tiempos, con verdadero instinto paterno Leo podía interpretar los pretextos sin esfuerzo.

—Vamos, muchacho —dijo—. Tienes en la cabeza muchas cosas, pero yo sé cómo funcionas; tú trabajas con las manos, y estoy hablando de la cabeza; es la cabeza lo que se te ha vuelto hacia dentro. ¿Aquí en Marte no se puede conseguir una de esas psicoterapias? No digas que no porque a mí no me engañas.

—No te diré que no —dijo Jack—, pero te diré que no es asunto tuyo, maldita sea.

A su lado, en la oscuridad, pareció que el padre retrocedía, se apagaba.

—De acuerdo, muchacho —murmuró—. Siento haberme inmiscuido.

Se quedaron en un incómodo silencio.

—Diablos —dijo Jack—. No discutamos, papá. Entremos. Beberemos una copa y luego a dormir. Silvia te ha preparado una buena cama blanda en la otra habitación. Estoy seguro de que descansarás bien.

—Silvia está muy atenta a las necesidades de la gente —dijo Leo en tono levemente acusatorio. Luego la voz se suavizó—: Jack, yo siempre me preocupo por ti. Tal vez sea anticuado y no comprenda esto... de la enfermedad mental. Hoy parece que la tuviera todo el mundo, como antes pasaba con la gripe o la polio, como cuando éramos pequeños y todos pillaban el sarampión. Uno de cada tres, oí una vez en la televisión. Esquizo... como se llame. Lo que digo, Jack, es por qué con tantas razones para vivir se puede dar la espalda a la vida, como hacen esos esquizos. Es absurdo. Tú aquí tienes un planeta entero por conquistar. Mañana, por ejemplo, iré contigo a los montes FDR, y puedes pasearme por todo el lugar, y luego yo tengo los detalles del procedimiento legal de aquí. Voy a comprar. Escucha: compra tú también, ¿me oyes? Yo te presto el dinero —Le sonrió, esperanzado, enseñando los dientes de acero inoxidable.

—No me atrae —dijo Jack—. Pero gracias.

—Compraré una parcela por ti —ofreció Leo.

—No. Simplemente no me interesa.

—¿Te... gusta el trabajo que estás haciendo, Jack? ¿Esa máquina para comunicarse con el pequeño que no sabe hablar? Parece una ocupación digna; a mí me enorgullece que te ocupes de eso. David es un chico excelente, y es varón, y está orgulloso de su papá.

—Lo sé —dijo Jack.

—No tiene síntomas de esa esquizo..., ¿no?

—No —dijo Jack.

—No sé dónde te la contagiaste tú —dijo Leo—. Desde luego de mí no. A mí me encanta la gente.

—A mí también —dijo Jack. Se preguntó cómo habría reaccionado su padre si se hubiera enterado de lo de Doreen. Probablemente lo habría destrozado; venía de una generación de vínculos rectos; había nacido hacía mucho, mucho tiempo, en 1924. Entonces el mundo era diferente. Era asombroso cómo se había adaptado a los tiempos; un milagro. Leo, nacido en el período de apogeo posterior a la Primera Guerra Mundial, y ahora de pie al borde del desierto marciano... Pero aun así no entendería lo de Doreen, lo vital que era para Jack mantener a cualquier precio un

contacto íntimo como ése; o casi a cualquier precio.

—¿Cómo se llama? —dijo Leo.

—¿C... Cómo? —balbuceó Jack.

—Tengo un poco de intuición telepática —dijo Leo con voz neutra—. ¿No crees?

Tras una pausa, Jack dijo:

—Es evidente.

—¿Silvia lo sabe?

—No.

—Me di cuenta porque no me mirabas a los ojos.

—Tonterías —dijo ferozmente Jack.

—¿También está casada? Esa mujer con la que te has liado, digo. ¿También tiene hijos?

Con una voz lo más plana posible, Jack dijo:

—¿Por qué no usas tu intuición telepática, si quieres saber más cosas?

—Lo único que realmente quiero es que no le hagas daño a Silvia —dijo Leo.

—No le haré daño —dijo Jack.

—Mal asunto —dijo Leo— hacer tamaño viaje para descubrir algo así. Bien.. —suspiró—. De todos modos están mis asuntos. Mañana tú y yo madrugamos y nos ponemos en marcha.

Jack dijo:

—No seas demasiado severo, papá.

—De acuerdo —transigió Leo—. Ya lo sé, son los tiempos modernos. Piensas que jugando por ahí te mantienes bien, ¿cierto? Tal vez. Tal vez sea una vía de cordura. No quiero decir que no estés cuerdo...

—Un poco tocado, nada más —dijo Jack con violento sarcasmo. Jesús, tu propio padre, pensó. Qué tormento. Qué tragedia miserable.

—Estoy seguro de que vas a superarlo —dijo Leo—. Veo claramente cómo te debates; no es un mero juego. Te lo noto en la voz... Tienes problemas. Los mismos que has tenido siempre, sólo que a medida que envejeces te vas agotando, y se hace más difícil, ¿cierto? Sí, lo comprendo. Este planeta es muy solitario. Extraña que los emigrantes no os hayáis vuelto todos locos en un santiamén. Comprendo por qué debes valorar el amor lo encuentres donde lo encuentres. Lo que necesitas es algo como lo que tengo yo, este negocio mío de las tierras. Tal vez para ti sea construir la máquina para el pobre mudito. Me gustaría conocerlo.

—Lo conocerás —dijo Jack—. Mañana, posiblemente.

Estuvieron allí un rato más y luego volvieron a la casa.

—¿Silvia aún toma drogas? —preguntó Leo.

—¡Drogas! —Jack rió—. Fenobarbital. Sí, toma.

—Una muchacha tan simpática.. —dijo Leo—. Qué pena que esté tan tensa y tan

inquieta. Y encima, me decías, tiene que ayudar a esa pobre viuda de al lado.

En la sala, Leo se sentó en la butaca de Jack, cruzó las piernas y se reclinó, suspirando, poniéndose cómodo para seguir conversando. Definitivamente tenía mucho más que decir, sobre una diversidad de temas, y pensaba decirlo.

Silvia yacía en la cama, casi perdida en el sueño, las facultades sedadas por la tableta de 100 gramos de fenobarbital que, como de costumbre, había tomado al retirarse. Vagamente, como un murmullo, le habían llegado desde el jardín las voces de su marido y su suegro; en un momento el tono se había vuelto tajante y, alarmada, Silvia se había sentado en la cama.

¿Ahora van a discutir?, se había preguntado. Dios, espero que no; espero que la visita de Leo no nos perturbe. Con todo, las voces se habían amortiguado, y ahora ella volvía a relajarse.

La verdad, es un buen anciano, pensó. Muy parecido a Jack, sólo que más asentado.

En los últimos tiempos, desde que trabajaba para Arnie Kott, su marido había cambiado. Sin duda era el insólito trabajo que estaba haciendo. A Silvia la perturbaba el mudo, el autista hijo de los Steiner, y desde el primer momento había lamentado verlo aparecer. La vida ya era bastante complicada. Él entraba y salía de la casa, siempre corriendo de puntillas, disparando miradas como si viera objetos ausentes u oyera sonidos fuera del alcance normal. ¿Si se pudiera lograr que el tiempo retrocediera y devolver a Norbert Steiner a la vida! Si...

En un destello, la narcotizada mente de Silvia vio al inocuo hombrecito partiendo por la mañana con las maletas de productos, representante camino de su ronda con yogur y melaza morena.

¿Estará vivo aún en alguna parte? Tal vez Manfred lo viera, perdido como estaba el niño —según Jack— en un tiempo desfigurado. Qué sorpresa les espera cuando establezcan contacto con el muchacho y descubran que han reavivado a ese pequeño espectro triste... Pero lo más probable es que la teoría sea cierta y el niño vea lo que viene. Obtendrán lo que quieren. ¿Por qué, Jack? ¿Para qué lo quieres? Afinidad entre ese niño enfermo y tú. ¿Es eso? Ay... Los pensamientos cedieron a la oscuridad.

Y entonces, ¿qué? ¿Volveré a importarte? Ninguna afinidad entre el enfermo y el sano. Eres diferente; me abrumba. Leo lo sabe, lo presiento. ¿Y tú? ¿Te importa? Se durmió.

Arriba, en el cielo, volaban en círculo los pájaros comedores de carne. Al pie del edificio con ventanas estaba su excremento. Recogió las bolas hasta tener varias en la mano. Se torcían y abombaban como masa cruda, y él supo que dentro había criaturas vivas; cuidadosamente las llevó al pasillo vacío del edificio. Una bola se abrió, partida en el costado, era de tejido, como de pelo; se hizo demasiado grande para sujetarla, y de pronto él vio eso en la pared. Una fisura en el costado, y la hendedura

tan ancha que dentro percibió la criatura.

¡Grubia! Un gusano, enroscado, hecho de pliegues color blanco hueso, el gusano dentro del cuerpo de una persona. Qué bueno sería que los pájaros voladores lo encontraran y se lo comieran, así. Bajó corriendo los escalones, que cedieron bajo los pies. Faltaban tablas. Entre el tamiz de madera espió el suelo de abajo, la cavidad, oscura, fría, llena de madera tan podrida que era un polvo húmedo, destruida por la podredumbre boba.

Brazos en alto, lo alzaron hacia los círculos de pájaros; subió flotando, cayendo al mismo tiempo. Le comieron la cabeza. Y luego estaba en un puente sobre el mar. En el agua aparecían tiburones, las aletas filosas, cortantes. Uno se orientó hacia él y se deslizó fuera del agua, con la boca abierta, dispuesto a tragárselo. Él retrocedió, pero el puente se había ahuecado, se combaba, y se hundió en el agua.

Ahora llovía grubia; todo era grubia, dondequiera que mirase. En la punta del puente apareció un grupo de esos que no lo querían y agitaron un lazo de dientes de tiburón. Él era emperador. Lo coronaron con el lazo y él intentó agradecérselo. Pero luego le pasaron el lazo por la cabeza, a la fuerza, hasta el cuello, y empezaron a estrangularlo. Apretaron el lazo y los dientes de tiburón le cortaron la cabeza. Otra vez estaba sentado en el sótano oscuro, húmedo, rodeado de polvo podrido, escuchando chapotear por todas partes el agua de la corriente. Un mundo donde mandaba la grubia, y él no tenía voz; la voz se la habían cortado los dientes de tiburón.

Soy Manfred, dijo.

—Te aseguro —le dijo Arnie Kott a la muchacha tendida a su lado en la ancha cama— que de veras te encantará establecer contacto con él... Digo, lo que tenemos allí es una cinta interior: tenemos el futuro, ¿y dónde sino en el futuro crees tú que pasan las cosas?

Removiéndose, Doreen Anderton murmuró algo.

—No te duermas —dijo Arnie Kott, incorporándose para encender otro cigarrillo—. Oye, a que no sabes qué. Hoy ha llegado de la Tierra un especulador de los gordos; teníamos uno del sindicato en la terminal y lo reconoció, aunque lógicamente el especulador se registró con nombre falso. Lo consultamos con el transportista, y el tipo se fue sin más, eludiendo a nuestro muchacho. ¡Yo había predicho que empezarían a aparecer! Oye, cuando el niño Steiner nos diga algo destaparemos la maldita olla, ¿verdad? —Sacudió a la muchacha dormida—. Si no te despiertas —dijo Arnie— te pongo de culo en el suelo y ya puedes volverte a tu casa andando.

Doreen gimió, se dio la vuelta y se sentó. Pálidamente translúcida en la tenue luz del gran dormitorio de Arnie Kott, bostezando, se apartó el pelo de los ojos. Un tirante del camisón le resbaló por el brazo y Arnie valoró apreciativamente el erguido, firme pecho izquierdo con su pezón como una gema en el centro exacto.

Dios, qué mujer tengo, se dijo Arnie. Un verdadero sueño. Y ha hecho un trabajo increíble con ese Bohlen, impidiendo que lo mande todo a rodar y me plante, como hacen siempre los esquizos hebefrénicos... Digo, es casi imposible mantenerlos en la noria, son volubles e irresponsables. Vaya con el tal Bohlen; es un idiota sabio, un idiota capaz de arreglar cosas, y uno tiene que alimentarle la idiotez, tiene que ceder. A un fulano así no se lo puede forzar; él no forzaba a nadie. Arnie agarró las mantas y las apartó de un tirón, destapando a Doreen; sonrió al ver sus piernas desnudas, sonrió al verla cubrirse las rodillas con el camisón.

—¿Cómo puedes estar cansada? —le preguntó—. No has hecho otra cosa que mentir. ¿O no? ¿Es tan pesado mentir?

Ella lo escrutó.

—Basta —dijo.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Bromeas? Acabamos de empezar. Quítate el camisón — Tomándolo por el ruedo se lo levantó y, pasando un brazo por debajo de ella, la alzó y en un instante se lo había quitado. Lo depositó en la silla que había junto a la cama.

—Yo me duermo —dijo Doreen cerrando los ojos—. Si no te molesta.

—¿Por qué va a molestarme? —dijo Arnie—. Sigues aquí, ¿no? Despierta o dormida, estás aquí en carne y hueso, y cómo.

—Ay —protestó ella.

—Perdón —La besó en la boca—. No quería hacerte daño.

A ella se le aflojó la cabeza; realmente se estaba durmiendo. Arnie se sintió ofendido. Pero qué demonios; de todos modos ella nunca hacía gran cosa.

—Cuando hayas acabado —murmuró Doreen—, ponme de nuevo el camisón.

—De acuerdo, pero aún no he acabado —Tengo cuerda para una buena hora más, se dijo Arnie. Quizá incluso dos. Además no me disgusta nada hacerlo así. La mujer dormida no habla. Es eso lo que lo estropea todo, cuando se ponen a hablar. O sueltan sus gemidos. Arnie nunca había soportado los gemidos.

Pensó: me muero por tener los resultados del proyecto de Bohlen. No veo la hora. Sé que cuando la cosa empiece oiremos algo realmente maravilloso. La mente clausurada de ese crío; qué tesoros no guardará. Debe de ser como el país de las hadas, todo hermoso, puro e inocente.

En su duermevela, Doreen gimió.

10

En la mano de Leo Bohlen su hijo Jack puso una gran semilla verde. Leo la examinó y se la devolvió.

—¿Qué has visto?

—Pues eso, una semilla.

—¿Ha pasado algo?

Leo meditó pero, como no se le ocurría nada, al fin dijo:

—No.

Sentado junto al proyector de cine, Jack dijo:

—Mira ahora.

Apagó las luces de la sala y un momento después, mientras el proyector siseaba, en la pantalla apareció una imagen. Era una semilla medio enterrada en el suelo. Leo estaba observándola cuando la semilla se abrió. De ella surgieron dos sensores exploratorios: uno apuntaba hacia arriba; el otro, dividido en pelos finos, tanteaba hacia abajo. Mientras, la semilla se había removido en el suelo. Enormes proyecciones se desplegaron del sensor móvil superior y Leo carraspeó.

—Caramba, Jack —dijo—, vaya semillas tenéis en Marte. Mira eso. Cielo santo, se estira como loca.

Jack dijo:

—Es un haba de lima común y corriente, igual que la que acabo de darte. La película está acelerada: cinco días comprimidos en unos segundos. Estamos viendo el movimiento que se desarrolla en una semilla en germinación. Normalmente el proceso es demasiado lento para que veamos algo.

—Caramba, Jack —repitió Leo—. Realmente notable. O sea que el ritmo temporal del niño es como el de esta semilla. Las cosas que nosotros vemos moverse, alrededor de él zumban a tal velocidad que son prácticamente invisibles; y seguro que los procesos lentos los ve como la semilla. Seguro que puede sentarse en el jardín y ver cómo crecen las plantas, y que para él cinco días son como diez minutos nuestros.

—Bueno, eso en teoría —dijo Jack. Luego pasó a explicarle a Leo cómo trabajaba la cámara. No obstante la explicación estaba repleta de términos técnicos y, como Leo no entendía, el ronroneo de Jack lo empezó a irritar un poco. Eran las once de la mañana y Jack aún no daba indicios de pensar en el viaje a los montes FDR; parecía totalmente inmerso en aquello.

—Muy interesante —murmuró Leo en un momento determinado.

—Tomamos una cinta grabada a quince pulgadas por segundo y se la pasamos a Manfred a tres pulgadas y tres cuartos por segundo. Una sola palabra, por ejemplo «árbol», y al mismo tiempo proyectamos la imagen de un árbol con la palabra debajo, una foto fija, y la mantenemos a la vista unos quince o veinte minutos. Luego

grabamos lo que dice Manfred a tres pulgadas y tres cuartos por segundo y para escucharla la pasamos a quince por segundo.

—Oye, Jack —dijo Leo—, tenemos que hacer ese viaje.

—Cristo —dijo Jack—. Es mi trabajo —Hizo un gesto airado—. Pensé que querías conocerlo. En cualquier momento llegará. Lo envía ella...

Leo lo interrumpió.

—Mira, hijo, he hecho millones de kilómetros para echar un vistazo a esas tierras. ¿Vamos a volar hasta allí o no?

—Esperaremos a que llegue el niño —dijo Jack— y lo llevaremos con nosotros.

—Está bien —dijo Leo. Quería evitar las fricciones. Estaba dispuesto a contemporizar, al menos todo lo humanamente posible.

—Dios mío, hete aquí por primera vez en tu vida en la superficie de otro planeta. Yo habría dicho que querrías dar un paseo, echar un vistazo al canal —Jack movió la mano hacia la derecha—. Ni lo has mirado, ¡y la gente se ha pasado siglos queriendo ver los canales, discutiendo si existían!

Apesadumbrado, Leo asintió obedientemente.

—Muéstramelo, entonces —Detrás de Jack salió del taller al deslucido sol rojizo—. Frío —comentó, aspirando el aire—. Oye, qué fácil es andar por aquí. Anoche noté que sentía como si pesara apenas veinte o treinta kilos. Será porque Marte es muy pequeño, ¿no? Sería bueno para la gente con problemas cardíacos, si el aire no fuera tan fino. Anoche pensé que había sido el corned-beef lo que...

—Leo —lo interrumpió su hijo—, calla y mira alrededor, ¿quieres?

Leo miró alrededor. Vio un desierto chato con magras montañas muy a lo lejos. Vio una profunda zanja de turbia agua marrón y, junto a la zanja, una vegetación verde parecida al musgo. Eso era todo, aparte de la casa de Jack y la casa de los Steiner un poco más allá. Vio el huerto, pero ya lo había visto la noche anterior.

—¿Y bien?

—Muy impresionante, Jack —dijo Leo, cortés—. Tenéis una bonita casa; una bonita casa moderna. Algo más de plantas, unos toques al huerto, y te diría que es perfecta.

Con una mirada torcida, Jack dijo:

—Esto es un sueño milenario. Estar aquí mirando esto.

—Lo sé, hijo, y estoy excepcionalmente orgulloso de lo que habéis logrado, tú y esa mujer estupenda —Leo asintió con solemnidad—. ¿Y ahora nos ponemos en marcha? Quizá puedas acercarte a la otra casa y traer al niño. ¿O ya habrá ido David? Tal vez ha ido a buscarlo; no lo veo por aquí.

—David está en la escuela. Lo recogieron mientras tú dormías.

—No me molesta ir yo a buscar a Manfred, o como se llame, si a ti te parece bien.

—Adelante —dijo Jack—. Te acompaño.

Pasaron una pequeña zanja, cruzaron un abierto campo de arena y dispersas plantas como helechos y llegaron a la otra casa. Del interior llegaban voces de niñas. Sin titubear, Leo subió los escalones del porche y tocó el timbre.

Al abrirse la puerta asomó una corpulenta mujer rubia de ojos cansados y dolidos.

—Buenos días —dijo Leo—. Soy el padre de Jack Bohlen; supongo que usted es la dueña de la casa. Mire, nos llevaremos a su hijo a hacer un viaje y se lo traeremos de vuelta sano y salvo.

Por encima de él la mujer corpulenta miró a Jack, que había subido también al porche. Sin decir nada, dio media vuelta y se adentró en la casa. Al volver traía con ella a un niño. Así que éste es el pequeño esquizo, pensó Leo. Guapo; no te lo imaginarías ni en un millón de años.

—Nos vamos de paseo, jovencito —le dijo—. ¿Qué te parece la idea? —Entonces, recordando lo que le había dicho Jack sobre el sentido del tiempo del niño, repitió todo muy despacio, arrastrando las letras.

El niño salió disparado escalones abajo y corrió hacia el canal; moviéndose a una gran velocidad, se perdió de vista detrás de la casa de los Bohlen.

—Señora Steiner —dijo Jack—, quiero presentarle a mi padre.

La corpulenta mujer rubia tendió vagamente el brazo; Leo observó que no parecía estar allí del todo. Sin embargo le estrechó la mano.

—Encantado de conocerla —dijo, educado—. Lamento haberme enterado de la muerte de su marido. Es terrible... Tan sorpresivo, tan de improviso. Conocía un individuo allá en Detroit, un buen amigo mío, que un fin de semana hizo lo mismo. Salió de la tienda, se despidió y fue la última vez que lo vimos.

La señora Steiner dijo:

—¿Cómo está, señor Bohlen?

—Llevaremos a Manfred a dar una vuelta —le dijo Jack—. Tendríamos que estar de vuelta al atardecer.

Cuando Leo y su hijo se alejaron, la mujer permaneció en el porche mirándolos.

—Bastante rara ella también —murmuró Leo. Jack no dijo nada.

Localizaron al niño, solo, en el huerto anegado de David, y pronto estaban los tres en el helicóptero de la Compañía Yee, volando sobre el desierto en dirección a la línea de montañas del norte. Leo desplegó un gran mapa que había llevado y se puso a marcarlo.

—Supongo que podemos hablar sin rodeos —le dijo a Jack, señalando al niño con la cabeza—. ¿No irá él a...? —Vaciló—. Ya me entiendes.

—Si él nos entiende —dijo Jack secamente—, será...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Leo—. Sólo quería estar seguro —Cuidadosamente, se abstuvo de marcar en el mapa el sitio en donde había oído que estaría el terreno de la ONU. Señaló en cambio la ruta de ellos, usando el girocompás

que podía leer claramente en el salpicadero del helicóptero—. Hijo —preguntó—, ¿qué rumores has oído sobre el interés de la ONU en los montes FDR?

—Algo sobre un parque o una central energética —dijo Jack.

—¿Quieres saber exactamente de qué se trata?

—Claro.

Del bolsillo interno de la chaqueta Leo sacó un sobre. Del sobre sacó una tarjeta y se la pasó a Jack.

—¿Te recuerda algo?

Era una foto de un edificio largo y estrecho. Jack lo contempló largo rato.

—La ONU —dijo Leo— piensa construir varios así. Edificios de unidades múltiples. Hileras enteras, kilómetro tras kilómetro, cada uno con su centro comercial completo: supermercado, tienda de electrodomésticos, drugstore, lavandería, heladería... Todo construido con equipo esclavo, esos autómatas que se dan instrucciones propias.

En eso Jack dijo:

—Parecen los apartamentos cooperativos en donde viví yo hace años, cuando tuve el colapso.

—Exacto. El movimiento cooperativo anda metido en esto con la ONU. Como todos saben, en un tiempo los montes FDR fueron fértiles; había agua en abundancia. Los ingenieros hidráulicos de la ONU piensan que de la capa subterránea pueden extraer grandes cantidades. En estos montes la capa está más cerca de la superficie que en cualquier lugar de Marte. Es la fuente originaria de la red de canales, piensan los ingenieros.

—La cooperativa —dijo Jack con una voz rara— en Marte.

—Serán estructuras buenas, modernas —dijo Leo—. Es un proyecto muy ambicioso. La ONU transportará gente gratis, aportando el pasaje hasta el nuevo hogar, y el precio de cada unidad será muy bajo. La cosa ocupará una buena tajada de los montes, como puedes imaginarte, y piensan que completarla llevará unos quince años.

Jack no decía nada.

—Emigración en masa —dijo Leo—. De esta forma la garantizan.

—Supongo —dijo Jack.

—Las partidas que se están asignando son fantásticas —dijo Leo—. La cooperativa sola pondrá casi un trillón de dólares. Ya sabes que tiene inmensas reservas de dinero; es uno de los grupos más ricos de la Tierra. Tiene más activos que las aseguradoras o cualquiera de los grandes grupos bancarios. Si se ha metido, es que no hay la menor posibilidad de fracaso —Luego añadió:—La ONU lleva seis años negociando con ellos.

Finalmente Jack dijo:

—Qué cambio significará para Marte. El mero hecho de que los montes FDR sean fértiles... Solamente eso.

—Y densamente poblados —le recordó Leo.

—Cuesta creerlo —dijo Jack.

—Sí, hijo, lo sé, pero no caben dudas. Dentro de unas semanas lo sabrá todo el mundo. Yo me enteré hace un mes. He estado reuniendo inversores que conocía para una inversión de riesgo... Represento a esa gente, Jack. Yo solo no habría tenido el dinero, es así de simple.

—Es decir —dijo Jack— que toda tu idea es hacerte con la tierra antes que la ONU. Vas a comprarla por muy poco y luego vendérsela a la ONU por mucho más.

—La compraremos en parcelas grandes —dijo Leo— y enseguida la subdividiremos. La partiremos en lotes de, pongamos, treinta metros por veinticinco. Los títulos irán a manos de una buena cantidad de individuos: esposas, primos, empleados y amigos de los miembros de mi grupo.

—De tu logia, dirás.

—Sí, eso es lo que es —dijo Leo, complacido—, una logia.

Al cabo de un rato, con voz áspera Jack dijo:

—¿Y no sientes que hacer eso está mal?

—¿Mal en qué sentido? No te sigo, hijo.

—Cristo —dijo Jack—. Es evidente.

—Para mí no. Explícamelo.

—Vas a estafar a la población entera de la Tierra. Son ellos los que pondrán el dinero. Estás aumentando los costes del proyecto, vas a llevar a cabo un atraco.

—Pero, Jack, la especulación inmobiliaria no consiste en otra cosa —Leo estaba desconcertado—. ¿Tú qué pensabas que era? Hace siglos que existe; compras barata una tierra que nadie quiere porque, por alguna razón, crees que un día valdrá mucho más. Y te mueves según información reservada. No tienes otra forma de orientarte, si vamos al meollo. Todos los especuladores inmobiliarios del mundo tratan de comprar cuando tienen un dato; de hecho en este momento lo están haciendo. Seguro que en cosa de unos días estarán aquí. Si algo los ha frenado es esa reglamentación que exige estar realmente en Marte; no están preparados para venir de sopetón. De modo que... se lo han perdido. Porque al final de esta tarde pienso dar el adelanto por la tierra que queremos —Señaló adelante—. Es allí. Tengo toda clase de mapas; la localizaré sin problemas. Está en la zona de un vasto cañón llamado Henry Wallace. La ley exige que uno ponga realmente los pies en el terreno que piensa comprar y deje en un lugar abierto alguna marca permanente, bien identificable. Yo traigo aquí una marca, una estaca reglamentaria de acero que lleva mi nombre. Bajaremos en el Henry Wallace y me ayudarás a clavar la estaca. Es pura formalidad; apenas tardaremos unos minutos.

Mirando a su padre, Jack pensó: Está loco. Pero Leo le sonreía serenamente y

Jack comprendió que no estaba loco, que era exactamente como decía: los especuladores inmobiliarios obraban así, era su forma de hacer negocios y realmente la ONU y las cooperativas estaban a punto de lanzar un proyecto elefantiásico. Un hombre de negocios tan astuto y experto como su padre no podía equivocarse. Leo Bohlen y sus hombres no actuaban basándose en un rumor. Tenían contactos de alto nivel. Fuera en la cooperativa, en la ONU o en ambas, había habido una filtración, y Leo Bohlen estaba poniendo a trabajar todos sus recursos para aprovecharlo.

—Es... la mayor noticia sobre el desarrollo de Marte que ha habido hasta ahora —dijo Jack. Aún le era difícil creerlo.

—Muy retrasada —dijo Leo—. Tendría que haber sucedido desde el comienzo. Pero ellos pensaban que habría inversiones privadas; esperaron a que lo hiciera otro.

—Esto les cambiará la vida a todos los que viven aquí —dijo Jack. El proyecto alteraría el equilibrio de poder; crearía una clase gobernante del todo nueva: en cuanto se trasladaran la cooperativa y la ONU, Arnie Kott y Bosley Touvim, las colonias sindicales y nacionales, serían renacuajos.

Pobre Arnie, pensó. No podrá reponerse. Tiempo, progreso, civilización: todo habrá quedado atrás. Arnie y su derroche de agua en baños de vapor, ese minúsculo símbolo de pompa.

—Pero escucha una cosa, Jack —le dijo su padre—. No vayas a difundir la información, es confidencial. Lo que queremos es observar si hay chanchullos en la compañía abstracta, es la organización que registra los títulos. Quiero decir, resulta que al hacer nosotros el depósito, alguien les pasa el dato a otros especuladores, sobre todo locales, que luego arrastran a la compañía abstracta, con lo cual...

—Entiendo —dijo Jack. La compañía abstracta pondría fecha anterior al depósito de los especuladores locales, dándole supuesta prioridad respecto al de Leo. En un juego así hay muchas artimañas posibles, se dijo Jack. No me extraña que Leo trabaje con cuidado.

—Hemos investigado a la compañía abstracta de aquí y parece honrada. Pero cuando hay tanto en juego nunca se sabe.

De repente, Manfred Steiner lanzó un gruñido tosco.

Jack y Leo se sobresaltaron. Los dos habían olvidado al chico. Estaba en la parte trasera de la cabina, mirando hacia abajo, con la cara apretada contra el vidrio. Señalaba algo, excitado.

A lo lejos Jack vio una partida de oscuros andando por un sendero de montaña.

—Sí —le dijo Jack al niño—. Allí hay gente, probablemente de caza —Era muy posible, se le ocurrió, que Manfred nunca hubiera visto un oscuro. Me gustaría saber cómo reaccionaría si se encontrase con uno cara a cara, caviló. Y qué fácil era arreglarlo; bastaba con posar el helicóptero delante de aquel mismo grupo.

—¿Qué son éstos? —preguntó Leo—. ¿Marcianos?

—Exactamente —dijo Jack.

—Que me cuelguen —rió Leo—. Así que éstos son los marcianos... Más bien parecen aborígenes negros, como los zulúes de África.

—Están muy emparentados —dijo Jack.

Manfred se había excitado mucho; le brillaban los ojos y corría de una ventana a otra, atisbando, murmurando.

¿Qué pasaría si Manfred vivía un tiempo con una familia de oscuros?, se preguntó Jack. Ellos se mueven más despacio que nosotros; llevan una vida menos compleja y febril. Es posible que tengan un sentido del tiempo más cercano al de él... Para los oscuros, los terráqueos bien podemos ser tipos hipomaniacos que van por ahí como bólidos, a una velocidad enorme, gastando grandes cantidades de energía en nada.

Pero poner a Manfred entre los oscuros no bastaría para integrarlo en su sociedad, se dio cuenta. De hecho podría alejarlo tanto de nosotros que perderíamos toda posibilidad de comunicarnos con él.

Pensando en eso decidió no bajar el helicóptero.

—¿Esos sujetos trabajan? —preguntó Leo—. Los marcianos, digo.

—Se ha domesticado a unos pocos —dijo Jack—, como suele decirse. Pero la mayoría sigue con la misma existencia de siempre, de cazadores-recolectores. Todavía no han llegado a la etapa de la agricultura.

Ya en el Henry Wallace, Jack posó el helicóptero y los tres bajaron al suelo reseco y pedregoso. A Manfred le dieron papel y lápices para que se distrajera, y los dos hombres partieron en busca de un lugar adecuado en donde clavar la estaca.

Encontraron el lugar, una meseta baja, y clavaron la estaca, trabajo que sobre todo hizo Jack. El padre vagaba por los alrededores, inspeccionando formaciones rocosas y plantas, con el ceño claramente fruncido de impaciencia. No parecía disfrutar en absoluto de esa región deshabitada; sin embargo, no abrió la boca: educadamente prestó atención a una formación fósil que Jack le señalaba.

Tomaron fotos de la estaca y del área circundante y, cumplida la tarea, volvieron al helicóptero. Sentado en el suelo, Manfred estaba enfrascado en dibujar. Jack dedujo que la desolación del lugar no debía de afectarlo: envuelto en su mundo interior, el niño dibujaba sin hacerles caso. De vez en cuando alzaba la vista, pero no hacia ellos dos. Tenía los ojos en blanco.

¿Qué dibuja?, se preguntó Jack, y se puso detrás de él para verlo.

Manfred, que de vez en cuando alzaba la mirada para atisbar ciegamente el paisaje, había dibujado grandes edificios de apartamentos.

—Mira esto, papá —dijo Jack, arreglándoselas para mantener la voz firme y tranquila.

Por encima del hombro del niño, los dos hombres vieron cómo los edificios se volvían cada vez más nítidos.

Bien, no hay error posible, pensó Jack. Está dibujando los edificios que habrá aquí. Está dibujando no el paisaje que vemos sino el que vendrá.

—Me pregunto si habrá visto la foto que te mostré —dijo Leo—. La de las maquetas.

—Puede ser —dijo Jack. Así habría podido explicarse: el niño había entendido la conversación, había visto los papeles, se había inspirado en ellos. Pero la foto mostraba los edificios vistos desde arriba. La perspectiva del niño era otra: la de un espectador situado al nivel del suelo. Un espectador, comprendió Jack, sentado en donde estaba él en ese momento.

—No me sorprendería que esa teoría del tiempo te sirviera de algo —dijo Leo. Miró su reloj—. Y, hablando de tiempo, yo diría...

—Sí —aceptó Jack, pensativo—. Es hora de volver.

Había algo más que empezaba a notar en el dibujo del niño. Se preguntó si su padre lo habría visto. Los edificios, los enormes bloques cooperativos, evolucionaban a ojos vista en una dirección ominosa. Ante la mirada de ellos iban apareciendo ciertos detalles finales que acabaron por inflamar a Leo; soltó un gruñido y se volvió hacia su hijo.

Los edificios eran viejos, carcomidos por el tiempo. En los cimientos había grandes grietas que se propagaban hacia arriba. Las ventanas estaban rotas. Y alrededor, en la tierra, crecía una especie de altos hierbajos tiesos. Era una escena de ruina y desesperanza, y de una inercia pesada, sin tiempo.

—Jack, ¡está dibujando chabolas! —exclamó Leo.

Cierto: un montón de chabolas ruinosas. Edificios que llevaban años, acaso décadas en pie, y que pasado el esplendor menguaban ya en el ocaso, en la decadencia y el abandono parcial.

Señalando una voraz grieta que acababa de dibujar, Manfred dijo:

—Grubia —La mano trazó hierbajos, ventanas rotas. Volvió a decir:—Grubia — Los miró con una sonrisa asustada.

—¿Eso qué quiere decir, Manfred? —preguntó Jack.

No hubo respuesta. El niño siguió con sus bocetos. Y cuanto más dibujaba, los edificios se iban volviendo más viejos y más ruinosos.

—Vamonos —dijo Leo bruscamente.

Jack le quitó al niño el papel y los lápices y lo puso de pie. Subieron los tres al helicóptero.

—Mira, Jack —dijo Leo. Examinaba atentamente el dibujo del niño—. Fíjate en lo que dice en la entrada del edificio.

Con una letra retorcida y flaqueante Manfred había escrito:

—Debe de ser el nombre del edificio —dijo Leo.

—Sí —dijo Jack reconociendo la palabra; era la contracción de un eslogan de la cooperativa—. «Alie Menschen werden Brüder», «Todos los hombres serán hermanos» —dijo entre dientes—. La cooperativa lo usa en los membretes.

Manfred volvió a tomar los lápices y reanudó el trabajo. Mientras los dos hombres lo miraban, empezó a dibujar algo en la parte superior de la hoja. Jack vio que eran pájaros negros. Enormes y oscuros pájaros como buitres.

En una ventana rota Manfred dibujó una cara redonda con ojos, nariz y una boca desesperada curvada hacia abajo. Desde el edificio alguien miraba hacia fuera, silencioso, impotente, como atrapado.

—Hombre —dijo Leo—, mira qué interesante —Tenía una expresión sombría e indignada—. Ahora, ¿para qué querrá dibujar eso? No me parece una actitud muy saludable ni positiva. ¿No puede dibujarlo como será, nuevo, inmaculado, con niños jugando y mascotas y gente contenta?

—Tal vez dibuja lo que ve —dijo Jack.

—Pues entonces es que está enfermo —dijo Leo—. Hay un montón de maravillas, de cosas brillantes que podría ver. ¿Por qué elige eso?

—Quizá no tiene elección —dijo Jack. Grubia, pensó. ¿Qué querrá decir esa palabra? ¿Quizá tiempo? ¿La fuerza que para el niño significa deterioro, ruina, destrucción y por último muerte? La fuerza que actúa en todas partes, en todas las cosas del universo.

¿Y es lo único que ve?

De ser así, pensó Jack, no extraña que sea autista; no extraña que no pueda comunicarse. Una visión tan parcial del universo... ni siquiera es una visión completa del tiempo. Porque el tiempo también da a luz cosas nuevas; también es el proceso de maduración y crecimiento. Y evidentemente Manfred no percibe el tiempo bajo ese aspecto.

¿Está enfermo porque ve eso? ¿O ve eso porque está enfermo? Una pregunta sin sentido, quizás, o en todo caso sin respuesta. Así es como ve Manfred la realidad, y para nosotros está desesperadamente enfermo; no percibe, como nosotros, el resto de la realidad. Y lo que ve es un fragmento atroz: la realidad en su aspecto más repelente.

Jack pensó: ¡Y hablan de la enfermedad mental como una huida! Se estremeció. Nada de huida; era una contracción de la vida, su reducción a una tumba mohosa y oscura, un lugar en donde no iba ni venía nada; un lugar de muerte absoluta.

Pobre chico condenado, pensó. ¿Cómo puede sobrellevar los días obligado a enfrentarse con esa realidad?

Sombríamente volvió a la labor de pilotar el aparato. Por la ventanilla, Leo contemplaba el desierto de abajo. Con expresión tensa, asustada, Manfred seguía

dibujando.

Grubiaban y grubiaban. Se tapó las orejas, pero el producto se le metía en la nariz. Entonces vio el lugar. Era donde él se agotaba. Lo arrojaron allí, y los montones de grubia le llegaban a la cintura; el aire estaba lleno de grubia.

—¿Cómo te llamas?

—Steiner, Manfred.

—¿Edad?

—Ochenta y tres.

—¿Vacuna contra la viruela?

—Sí.

—¿Alguna enfermedad venérea?

—Bueno, una leve gonorrea, nada más.

—Cura de venéreas para este hombre.

—Señor, mis dientes. Están en el bolso, con los ojos.

—Sí, claro, sus ojos. Denle a este hombre sus ojos antes de llevarlo a la clínica de venéreas. ¿Y sus orejas, Steiner?

—Las tengo puestas, señor. Gracias, señor.

Le ataron las manos con gasa a los lados de la cama porque intentaba quitarse el catéter. Acostado frente a la ventana, miraba por el polvoriento cristal agrietado.

Fuera, un gusano de altas piernas hurgaba entre las pilas. Comía, y entonces algo lo machacó y se fue dejándolo machacado, con los dientes muertos hundidos en lo que había querido comer. Al fin los dientes muertos se levantaron y salieron de la boca reptando en direcciones diferentes.

Estuvo ciento veintitrés años tendido allí y luego el hígado artificial se rindió y él perdió el conocimiento y murió. Para entonces, le habían retirado los dos brazos y las piernas, y hasta la pelvis, porque esas partes se le habían estropeado.

De todos modos no los usaba. Y sin brazos no intentaba quitarse el catéter, y eso a ellos les gustaba.

Ya hace mucho que estoy en AM-WEB, dijo. Tal vez pudieran traerme un transistor para que escuche el Club Mañanero del Amigo Fred; me gusta oír las canciones; ponen muchos viejos éxitos.

Hay algo fuera que me da fiebre del heno. ¿Serán esas hierbas de flor amarilla? ¿Por qué las dejan crecer tanto?

Una vez vi un partido de béisbol.

Se había pasado dos días en el suelo, en un gran charco, y luego la patrona lo había encontrado y había llamado a la furgoneta para que se lo llevaran allí. Todo el viaje había roncado, mucho, hasta despertarse. Cuando probaron a darle zumo de pomelo sólo podía mover un brazo; el otro no se le volvió a mover nunca. Ojalá hubiera podido volver a hacer aquellos cinturones de cuero, eran divertidos y

llevaban cantidad de tiempo. A veces se los vendía a gente que iba el fin de semana.

—¿Sabes quién soy yo, Manfred?

—No.

—Soy Arnie Kott. ¿Por qué alguna vez no te ríes o al menos sonrías, Manfred?

¿No te gusta correr por ahí, jugar?

El señor Kott hablaba grubiando con los dos ojos.

—Es evidente que no, Arnie. Pero de todos modos no es lo que nos atañe.

—¿Qué ves, Manfred? Déjanos entrar en lo que ves. Toda esa gente va a vivir allí, ¿verdad? ¿Es así, Manfred? ¿Ves a cantidad de gente viviendo allí?

Se tapó la cara con las manos, y la grubia paró.

—No entiendo por qué este crío no se ríe nunca.

Grub, grub.

Dentro de la piel del señor Kott había huesos muertos, brillantes y húmedos. El señor Kott era un saco de huesos, sucios pero brillantes de humedad. La cabeza era un cráneo que tomaba verduras y las hacía pedacitos; dentro de él las verduras se volvían cosas podridas porque algo se las comía para matarlas.

Veía todo lo que pasaba dentro del señor Kott, la hirviente vida grubia. Mientras, el exterior decía: «Me encanta Mozart. Pondré esta cinta». La caja decía: Sinfonía 40 en sol mayor, K. 550. El señor Kott tocaba los botones del amplificador. Dirigida por Bruno Walter. El señor Kott les dijo a sus invitados: «Una enorme rareza de la edad de oro de las grabaciones».

De los altavoces surgió un horrible barullo de crujidos y chirridos, como convulsiones de cadáveres. El señor Kott apagó el lector de cintas.

—Lo siento —balbució. Era un viejo mensaje codificado, de Rockingham o Scott Temple o Anne, en todo caso de alguien; eso el señor Kott lo sabía. Sabía que por accidente había ido a parar a su biblioteca de música.

Sorbiendo su bebida, Doreen Anderton dijo:

—Qué chasco. Nos lo podrías haber ahorrado, Arnie. Tienes un sentido del humor que...

—Ha sido un accidente —dijo Arnie Kott, enfadado. Hurgó en busca de otra cinta. Bah, qué demonios, pensó—. Escucha, Jack —dijo, volviéndose—, siento hacerte venir cuando tienes de visita a tu padre, pero se me está acabando el tiempo. Muéstrame qué progresos has hecho con el chico, ¿de acuerdo? —Tartamudeaba de ansiedad y preocupación. Lanzó a Jack una mirada expectante.

Pero Jack Bohlen no lo había oído; le decía algo a Doreen, que estaba sentada con él en el sofá.

—Se ha acabado la bebida —dijo Jack, dejando en el suelo la copa vacía.

—Por amor de Dios —dijo Arnie—. Tengo que saber cómo te ha ido, Jack. ¿No puedes decirme nada? ¿Vais a seguir sentados ahí, venga manilas y susurros? No me siento bien —Se tambaleó hasta la cocina, donde Heliogábalo leía una revista sentado como un necio en un alto taburete—. Prepárame un vaso de agua con bicarbonato —dijo Arnie.

—Sí, señor —Heliogábalo cerró la revista y se bajó del taburete—. Los he oído hablar. ¿Por qué no los echa? No son buenos, señor, nada buenos —Del armario que había sobre el fregadero tomó una caja de bicarbonato; sacó una cucharada.

—¿Ya quién le importa tu opinión? —dijo Arnie.

Doreen entró en la cocina, el rostro demacrado de cansancio.

—Arnie, creo que me iré a casa. Realmente Manfred me supera; no para de moverse, nunca se queda quieto. No lo soporto —Se acercó a Arnie y lo besó en la

oreja—. Buenas noches, cariño.

—Leí algo sobre un niño que se creía una máquina —dijo Arnie—. Decía que para que funcionara había que enchufarlo. Oye, hay que poder soportar a estos bichos. Quédate. Hazlo por mí. Cuando hay una mujer cerca, Manfred es mucho más tranquilo. No sé por qué. Tengo la sensación de que Bohlen no ha conseguido nada. Ahora mismo iré a decírselo —Su oscuro doméstico le puso en la mano un vaso de agua tibia con bicarbonato—. Gracias —Lo bebió complacido.

—Jack Bohlen —dijo Doreen— ha hecho un trabajo excelente en condiciones difíciles. No quiero oír nada en contra de él —Se balanceó levemente, sonriendo—. Estoy un poco borracha.

—¿Y quién no? —dijo Arnie. Le pasó el brazo por la cintura y la abrazó—. Yo estoy tan borracho que tengo náuseas. De acuerdo. A mí también me saca de quicio el crío. Mira, pongo esa cinta codificada; debo de estar chiflado —Dejó el vaso y empezó a desabotonarle a Doreen la blusa—. Tú no mires, Helio. Lee el libro —El oscuro volvió la mirada. Apretando a Doreen contra sí, Arnie acabó de desabotonar la blusa y atacó la falda—. Sé que esos cabrones de la Tierra me llevan ventaja; adonde mires los ves venir. El hombre que tengo en la terminal ya ni puede contarlos; llegan durante todo el día. Vamos a la cama —La besó en la clavícula y fue husmeando cada vez más abajo hasta que las manos de ella lo obligaron a alzar la cabeza.

En la sala, el técnico estelar alquilado al señor Yee lidiaba con el magnetófono, procurando torpemente poner una cinta nueva. Había pateado su copa vacía.

¿Qué pasa si llegan antes que yo?, se preguntó Arnie Kott, que se movía lentamente por la cocina, aferrado a Doreen, mientras Heliogábalo leía. ¿Y si no puedo comprar nada? Más me valdría morirme. Inclino a Doreen hacia atrás, pero sin dejar de pensar. Tiene que haber un sitio para mí. Amo este planeta.

Tronó una música; Jack Bohlen había logrado poner la cinta.

Doreen lo pellizcó con violencia y él la soltó; salió de la cocina hacia la sala, bajó el volumen y dijo:

—Jack, vamos a lo nuestro.

—Muy bien —convino Jack.

Saliendo de la cocina detrás de él, abotonándose la blusa, Doreen dio un amplio rodeo para evitar a Manfred, que estaba en el suelo a cuatro patas. El niño había extendido un pliego de papel de embalar y usaba cola de librería para pegar recortes de revistas; la alfombra estaba salpicada de trocitos blancos. Arnie se agachó junto a él y dijo:

—¿Sabes quién soy yo, Manfred? —El niño no respondió; no dio siquiera muestras de haber oído—. Soy Arnie Kott —dijo Arnie—. ¿Por qué alguna vez no te ríes o al menos sonrías? ¿No te gusta correr por ahí, jugar? —Sentía pena por el niño, pena y desazón.

Con voz inestable y gangosa, Jack Bohlen dijo:

—Es evidente que no, Arnie. Pero de todos modos no es lo que nos atañe —Tenía una mirada aturdida; la mano que sostenía la copa le temblaba.

Pero Arnie continuó:

—¿Qué ves, Manfred? Déjanos entrar en lo que ves —Esperó, pero sólo hubo silencio. El niño estaba absorto en su pegoteo. Había creado un collage: una mellada franja verde y luego una elevación perpendicular, gris y densa, inhibitoria—. ¿Y eso qué significa?

—Es una vivienda —dijo Jack—. Un edificio. Lo he hecho aparecer yo —Se fue de la sala y volvió con un sobre de papel manila. Sacó de él un gran dibujo infantil a lápiz, arrugado, que tendió a Arnie para que lo examinara—. Ten —dijo—. Aquí tienes. Querías que entablara comunicación con él; bien, lo he logrado —Las dos palabras más largas le habían causado ciertos problemas; se le trababa la lengua.

Pero a Arnie le resbalaba cuan borracho pudiera estar su técnico. Estaba habituado a poner a las visitas como cubas; en Marte el alcohol fuerte era raro y cuando la gente encontraba, como en casa de Arnie, por lo general reaccionaba como Jack. Lo que importaba de Jack era la tarea que se le había asignado.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Y esa sala que reduce la velocidad de las cosas?

—Nada.

—¿Este niño lee el futuro?

—Seguro —dijo Jack—. Sin la menor duda. Ese dibujo es la prueba, a menos que nos haya oído hablar —Volviéndose hacia Doreen, con voz lenta y espesa dijo:—¿Tú crees que nos oyó? Ah, no, tú no estabas. Era mi padre. No creo que oyera. Escucha, Arnie. Se supone que esto tú no tienes que verlo, pero supongo que da igual. Ya es tarde. Supuestamente este dibujo no debe verlo nadie. Así será aquello dentro de un siglo, cuando esté en ruinas.

—¿De qué cuerno me hablas? —dijo Arnie—. Yo no sé leer los garabatos de un crío demente. Explícamelo.

—Esto es el AM-WEB —dijo Jack—. Un bloque de viviendas muy grande, enorme. El más grande de Marte. Sólo que, si vamos al dibujo, se está cayendo a pedazos.

Hubo un silencio. Arnie estaba perplejo.

—Tal vez no te interesa —dijo Jack.

—Claro que sí —dijo Arnie, malhumorado. Apeló a Doreen, que se había hecho a un lado y parecía meditar—. ¿Tú entiendes esto?

—No, cariño —dijo ella.

—Jack —dijo Arnie—. Te he citado para que me dieras un informe. Y lo que

obtengo es este dibujo de subnormal. ¿Dónde está el gran bloque de viviendas que dices?

—En los montes FDR —dijo Jack.

Arnie sintió que le bajaba el pulso, y trabajosamente continuó:

—Ah, sí, ya veo. Ya entiendo.

—Me lo figuraba —dijo Jack sonriendo—. Es un asunto que te interesa. Mira, Arnie, tú crees que soy esquizofrénico, y lo mismo cree Doreen, y lo mismo mi padre... Pero a mí me importan tus motivos. Puedo conseguirte mucha información sobre el proyecto de la ONU en los montes FDR. ¿Qué más quieres saber? No es una central eléctrica ni un parque. Lo harán junto con la cooperativa. Es una estructura de múltiples unidades, infinitamente grande, con supermercados y panaderías, en pleno centro del Henry Wallace.

—¿Todo eso lo has sacado del niño?

—No, de mi padre.

Se miraron largo rato.

—¿Tu padre es especulador? —dijo Arnie.

—Sí —dijo Jack.

—¿Llegó de la Tierra el otro día?

—Sí —dijo Jack.

—Jesús —le dijo Arnie a Doreen—. Jesús. Es el padre de éste. Y ya ha comprado.

—Sí —dijo Jack.

—¿Todavía queda algo? —dijo Arnie.

Jack negó con la cabeza.

—Ay, Dios mío —dijo Arnie—. Y lo tengo a sueldo. Nunca he tenido tanta mala suerte.

—Sólo ahora me entero, Arnie —dijo Jack—, de que era esto lo que querías averiguar.

—Sí, es verdad —dijo Arnie. Se volvió hacia Doreen—. Nunca se lo conté, de modo que no es culpa suya —Distraídamente recogió el dibujo del niño—. O sea que será así.

—A la larga —dijo Jack—. Al principio no.

—Tenías la información, pues —le dijo Arnie a Manfred—, pero la sacamos tarde.

—Tarde —repitió Jack. Parecía comprender. Estaba conmocionado—. Lo siento, Arnie. Realmente lo siento. Habrías debido contármelo.

—No te culpo —dijo Arnie—. Seguimos siendo amigos, Bohlen. Es un simple caso de mala suerte. Tú has sido totalmente sincero, se te nota. Pero maldición, qué mala noticia. ¿Ya lo ha registrado tu padre? Bien, así son las cosas.

—Representa a un grupo de inversores —dijo Jack toscamente.

—Naturalmente —dijo Arnie—. Con capital ilimitado. De todos modos, ¿qué iba a hacer yo? No puedo competir. Soy yo solo —Le dijo a Manfred:—Toda esa gente.. —señaló el dibujo— va a vivir allí, ¿verdad? ¿Es así, Manfred? ¿Ves a cantidad de gente viviendo allí? —Descontrolada, la voz le subió de volumen.

—Por favor, Arnie —dijo Doreen—, serénate. Noto que te has alterado mucho, y no deberías.

Alzando la cabeza, Arnie le dijo en voz baja:

—No entiendo por qué este crío no se ríe nunca.

De repente el niño dijo:

—Grub, grub.

—Sí —dijo Arnie con rencor—. Bien hecho. Eso sí que es comunicarse, chico. Grub, grub —Y a Jack:—Has entablado una comunicación estupenda. Se ve a la legua.

Jack no respondió. Ahora parecía sombrío e incómodo.

—Ya veo que conseguir que el niño hable —dijo Arnie— nos va a llevar mucho más tiempo. ¿Cierto? Lástima que no podamos seguir. Yo me planto aquí.

—No hay razón para que sigas —dijo Jack con voz de plomo.

—Exacto —dijo Arnie—. O sea que así estamos. Se ha acabado tu trabajo.

—Pero todavía puedes usarlo para.. —dijo Doreen.

—Oh, desde luego —dijo Arnie—. De todos modos necesito un técnico hábil para cosas como la codificadora; cada maldito día se me estropea un millar de chismes. Me refiero a este trabajo en particular. A este crío envíalo de vuelta al B-G. AM-WEB. Sí, los edificios cooperativos tienen esa clase de nombres raros. ¡La cooperativa en Marte! Un negocio grande, esa cooperativa. Pagarán una barbaridad por su tierra; tienen la pasta. Dile de mi parte a tu padre que es un empresario astuto.

—¿Nos damos la mano, Arnie? —preguntó Jack.

—Claro, Jack —Arnie le tendió la mano y se dieron un apretón largo y fuerte, mirándose a los ojos—. Espero verte a menudo, Jack. Aquí no se acaban las cosas entre nosotros; esto es sólo el comienzo —Soltó la mano de Jack Bohlen, volvió a la cocina y allí se quedó solo, pensando.

Muy pronto Doreen se le unió.

—Ha sido una noticia horrible, ¿no? —dijo, rodeándolo con el brazo.

—Muy mala —dijo Arnie—. La peor en mucho tiempo. Pero ya me recuperaré; el movimiento cooperativo no me asusta. Lewistown y los trabajadores del agua estuvieron aquí primero y estarán mucho más. Si hubiera empezado antes el proyecto con el niño habría sido diferente, y te aseguro que no culpo a Jack —Pero por dentro pensaba: estuviste trabajando contra mí, Jack. Todo el tiempo. Trabajabas para tu padre. Desde el comienzo, además; desde el día en que te contraté.

Volvió a la sala. Junto al lector de cintas, moroso y callado, Jack jugaba con los mandos.

—No te lo tomes a pecho —le dijo Arnie.

—Gracias, Arnie —dijo Jack. Tenía los ojos velados—. Tengo la sensación de haberte fallado.

—A mí no —le aseguró Arnie—. No me has fallado, Jack. Porque a mí no me falla nadie.

En el suelo, Manfred Steiner seguía pegando papeles, sin prestarles la menor atención.

En vuelo, con su padre de regreso a casa, mientras dejaba atrás los montes FDR, Jack pensó: ¿Debería enseñarle los dibujos a Arnie? ¿Llevarlos a Lewistown y dárselos? Es tan poco... No se acerca a lo que debería haber producido a estas alturas.

Sabía que, fuera como fuese, esa noche tendría que ver a Arnie.

—Qué desolado es esto —le dijo su padre, señalando con la cabeza el desierto de abajo—. Es asombroso que hayáis recuperado tanto terreno; deberíais estar todos orgullosos —Pero en realidad tenía la atención puesta en los mapas. Hablaba superficialmente; era una formalidad.

Jack echó mano del radiotransmisor y llamó a Arnie.

—Perdona, papá. Tengo que hablar con el jefe —La radio hizo una serie de ruidos que por un momento llamaron la atención de Manfred; dejó de estudiar sus dibujos y levantó la cabeza—. Te llevaré conmigo —le dijo Jack.

A poco se oyó la voz de Arnie, estruendosa.

—Hola, Jack. He estado tratando de dar contigo. ¿Puedes...?

—Iré a verte esta noche —dijo Jack.

—¿No antes? ¿Qué tal esta tarde?

—Me temo que antes de la noche no podré —dijo Jack—. Hay.. —dudó—. No hay nada hasta la noche —Si logro acercarme a él, pensó, le contaré lo del proyecto de la ONU y la cooperativa. Se lo daré todo. Esperaré a que mi padre haya hecho el registro y luego no importará.

—Esta noche, entonces —aceptó Arnie—. Y estaré sobre ascuas, Jack. Sentado sobre ascuas. Sé que vendrás con algo; te tengo una confianza inmensa.

Jack le dio las gracias, se despidió y colgó.

—Tu jefe parece un caballero —dijo entonces su padre—. Y está claro que te aprecia. Calculo que serás muy valioso para su organización. Una persona con tu capacidad...

Jack no dijo nada. Ya empezaba a sentirse culpable.

—Hazme un dibujo —le dijo a Manfred— de cómo será mi encuentro de esta noche con el señor Kott —Reemplazó la hoja en la que el niño estaba dibujando por otra en blanco—. Por favor, Manfred. Tú puedes ver lo que pasará esta noche. Tú, yo

y el señor Kott en la casa del señor Kott.

El niño tomó un lápiz celeste y se puso a dibujar. Sin dejar de pilotar el aparato, Jack observó.

Manfred dibujaba con esmero. Al principio Jack no distinguió nada. Luego empezó a distinguir la escena. Había dos hombres. Uno le daba al otro un puñetazo en el ojo.

Con un escalofrío, Jack retornó la atención a los mandos. Sintió que sudaba, el húmedo sudor de la ansiedad. ¿Es eso lo que habrá?, se preguntó. ¿Una pelea entre Arnie y yo? Y tú vas a presenciársela, quizá. O al menos un día te enterarás...

—Jack —estaba diciendo Leo—, ¿verdad que vas a llevarme a la compañía abstracta y dejarme allí? Quiero dejar hechos los papeles. ¿Podemos ir directamente, en vez de volver a casa? He de admitir que estoy inquieto. Debe de haber operadores locales vigilando todo esto, de modo que ningún cuidado es suficiente.

Jack dijo:

—No puedo sino repetirte que lo que estáis haciendo es inmoral.

—Tú déjame a mí —dijo su padre—. Así es como hago yo los negocios, Jack. No pienso cambiar.

—Aprovechándote.

—No pienso discutir contigo —dijo su padre—. Esto no te concierne en absoluto. Si no tienes ganas de ayudarme después de que he viajado millones de kilómetros, supongo que podré conseguir un transporte público —Hablaban en un tono dócil, pero se había puesto rojo.

—Te llevaré —dijo Jack.

—No soporto que me vengan con moralinas —dijo su padre.

Jack calló. Viró el helicóptero hacia el sur, en dirección al edificio de la ONU en Pax Grove.

En el dibujo de Manfred, con el correr del lápiz celeste, uno de los dos hombres, el que había recibido el puñetazo en el ojo, cayó al suelo y se transformó en un muerto. Jack lo vio; vio que la figura se volvía supina y luego muerta. ¿Soy yo?, se preguntó. ¿O es Arnie?

Algún día —quizá pronto— iba a saberlo.

Dentro de la piel del señor Kott había huesos muertos, brillantes y húmedos. El señor Kott era un saco de huesos, sucios pero brillantes de humedad. La cabeza era un cráneo que tomaba verduras y las hacía pedacitos; dentro de él las verduras se volvían cosas podridas porque algo se las comía para matarlas.

Jack Bohlen también era un saco muerto, rebosante de grubia. El exterior, que engañaba a casi todos, tenía bonita pintura y olía bien, y estaba inclinado sobre la señorita Anderton, y eso él lo veía; lo veía queriéndola que era un horror. Derramaba su húmeda esencia pegajosa cada vez más cerca de ella, el exterior, y de la boca le

brotaban las muertas palabras gusano.

—Me encanta Mozart —estaba diciendo el señor Kott—. Pondré esta cinta —. Tocó los botones del amplificador—. Dirigida por Bruno Walter. Una enorme rareza de la edad de oro de las grabaciones.

De los altavoces surgió un horrible barullo de crujidos y chirridos, como convulsiones de cadáveres. El señor Kott apagó el lector de cintas.

—Lo siento —balbució.

Encogiéndose ante el ruido, Jack Bohlen olisqueó el cuerpo de mujer que tenía al lado, vio un sudor brillante en el labio superior, donde una línea de carmín corrido parecía un corte en la boca. Él quería morderle los labios, quería hacerlos sangrar. Sus pulgares querían enterrarse en los sobacos y trazar un círculo hacia arriba para manipular los pechos, y entonces sentiría que eran suyos y podía hacer con ellos lo que quisiera. Ya los había hecho moverse antes; era divertido.

—Qué chasco —dijo ella—. Nos lo podrías haber ahorrado, Arnie. Tienes un sentido del humor que...

—Ha sido un accidente —dijo Arnie. Hurgó en busca de otra cinta.

Jack Bohlen alargó la mano para tocar la falda de la mujer. Debajo de la falda no había ropa interior. Él le acarició las piernas y ella las recogió y las volvió hacia él y apretó contra él las rodillas; Doreen parecía un animal, agazapado y expectante. No veo la hora de sacarte de aquí e irnos a otro lugar los dos solos, pensó Jack. Dios, qué ganas de tocarte, y no a través de la ropa. Cerró los dedos sobre el tobillo desnudo y ella soltó un gritito de dolor, sonriéndole.

—Escucha, Jack —dijo Arnie Kott volviéndose hacia él... Las palabras se apagaron. Jack no pudo oír el resto. La mujer le estaba diciendo algo. Date prisa, decía. Yo tampoco aguanto más. El aliento le salía de la boca en cortos siseos nerviosos y lo miraba fijo, la cara cerca de la de él, los ojos enormes. Ninguno de los dos oía a Arnie. La sala, ahora, estaba en silencio.

¿Se había perdido algo de lo que había dicho Arnie? Jack estiró la mano para tomar su copa, pero en la copa no había nada.

—Se ha acabado la bebida —dijo, dejándola en la mesita déte.

—Por amor de Dios —dijo Arnie—. Tengo que saber cómo te ha ido, Jack. ¿No puedes decirme nada? —Hablando sin sonido, se fue de la sala hacia la cocina; la voz se fue apagando. Junto a Jack, la mujer seguía mirándolo, con la boca débil, como si él la estuviera estrechando, como si apenas pudiera respirar. Tenemos que salir de aquí y dejar de fingir, comprendió Jack. Luego, mirando alrededor, vio que estaban solos; Arnie se había ido de la sala y ya no los veía. Charlaba en la cocina con su oscuro doméstico. Así pues, Jack ya estaba solo con ella.

—Aquí no —dijo Doreen. Pero el cuerpo se le agitaba, no se resistió cuando él la ciñó por la cintura; no le importaba que la estrujaran porque ella también quería. Ella

tampoco podía frenarse—. Sí —dijo a continuación—. Pero rápido —Le clavó las uñas en los hombros y cerró los ojos con fuerza, gimiendo y temblando—. Al costado —dijo—. Los botones de la falda. Ahí.

Inclinado sobre ella Jack vio derrumbarse su lánguida, casi decadente belleza. Grietas amarillas se le extendieron por los dientes, y los dientes se partieron y se hundieron en las encías, que a su vez se volvieron verdes y secas como cuero, y entonces ella tosió y le escupió cantidades de polvo a la cara. El Grubiador se había apoderado de ella, comprendió él; se le había adelantado. Por eso la dejó ir. Cuando ella se reclinó, los huesos quebradizos se astillaron con sonidos agudos.

Los ojos de ella se fundieron, opacos, y en uno de ellos las pestañas se volvieron patas velludas, sondeadoras, de un insecto de pelo tupido que estaba apresado y quería salir de allí. Su rojo ojito de cabeza de alfiler espió por el borde flojo del ojo ciego y luego se retiró; después, el insecto empezó a retorcerse, abultando el ojo muerto de la mujer, y entonces, por un instante, el insecto espió por la lente del ojo, mirando a un lado y a otro, y lo vio a él pero fue incapaz de distinguir quién era o qué; no lograba servirse totalmente del mecanismo ruinoso detrás del cual vivía.

Como balones viejos, las tetas se desinflaron con un silbido hasta achatarse y desde el seco interior, por la esparcida red de grietas que la surcaban, de cada una se alzó hasta la cara de él una nube de esporas, el olor a humus y edad del Grubiador, que había llegado tiempo atrás y vivía en el interior y ahora se abría paso hasta la superficie.

La boca muerta se torció y desde lo más profundo del tubo que era la garganta una voz murmuró:

—Debiste darte más prisa —Y luego la cabeza muerta cayó del todo, dejando la aguda punta del cuello proyectada como un palo.

Jack la soltó y ella se derrumbó en un reseo montoncito de escamas chatas, casi transparentes, como la desechada piel de una víbora, casi sin peso; él las apartó con la mano. Y, al mismo tiempo, para su sorpresa, oyó la voz de ella en la cocina.

—Arnie, creo que me iré a casa. Realmente Manfred me supera; no para de moverse, nunca se queda quieto. No lo soporto —Se acercó a Arnie y lo besó en la oreja—. Buenas noches, cariño.

—Leí algo sobre un niño que se creía una máquina —dijo Arnie, y la puerta de la cocina se cerró. Jack no podía verlos ni oírlos.

Restregándose la frente, pensó: Estoy borracho de veras. ¿Qué me pasa? La mente se me parte... Parpadeó, trató de recuperar sus facultades. En la alfombra, no lejos del sofá, con unas tijeras sin filo, Manfred Steiner recortaba una foto de una revista, sonriendo solo; el papel se fruncía, ruido que perturbaba a Jack y le dificultaba aún más enfocar su errática atención.

De más allá de la puerta de la cocina le llegó una respiración pesada y luego

laboriosos, largos gemidos. ¿Qué están haciendo?, se preguntó. Los tres juntos; ella, Arnie y el oscuro doméstico... Los gemidos se apaciguaron hasta cesar. Después no hubo ningún sonido.

Ojalá estuviera en casa, se dijo Jack en una confusión desesperada, total. Quiero largarme de aquí, pero ¿cómo? Se sentía débil y terriblemente mareado y se quedó donde estaba, en el sofá, incapaz de irse, moverse ni pensar.

En su mente una voz dijo: Grub grub grub, soy grub grub grub grub.

Para, le dijo él.

Grub, grub, grub, grub, le respondió la voz.

De la pared le caía polvo. La sala se agrietaba de vejez y polvo, pudriéndose a su alrededor. Grub, grub, grub, decía la sala. El Grubiador ha venido a grub grub y a hacerte grubia.

Poniéndose precariamente en pie se las arregló para llegar paso a paso hasta el amplificador y el lector de cintas de Arnie. Tomó una cinta y consiguió abrir la caja. Tras varios esfuerzos débiles, frustrados, pudo ponerla en el eje de transporte.

En la puerta de la cocina se abrió una rendija y un ojo lo observó; no pudo adivinar de quién era.

Tengo que irme de aquí, se dijo Jack Bohlen. O plantarle cara; tengo que romper con esto, arrojarlo de mí o me comerá.

Me está comiendo.

Giró el botón del volumen tan convulsivamente que la música atronó hasta ensordecerlo, atronando la sala, derramándose sobre las paredes y los muebles, azotando la puerta entreabierta de la cocina, atacando a todos y todo lo que había a la vista.

Cedieron los goznes y la puerta de la cocina cayó hacia delante. Se estrelló, y algo se apresuró a salir de allí, con un rodeo, desalojado por el estruendo de la música de su actividad. La cosa se tambaleó hasta él y se abalanzó en busca del control de volumen. La música bajó.

Pero él se sentía mejor. Gracias a Dios volvía a sentirse cuerdo.

Jack Bohlen dejó a su padre en las oficinas de la compañía abstracta y, llevando a Manfred, voló rumbo al apartamento de Doreen Anderton en Lewistown.

—¿Qué sucede, Jack? —dijo ella al verlo. Mantuvo la puerta abierta para que entraran.

—Va a ser una noche muy mala —dijo él.

—¿Estás seguro? —Doreen se sentó frente a él—. ¿Es preciso que vayas? Sí, supongo que sí. Pero tal vez te equivocas.

—Me lo ha contado Manfred —dijo Jack—. Él ya lo ha visto.

—No tengas miedo —dijo Doreen suavemente.

—Pues lo tengo —dijo él.

—¿Por qué va a ser mala?

—No lo sé. Eso Manfred no pudo decírmelo.

—Pero.. —gesticuló ella—. Has establecido contacto con él; es fantástico. Es lo que Arnie quiere.

—Espero que tú estés allí —dijo Jack.

—Sí, estaré. Aunque... no puedo hacer gran cosa. ¿Vale de algo mi opinión? Porque estoy segura de que Arnie se pondrá contento. Me parece que te ha cogido un ataque de angustia sin motivo.

—Se acaba —dijo Jack—. Entre Arnie y yo todo se acaba... esta noche. Lo sé, y no sé por qué —Se le revolvía el estómago—. Casi me parece que Manfred no sólo conoce el futuro; en cierto modo lo controla. Puede hacer que suceda lo peor posible porque eso es lo natural para él, porque así ve la realidad. Es como si estando a su alrededor nos fuéramos sumiendo en esa realidad, como si nos embebiera y nos reemplazara la forma de ver las cosas, y por alguna razón no sucediera la clase de acontecimientos a que estamos habituados. Para mí no es natural pensar así; nunca antes he tenido esta sensación del futuro.

Entonces Jack calló.

—Has estado mucho con él —dijo Doreen—. Hay en ti tendencias.. —vaciló—, tendencias inestables, Jack. Se alían con las de él; se suponía que ibas a atraerlo a nuestro mundo, a la realidad compartida de la sociedad... Y en cambio, ¿no te ha arrastrado él al suyo? No creo que exista la precognición; creo que esto ha sido un error desde el comienzo. Mejor sería que te apartaras, que dejaras al niño.. —Miró a Manfred, que había ido hasta la ventana a mirar la calle—. Si no tuvieras nada más que hacer con él.

—Ya es demasiado tarde —dijo Jack.

—Tú no eres psicoterapeuta, ni médico —dijo Doreen—. Una cosa es que Milton Glaub trate cada día con autistas y esquizofrénicos, pero tú... Tú eres un técnico que se metió en esto por un impulso loco de Arnie; dio la casualidad de que estabas en la misma habitación que él, reparándole la codificadora, y acabaste enredándote. No deberías ser tan pasivo, Jack. Estás permitiendo que el azar te moldee la vida y, por amor de Dios..., ¿no reconoces qué es en el fondo la pasividad?

Después de una pausa él dijo:

—Supongo que sí.

—Dilo.

—Hay en el individuo esquizofrénico —dijo él— una tendencia a ser pasivo. Ya lo sé.

—Ten decisión. No lles esto más adelante. Llama a Arnie y dile que sencillamente te falta capacidad para manejar a Manfred. Este niño debería volver al campo B-G, a manos de Milton Glaub. Allí pueden construir esa sala de tiempo lento.

Ya la habían empezado, ¿no?

—Nunca llegarán a nada. Hablaban de importar el equipo de Casa. Tú ya sabes qué significa eso.

—Y tampoco llegarás a nada tú —dijo Doreen—. Porque mucho antes te habrás derrumbado mentalmente. Yo también puedo ver el futuro. ¿Y sabes qué veo? Te veo a ti con una crisis mucho más grave que nunca. Si sigues trabajando en esto, te veo... en un colapso psicológico total. Ya te acosa una angustia esquizofrénica aguda... Te acosa el pánico, ¿no es así? ¿No es cierto?

Jack asintió.

—Vi lo mismo en mi hermano —dijo Doreen—. Pánico esquizofrénico. Y una vez que lo has visto irrumpir en alguien, no lo olvidas nunca. El colapso de la realidad que lo rodea... De las percepciones de tiempo y espacio, de causa y efecto... ¿No es lo que te está pasando? Tomas la reunión con Arnie como si no pudieras hacer nada por cambiarla, y eso es una regresión profunda de la responsabilidad adulta y la madurez. No es nada propio de ti —El pecho de Doreen se alzaba y caía penosamente. Respirando con dificultad, continuó:—Llamaré a Arnie para decirle que te retiras, y que tendrá que buscar otro que acabe lo de Manfred. Y le diré que no has avanzado nada, y que seguir con esto es en balde para ti y para él. Ya le he visto otras veces caprichos así. Contagia entusiasmo unos días o unas semanas y luego se olvida. Ya se olvidará también de esto.

—De esto no se olvidará —dijo Jack.

—Haz la prueba —dijo ella.

—No —dijo él—. Tengo que ir esta noche a darle el informe. Se lo prometí. Se lo debo.

—Eres un tonto, maldita sea —dijo Doreen.

—Lo sé —dijo Jack—. Pero no por lo que tú piensas. Soy un tonto porque acepté un trabajo sin prever las consecuencias. Yo.. —se interrumpió—. Tal vez sea como tú dices. Me falta capacidad para trabajar con Manfred. Eso. Y punto.

—Pero de todos modos continúas. ¿Qué tienes para mostrarle a Arnie? Muéstramelo a mí. Ahora.

De un sobre de papel manila Jack sacó uno de los dibujos de edificios que había hecho Manfred. Doreen lo estudió largo rato. Por fin se lo devolvió.

—Es un dibujo maligno y enfermo —dijo con voz casi inaudible—. Yo sé lo que es. Es el Mundo Cementerio, ¿no? Eso ha dibujado. El mundo después de la muerte. Y eso es lo que ve, y es lo que estás empezando a ver tú a través de él. ¿Quieres llevárselo a Arnie? Tú te has caído de la realidad. ¿Crees que Arnie quiere ver semejante abominación? Quémalo.

—No es para tanto —dijo él, profundamente perturbado por la reacción de ella.

—Sí que lo es —dijo Doreen—. Y que no lo veas así es una señal terrible. ¿No te

impresionó al principio?

Jack asintió.

—Entonces sabes que estoy en lo cierto —dijo ella.

—Tengo que seguir —dijo él—. Te veré esta noche en su casa —Fue hasta la ventana y dio a Manfred un golpecito en el hombro—. Ahora nos vamos. Veremos a esta dama por la noche. Y también al señor Kott.

—Adiós, Jack —dijo Doreen acompañándolo hasta la puerta. Tenía los grandes ojos oscuros cargados de desaliento—. Veo que no puedo hacer nada para detenerte. Has cambiado. Estás mucho menos... vivo... ahora que hace apenas uno o dos días... ¿Lo sabes?

—No —dijo él—. No me había dado cuenta —Pero no lo sorprendía oírlo; sentía que algo le pesaba en los miembros, le asfixiaba el corazón. Inclínándose hacia ella, la besó en los labios plenos, sabrosos—. Te veré esta noche.

Ella permaneció en el umbral, en silencio, mirándolos marcharse.

En el tiempo que quedaba hasta la noche, Jack Bohlen decidió pasar por la Escuela Pública a recoger a su hijo. Allí, en ese lugar que temía más que cualquier otro, iba a descubrir si Doreen tenía razón; iba a saber si tenía o no afectados el juicio y la capacidad para distinguir la realidad de las proyecciones de su inconsciente. Para él, la Escuela Pública era el escenario crucial. Y mientras dirigía hacia allí el helicóptero de la Compañía Yee, sintió en lo más hondo que sería capaz de manejar esa segunda visita.

Tenía una violenta curiosidad, además, por ver cómo reaccionaba Manfred al lugar, sus simulacros, sus máquinas docentes. Desde hacía ya cierto tiempo no lo dejaba el tenaz presentimiento de que, enfrentado a los docentes de la Escuela, el muchacho mostraría una respuesta significativa, quizá parecida a la suya, quizá totalmente opuesta. En cualquier caso, habría una reacción; de eso estaba seguro.

Pero entonces, resignado, pensó: ¿No será demasiado tarde? ¿No se ha terminado el trabajo? ¿No lo ha cancelado Arnie porque ya no importa?

¿No he estado ya en su casa esta noche? ¿Qué hora es?

Asustado, pensó: He perdido el sentido del tiempo.

—Iremos a la Escuela Pública —le murmuró a Manfred—. ¿Te gusta la idea? Verás la escuela adonde va David.

Los ojos del niño brillaron de ilusión. Sí, pareció que decía. Me gusta. Vamos.

—De acuerdo —dijo Jack, logrando sólo con gran esfuerzo controlar los mandos del helicóptero; se sentía como en el fondo de un gran mar estancado, luchando por respirar, casi incapaz de moverse. Pero ¿por qué?

No lo sabía. Siguió adelante lo mejor que pudo.

12

Dentro de la piel del señor Kott había huesos muertos, brillantes y húmedos. El señor Kott era un saco de huesos, sucios pero brillantes de humedad. La cabeza era un cráneo que tomaba verduras y las hacía pedacitos; dentro de él las verduras se volvían cosas podridas porque algo se las comía para matarlas. Jack Bohlen también era un saco muerto, rebosante de grubia. El exterior, que engañaba a casi todos, tenía bonita pintura y olía bien, y estaba inclinado sobre la señorita Anderton, y eso él lo veía; lo veía queriéndola que era un horror. Derramaba su húmeda esencia pegajosa cada vez más cerca de ella, el exterior, y de la boca le brotaban las muertas palabras gusano. Correteaban por los pliegues de la ropa de ella y algunas se le estrujaban contra la piel y le entraban en el cuerpo.

—Me encanta Mozart —dijo el señor Kott—. Pondré esta cinta.

A ella le picaba la ropa, estaba llena de pelos y polvo y cagadas de palabras gusano. Ella empezó a rascarse y la ropa se desgarró en tiras. Clavando los dientes en las tiras, se puso a masticarlas.

Tocando los botones del amplificador, el señor Kott dijo:

—Dirigida por Bruno Walter. Una enorme rareza de la edad de oro de las grabaciones.

De algún lugar de la sala surgió un enorme barullo de crujidos y chirridos, y al cabo de un rato la señorita Anderton se dio cuenta de que era ella. Estaba convulsionada por dentro; el montón de cosas cadavéricas reptaba amontonándose, peleando por salir a la luz de la sala. Dios, ¿cómo podía pararlas?

Afloraban por los poros, escabulléndose, y desde gomosas hebras de telaraña se dejaban caer al suelo para desaparecer por las rendijas entre las tablas.

—Lo siento —balbució Arnie Kott.

—Qué chasco —dijo ella—. Nos lo podrías haber ahorrado, Arnie —Se levantó del sofá apartando el objeto oscuro y maloliente que se le aferraba—. Tienes un sentido del humor que...

Él se volvió hacia ella y la vio despojarse de la última prenda. Había dejado la cinta y fue hasta ella con las manos extendidas.

—Ven aquí —dijo la mujer, y luego estaban los dos en el suelo, juntos; para quitarse la ropa él se ayudó con los pies, y los dedos se engancharon en la tela y la rasgaron hasta desprenderse. Con los brazos trabados, rodaron hacia la oscuridad, bajo la cocina, sudando y dando golpes, tragándose el polvo y el calor y la humedad de los propios cuerpos—. No pares —dijo ella, clavándole las uñas en los costados para hacerle daño.

Por encima del borde de la cocina asomaron unos ojos. Algo los espiaba; ellos se habían tumbado juntos en la oscuridad y algo miraba. Había dejado el pegamento y

las tijeras y las revistas, lo había soltado todo para mirarlos y regodearse y saborear cada golpe que daban.

—Vete —le gritó ella. Pero aquello no se iba—. Más —dijo ella entonces, y aquello rió. Reía y reía, y ella y el peso que la aplastaba continuaron. No podían parar.

Grúbame más, dijo ella. Grubia grubia grúbame, descarga tu grubia en mí, ponía en mi grubia, Grubiador. Grub, grub, ¡cómo me gusta grubiar! No pares. Grub, grub grub, ¡grub!

Mientras hacía descender el aparato de la Compañía Yee sobre el helipuerto de la Escuela Pública, Jack Bohlen volvió los ojos hacia Manfred y se preguntó qué estaría pensando. Envuelto en sus pensamientos, el niño miraba por la ventanilla sin ver, las facciones torcidas en una mueca que repugnó a Jack y lo hizo desviar la vista al instante.

¿Por qué se había enredado con ese niño?, se preguntó Jack. Doreen tenía razón; estaba mal de la cabeza, y su presencia avivaba los aspectos inestables, esquizofrénicos de su propia personalidad. Y sin embargo Jack no sabía cómo escapar; hasta cierto punto ya era tarde, como si el tiempo se hubiera derrumbado dejándolo preso, por toda la eternidad, de una simbiosis con esa desdichada criatura muda que no hacía sino inspeccionar una y otra vez su mundo privado.

En cierto modo, se había embebido de la visión de Manfred, que evidentemente estaba suscitando la furtiva desintegración de la suya.

Esta noche, pensó. Tengo que seguir en marcha hasta esta noche: de alguna forma debo aguantar hasta que vea a Arnie Kott. Luego podré deshacerme de esto y regresar a mi espacio, a mi mundo; no tendré que mirar a Manfred Steiner nunca más.

Por amor de Dios, Arnie, sálvame, pensó.

—Hemos llegado —dijo, mientras con una sacudida el helicóptero se posaba en la azotea. Apagó el motor.

Manfred fue enseguida hasta la puerta, ansioso por bajar.

Así que quieres ver el lugar, pensó Jack. Me gustaría saber por qué. Se puso en pie para destrabar la puerta; Manfred se apresuró a saltar a la azotea y corrió hacia la rampa de descenso, casi como si conociera el camino de memoria.

Cuando Jack bajó del aparato el niño ya se había perdido de vista. Bajando la rampa por su cuenta, se había sumergido en la escuela.

Doreen Anderton y Arnie Kott, se dijo Jack. Las dos personas que más significan para mí, los amigos con quienes más fuerte es para mí el contacto, la intimidad con la vida misma. Y sin embargo, es allí donde el niño se las ha ingeniado para infiltrarse; me ha aflojado los lazos donde más anudados estaban.

¿Qué queda?, se preguntó. Una vez que me haya aislado de ellos, el resto —mi hijo, mi mujer, mi padre, el señor Yee— seguirá automáticamente, sin resistencia.

Ya veo qué me espera si sigo cediendo paso a paso ante este niño totalmente psicótico. Ahora comprendo qué es la psicosis: una alienación total de la percepción respecto de los objetos del mundo exterior, sobre todo de los objetos que importan: la gente afectuosa. ¿Y qué ocupa su lugar? Una espantosa preocupación por... el inacabable ascenso y descenso de la marea del propio ser. Por los cambios que surgen de dentro y sólo afectan al mundo interior. Es una escisión tal de los dos mundos que ninguno registra los movimientos del otro. Ambos siguen existiendo, pero cada cual por su cuenta.

Es la detención del tiempo. El fin de la experiencia, de cualquier cosa nueva. Una vez que una persona se vuelve psicótica, ya nunca le ocurrirá nada.

Y yo estoy en el umbral de eso. Tal vez siempre ha sido así; estaba implícito en mí desde el comienzo. Pero este niño me ha llevado muy lejos. Mejor dicho, he llegado muy lejos a causa de él.

Una identidad coagulada, fija e inmensa que borra todo lo demás y ocupa todo el campo. Entonces hasta un cambio ínfimo es examinado con la mayor atención. Ése es ahora el estado de Manfred; ése ha sido desde el comienzo. La fase final del proceso esquizofrénico.

—Espera, Manfred —gritó, y lentamente fue tras el niño, rampa abajo, hacia el edificio de la Escuela Pública.

Sentada en la cocina de June Henessy, sorbiendo café, Silvia Bohlen peroraba sobre sus problemas de los últimos tiempos.

—Lo que horroriza de esa gente —dijo refiriéndose a Erna Steiner y sus hijos— es, seamos francas, que son vulgares. Se supone que una no debe hablar en estos términos, pero me he visto obligada a verlos tanto que no puedo pasarlos por alto. Me lo han restregado por la nariz todos los días.

June Henessy, vestida con shorts blancos y una exigua blusa sin espalda, iba descalza de un lado a otro de la casa regando sus diversas plantas de interior con una jarra de vidrio.

—El niño es realmente extraño. Es el peor de todos, ¿no?

Estremeciéndose, Silvia dijo:

—Y está todo el día por ahí. Jack trabaja con él, ¿sabes?, tratando de incorporarlo a la raza humana. Yo pienso que a los engendros y monstruitos así simplemente habría que barrerlos; a la larga, dejarlos vivir es terriblemente destructivo. Falsa piedad para con ellos y con nosotros. A ese niño tendrán que atenderlo toda su vida; no podrá vivir nunca fuera de una institución.

Volviendo a la cocina con la jarra vacía, June dijo:

—Quiero contarte lo que hizo Tony el otro día —Tony era su amante del momento; la historia ya duraba desde hacía seis meses y June mantenía a las otras damas actualizadas, sobre todo a Silvia—. Fuimos a comer a Ginebra II, a un

restaurante francés que él conoce; comimos escargots... caracoles, ya sabes. Te los sirven en la concha y tienes que sacarlos con un tenedor espantoso con dientes como de medio metro. Todo eso es del mercado negro, claro; ¿lo sabías? ¿Sabías que hay restaurantes que sirven exclusivamente exquisiteces del mercado negro? Yo no, hasta que Tony me llevó allí. Por supuesto, no puedo decirte cómo se llama el lugar.

—Caracoles —dijo Silvia con aversión, pensando en los platos maravillosos que habría pedido ella de haber tenido un amante que la invitara.

¿Cómo sería tener un asunto amoroso? Difícil, pero seguramente valdría la pena, si es que podía ocultárselo a su marido. El problema, claro, era David. Y ahora Jack trabajaba buena parte del tiempo en casa, y además estaba su suegro de visita. Y ella nunca podría recibir al amante en casa, porque al lado estaba Erna Steiner. La gran hausfrau desaliñada vería, entendería y probablemente, por sentido del deber prusiano, informaría a Jack de inmediato. Ahora bien, ¿no era el riesgo parte de la cosa? ¿No le añadía... sabor?

—¿Qué haría tu marido si te descubriera? —le preguntó a June—. ¿Descuartizarte?

—Desde que estamos casados Mike ha tenido varias historias. Se enfadaría y posiblemente me pondría un ojo morado y se iría una semana con alguna de sus amigas dejándome aquí con los niños, por supuesto. Pero acabaría superándolo.

Silvia se preguntó si alguna vez Jack habría tenido un asunto. No lo veía probable. Se preguntó qué sentiría ella si lo descubriese. ¿Sería el fin del matrimonio? Sí, se dijo. Llamaría en el acto a un abogado. ¿O no? Imposible saberlo por anticipado.

—¿Cómo te llevas con tu suegro? —preguntó June.

—Oh, nada mal. Hoy se han ido los tres en viaje de negocios: él, Jack y el niño Steiner. En realidad no veo mucho a Leo; ha venido sobre todo por trabajo... June, ¿cuántas historias has tenido?

—Seis —dijo June Henessy.

—¡Guau! —exclamó Silvia—. Y yo no he tenido ninguna.

—Hay mujeres que no están hechas para eso.

A Silvia la frase le sonó como un insulto personal, si no crasamente anatómico.

—¿Qué quieres decir?

—No tienen la constitución psicológica necesaria —explicó June—. Sólo cierto tipo de mujer puede crear y sostener día tras día una ficción compleja. Yo disfruto con lo que invento para contarle a Mike. Tú eres diferente. Tienes un tipo de mente sencillo y directo; no te deleita el engaño. De todos modos, tienes un marido estupendo —Enfatizó la autoridad del juicio alzando las cejas.

—Antes Jack se pasaba toda la semana fuera —dijo Silvia—. Habría debido hacerlo entonces. Ahora sería mucho más difícil —Sintió un ferviente deseo de

alguna actividad creativa, útil o excitante que le llenara las largas tardes vacías; la mataba de aburrimiento sentarse en la cocina de otra mujer a beber café hora tras hora. No era raro que tantas mujeres tuvieran asuntos amorosos. O eso, o la locura.

—Si una limita su experiencia emotiva a su marido —dijo June Henessy— carece de bases para juzgar; queda más o menos pegada a lo que él tiene para ofrecer. Si una se ha acostado con otros, en cambio, puede ver mejor sus deficiencias y tiene muchas más posibilidades de ser objetiva. Y si hay algo en él que debe cambiar, una puede insistir en que cambie. Por otra parte, con esos otros hombres una descubre en qué ha sido ineficaz y aprende a mejorar, de modo que su marido gana en satisfacción. No alcanzo a ver quién pierde con esto.

Dicho así, sin duda la idea parecía buena y saludable para todos los implicados. Beneficiaba incluso al marido.

Mientras reflexionaba sorbiendo el café, Silvia miró por la ventana y, para su sorpresa, vio posarse un helicóptero.

—¿Quién es? —le preguntó a June.

—Cielo santo, no lo sé —dijo June, mirando hacia fuera.

El helicóptero detuvo las aspas cerca de la casa; se abrió la puerta y de él bajó un hombre moreno, guapo, de brillante camisa de nailon, pajarita, pantalones deportivos y elegantes mocasines europeos. Detrás de él, un oscuro cargaba dos pesadas maletas.

Silvia miró al hombre avanzar hacia la casa y el corazón le tembló. Así se imaginaba ella al Tony de su amiga June.

—Caramba —dijo June—. ¿Quién será? ¿Un vendedor? —Se oyó un golpecito en la puerta y June fue a abrir. Silvia dejó la taza para seguirla. Ante la puerta, June se detuvo—. Me siento medio... desvestida —Nerviosamente se llevó las manos a los shorts—. Háblale tú mientras yo corro a cambiarme. No esperaba que viniese nadie desconocido. Tenemos que tener cuidado, ¿sabes?, aisladas como estamos aquí, con los maridos lejos —Se precipitó hacia el dormitorio, el pelo ondulando.

Silvia abrió la puerta.

—Buenos días —dijo el hombre guapo, y la sonrisa reveló unos perfectos dientes mediterráneos. Tenía un tenue acento—. ¿Es usted la señora de la casa?

—Supongo que sí —dijo Silvia, cohibida e incómoda; bajó la vista a mirarse, preguntándose si estaba suficientemente vestida para estar allí hablando con aquel hombre.

—Deseo presentarle una excelente línea de alimentos naturales que acaso usted ya conozca —dijo el hombre. Aunque no dejaba de mirarla a la cara, Silvia tuvo la clara impresión de que al mismo tiempo se las arreglaba para examinarla toda en detalle. El embarazo aumentó, pero no sintió rencor; el hombre tenía unos modales encantadores, a la vez tímidos y extrañamente directos.

—Alimentos naturales —murmuró—. Bueno, yo...

El hombre hizo un gesto con la cabeza y el oscuro se adelantó, apoyó una de las maletas y la abrió. Cestas, botellas, paquetes... Silvia estaba sumamente interesada.

—Mantequilla de cacahuets sin homogeneizar —declaró el hombre—. También dulces dietéticos sin calorías, para mantener su deliciosa figura. Germen de trigo. Levadura de cerveza. Vitamina E, que es la vitamina de la vitalidad... Claro que no apropiada aún para una mujer joven como usted —La voz pasaba ronroneando de un producto a otro. Silvia se encontró agachada junto a él, tan cerca que los hombros se tocaban. Con un respingo aprensivo, se apartó rápidamente.

En el umbral, June hizo una fugaz aparición, vestida ahora con falda y jersey de lana; se detuvo allí un momento y luego retrocedió cerrando la puerta. El hombre no alcanzó a verla.

—Hay además —estaba diciendo— una abundante línea de productos para el gourmet que acaso interesen a la señorita. Éste, por ejemplo —Le mostró un frasco. Ella perdió el aliento: era caviar.

—Santo espíritu —dijo ella, magnetizada—. ¿Dónde ha conseguido esto?

—Es caro, pero vale la pena —Los oscuros ojos del hombre se apoyaron en los de ella—. ¿No le parece? Un recuerdo de otros días allá en Casa, de tenue luz de velas y bailes con orquesta... Días de romance en un torbellino de lugares deliciosos a la vista y el oído —Le sonrió larga y abiertamente.

Mercado negro, comprendió ella. Sintió que se le aceleraba el pulso en la garganta al decir:

—Mire, ésta no es mi casa. Yo vivo a un kilómetro canal abajo —Señaló—. Estoy... muy interesada —La sonrisa del hombre la estaba quemando—. Usted nunca ha venido por aquí, ¿no? —dijo, agitada ahora y balbuciente—. Nunca lo había visto. ¿Cómo se llama? Su empresa, digo.

—Soy Otto Zitte —Le dio una tarjeta, que ella apenas miró; no podía apartar los ojos de la cara de él—. Mi negocio está muy establecido pero recientemente, debido a una circunstancia imprevista, ha sido reorganizado por completo. Por eso hasta ahora no he podido saludar a los clientes en persona. Como ocurre con usted.

—¿Pasaré por allí?

—Sí, un poco más tarde... Y podremos explayarnos sin prisas sobre un deslumbrante surtido de primores importados de los cuales poseo la distribución exclusiva. Buenas tardes —Gatunamente se puso en pie.

June Henessy había reaparecido.

—Hola —dijo en voz baja, cauta e interesada.

—Mi tarjeta —Otto Zitte le tendió también un rectángulo grabado. Ahora ambas damas tenían la tarjeta; cada una leyó atentamente la suya.

Sin deponer su sonrisa astuta, insinuante y rutilante, Otto Zitte indicó a su oscuro doméstico que abriera la otra maleta.

Sentado en su despacho del campo Ben-Gurión, el doctor Milton Glaub oyó en el pasillo una voz tosca y plena de autoridad pero inconfundiblemente femenina. Prestó atención, oyó que la enfermera intentaba darle largas y supo que era Anne Esterhazy, que había ido a visitar a su hijo Sam.

Buscó en la E del archivo y pronto tuvo la carpeta Esterhazy, Samuel abierta sobre el escritorio.

Era interesante. El pequeño había nacido fuera de matrimonio, un año o más después de que la señora Esterhazy se divorciara de Arnie Kott. Y había entrado en el campo B-G con el apellido de ella. No obstante, era indudablemente hijo de Arnie Kott; la carpeta contenía un grueso fajo de información sobre él, porque los examinadores se habían asegurado haciendo la prueba de sangre.

Era evidente que, si bien el matrimonio se había roto hacía mucho, Arnie y Anne Esterhazy continuaban viéndose lo bastante como para producir un niño. No mantenían por lo tanto una relación meramente económica.

El doctor Glaub meditó un rato sobre los usos que podría darse a esa información. ¿Tenía Arnie enemigos? No, que él supiera; a Arnie lo querían todos... Es decir, todos salvo el doctor Milton Glaub. Aparentemente, el doctor Glaub era la única persona de Marte que había sufrido a manos de Arnie; descubrimiento éste que no redundaba en la felicidad del doctor.

Ese hombre me trató del modo más inhumano y displicente, se dijo por millonésima vez. Pero ¿qué se podía hacer? Aún cabía la posibilidad de pasarle a Arnie la factura, la esperanza de obtener algo por los servicios prestados. Sin embargo, eso no ayudaría. Él quería —estaba resuelto a obtener— mucho más. El doctor Glaub volvió a estudiar la carpeta. Extraño engendro, Samuel Esterhazy; el doctor no conocía otro caso igual. El niño parecía ser una regresión a cierta antigua rama de cuasi-hombres, o a una variedad que no había sobrevivido; una rama que hacía parte de su vida en el agua. Le recordaba la teoría, avanzada por una serie de antropólogos, de que el hombre descendía de simios acuáticos, habitantes de la resaca y los bajíos.

Sam apenas tiene 73 de cociente mental. Una vergüenza.

...sobre todo, pensó de repente, porque sin duda se lo podría clasificar más como retrasado mental que como anómalo.

El campo B-G no estaba concebido como institución para puramente retrasados, y su directora, Susan Haynes, había devuelto a los padres a varios niños pseudoautistas que habían resultado ser simples imbéciles corrientes. Los problemas de diagnóstico habían dificultado la criba, desde luego. En el caso del niño Esterhazy, además, estaban los estigmas físicos...

No hay la menor duda, decidió el doctor Glaub. Tengo los fundamentos: puedo enviar a ese niño a su casa. La Escuela Pública no tendría problemas para educarlo; lo

podría colocar en su nivel. Sólo en la esfera física cabe definirlo como «anómalo», y cuidar de los físicamente incapacitados no es tarea nuestra.

Pero ¿qué me mueve a mí?

Tal vez lo hago para pagarle a Arnie Kott la crueldad con que me trató.

No, decidí, no lo creo probable. Yo no pertenezco al tipo psicológico de los que buscan vengarse. Eso sería más propio de un carácter anal-expulsivo o quizá de un ansioso oral. Y ya hacía mucho que el doctor Glaub se había incluido dentro del tipo genital, consagrado a maduros empeños sexuales.

Por otra parte, debía admitir que el altercado con Arnie Kott lo había impulsado a hurgar en la carpeta del niño Esterhazy... Por lo tanto había un nexo causal pequeño pero concreto.

Hojeando la carpeta, volvió a impresionarlo la extraña relación que sugería. Allí estaban esos dos, manteniendo una relación sexual años después de que se hubiera roto el matrimonio. ¿Por qué se habían divorciado? Quizá hubiera habido un grave conflicto de poder; Anne Esterhazy, estaba claro, era un tipo de mujer dominante, con fuertes componentes masculinos, lo que Jung llamaba mujer «guiada por el ánimus». Para lidiar con éxito con un tipo así, uno debía desempeñar un rol definido; ocupar de entrada la posición de autoridad y no cederla nunca. Debía ser el portavoz ancestral o era candidato rápido a la derrota.

El doctor Glaub apartó la carpeta y se dio una vuelta por el pasillo que llevaba a la sala de juegos. Localizó a la señora Esterhazy; jugaba con su hijo a lanzarse un balón. Ya cerca de ellos, estuvo observándolos hasta que ella lo advirtió e hizo un alto.

—Hola, doctor Glaub —dijo alegremente.

—Buenas tardes, señora Esterhazy. Mmni, cuando acabe la visita, ¿puedo verla en mi despacho?

Lo reconfortó ver que la competente y autosatisfecha expresión de la mujer se llenaba de preocupación.

—Claro, doctor Glaub.

Veinte minutos después la tenía sentada al otro lado de su escritorio.

—Señora Esterhazy, cuando su hijo llegó al campo B-G hubo muchas dudas sobre la índole de su problema. Durante un tiempo se pensó que pertenecía al terreno de las enfermedades mentales, que posiblemente fuese una neurosis traumática o...

La mujer lo cortó con firmeza.

—Doctor, va a decirme que, como el único problema de Sam es la defectuosa capacidad de aprendizaje, no puede quedarse aquí, ¿correcto?

—Y además está el problema físico —dijo el doctor Glaub.

—Que no es competencia de ustedes.

Él hizo un gesto de resignación y acuerdo.

—¿Cuándo tengo que llevármelo a casa? —La mujer había palidecido y temblaba; las manos se agarraban a la cartera.

—Bueno, en tres o cuatro días. Una semana.

Mordiéndose los nudillos, la señora Esterhazy miró ciegamente la alfombra del despacho. Pasó un tiempo. Luego, con voz vacilante, dijo:

—Tal vez sepa, doctor, que desde hace un tiempo vengo apoyando la lucha contra un proyecto presentado a la ONU para cerrar el campo B-G —La voz cobró fuerza—. Si me obligan a llevarme a Sam retiraré la ayuda, y puede estar seguro de que el proyecto será aprobado. E informaré a Susan Haynes de las razones de mi actitud.

Una lenta ola fría cruzó la mente del doctor Millón Glaub. No se le ocurría qué decir.

—¿Me ha entendido, doctor? —dijo la señora Esterhazy.

Él se las arregló para asentir. Poniéndose en pie, la señora Esterhazy dijo:

—Hace mucho que estoy en la política, doctor. Arnie Kott me considera una voluntarista, una aficionada, pero no lo soy. En ciertas áreas soy de lo más astuta, créame.

—Sí —dijo el doctor Glaub—. Ya lo veo —Automáticamente se levantó él también; la escoltó hasta la puerta.

—Le pido que no vuelva a sacar nunca más este tema —dijo ella abriendo la puerta—. Me duele demasiado. Para mí es mucho más fácil mirar a Sam como un niño anómalo —Lo miró a la cara—. Pensar que es retrasado supera mi capacidad —Dio media vuelta y se alejó velozmente.

No ha salido muy bien, se dijo el doctor Glaub, y cerró la puerta temblando. Obviamente esa mujer es una sádica: fuertes pulsiones hostiles junto con una agresividad absoluta.

Sentándose en el escritorio, encendió un cigarrillo y lo fumó, abatido, pugnando por recobrar el aplomo.

Al final de la rampa de descenso Jack Bohlen no vio señales de Manfred. Varios niños pasaron trotando, sin duda camino de sus docentes. Jack echó a andar preguntándose adonde habría ido el muchacho. ¿Y por qué tan deprisa? No era buen indicio.

Más adelante, un grupito se había reunido en torno a un docente, un caballero alto, canoso y de tupidas cejas en quien Jack reconoció a Mark Twain. Sin embargo, Manfred no estaba allí.

Jack pasaba por delante cuando la Mark Twain interrumpió el monólogo que dirigía a los niños, chupó varias veces el cigarro y lo llamó.

—¿Puedo ayudarlo en algo, amigo?

—Busco a un pequeño que iba conmigo —dijo Jack deteniéndose.

—Yo conozco a todos los jóvenes —contestó la máquina docente Mark Twain—.

¿Cómo se llama?

—Manfred Steiner —Describió al niño ante la intensa atención de la máquina.

—Mmm —La máquina fumó un momento más y bajó el cigarro—. Creo que encontrará al joven platicando con el emperador romano Tiberio. Así al menos me han informado las autoridades a cuya diligencia se ha confiado esta organización. Hablo del circuito central, señor.

Tiberio. No había advertido que en la Escuela Pública estaban representadas esas figuras, los personajes históricos viles y trastornados. Por la expresión de la Mark Twain, era evidente que le había captado los pensamientos.

—A medida que lleve a cabo su peregrinación por las salas, señor, encontrará usted que en esta escuela, como ejemplos no a emular, sino a evitar con el más escrupuloso celo, se exhiben muchos bandidos, piratas y bribones que, en tonos dolorosos y lamentables, imparten sus edificantes historias para ilustración de los jóvenes —Chupando otra vez el cigarro, la Mark Twain le guiñó un ojo. Desconcertado, Jack se apresuró a seguir andando.

Se detuvo en la Immanuel Kant a pedir indicaciones. Varios adolescentes le abrieron paso.

—Encontrará a Tiberio —dijo el docente en un inglés de acento espeso— siguiendo por allí —Señalaba con una autoridad absoluta; no tenía ninguna duda, y Jack se apresuró a entrar en el pasillo indicado.

Un momento después, se encontró acercándose al emperador romano, una figura leve, canosa, de aspecto frágil. Parecía estar meditando, pero antes de que Jack pudiera hablar se volvió hacia él.

—El niño que busca ha pasado por aquí. ¿Así que era suyo? Un joven notablemente atractivo —Hubo un silencio, como si la Tiberio deliberase consigo misma. En realidad, sabía Jack, se estaba reconectando con el circuito central de la escuela, que ahora estaba empleando a todas las máquinas docentes en un intento por localizarle a Manfred—. En este momento está hablando con alguien —dijo al fin la Tiberio.

De modo que Jack siguió adelante. Una figura femenina madura y ciega le sonrió al pasar. Jack no sabía quién era y no la rodeaban niños, pero de pronto la oyó decir:

—El muchacho que usted busca está con Felipe Segundo de España —Señaló el pasillo de la derecha y, con una voz peculiar, dijo:—Tenga la amabilidad de darse prisa; agradeceríamos que lo retirara de la escuela lo antes posible —Calló con un chasquido. Jack apretó el paso por donde le había indicado.

Casi en el acto, girando por un pasillo, se encontró ante la barbada y ascética figura de Felipe Segundo. Manfred no estaba allí, pero una intangible cualidad de su esencia parecía permanecer en el aire.

—Acaba de partir ahora mismo, estimado señor —dijo la máquina docente. La

voz tenía el mismo matiz peculiar de urgencia que la de la figura femenina de un momento antes—. Tenga la amabilidad de encontrarlo y llevárselo; se lo agradeceremos.

Sin esperar más, Jack se precipitó por el pasillo, helado de miedo.

—...agradeceremos mucho —le dijo desde su asiento una figura de bata blanca. Y más adelante un hombre canoso de levita repitió también la urgente letanía de la escuela—... lo antes posible.

Y al doblar un recodo encontró a Manfred.

Estaba solo, sentado en el suelo, apoyado en la pared con la cabeza gacha, al parecer profundamente sumido en sus pensamientos.

—¿Por qué te has escapado? —preguntó Jack agachándose.

El niño no dijo nada. Jack lo tocó, pero tampoco hubo reacción.

—¿Estás bien? —preguntó Jack.

De pronto se movió, se puso en pie y miró a Jack.

—¿Qué ha sido? —insistió Jack.

No hubo respuesta. Pero el niño tenía la cara nublada por una emoción borrosa y distorsionada que no encontraba salida; miraba a Jack como si no lo viera. Completamente absorto en sí mismo, incapaz de aflorar al mundo exterior.

—¿Qué ha pasado? —dijo Jack. Pero sabía que no iba a descubrirlo nunca; para la criatura que tenía enfrente no había manera de expresarse. Sólo había entre los dos silencio, falta total de comunicación, un vacío imposible de llenar.

El niño desvió la mirada y volvió a sentarse, hecho un bulto.

—Tú quédate aquí —le dijo Jack—. Haré que me encuentren a David —Se alejó con recelo, pero el niño no se movía. En cuanto vio una máquina docente le dijo:— Quisiera encontrar a David Bohlen, por favor. Soy su padre. Lo llevaré a casa.

Era la máquina docente Thomas Edison, un anciano que alzó los ojos, dio un respingo y ahuecó una mano en torno a la oreja. Jack repitió su petición.

Asintiendo, la máquina dijo:

—Grub grub.

Jack se quedó mirándola. Luego se volvió hacia Manfred. El niño estaba todavía en el suelo, derrumbado, la espalda contra la pared.

Una vez más, la máquina docente Thomas Edison abrió la boca y le dijo:

—Grub grub —Y nada más. Se calló.

¿Soy yo?, se preguntó Jack. ¿Es el colapso psicótico final? O...

No podía creer en la alternativa. Sencillamente no era posible.

Más adelante en el pasillo otra máquina docente se dirigía a un grupo de alumnos; la voz llegaba desde lejos, metálica, como un eco. Jack se esforzó por escuchar.

—Grub grub —les decía a los niños.

Cerró los ojos. En un momento de conciencia perfecta comprendió que ni su

psique ni sus percepciones lo habían informado mal; lo que oía y veía estaba ocurriendo.

La presencia de Manfred había invadido la estructura de la Escuela Pública; había penetrado en lo más íntimo de su ser.

13

El doctor Millón Glaub aún estaba en su escritorio del campo B-G, meditando sobre la conducta de Anne Esterhazy cuando recibió una llamada de emergencia. Era del circuito central de la Escuela Pública de la ONU.

—Lamento molestarlo, doctor —dijo la voz plana—, pero necesitamos su ayuda. Hay un ciudadano de sexo masculino errando por nuestras instalaciones en evidente estado de confusión mental. Nos gustaría que viniera a retirarlo.

—Desde luego —murmuró el doctor Glaub—. Iré enseguida.

Pronto estaba en el aire, pilotando su helicóptero sobre el desierto entre Nuevo Israel y la Escuela Pública.

El circuito central salió a recibirlo y a paso vivo lo escoltó por el edificio hasta un pasillo bloqueado.

—Nos pareció que era mejor aislarlo de los niños —explicó mientras, desplazando el muro corredizo, dejaba el pasillo libre.

Con una expresión perpleja, había allí un hombre que al doctor Glaub le resultó familiar. A su pesar, el médico reaccionó con una inmediata satisfacción. De modo que Jack Bohlen había sido alcanzado por su esquizofrenia. Tenía los ojos desenfocados; se encontraba en evidente estado de estupor catatónico, era probable que en alternancia con excitación: se lo veía exhausto. Y con él había otra persona que el doctor Glaub reconoció. Ovillado en el suelo, echado hacia delante y también en agudo estado de retraimiento, estaba Manfred Steiner.

Vuestra asociación no ha servido para que ninguno de los dos prosperara, observó el doctor Glaub para sí.

Con la ayuda del circuito central llevó a Bohlen y al niño a su helicóptero y al rato volaba de nuevo hacia Nuevo Israel y el campo B-G.

Doblado hacia delante, agarrándose las manos, Bohlen dijo:

—Deje que le cuente lo que pasó.

—Sí, por favor —dijo el doctor Glaub, sintiendo, por fin, que había recuperado el control.

Con voz vacilante Jack Bohlen dijo:

—Fui a la escuela a recoger a mi hijo. Llevé a Manfred —Se volvió en el asiento para mirar al niño Steiner, que no había salido de la catalepsia; echado en el suelo del aparato, permanecía inerte como un grabado—. Manfred se me escapó. Y luego... se me cortó la comunicación con la escuela. Lo único que oía era.. —Bohlen se interrumpió.

—Folie á deux —murmuró Glaub—. Locura de a dos.

—En vez de oír a la escuela —dijo Bohlen— lo oía a él. Oía salir sus palabras de la boca de los docentes —Luego se calló.

—Manfred tiene una personalidad poderosa —dijo el doctor Glaub—. Estar mucho tiempo con él le agota a uno los recursos. Creo que para usted, para su salud, sería bueno abandonar este proyecto. Me parece que arriesga demasiado.

—Esta noche tengo que ver a Arnie —dijo Bohlen en un susurro áspero y deshilachado.

—¿Qué le espera? —Bohlen no dijo nada y el doctor Glaub continuó:—En esta fase de su problema yo puedo tratarlo. Más adelante... no estoy seguro.

—Me entró una confusión total, en esa maldita escuela. No sabía qué hacer. Seguí moviéndome, buscando a alguien con quien aún pudiera hablar. Alguien que no fuera... como él —Hizo un gesto hacia el niño.

—Relacionarse con la escuela es un problema enorme para el esquizofrénico —dijo Glaub—. A menudo el esquizofrénico, como es su caso, trata con los demás por medio del inconsciente. Las máquinas docentes, claro, no tienen personalidad oculta; todo lo que son está en la superficie. Como está habituado a ignorar constantemente la superficie, a mirar debajo, el esquizofrénico se queda en blanco. Simplemente es incapaz de entenderlas.

Bohlen dijo:

—No les entendía nada; sólo oía todo ese... palabrerío absurdo que usa Manfred. Ese lenguaje privado.

—Tiene suerte de haberse librado —dijo el doctor Glaub.

—Lo sé.

—¿Qué hay pues ahora para usted, Bohlen? ¿Descanso y recuperación? ¿O más contacto peligroso con un niño tan inestable que...?

—No tengo alternativa —dijo Bohlen.

—Correcto. No tiene alternativa; debe retirarse.

—Pero he aprendido algo —dijo Bohlen—. He aprendido cuánto me juego en esto personalmente. Ahora sé cómo sería estar separado del mundo, aislado como Manfred. Haría cualquier cosa por evitarlo. No tengo intención de rendirme —Con manos temblorosas sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Su pronóstico no es bueno —dijo el doctor Glaub. Jack Bohlen asintió—. Ha habido una remisión de su dificultad, sin duda porque ha estado vagando por el ambiente de la Escuela. ¿Me permite ser crudo? No hay modo de saber cuánto tiempo podrá funcionar; tal vez diez minutos más, una hora, posiblemente hasta esta noche... Pero luego, quizá se vea soportando un colapso peor. Las horas nocturnas son especialmente malas, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Bohlen.

—Yo puedo ayudarlo en dos cosas. Puedo llevar a Manfred de vuelta al campo B-G y puedo representarlo a usted en casa de Arnie, ir como psiquiatra oficial suyo. Me paso el tiempo haciendo esto; es mi oficio. Déme un adelanto y lo dejo en su casa.

—Quizá después de esta noche —dijo Bohlen—. Quizá pueda representarme más adelante, si la cosa empeora. Pero esta noche pienso ir a ver a Arnie Kott, y llevaré a Manfred.

El doctor Glaub se encogió de hombros. Impermeable a las sugerencias, se dio cuenta. Un signo de autismo. No había forma de persuadir a Jack Bohlen; ya estaba demasiado escindido de la realidad para oír y comprender. El lenguaje se había vuelto para él un ritual vacío que no significaba nada.

—Mi hijo David —dijo Bohlen de repente—. Debo volver a la Escuela a recogerlo. Y además tengo allí el helicóptero de la Compañía Yee —Se le habían despejado los ojos, como si estuviera emergiendo del estado anterior.

—No vuelva —lo apremió el doctor Glaub.

—Lléveme allí.

—Entonces no baje a la Escuela; quédese en la azotea. Yo mandaré buscar al chico... Usted puede esperarlo en el helicóptero. Tal vez así esté más seguro. Ya trataré yo con el circuito central —El doctor Glaub sintió una efusión de simpatía por aquel hombre, por el porfiado instinto de resistir a su manera.

—Gracias —dijo Bohlen—. Se lo agradeceré —Lanzó al médico una sonrisa, y Glaub se la devolvió.

Lastimeramente, Arnie Kott dijo:

—¿Dónde está Jack Bohlen? —Eran las seis de la tarde y estaba solo en su sala, bebiendo un Old Fashioned un poco demasiado dulce que le había servido Helio.

En el mismo momento, en la cocina, el oscuro doméstico preparaba una cena enteramente compuesta por productos de mercado negro, todos de la nueva provisión de Arnie. Pensando que ahora obtenía su parte a precio de mayorista, Arnie se sintió reconfortado. ¡Qué mejora respecto al sistema anterior, en el que todo el beneficio se lo llevaba Norbert Steiner! Arnie sorbió la bebida esperando a que llegaran los invitados. En un rincón, de los altavoces surgía una música sutil pero penetrante; llenaba la habitación y acunaba al cofrade Kott.

Aún estaba en esa especie de trance cuando lo sobresaltó el teléfono.

—Arnie, soy Scott.

—Ah, hola —dijo Arnie, nada contento; prefería tratar a través del sagaz sistema de código—. Mira, esta noche tengo aquí una reunión de negocios decisiva. Así que si no es por algo...

—Es importante de veras —dijo Scott—. Hay alguien más pasando la azada por nuestro surco.

—¿Cómo? —dijo Arnie confundido. Y entonces comprendió qué estaba diciendo Scott Temple—. ¿La mercancía, dices?

—Sí —dijo Scott—. Y ya está instalado. Tiene su aeródromo, sus cohetes, su ruta... Debe de haber reemplazado a Stein...

—No hables más —lo interrumpió Arnie—. Vente en seguida para aquí.

—Hecho —Se oyó un clic.

Pero qué te parece, se dijo Arnie. Justo cuando yo ya estoy en marcha viene un imbécil a meter los cuernos. Y a ver, para empezar yo ni siquiera quería entrar en este negocio... ¿Por qué el tipo no me dijo que quería seguir con lo que dejó Steiner? Pero ahora ya es tarde; estoy metido y nadie me obligará a que salga.

Media hora después Scott aparecía en la puerta, agitado; empezó a pasearse por la sala de Arnie, comiendo entrantes y parloteando a toda velocidad.

—El fulano es un auténtico profesional. Debía de conocer el negocio desde antes... Ya ha estado en todo Marte, prácticamente con todo el mundo, incluso en las casas aisladas de los malditos bordes, donde viven esas señoras que compran un frasco y poco más. O sea que no ha dejado piedra sin remover. No habrá sitio para nosotros, y apenas hemos empezado a poner el operativo en marcha. Ese tipo, seamos francos, nos da mil vueltas.

—Ya —dijo Arnie, frotándose la coronilla calva.

—Tenemos que hacer algo, Arnie.

—¿Sabes dónde tiene la base de operaciones?

—No, pero probablemente esté en los montes FDR. Allí tenía el aeródromo Norb Steiner. Lo investigaré —Scott tomó nota en su libreta.

—Encuentra ese aeródromo —dijo Arnie— y me informas. Luego yo mando una nave de la policía de Lewistown.

—Así sabrá con quién se ha metido.

—Correcto. Que se entere de que está compitiendo con Arnie Kott, no con cualquiera. Haré que la policía tire una bomba A táctica o alguna otra arma menor de demolición y acabe con ese campo de aterrizaje. El cabrón verá que su descaro nos ha enfadado de veras. Porque eso es venir a competir conmigo, ¡cuando yo ni siquiera quería entrar en el negocio! Bastante me molestaba ya tener que hacerlo para que él tuviera que empeorarlo.

En su libreta, Scott lo apuntó todo: para que él tuviera que empeorarlo, etc.

—Tú encuéntrame la ubicación —concluyó Arnie— y yo me cuido de que se encarguen de él. No haré que lo eliminen a él; sólo el equipo. No queremos problemas con la ONU. Seguro que esto lo quitará de en medio. ¿Crees que es uno solo? ¿No será, por ejemplo, un gran dispositivo de Casa?

—Por lo que me han contado, es claramente un solo tipo.

—Magnífico —dijo Arnie, y despidió a Scott. Se cerró la puerta y una vez más Arnie Kott se quedó solo en la sala, mientras su oscuro doméstico farfullaba en la cocina—. ¿Cómo marcha la bullabesa? —le dijo Arnie asomándose.

—Bien, señor —contestó Heliogáballo—. ¿Puedo preguntarle quién viene esta noche a comer todo esto? —Junto a la cocina, se afanaba rodeado de diversas clases

de pescado y muchas hierbas y especias.

—Jack Bohlen, Doreen Anderton —dijo Arnie— y un niño autista recomendado por el doctor Glaub con quien está trabajando Bohlen... El hijo de Norb Steiner.

—Todos de condición baja —murmuró Heliogáballo.

Pues lo mismo que tú, pensó Arnie.

—Tú prepara bien la comida —dijo irritado. Cerró la puerta de la cocina y volvió a la sala. Negro malnacido, tú me metiste en esto, pensó. Fuisteis tú y tu piedra de adivinar los que me disteis la idea. Y más vale que resulte, porque lo tengo todo pendiente de eso. Y encima...

La campanilla de la puerta tapó la música de los altavoces.

Al abrir la puerta de entrada Arnie se encontró frente a Doreen. Con una cálida sonrisa ella avanzó sobre sus tacones altos, con una piel sobre los hombros.

—Hola, ¿qué huele tan bien?

—No sé qué mejunje de pescado —Arnie le quitó el abrigo; los hombros suaves, bronceados y levemente pecosos quedaron al desnudo—. No —dijo en el acto—. Esta noche no es de éstas. Ve a ponerte una blusa decente —La dirigió hacia el dormitorio—. Será la próxima vez.

Parado en el umbral, mirándola cambiarse, pensó: Qué mujer tan impresionante tengo. Y mientras ella dejaba cuidadosamente sobre la cama el vestido sin tirantes, se dijo: Eso se lo regale yo. Recordaba a la modelo que se lo había puesto en la tienda. Pero a Doreen le quedaba mucho mejor, con aquel pelo rojo encendido que le caía por la nuca como una llovizna de fuego.

—Arnie —dijo ella, dándole la cara mientras se abotonaba la blusa—, ten calma esta noche con Jack Bohlen.

—Demonio —protestó él—. ¿Qué quieres decir? Lo único que pido del buen Jack son resultados. Digo, ya hace mucho que empezó... ¡Se nos está acabando el tiempo!

Doreen repitió:

—Ten calma, Arnie. O no te lo perdonaré nunca.

Gruñendo, él se alejó hasta el aparador de la sala a prepararle una copa.

—¿Qué quieres beber? Tengo una botella de escocés de diez años. Está muy bien.

—Pues entonces eso —dijo Doreen saliendo del dormitorio. Se sentó en el sofá y se estiró la falda sobre las piernas cruzadas.

—A ti te sienta bien cualquier cosa.

—Gracias.

—Oye, como bien sabes, lo que has hecho con Bohlen tiene mi aprobación, claro. Pero lo que hacéis es todo superficial, ¿de acuerdo? Por dentro te guardas para mí.

Socarrona, Doreen dijo:

—¿A qué te refieres con «por dentro»? —Se quedó mirándolo hasta que él rió—. Sí —dijo—, claro que soy tuya, Arnie. Todo es tuyo aquí en Lewistown, hasta los

ladrillos y la paja. Cada vez que dejo ir un poco de agua por el fregadero pienso en ti.

—¿Por qué en mí?

—Porque eres el dios totémico del agua desperdiciada —Le sonrió—. Es un chistecito, nada más. Pensaba en tu baño de vapor, en la cantidad de agua que corre.

—Sí —dijo Arnie—. ¿Te acuerdas de la vez que fuimos allí los dos de madrugada, y yo abrí con mi llave y entramos como un par de chicos traviosos? Nos metimos a hurtadillas y abrimos todas las duchas calientes hasta que se llenó de vapor el lugar entero. Y luego nos quitamos la ropa, debíamos de estar muy borrachos, y echamos a correr por allí, jugando al escondite entre el vapor —Esbozó una sonrisa astuta—. Y yo te pillé en el banco donde la masajista lo zurra a uno para aplastarle el culo. Y vaya si nos lo pasamos bien en aquel banco.

—Muy primordial —dijo Doreen recordando.

—Esa noche me sentí en los diecinueve —dijo Arnie—. Yo soy realmente joven, para la edad que tengo... O sea, me queda mucho por delante, si me entiendes —Se paseó por la sala—. Cristo, ¿cuándo piensa llegar ese Bohlen?

Sonó el teléfono.

—Señor —dijo Heliogábalo desde la cocina—, no estoy en situación de contestar. Debo pedirle que lo haga usted.

Arnie le dijo a Doreen:

—Si es Bohlen para decir que no viene.. —hizo un adusto ademán de degüello y levantó el auricular.

—Arnie —dijo una voz masculina—, lamento molestarlo. Soy el doctor Glaub.

—Hola, doctor —dijo Arnie con alivio. Y a Doreen le dijo—: No es Bohlen.

—Arnie —dijo el doctor Glaub—, sé que esta noche espera a Jack Bohlen... Todavía no está ahí, ¿no?

—No.

—Arnie —dijo Glaub, titubeando—, da la casualidad de que hoy he estado un rato con Jack, y aunque...

—¿Qué pasa, ha tenido un ataque esquizofrénico? —Con aguda intuición, Arnie comprendió que sí. Por eso llamaba al doctor Glaub—. De acuerdo —dijo Arnie—. Ha estado en tensión, presionado por los plazos; se lo concedo. Pero lo mismo nos pasa a todos. Si lo que usted quiere es que lo disculpe como a un niño, faltará al colegio porque está enfermo, tengo que defraudarlo. Eso no lo puedo hacer. Bohlen sabía en qué se estaba metiendo. Si esta noche no me trae algún resultado, me encargaré de que nunca en su vida vuelva a reparar una tostadora en Marte.

Tras un silencio, el doctor Glaub dijo:

—Es la gente como usted, que no para de hostigar con demandas, la que crea esquizofrénicos.

—¿Y qué? Yo tengo parámetros; él tiene que cumplirlos. Nada más. Parámetros

muy altos, ya lo sé.

—También él tiene parámetros altos.

—No tanto como los míos. Bien, ¿tiene algo más que decir, doctor Glaub?

—No —dijo Glaub—. Salvo que.. —le tembló la voz—. Nada más. Gracias por su tiempo.

—Gracias por llamar —Arnie colgó—. Ese engendro sin huevos. Le falta coraje para decir lo que piensa —Se alejó del teléfono, disgustado—. Le da miedo pelear por lo que cree. Sólo me provoca desprecio. ¿Para qué llama si no tiene cojones?

Doreen dijo:

—Me asombra que haya llamado. Que asome la cabeza. ¿Qué ha dicho de Jack? —Tenía los ojos oscuros de preocupación. Se levantó y, acercándose a Arnie, le tocó el brazo para que dejara de pasearse—. Cuéntame.

—Bah, ha dicho simplemente que hoy ha estado un rato con Bohlen. Me figuro que Bohlen ha tenido una especie de ataque. Su dolencia, ya sabes.

—¿Vendrá?

—Cristo, no lo sé. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? Médicos que llaman, tú toqueteándome como un perro apaleado o no sé qué —Con resentimiento y aversión se desprendió del brazo los dedos de ella y la apartó de un empujón—. Y en la cocina ese negro chiflado. ¡Cristo! ¿Qué está cocinando? ¿Un mejunje de brujo? ¡Hace horas que está con eso!

Con voz tenue pero controlada Doreen dijo:

—Arnie, escucha. Si presionas demasiado a Jack y le haces daño, no volveré a acostarme contigo nunca más. Te lo prometo.

—Todo el mundo lo protege. No me extraña que esté enfermo.

—Es una buena persona.

—Más le vale ser además un buen técnico. Más le vale desplegar la mente de ese niño como un mapa y dármele a leer.

Estaban frente a frente.

Meneando la cabeza, Doreen dio media vuelta, tomó su copa y de espaldas a Arnie se alejó.

—De acuerdo. No voy a decirte yo qué tienes que hacer. Puedes conseguir una docena de mujeres igual de buenas en la cama. ¿Qué soy yo para el gran Arnie Kott? —Tenía la voz sombría y envenenada.

Él fue torpemente tras ella.

—Caray, Dor, tú eres única, te lo juro, eres increíble, no hay más que verte esa espalda suave, fabulosa, ya se veía con el vestido que llevabas puesto —Le acarició el cuello—. Demoledora, incluso para los patrones de Casa.

Sonó la campanilla de la puerta.

—Es él —dijo Arnie yendo a abrir enseguida.

Allí estaba Jack Bohlen, con aspecto de cansado. Lo acompañaba un niño que no paraba de bailotear de puntillas, a un lado y otro de él, con los ojos brillantes, captándolo todo pero sin centrarse en nada. De inmediato rodeó a Arnie para lanzarse a la sala, en donde se perdió de vista. Desconcertado, Arnie le dijo a Jack Bohlen:

—Pasa.

—Gracias, Arnie —dijo Jack entrando. Arnie cerró la puerta y los dos buscaron a Manfred con la mirada.

—Ha ido a la cocina —dijo Doreen.

Así era. Al abrir la puerta de la cocina Arnie lo encontró allí, mirando arrobado a Heliogáballo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Arnie—. ¿Nunca habías visto un oscuro? —El niño no dijo nada—. ¿Qué postre estás haciendo, Helio? —dijo Arnie.

—Flan —dijo Heliogáballo—. Un plato filipino, con huevos y caramelo líquido. Del libro de cocina de la señora Rombauer.

—Manfred —dijo Arnie—. Éste es Heliogáballo.

Desde el vano de la puerta Doreen y Jack también observaban. Arnie notó que el niño parecía profundamente afectado por el oscuro. Como bajo un hechizo, le seguía cada movimiento con los ojos. Helio, con un cuidado minucioso, vertía el flan caliente en moldes que luego llevaba al congelador de la nevera. Tímidamente casi, Manfred dijo:

—Hola.

—Eh —dijo Arnie—. Ha dicho realmente una palabra.

—He de pedirles a todos —dijo Helio de mal humor— que abandonen la cocina. Su presencia me embaraza y me impide trabajar —Los miró airadamente hasta que uno tras otro salieron. La puerta se cerró con violencia, desde dentro, aislándolos de la visión de Heliogáballo.

—Es un poco raro —se excusó Arnie—. Pero hay que ver cómo cocina.

Jack le dijo a Doreen:

—Es la primera vez que oigo a Manfred decir eso —Parecía impresionado, y prescindiendo de los otros se fue solo junto a la ventana. Arnie se le acercó a preguntar:

—¿Qué quieres beber?

—Bourbon con agua.

—Te lo serviré yo —dijo Arnie—. No voy a molestar a Helio con estas minucias —Se echó a reír, pero Jack no.

Estuvieron un rato sentados los tres con sus copas. Manfred, surtido de unas cuantas revistas viejas, se tumbó en la alfombra, olvidado otra vez de la presencia de ellos.

—Vais a ver cuando probéis la comida —dijo Arnie.

—Huele de fábula —dijo Doreen.

—Todo del mercado negro —dijo Arnie. Doreen y Jack, ambos en el sofá, asintieron—. Hoy es una gran noche —prosiguió Arnie. Los otros volvieron a asentir. Arnie alzó la copa para decir—: Por la comunicación. Sin la cual no habría nada, muchacho.

Sobriamente, Jack repuso:

—Bebo por eso, Arnie —Sin embargo, ya había acabado su bebida; evidentemente incómodo, miró la copa vacía.

—Te traeré otro —dijo Arnie retirándosela.

Desde el aparador, mientras le servía a Jack otro bourbon, vio que Manfred se había aburrido de las revistas. De nuevo en pie, el niño deambulaba por la sala. Tal vez le guste recortar y pegar, decidió Arnie. Le dio la copa a Jack y fue a la cocina.

—Helio, tráeme pegamento y tijeras para el crío, y un papel para que pegue cosas.

Helio tenía el flan listo; había acabado con su trabajo, estaba claro, y se había sentado con un ejemplar de Life. De mala gana se levantó a buscar pegamento, tijeras y papel.

—Raro, este niño, ¿no? —le dijo Arnie cuando hubo vuelto—. ¿Qué opinas de él? ¿Lo mismo que yo?

—Todos los niños son parecidos —dijo Helio, y salió de la cocina dejando a Arnie solo.

Arnie volvió a la sala.

—Comeremos muy pronto —anunció—. ¿Todos habéis probado esos entrantes de queso azul danés? ¿Alguien necesita algo?

Sonó el teléfono. Doreen, que estaba cerca, respondió. Se lo pasó a Arnie.

—Es para ti. Un hombre.

Era de nuevo el doctor Glaub.

—Señor Kott —dijo con voz tenue y artificial—; para mi integridad, es esencial que proteja a mis pacientes. Este juego de intimidación pueden jugarlo dos. Como usted sabe, su hijo natural Sam Esterhazy está en el campo B-G, del que yo soy responsable.

Arnie dejó escapar un gemido.

—Si usted no trata bien a Jack Bohlen —continuó el doctor Glaub—, si aplica con él sus tácticas inhumanas, crueles, agresivas y dominantes, me vengaré despidiendo a Sam Esterhazy del campo basándome en que es retrasado mental.

—Ay, Cristo, lo que usted quiera —gimió Arnie—. Ya hablaremos mañana por la mañana. Ahora váyase a dormir, hombre. Tómese una pastilla y déjeme en paz —Colgó el teléfono.

La cinta del equipo de música había llegado al final; hacía rato que la música había cesado. Arnie dio unas zancadas hasta la colección y sacó una caja al azar. Ese

médico, se dijo. Voy a cazarlo, pero no ahora. Ahora no hay tiempo. Algo le debe de pasar; debe de tener un tornillo flojo.

Examinando la caja, leyó:

W. A. Mozart. Sinfonía 40 en sol mayor, K. 550

—Me encanta Mozart —les dijo a Doreen, Jack Bohlen y el niño—. Pondré esta cinta —Sacó el rollo de la caja y lo puso en el equipo; manipuló los botones del amplificador hasta oír que el siseo de la cinta le atravesaba la cabeza—. Dirigida por Bruno Walter —dijo a los invitados—. Una enorme rareza de la edad de oro de las grabaciones.

De los altavoces surgió un horrible barullo de crujidos y chirridos. Ruidos como convulsiones de cadáveres, pensó Arnie horrorizado. Corrió a parar la cinta.

Sentado en la alfombra, recortando imágenes de las revistas para pegarlas en configuraciones nuevas, Manfred Steiner oyó el ruido y alzó la cabeza. Vio que el señor Kott se apresuraba a parar el lector de cintas. Notó que se había vuelto muy borroso. Cuando se movía tan rápido costaba mucho verlo; era como si de algún modo se las arreglase para desaparecer de la sala y reaparecer en otro punto. El niño se asustó.

También lo había asustado el ruido. Miró el sofá en donde estaba el señor Bohlen para ver si se había alterado. Pero el señor Bohlen seguía allí con Doreen Anderton, vinculado con ella de una manera que hacía al niño encogerse de preocupación. ¿Cómo soportaban dos personas estar tan cerca? Para Manfred era como si las identidades separadas hubieran confluido, y la idea de semejante confusión llegaba a aterrorizarlo. Fingió no haberlos visto; fijó la vista más allá de ellos, en la pared segura y nítida.

Sobre él rompió la voz del señor Kott, tonos ásperos y serrados que no entendía. Luego habló Doreen Anderton, y luego Jack Bohlen; ahora parloteaban todos en medio de un caos, y el niño se tapó las orejas. De pronto, sin ninguna clase de aviso, el señor Kott cruzó la sala como una bala y desapareció del todo.

¿Adonde había ido? Mirara donde mirase, el niño no lograba encontrarlo. Se puso a temblar, preguntándose qué iba a ocurrir. Y entonces, perplejo, vio que el señor Kott había reaparecido en la habitación en donde estaba la comida. Conversaba con la sombría figura que había allí.

La figura sombría, con rítmica gracia, descendió de su sitio en lo alto de un taburete, paso a paso fluyó a través del lugar y sacó un vaso de un armario. Pasmado por el movimiento del hombre, Manfred lo miró directamente, y en ese momento el hombre se volvió y le encontró la mirada.

—Debes morir —le dijo el hombre oscuro con una voz lejana—. Luego renacerás. ¿Comprendes, muchacho? Tal como eres ahora para ti no hay nada, porque hubo algo que salió mal y tú no ves, ni oyes ni sientes. Nadie puede ayudarte.

¿Comprendes, muchacho?

—Sí —dijo Manfred.

La figura sombría se deslizó hasta el fregadero, echó agua y unos polvos en el vaso y se lo ofreció al señor Kott, que bebió el contenido sin dejar de parlotear. Qué hermosa era la figura sombría. ¿Por qué yo no puedo ser así?, pensó Manfred Steiner. No había nadie más así.

La vislumbre, el contacto con el hombre como una sombra, se interrumpió de golpe. Entre los dos había pasado Doreen Anderton, que ahora entraba corriendo en la cocina y se ponía a hablar en tonos muy agudos. Manfred volvió a taparse las orejas, pero no pudo apagar el ruido.

Miró hacia delante para escapar. Se alejó del ruido y de las ásperas y borrosas idas y venidas.

Delante de él se extendía un sendero de montaña. Arriba había un cielo pesado y rojo, y entonces vio motas; cientos de puntos gigantes que crecían a medida que se acercaban. De las motas llovían cosas, hombres con pensamientos antinaturales. Los hombres daban en el suelo y salían disparados en círculos. Trazaban líneas, y luego aterrizaban una especie de babosas, una tras otra, sin ningún tipo de pensamiento, y se ponían a cavar.

Vio un agujero grande como el mundo; la tierra desaparecía y se volvía negra, vacía y nada... Al agujero saltaban uno a uno los hombres hasta que no quedaba ninguno. Estaba solo con el silencioso agujero-mundo.

Desde el borde del agujero miraba hacia abajo. Al fondo, en la nada, una retorcida criatura se desenroscaba como liberada. Se alzó reptando, se ensanchó, asimiló superficie y cobró color.

Estoy en ti, pensó Manfred. Otra vez.

Una voz dijo: «Lleva más tiempo que nadie en el AM-WEB. Cuando llegamos los demás él ya estaba aquí. Es viejísimo».

«¿Le gusta esto?»

«¿Quién sabe? No puede andar ni alimentarse solo. Los registros se perdieron en el incendio aquel. Puede que tenga doscientos años. Le amputaron las extremidades y por supuesto al entrar le extrajeron la mayoría de los órganos internos. Sobre todo se queja de fiebre del heno.»

No, pensó Manfred. No lo soporto; me arde la nariz. No puedo respirar. ¿Es esto el comienzo de la vida, lo que prometió la figura de sombra? ¿Estoy empezando de nuevo en un lugar donde seré diferente y alguien podrá ayudarme?

Ayúdenme, por favor, dijo. Necesito a alguien, quien sea. No puedo quedarme aquí para siempre; o se hace pronto o no se hace. Si no se hace creceré hasta convertirme en el agujero-mundo y el agujero se comerá todo. El agujero, debajo del AM-WEB, esperaba para llegar a ser todos los que andaban por arriba o habían

andado por arriba alguna vez; esperaba para volverse todos y todo.

Apoyando la copa vacía, Jack Bohlen sintió que el cuerpo se le disgregaba en pedazos.

—Se ha acabado la bebida —se las arregló para decirle a la muchacha que tenía al lado.

En un rápido susurro Doreen le dijo:

—Jack, debes recordar que tienes amigos. Yo soy tu amiga. Acaba de llamar el doctor Glaub... Él también es un amigo —Lo miró ansiosamente a la cara—. ¿Aguantarás?

—Por amor de Dios —aulló Arnie—. Tengo que saber cómo te ha ido, Jack. ¿No puedes decirme nada? —Envidiosamente se enfrentó con los dos—. ¿Vais a seguir sentados ahí, venga manilas y susurros? No me siento bien —Los dejó para ir a la cocina.

Inclinándose hacia Jack hasta tocarle casi los labios con los labios, Doreen susurró:

—Te quiero.

Él trató de sonreírle. Pero se le había endurecido la cara; no podía relajarse.

—Gracias —contestó, con ganas de saber cuan en serio lo decía ella. La besó en la boca. Los labios estaban tibios, blandos de amor; le daban lo que tenían sin guardarse nada.

Con lágrimas en los ojos, ella dijo:

—Siento que vuelves a resbalar cada vez más en ti mismo.

—No —dijo él—. Estoy bien —Pero no era cierto, y él lo sabía.

—Grub grub —dijo la muchacha.

Jack cerró los ojos. No puedo escapar, pensó. Me ha encerrado totalmente.

Al abrir los ojos descubrió que Doreen se había levantado del sofá y entraba en la cocina. Voces, la de ella y la de Arnie, flotaron hasta donde estaba sentado.

—Grub grub grub.

—Grub.

Volviéndose hacia el niño, que recortaba revistas en la alfombra, Jack le dijo:

—¿Me oyes? ¿Me entiendes?

Manfred alzó los ojos y sonrió.

—Háblame —dijo Jack—. Ayúdame.

No hubo respuesta.

Poniéndose en pie, Jack fue hasta el equipo de música; de espaldas a la sala se puso a inspeccionarlo. ¿Estaría vivo ahora, se preguntó, si hubiera escuchado al doctor Glaub? ¿Si no hubiera venido, si lo hubiera dejado representarme? Probablemente no. Como el ataque anterior, habría ocurrido de todos modos. Es un proceso que debe desplegarse; debe desarrollarse hasta su conclusión.

Lo siguiente que supo fue que estaba en una acera negra y vacía. Habían desaparecido la sala y la gente que lo rodeaba; estaba solo.

Edificios grises, empinadas superficies a ambos lados. ¿Eso era el AM-WEB? Miró frenéticamente alrededor. Luces dispersas; estaba en una ciudad, y se dio cuenta de que era Lewistown. Echó a andar.

—Espera —dijo una voz, una voz de mujer.

Desde la entrada de un edificio una mujer envuelta en un chal de piel se apresuró tras él, los tacones levantando ecos al golpear el pavimento.

—Al final no ha salido tan mal —dijo sin aliento al alcanzarlo—. Gracias a Dios se ha acabado. Estabas tan tenso... Lo he sentido toda la noche. Las noticias sobre la cooperativa le han sentado a Arnie espantosamente. Con lo ricos y poderosos que son lo hacen sentirse minúsculo.

Caminaron juntos sin rumbo, la muchacha cogida de su brazo.

—Y créeme que ha dicho que te mantendrá como técnico —dijo ella—. Estoy segura de que habla en serio. De todos modos está dolido, Jack. Le has dado de lleno. Yo lo sé. Lo veo.

Él intentó recordar, pero no podía.

—Di algo —rogó Doreen.

Al cabo de un momento él dijo:

—Sería... malo tenerlo como enemigo.

—Me temo que sí —Ella lo miró a la cara—. ¿Vamos a mi casa? ¿O quieres parar a beber algo?

—Caminemos, nada más —dijo Jack Bohlen.

—¿Todavía me quieres?

—Por supuesto.

—¿Te da miedo Arnie? Quizá trate de vengarse de ti... No entiende lo de tu padre; piensa que en algún punto tú habrás.. —Doreen meneó la cabeza—. Jack, intentará devolvértela. La verdad es que te culpa a ti. Maldición, es tan primitivo...

—Sí —dijo Jack.

—Di algo —dijo ella—. Pareces de madera, como si no estuvieras vivo. ¿Tan terrible ha sido? No ha sido para tanto, ¿no? Dio la impresión de que te sobreponías.

Con esfuerzo él dijo:

—No... me da miedo lo que vaya a hacer.

—¿Dejarás a tu mujer por mí, Jack? Dijiste que me querías. Tal vez podamos emigrar de vuelta a la Tierra, o alguna otra cosa.

Siguieron vagando juntos.

Otto Zitte sentía como si la vida se le hubiese abierto una vez más; desde la muerte de Norb Steiner se movía por Marte como en los viejos tiempos, entregando sus productos, vendiendo, conociendo gente, charlando.

Y, muy en especial, ya se había encontrado con varias mujeres guapas, solitarias señoras varadas largos días en sus casas del desierto y, por así decir..., anhelantes de compañía.

De momento no había podido presentarse en casa de la señora Silvia Bohlen. Pero sabía exactamente dónde estaba; la había señalado en el mapa.

Hoy tenía pensado ir.

Para la ocasión se vistió de gala: un traje gris de piel de zapa inglesa que no había usado durante años. Los zapatos, lamentablemente, eran locales, lo mismo que la camisa. Pero, ah, la corbata. Recién llegada de Nueva York: lo último en colores brillantes y alegres. La punta se dividía audazmente de forma bífida. Otto la levantó para admirarla. Luego se la puso y la admiró una vez más.

El largo pelo oscuro le relucía. Se sentía feliz y confiado. Con una mujer como Silvia, para mí este día todo vuelve a empezar, se dijo mientras se ponía el abrigo de lana, recogía las maletas y salía del depósito —transformado ahora en una vivienda realmente cómoda— rumbo al helicóptero.

Trazando un gran arco remontó el aparato hacia el cielo y giró hacia el este. Los desolados montes FDR quedaron atrás; sobrevolando el desierto vio al fin el canal George Washington, por el cual pudo orientarse. Lo siguió hasta acercarse a un pequeño ramal y pronto estuvo sobre el cruce del William Yeats y el Herodoto, cerca del cual vivían los Bohlen.

Esas dos mujeres son atractivas, caviló, June Henessy y Silvia Bohlen; pero Silvia me gusta más. Tiene ese aire adormilado y sensual típico de la mujer profundamente emotiva. June es demasiado coqueta, demasiado vivaz; se pasa el rato hablando sin parar, un poco como una sabelotodo. Yo quiero una mujer que sepa escuchar.

Recordó los problemas en que se había metido otras veces. Se preguntó cómo sería el marido de Silvia. Tenía que investigar. Muchos de esos hombres se tomaban la vida de pionero en serio, sobre todo los que vivían muy lejos de la ciudad; guardaban armas en la casa y cosas por el estilo.

De todos modos, ése era un riesgo que se corría, pero valía la pena.

Por las dudas y por si hubiera problemas, Otto Zitte tenía un arma propia: una pequeña pistola del 22 que escondía en un bolsillo de una de sus maletas. Allí estaba ahora, y cargada.

Conmigo nadie se mete, se dijo. Si quieren problemas van a encontrarlos.

Animado por el pensamiento, hizo descender el helicóptero, exploró el terreno —

no había ningún aparato aparcado en la casa de los Bohlen— y se preparó para aterrizar.

Fue una prudencia innata lo que lo hizo dejar el helicóptero a un kilómetro de la casa, a la entrada de un canal de servicio. De allí continuó a pie, cargando con las maletas; no había alternativa. Si bien había en el camino cierto número de casas, no se detuvo a llamar a ninguna puerta. Avanzó directamente por el borde del canal.

Cuando ya estaba cerca, aflojó el paso para recobrar el aliento. Observó cuidadosamente las casas cercanas. De la de al lado de los Bohlen surgía un vocerío de niños, por eso se aproximó a la de los Bohlen por el lado opuesto, sin hacer ruido y siguiendo una línea que lo mantenía oculto de la vista de los vecinos.

Llegó, subió al porche y tocó el timbre.

Alguien lo espío por entre las cortinas rojas de la ventana de la sala. Otto mantuvo una sonrisa formal, correcta, útil para cualquier eventualidad.

Se abrió la puerta; allí estaba Silvia Bohlen con un peinado de factura experta y carmín en la boca, con un jersey y ceñidos pantalones capri de color rosa, calzada con sandalias. Por el rabillo del ojo Otto advirtió que se había pintado las uñas de los pies de un rojo furioso. Evidentemente se había arreglado para su visita. No obstante, adoptaba, desde luego, una pose insulsa e indiferente; lo miraba con un silencio distante, la mano apoyada en el pomo de la puerta.

—Señora Bohlen —dijo él en su tono más íntimo, e hizo una reverencia—. Verla al fin otra vez es una justa recompensa para mi viaje por baldíos kilómetros de páramos desiertos. ¿Le interesaría ver nuestra sopa especial de rabo de canguro? Es increíble y deliciosa, un producto que nunca antes se había conseguido en Marte a precio alguno. He venido hasta aquí a traérselo porque la veo cualificada para juzgar alimentos de calidad y distinguir lo excelente sin reparar en gastos —Otto fue desarrollando su pieza oratoria sin dejar de ir acercando su persona y los productos en venta a la puerta abierta.

Con una pizca de rigidez, vacilante, Silvia dijo:

—Uh, pase —Abrió la puerta del todo, y él, entrando enseguida, dejó las maletas en el suelo, junto a la mesita de té de la sala.

Un arco de niño y un carcaj de flechas llamaron la atención de Otto.

—¿Su hijo anda por aquí?

—No —dijo Silvia, paseándose tensamente con los brazos cruzados—. Hoy está en la escuela —Intentó sonreír—. Y mi suegro se ha ido a la ciudad. Volverá muy tarde.

Vaya, pensó Otto; ya veo.

—Tome asiento, por favor —la urgió—. Así puedo mostrarle los productos adecuadamente, ¿no le parece? —En un solo movimiento él acercó una silla y Silvia se sentó en el borde, los brazos aún en torno al cuerpo, los labios apretados. Qué

tensa está, observó él. Era buena señal; quería decir que tenía plena conciencia del significado de lo que estaba ocurriendo: la visita de él, la ausencia del hijo, el hecho de que hubiera cerrado cuidadosamente la puerta. Notó que las cortinas de la sala seguían corridas.

Silvia balbució:

—¿Quiere un café? —Y saltó de la silla disparada hacia la cocina. Un momento después reapareció llevando en una bandeja café, azúcar, leche y dos tacitas de porcelana.

—Gracias —ronroneó él. Durante su ausencia había puesto una silla junto a la de Silvia.

Bebieron café.

—¿No le da miedo vivir tanto tiempo sola en este lugar? —preguntó él—. ¿En una región tan desolada?

Ella lo miró de soslayo.

—Caray, supongo que me he acostumbrado.

—¿De qué parte de la Tierra proviene usted?

—De Saint Louis.

—Aquí todo es muy diferente. Una vida nueva, más libre. Es posible sacudirse las cadenas y ser uno mismo; ¿no está de acuerdo? Más vale que a los viejos hábitos y costumbres, al Viejo Mundo anticuado, los cubra el polvo del olvido. Aquí.. —Otto echó una mirada a la sala, a los muebles vulgares; cientos de veces había visto sillas, alfombras y cucherías como aquéllas en hogares parecidos—, aquí vemos el impacto de lo extraordinario, el latido, señora Bohlen, de la oportunidad que se le abre a la persona valiente una sola vez en la vida. Una sola.

—¿Qué tiene además de sopa de rabo de canguro?

—Bueno —dijo él, secretamente enfurruñado—, tengo huevos de codorniz muy buenos. Auténtica mantequilla de vaca. Crema agria. Ostras ahumadas. Vea..., haga usted el favor de traer unas simples galletas saladas y yo, como invitación, aportaré la mantequilla y el caviar —Le sonrió, y como premio recibió una espontánea sonrisa esplendorosa. Con los ojos chispeantes de expectativa, ella se levantó de un salto impulsivo y como una niña corrió a la cocina.

Al poco rato estaban el uno muy junto al otro, doblados sobre la mesita, untando las galletas con las oleosas huevas negras que rascaban del tarrito.

—No hay nada como el caviar verdadero —suspiró Silvia—. Yo sólo lo había comido una vez en mi vida, en un restaurante de San Francisco.

—Observe qué más tengo —Él sacó una botella de la maleta—. Vino verde húngaro, de las bodegas Buena Vista de California. ¡La bodega más antigua del estado!

Bebieron el vino en copas altas. (Él también había llevado copas.) Silvia se

recostó en el sofá, los ojos entornados.

—Caramba. Todo esto parece una fantasía. No puede estar sucediendo de verdad.

—Pero sucede —Otto dejó la copa y se inclinó sobre ella. Silvia respiraba lenta, regularmente, como si se hubiera dormido; pero lo miraba sin pestañear. Sabía muy bien qué estaba pasando. Y cuando él se acercó más y más no hizo ningún movimiento; no intentó apartarse.

La comida y el vino, reconoció él mientras la abrazaba, le habían costado— en precio al por menor —casi cien dólares ONU. Pero valía la pena, al menos para él.

Se repetía la historia de siempre. Una vez más, fuera de la escala sindical. Era mucho más, pensó Otto un poco después, cuando ya habían pasado de la sala al dormitorio con las persianas bajadas, sumido en una penumbra inmóvil, silencioso y dispuesto a recibirlos, preparado, como él bien sabía, para ocasiones como aquélla.

—Nunca en mi vida —murmuró Silvia— me había pasado algo así —Hablabla con una voz plena de satisfacción y aquiescencia, como surgida de muy lejos—. Estoy borracha, ¿verdad? Ay, Dios mío.

Permaneció largo rato callada.

—¿He perdido el juicio? —murmuró más tarde—. Debo de estar loca. Simplemente no lo creo, sé que no es real. ¿Cómo puede importarme, entonces? ¿Cómo puede estar mal lo que se hace en sueños?

Después de eso ya no dijo nada.

Era exactamente del tipo que a él le gustaba; de las que no hablaban mucho.

¿Qué es la locura?, pensó Jack Bohlen. Para él, era el hecho de que había perdido a Manfred Steiner y no recordaba cuándo ni dónde. No recordaba casi nada de la noche anterior en casa de Arnie; retazo a retazo, por lo que le había contado Doreen, se las había arreglado para componer una imagen de lo ocurrido. Loco: el que tiene que interrogar a los demás para construir un retrato de la vida propia.

Pero el fallo en el recuerdo era síntoma de una perturbación más profunda. Indicaba que la psique había dado un abrupto salto adelante en el tiempo. Ya él le ocurría tras un período en que, a cierto nivel inconsciente, había vivido varias veces el mismo segmento que ahora le faltaba.

Se dio cuenta de que había estado una y otra vez en la sala de Arnie Kott viviendo esa noche con antelación; y luego, cuando por fin había sucedido realmente, se le había olvidado. Lo estaba hostigando esa perturbación fundamental del sentido del tiempo que para el doctor Glaub era la base de la esquizofrenia.

La noche en casa de Arnie había tenido lugar, y había existido para él... pero fuera de orden.

En todo caso no había manera de reponerla. Porque ya era pasado. Y las perturbaciones del sentido del pasado no caracterizaban la esquizofrenia sino la neurosis compulsivo-obsesiva. Como esquizofrénico, su problema radicaba

enteramente en el futuro.

Y el futuro para él, como lo veía ahora, consistía sobre todo en Arnie Kott y su instintiva tendencia a vengarse.

¿Qué posibilidades tenemos frente a Arnie?, se preguntó.

Casi ninguna.

Apartándose de la ventana de la sala de Doreen, volvió sigilosamente al dormitorio para mirarla dormir aún en la gran cama desordenada.

Seguía mirándola cuando ella despertó, lo vio y le sonrió.

—Estaba soñando algo rarísimo —dijo—. Soñaba que dirigía la Misa en si menor de Bach, el Kyrie. Lo hacía en cuatro por cuatro. Pero cuando iba justo por la mitad venía alguien a quitarme la batuta y decir que no era en cuatro por cuatro —Arrugó la frente—. Pero en realidad el compás es ése. ¿Por qué estaría yo dirigiendo la Misa en si menor de Bach? Ni siquiera me gusta. Arnie la tiene grabada; pone la cinta continuamente, por la noche, tarde.

El pensó en los sueños que había tenido últimamente, vagas formas cambiantes, huidizas; algo relacionado con un alto edificio de muchas habitaciones, y arriba halcones o buitres volando en círculo. Y una cosa horrible en un aparador... Nunca llegaba a verla; sólo sentía su presencia.

—Los sueños suelen referirse al futuro —dijo Doreen—. Tienen que ver con el potencial de una persona. Arnie quiere organizar una orquesta sinfónica en Lewistown; ya ha hablado con Bosley Touvim, de Nuevo Israel. Tal vez yo seré la directora; quizá eso es lo que significa mi sueño —Deslizándose de la cama se quedó de pie junto a él, desnuda, delgada, tersa.

—Doreen —dijo él con firmeza—. No me acuerdo de anoche. ¿Qué se ha hecho de Manfred?

—Se quedó con Arnie. Porque ahora tiene que volver al campo B-G y Arnie dijo que se encargaría de llevarlo. Él va siempre a Nuevo Israel a visitar al hijo que tiene allí, Sam Esterhazy. Irá hoy, te lo dijo —Tras una pausa, ella agregó—: Jack..., ¿alguna vez has tenido amnesia?

—No.

—Probablemente sea la conmoción de la pelea con Arnie; he notado que enfrentarse con él deja a la gente muy mal.

—A lo mejor es eso —dijo él.

—¿Qué tal si desayunamos? —Doreen empezó a sacar ropa limpia de los cajones: ropa interior, una blusa—. Prepararé huevos con tocino. Un delicioso tocino danés en conserva —Dudó antes de agregar—: Más cosas de contrabando de Arnie. Pero son buenas de verdad.

—Por mí no hay problema —dijo él.

—Anoche, después de acostarnos, estuve horas despierta pensando en qué hará

Arnie. Lo que nos hará a nosotros, digo. Me parece que va a ser tu trabajo, Jack; pienso que apretará al señor Yee para que te despida. Tienes que prepararte. Tenemos que prepararnos los dos. Y por supuesto que a mí me despachará; es evidente. Pero a mí no me importa... Te tengo a ti.

—Sí, claro, me tienes a mí —dijo él como por reflejo.

—La venganza de Arnie Kott —dijo Doreen lavándose la cara en el cuarto de baño—. Pero es tan humano... No hay que temerle tanto. Yo lo prefiero a él que a Manfred; realmente no aguantaba a ese niño. Anoche fue una pesadilla... Todo el rato sentí unos tentáculos fríos, barrocos, avanzando por la sala y en la cabeza... Premoniciones de algo sucio y maligno que parecía no estar ni en mí ni fuera de mí, simplemente por allí. Y yo sé de dónde venía —Al cabo de un momento concluyó:— Era el niño. Eran sus pensamientos.

Poco después Doreen freía el tocino mientras se calentaba el café; Jack puso la mesa y se sentaron a comer. La comida olía bien y él se sintió mucho mejor después de verla y saborearla, y de tomar conciencia de la muchacha que tenía enfrente, con el largo, fino y pesado pelo rojo sujeto en la nuca con una cinta alegre.

—¿Tu hijo es un poco como Manfred? —preguntó ella.

—Uy, caray, no.

—¿Se parece a ti o a...?

—Silvia —dijo él—. Se parece a su madre.

—Guapa, ¿no?

—Diría que sí.

—¿Sabes?, Jack. Anoche, cuando estaba en vela pensando... Pensé que tal vez Arnie no devuelva a Manfred al B-G. ¿Qué podría hacer con él, con una criatura así? Arnie es muy imaginativo. Ahora que se le ha estropeado el plan de comprar tierra en los FDR..., puede que le encuentre a la precognición de Manfred un uso totalmente nuevo. Se me ocurrió... Vas a reírte. Tal vez pueda conectar con Manfred a través de Heliogábalo, su oscuro doméstico —Doreen calló y siguió comiendo con la vista clavada en el plato.

—Podrías tener razón —dijo Jack. El mero hecho de oírla decir eso lo ponía mal, tan cierto sonaba, tan plausible.

—Tú nunca has hablado con Helio —dijo Doreen—. Es la persona más cínica y siniestra que he conocido. Hasta con Arnie es sardónico; odia a todo el mundo. Quiero decir que es verdaderamente retorcido.

—¿Le pedí yo a Arnie que llevara al niño? ¿O fue idea suya?

—Lo sugirió él. Primero tú no estabas de acuerdo. Pero estabas tan... inerte y retraído... Ya era tarde y todos habíamos bebido mucho... ¿De eso te acuerdas? —Él asintió—. Arnie tiene Jack Daniel's etiqueta negra. Yo sola me debo de haber bebido una quinta parte —Meneó la cabeza con pesadumbre—. Nadie más en Marte tiene la

bebida que tiene Arnie; eso lo echaré de menos.

—En ese aspecto no hay mucho que yo pueda hacer —dijo Jack.

—Lo sé. Descuida. No espero eso de ti; de hecho, no espero nada. Anoche sucedió todo tan rápido... Un momento antes estábamos trabajando todos juntos, tú, yo y Arnie... Luego, diría que de golpe, quedó muy claro que estábamos en bandos opuestos, que no volveríamos a estar nunca juntos; no como amigos, en todo caso. Es triste —Con el canto de la mano se frotó un ojo. Por la mejilla le resbaló una lágrima—. Jesús, estoy llorando —dijo con rabia.

—Si pudiéramos volver atrás y revivir lo de anoche...

—No lo cambiaría —dijo ella—. No lamento nada. Y además no debo.

—Gracias —dijo él. Le cogió la mano—. Haré por ti todo lo que pueda. Como dijo alguien, no es mucho pero es todo lo que tengo.

Ella sonrió y al cabo de un momento siguió comiendo.

En el mostrador de su tienda, Anne Esterhazy preparaba un paquete para enviar por correo. Estaba escribiendo la dirección cuando entró alguien. Ella alzó los ojos y vio un hombre alto, con gafas demasiado grandes para su cara. Con un soplo de disgusto, la memoria de Anne reconoció al doctor Glaub.

—Señora Esterhazy —dijo el doctor Glaub—, quiero hablar con usted, si me lo permite. Lamento el incidente; me comporté de un modo regresivo, oral, y me gustaría pedirle disculpas.

—¿Qué quiere doctor? —dijo ella fríamente—. Estoy ocupada.

Bajando la voz, él dijo con tono rápido y anodino:

—Señora Esterhazy, se trata de Arnie Kott y un proyecto suyo en relación con un niño anómalo que se llevó del campo. Necesito que emplee usted su influencia sobre Arnie y su enorme celo por las causas humanitarias para impedir que un individuo inocente sea víctima de una grave acción; un introvertido esquizoide que, a causa de su oficio, se vio arrastrado a los planes del señor Kott. Ese hombre...

—Un momento —interrumpió ella—. No lo sigo —Le indicó que la acompañara a la trastienda, para que no los oyese nadie que pudiera entrar.

—Ese hombre, Jack Bohlen —dijo el doctor Glaub más rápido aún que antes—, podría volverse psicótico permanente de resultados del deseo de venganza del señor Kott, y yo le pido, señora Esterhazy.. —El doctor Glaub siguió rogando y rogando.

Cielo santo, pensó ella. Otro más pidiéndome que apoye una causa... ¿No tengo ya suficiente?

Pero escuchó; no tenía alternativa. Era su naturaleza.

Más y más murmuró el doctor Glaub, y paulatinamente ella empezó a hacerse una idea de la situación que él intentaba describirle. Estaba claro que tenía alguna rencilla hacia Arnie. Y sin embargo... había algo más. El doctor Glaub era una curiosa mezcla de idealista y envidioso infantil, una rara especie de persona, pensó Anne Esterhazy

mientras escuchaba.

—Sí —dijo a cierta altura de la conversación—. Parece muy de Arnie.

—Se me había ocurrido recurrir a la policía —divagó el doctor Glaub—. O a las autoridades de la ONU. Luego pensé en usted y entonces vine —La escrutó, insinceramente pero con decisión.

A las diez de la mañana Arnie Kott entró en la recepción de la Compañía Yee en Bunchewood Park. Un espigado chino de aspecto inteligente y algo menos de cuarenta años se le acercó a preguntarle qué deseaba.

—Soy el señor Yee —Se dieron la mano.

—Es por ese sujeto Bohlen que les he alquilado.

—Ah, sí. ¿No es un técnico de primer orden? Claro que sí —Yee lo miró con astuta cautela.

Arnie dijo:

—Me gusta tanto que quiero comprarles el contrato —Sacó el talonario—. Dígame cuánto vale.

—Oh, nosotros debemos conservar al señor Bohlen —protestó el señor Yee alzando las manos—. No, señor, sólo podemos alquilarlo; prescindir de él, nunca.

—Dígame el precio —Eres más listo que el hambre, pensó Arnie.

—Prescindir del señor Bohlen... ¡No podríamos reemplazarlo!

Arnie esperó.

Reflexionando, el señor Yee dijo:

—Supongo que podría recurrir a nuestros archivos. Pero determinar incluso el valor aproximado del señor Bohlen llevaría horas.

Arnie esperó, talonario en mano.

Después de haber comprado a la Compañía Yee el contrato laboral de Jack Bohlen, Arnie Kott voló de regreso a su casa de Lewistown. En la sala encontró juntos a Helio y Manfred. El oscuro le leía al niño un libro en voz alta.

—¿Qué es esa jerigonza? —preguntó Arnie

—El niño —dijo Helio bajando el libro— tiene un impedimento en el habla que estoy venciendo.

—Pamplinas —dijo Arnie—. No lo vencerás nunca —Se quitó la chaqueta y se la tendió a Helio. Tras una pausa, el oscuro dejó el libro, reticente, y aceptó la chaqueta. Fue a colgarla en el armario del vestíbulo.

Por el rabillo del ojo, Manfred parecía mirar a Arnie.

—¿Cómo vas, muchacho? —dijo Arnie en tono amistoso—. Oye, ¿quieres volver a ese loquero, ese desastre de campo B-G? ¿O quieres quedarte conmigo? Te doy diez minutos para decidirte.

Para sí, Arnie pensó: Decidas lo que decidas vas a quedarte conmigo, mocososo chalado, qué tanto bailotear de puntillas y no hablar ni hacer caso de nadie. Y ese don

de leer el futuro... Yo sé bien que lo llevas metido en la sesera, y anoche no quedaron dudas.

Volviendo, Helio dijo:

—Quiere quedarse con usted, señor.

—Vaya si quiere —dijo Arnie, complacido.

—Para mí —dijo Helio— sus pensamientos son más transparentes que el plástico, y lo mismo los míos para él. Estamos, señor, los dos prisioneros en una tierra hostil.

Al oír eso, Arnie soltó una risa larga y estruendosa.

—La verdad siempre divierte a los ignorantes —dijo Helio.

—De acuerdo —dijo Arnie—. O sea que soy ignorante. Simplemente me hace gracia que te guste este crío retorcido, nada más. No he querido ofender. ¿Así que tenéis algo en común, vosotros dos? No me sorprende —Levantó el libro que Helio había estado leyendo—. Pascal —dijo—. Cartas provinciales. Por el copón divino, ¿qué sentido tiene esto? ¿Hay un sentido?

—El ritmo —dijo Helio, paciente—. La gran prosa establece una cadencia que atrae y sujeta la errante atención del muchacho.

—¿Por qué vaga?

—Por miedo.

—¿Miedo a qué?

—A la muerte —dijo Helio.

Serio, Arnie dijo:

—Ah, vaya. ¿Su muerte? ¿O la muerte en general?

—El muchacho experimenta su vejez, su postración en un estado ruinoso, dentro de muchas décadas, en un hogar para ancianos que aún está por construirse en Marte, un lugar de decadencia que él odia hasta lo inexpresable. En ese lugar futuro pasa años vacíos, tediosos, en la cama, ya no persona sino objeto, mantenido con vida merced a estúpidas formalidades legales. Cuando intenta fijar los ojos en el presente, casi en el acto, lo aqueja una vez más la pavorosa visión de sí mismo.

—Háblame de ese hogar de ancianos —dijo Arnie.

—Van a construirlo pronto —dijo Helio—. No con ese propósito, sino como vasto edificio dormitorio para inmigrantes a Marte.

—Sí —comprendió Arnie—. En los montes FDR.

—La gente llega —dijo Helio—, se establece y vive, y expulsa a los oscuros salvajes del último refugio que tienen. Por su parte, los oscuros lanzan una maldición sobre el territorio, que se mantenga estéril como lo es ahora. Los colonos de la Tierra fracasan; año a año sus edificios se deterioran. Los colonos vuelven a la Tierra más rápido de lo que han venido. Por fin, se da al edificio este otro uso; se convierte en hogar para ancianos, pobres, seniles y enfermos.

—¿Por qué no habla? A ver, explícame.

—Para escapar de la visión pavorosa se retrae a días más felices, días pasados en el cuerpo de su madre sin nada más, sin cambio, sin tiempo, sin sufrimiento. La vida en el vientre. Allí se dirige, a la única felicidad que ha conocido. Señor, el muchacho se niega a abandonar el lugar querido.

—Ya veo —dijo Arnie, creyéndole sólo a medias.

—Su sufrimiento es como el nuestro, como el de todas las personas. Pero peor, porque tiene ese conocimiento anticipado del que nosotros carecemos. Es un conocimiento terrible. No es extraño que se haya vuelto... negro por dentro.

—Sí, es negro como tú —dijo Arnie—. Y no por fuera, sino como tú dices: por dentro. ¿Cómo lo aguantas?

—Yo aguanto todo.

—¿Sabes qué creo? —dijo Arnie—. Creo que hace algo más que ver en el tiempo. Creo que controla el tiempo.

Los ojos del oscuro se volvieron opacos. Se encogió de hombros.

—¿Sí o no? —insistió Arnie—. Escucha, Heliogábalo, negro cabrón, anoche este crío estuvo haciendo el tonto. Lo sé. Vio por adelantado e intentó forzar las cosas. ¿Trataba de evitar que no sucediera? Trataba de parar el tiempo.

—Tal vez —dijo Helio.

—Es todo un talento —dijo Arnie—. Quizá pueda volver al pasado, como él quiere, y quizá alterar el presente. Tú vigila eso, sigue trabajando con él. Oye, ¿Doreen Anderton ha llamado esta mañana, o pasado por aquí? Quiero hablar con ella.

—No.

—¿Piensas que estoy tocado? ¿Por lo que imagino del niño y sus posibles facultades?

—Lo impulsa la ira, señor —dijo el oscuro—. El hombre impulsado por la ira puede, en su pasión, tropezar con la verdad.

—Menuda basura —dijo Arnie asqueado—. ¿No puedes decir simplemente sí o no? ¿Tienes que perorar siempre así?

—Señor —dijo Helio—, le diré algo sobre el señor Bohlen, a quien desea usted lastimar. Es un hombre muy venerable...

—Vulnerable —corrigió Arnie.

—Gracias. Es frágil, sensible. A usted debería serle fácil acabar con él. No obstante, lleva consigo un talismán que le ha dado alguien que lo ama, o acaso varios que lo aman. Un talismán oscuro para el agua, una aguatuja. Podría garantizarle la seguridad.

Después de un intervalo, Arnie dijo:

—Ya.

—Sí —dijo Helio con una voz que Arnie no le había oído nunca—. Sólo el

tiempo nos dirá qué fuerza vive aún en tales cosas antiguas.

—La prueba viviente de que esos chismes son basura despreciable eres tú: prefieres estar aquí, aceptando órdenes mías, sirviéndome la comida, barriéndome el suelo, colgándome el abrigo, en vez de vagar por el desierto marciano como cuando te encontré. Allí fuera como una bestia moribunda, rogando agua.

—Mmm —murmuró el oscuro—. Posiblemente.

—Tenlo presente —dijo Arnie. O puedes verte de nuevo allí, con tus huevos de paka y tus flechas, tambaleándote sin rumbo, sin el menor rumbo, pensó. No sabes qué favor te hago dejándote vivir aquí como un ser humano.

A primera hora de la tarde, Arnie Kott recibió un mensaje de Scott Temple. Lo puso en el eje de la decodificadora y pronto estaba escuchándolo.

—Hemos localizado el aeródromo del personaje, Arnie, y en efecto está en los FDR. A él no lo encontramos, pero acababa de aterrizar un cohete autoguiado; de hecho fue así como lo encontramos, siguiendo la estela del cohete. El caso es que el sujeto tiene un depósito repleto de género; nos lo llevamos todo y ahora está en nuestro almacén. Luego plantamos una bomba-A tipo semilla y volamos el aeródromo, el depósito y todo el equipo que había por allí.

Qué bien, pensó Arnie.

—Y como tú dijiste, para que sepa con quién se ha enfrentado, le dejamos un mensaje. Pegamos en los restos del aeródromo una nota que dice: A Arnie Kott no le gusta lo que representas. ¿Cómo te suena, Arnie?

—Me suena bien —dijo Arnie en voz alta, si bien le parecía..., ¿cómo era la palabra?, cursi.

El mensaje continuaba:

—Con eso se encontrará cuando vuelva. Y se me ocurrió, es una idea mía sujeta a tu enmienda, que la semana que viene podríamos pasar, sólo para cerciorarnos de que no está reconstruyendo. Algunos operadores independientes están medio chiflados, como aquellos que el año pasado intentaron montar su propio sistema telefónico. Pero, bueno, pienso que de momento ya es bastante. Y, por cierto, el tipo estaba usando el equipo de Norb Steiner; encontramos registros con su nombre. Tú tenías razón, pues. Hemos hecho bien en tocar al sujeto, porque podría habernos traído problemas.

El mensaje acabó. Arnie puso la cinta en la codificadora, se sentó ante el micrófono y respondió:

—Muy bien hecho, Scott. Gracias. Confío en que no volveremos a saber del sujeto, y apruebo que le hayas confiscado el género: lo podemos usar todo. Pásate una tarde de estas a beber una copa —Paró el mecanismo y rebobinó la cinta.

De la cocina llegaba el rumor insistente, amortiguado, de la voz de Heliogábalo leyéndole a Manfred Steiner. Arnie sintió irritación, y enseguida un borbotón de

resentimiento contra el oscuro. ¿Por qué si podías leerle la mente dejaste que me mezclara con Jack Bohlen?, preguntó. ¿Por qué no me avisaste?

Sintió odio puro por Heliogábalo. Me has traicionado tú también. Como todos: Anne, Jack y Doreen. Todos.

Fue hasta la cocina y aulló:

—¿Sacas resultados o no?

Heliogábalo bajó el libro y dijo:

—Señor, esto demanda tiempo y esfuerzo.

—¡Tiempo! —dijo Arnie—. Demonios, si ése es justamente el problema. Mándalo al pasado, digamos dos años atrás, y haz que compre el Henry Wallace a mi nombre... ¿Puedes?

No hubo respuesta. Para Heliogábalo era absurdo considerar siquiera esa pregunta. Sonrojándose, Arnie cerró de un portazo y volvió a la sala.

Pues entonces haz que me mande al pasado a mí, se dijo. Esto de poder viajar en el tiempo ha de servir de algo; ¿por qué no consigo los resultados que quiero? ¿Qué pasa con todo el mundo?

Me hacen esperar sólo para fastidiarme, se dijo.

Y decidí, yo no voy a esperar mucho más.

A la una de la tarde Jack Bohlen aún no había recibido llamadas de servicio de la Compañía Yee. Mientras esperaba en el apartamento de Doreen Anderton, comprendió que algo iba mal.

A la una y treinta telefoneó él al señor Yee.

—Supuse que el señor Kott le informaría, Jack —dijo el señor Yee a su prosaica manera—. Usted ya no es empleado mío; lo es de él. Gracias por su excelente hoja de servicios.

Desmoralizado por la noticia, Jack dijo:

—¿Kott ha comprado mi contrato?

—Tal es el caso, Jack.

Jack colgó el teléfono.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Doreen, mirándolo con ojos expectantes.

—Soy de Arnie.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé —dijo él— Supongo que lo mejor será llamarlo para averiguarlo. No da la impresión de que él vaya a llamarme a mí —Jugar conmigo, pensó. Juegos sádicos... Divertirse, quizás.

—Lamarlo no sirve de nada —dijo Doreen—. Nunca habla de cosas importantes por teléfono. Tendremos que ir a su casa. Y quiero ir; déjame, por favor.

—De acuerdo —dijo él, yendo al armario a buscar su chaqueta—. Vamos.

A las dos de la tarde Otto Zitte asomó la cabeza por la puerta lateral de la casa de los Bohlen y comprobó que no había nadie mirando. Podía salir tranquilo, comprendió Silvia Bohlen al ver lo que hacía.

¿Y yo qué he hecho?, se preguntó de pie en medio del dormitorio, abotonándose torpemente la blusa. ¿Cómo puedo esperar mantenerlo en secreto? Aun si la señora Steiner no lo ve, seguro que él se lo contará a June Henessy y ella lo propagará por todo el William Butler Yeats; le encanta cotillear. Sé que Jack va a descubrirlo. Y Leo podría haber vuelto de improviso...

Pero ahora ya era tarde. Estaba hecho y acabado. Otto recogía las maletas disponiéndose a partir.

Ojalá estuviera muerto, se dijo Silvia.

—Adiós, Silvia —dijo él apresurado, yendo hacia la puerta delantera—. Te llamaré.

Ella no contestó; se concentró en ponerse los zapatos.

—¿No vas a despedirme? —preguntó él deteniéndose en la puerta del dormitorio. Lanzándole una mirada ella dijo:

—No. Y lárgate ya. No vuelvas nunca. Te odio. Te odio de verdad.

Otto se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Porque —dijo ella con lógica perfecta— eres una persona horrible. Nunca en mi vida he tenido nada que ver con alguien como tú. Debo de estar loca, debe de ser la soledad.

Él parecía verdaderamente herido. Con las mejillas rojas, se demoraba en el umbral del dormitorio.

—La idea ha sido tan tuya como mía —balbuceó por fin, mirándola con furia.

—Lárgate —dijo ella dándole la espalda.

Finalmente se oyó el ruido de la puerta de la calle. Se había ido.

Nunca, nunca más, se dijo Silvia. Fue al botiquín del cuarto de baño y sacó el frasco de fenobarbital; llenó deprisa un vaso con agua, echó 150 mg. y se los tragó jadeando.

No tenía que haber sido tan mala con él, comprendió en un destello de conciencia. No ha sido justa; en realidad él no ha tenido la culpa, sino yo. ¿Por qué acusarlo si soy yo la que no sirvo? De no haber sido él, tarde o temprano habría sido algún otro.

Pensó: ¿Volverá alguna vez o lo he alejado para siempre? Ya se sentía una vez más sola, infeliz y totalmente perdida, como condenada a vagar siempre en un vacío irremediable.

En realidad ha sido muy amable, pensó. Gentil y considerado. Habría podido

pasarme algo mucho peor.

Fue a la cocina, se sentó a la mesa y, descolgando el teléfono, llamó a June Henessy. La voz de June le sonó al oído.

—¿Sí?

—¿A que no sabes qué? —dijo Silvia.

—Cuéntame.

—Espera, que enciendo un cigarrillo —Silvia encendió un cigarrillo, acercó un cenicero, movió la silla para estar cómoda y entonces, con un sinfín de detalles más alguna invención esencial en puntos críticos, se lo contó todo.

Sorprendida, descubrió que el relato le daba tanto placer como la experiencia misma.

Tal vez hasta un poquito más.

Volando sobre el desierto de vuelta a su base de los montes FDR, Otto Zitte repasó la cita con la señora Bohlen y acabó felicitándose; pese al nada ilógico ataque de remordimientos de Silvia, y a la acusación cuando él ya se iba, estaba de buen humor.

Hay que estar preparado, se aconsejó.

Había ocurrido otras veces; cierto que siempre lo fastidiaba, pero era uno de esos trucos típicos de la mente femenina: llegado un momento, siempre tenían que eludir la realidad y ponerse a arrojar culpa hacia todos lados, hacia cualquiera que estuviese a su alcance.

No le importaba mucho; nada iba a quitarle el recuerdo del momento feliz en que se habían embarcado.

Bien, ¿y ahora qué? A la base, a comer, descansar, afeitarse, ducharse y cambiarse de ropa... Aún había tiempo de hacer una auténtica salida de negocios, sin nada más en mente que la pura venta.

Ya divisaba delante la serrada cresta de la cadena; pronto llegaría.

Le pareció ver que de entre los montes subía un feo penacho de humo gris.

Asustado, aceleró el helicóptero. Ahora no había duda; el humo surgía de cerca de su base. ¡Me han descubierto!, se dijo con un sollozo. La ONU: me han pillado y están esperándome. Pero de todos modos fue; tenía que cerciorarse.

Abajo vio las ruinas del aeródromo. Una ruina humeante dispersa en escombros. Llorando abiertamente, con las mejillas bañadas en lágrimas, Otto voló en círculos erráticos. Sin embargo, no había huellas de la ONU, ni vehículos militares ni soldados.

¿Habría estallado un cohete al aterrizar?

Otto se apresuró a bajar el helicóptero; por el suelo caliente corrió hacia los restos de su depósito.

Al llegar a la torre de señales del aeródromo vio colgado un cuadrado de cartón.

Leyó el mensaje y lo releyó tratando de entenderlo. Arnie Kott... Justamente estaba a punto de llamarlo... Había sido cliente de Norb Steiner. ¿Qué significaba esto? ¿Le había causado algún perjuicio a Arnie? ¿Qué otra cosa podía haberlo enfurecido? Era absurdo... ¿Qué le había hecho él a Arnie Kott para merecer esto?

¿Por qué?, preguntó Otto. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué me has destruido?

Fue hacia el depósito para ver, contra toda esperanza, si era posible salvar alguna mercancía, si quedaba algún resto.

No había restos. Se habían llevado las existencias; no vio un solo bote, frasco, paquete o bolsa. Sólo veía los desechos de la construcción. De modo que antes de tirar la bomba habían robado las cosas.

Me has bombardeado, Arnie Kott, y me has robado la mercancía, dijo Otto vagando en círculos. Abriendo y cerrando las manos, lanzaba al cielo miradas de cólera.

Y aun así no entendía por qué.

Tiene que haber un motivo, se dijo. Y yo lo descubriré. No voy a descansar mientras no lo averigüe, Arnie Kott, maldito seas. Y cuando lo haya descubierto iré por ti. Me vas a pagar lo que has hecho.

Se sonó la nariz, resopló, arrastrando los pies fue hasta el helicóptero y, sentado en la cabina, estuvo largo, largo rato mirando adelante.

Por fin abrió la maleta. Sacó la pistola 22 y, sujetándola, pensó en Arnie Kott.

Heliogábalo le dijo a Arnie:

—Perdone que lo moleste, señor. Pero si está dispuesto le explicaré qué debe hacer.

Encantado, Arnie se detuvo ante su escritorio.

—Dispara.

Con expresión triste y altiva, Heliogábalo dijo:

—Debe usted llevar a Manfred al desierto y cruzarlo a pie con él hasta los montes Franklin Delano Roosevelt. El peregrinaje debe concluir cuando haya llevado al niño hasta Puño Manchado, la roca que para los oscuros es sagrada. Allí encontrará su respuesta, una vez que le haya presentado el niño a Puño Manchado.

Agitando un dedo hacia el oscuro doméstico, Arnie dijo taimadamente:

—Y tú me dijiste que era un fraude —El siempre había sentido que algo había en la religión oscura. Helio había intentado embaucarlo.

—En el santuario de la roca debe usted comulgar. El espíritu que anima a Puño Manchado recibirá sus psiques colectivas y acaso, si se apiada, le conceda lo que pide —Luego Helio añadió:—A decir verdad, en lo que debe confiar es en la facultad que

hay dentro del niño. Por sí sola la roca es impotente. No obstante, la cosa es como sigue: en el lugar donde está Puño Manchado el tiempo es más débil. Basándose en ese hecho, el hombre oscuro ha prevalecido durante siglos.

—Comprendo —dijo Arnie—. Una especie de pinchazo en el tiempo. Ya través de él vosotros llegáis al futuro. Bien, lo que a mí me interesa ahora es el pasado, y francamente todo esto me huele mal. Pero haré la prueba. Me has contado tantas historias diferentes sobre esa piedra...

—Lo que le acabo de decir es verdad —dijo Helio—. Solo, Puño Manchado no puede hacer nada por usted —No reulaba: miró a Arnie a los ojos.

—¿Crees que Manfred colaborará?

—Le he contado sobre la roca y la idea de verla lo entusiasmo. Le he dicho que en ese lugar uno puede huir hacia el pasado. La posibilidad lo fascina. Sin embargo.. —Helio hizo una pausa—. Debe usted recompensarle el esfuerzo. Y usted puede ofrecerle algo de valor incalculable... Señor, usted puede desterrar para siempre de su vida el espectro del AM-WEB. Prométale que lo enviará de nuevo a la Tierra. Así, le ocurra lo que le ocurra, nunca verá el interior de ese edificio abominable. Si lo ayuda, él pondrá todos sus poderes mentales al servicio de usted.

—Me suena estupendo —dijo Arnie.

—Y usted no le falle al niño.

—Que no, diantre —prometió Arnie—. Haré ya mismo todos los arreglos con la ONU... Cuesta, pero tengo abogados capaces de manejar asuntos así casi sin moverse.

—Bien —dijo Helio asintiendo—. Sería una bajeza defraudar al muchacho. Si usted experimentara por un momento la terrible angustia que le causa su vida futura en ese lugar...

—Sí, suena espantoso —aceptó Arnie.

—Qué vergüenza sería —dijo Helio escrutándolo— que un día tuviera usted que soportar eso.

—¿Y ahora dónde está Manfred?

—Anda por las calles de Lewistown —dijo Helio—. Mirando el paisaje.

—Cuernos, ¿es seguro?

—Pienso que sí —dijo Helio—. Lo entusiasma la gente, las tiendas y la actividad. Para él es todo nuevo.

—Vaya si has ayudado a ese niño —dijo Arnie.

Sonó la campanilla de la puerta y Helio fue a abrir. Cuando Arnie alzó la vista, se encontró a Jack Bohlen y Doreen Anderton, ambos con expresión fija y muy tensa.

—Ah, hola —dijo Arnie, preocupado—. Pasad. Estaba a punto de llamarte, Jack. Escucha, tengo un trabajo para ti.

—¿Por qué le compraste mi contrato al señor Yee? —dijo Jack Bohlen.

—Porque te necesito —dijo Arnie—. Te lo explico enseguida. Voy a hacer una

peregrinación con Manfred y quiero que alguien nos sobrevuele para que no nos perdamos ni muramos de sed. Tenemos que cruzar a pie el desierto hasta los montes FDR. ¿No es así, Helio?

—Sí, señor —dijo Helio.

—Quiero partir cuanto antes —explicó Arnie—. Calculo que son unos cinco días de marcha. Llevaremos un transmisor portátil, de modo que podamos notificarte si necesitamos agua o alimentos. Por la noche tú puedes aterrizar y montarnos una tienda. Asegúrate de cargar equipo médico por si nos pica algún animal del desierto. Me han dicho que hay por allí serpientes y ratas salvajes —Consultó el reloj—. Ahora son las tres. Me gustaría partir a eso de las cuatro y esta noche parar unas cinco horas.

—¿Qué propósito tiene la... peregrinación? —se apresuró a preguntar Doreen.

—Tengo que atender unos asuntos allá —dijo Arnie—. Con los oscuros del desierto. Asuntos privados. ¿Tu irás en el helicóptero? De ser así te conviene vestirte de otro modo, tal vez botas y pantalones gruesos, porque siempre es posible que tengáis que bajar. Cinco días son muchos para estar volando en círculos. Aseguraos sobre todo de lo del agua.

Doreen y Jack se miraron.

—Hablo en serio —dijo Arnie—. Así que no perdáis tiempo con objeciones, ¿de acuerdo?

—Hasta donde sé —le dijo Jack a Doreen—, no me queda elección. Tengo que hacer lo que él me diga.

—Muy cierto, colega —concordó Arnie—. De modo que empieza a conseguir lo que necesitamos. Cocina portátil, lámparas portátiles, lavabo portátil, comida, jabón y toallas. Tú sabes lo que necesitamos. Vives al borde del desierto.

Jack asintió lentamente.

—¿Qué son esos asuntos? —dijo Doreen—. ¿Y por qué tienes que ir a pie? ¿Por qué no vas volando, como siempre?

—Tengo que andar, simplemente —dijo Arnie irritado—. Así son las cosas; no ha sido idea mía —Se volvió hacia Helio:—Se puede volver volando, ¿no?

—Sí, señor —dijo Helio—. Puede regresar como prefiera.

—Es muy bueno que esté en una forma excepcional —dijo Arnie—. De lo contrario no podría ni pensarlo. Espero que Manfred lo resista.

—Es muy fuerte, señor —dijo Helio.

—Llevas al niño —murmuró Jack.

—Correcto —dijo Arnie—. ¿Alguna objeción?

En vez de responder, Jack Bohlen se ensombreció más que de costumbre. De pronto estalló:

—No puedes hacer caminar al niño cinco días por el desierto. Se morirá.

—¿Por qué no usar un vehículo de superficie, uno de esos tractorbuses pequeños con que reparten el correo los carteros de la ONU? —sugirió Doreen—. De todos modos se tardaría bastante. No dejaría de ser una peregrinación.

—¿Qué te parece? —le preguntó Arnie a Helio.

Tras alguna reflexión, el oscuro dijo:

—Imagino que un furgoncillo así podría servir.

—Excelente —dijo Arnie, decidiéndose—. Telefonaré a un par de conocidos para conseguir un minibús postal. Me has dado una buena idea, Doreen; te lo agradezco. Claro que aun así vosotros estaréis arriba por cualquier emergencia.

Jack y Doreen asintieron.

—Tal vez cuando llegue adonde voy —dijo Arnie— descubráis qué me traigo entre manos —De hecho vais a saberlo muy bien, maldita sea; no cabe la menor duda.

—Es todo muy raro —dijo Doreen. Pegada a Jack Bohlen, le aferraba el brazo.

—No me echéis la culpa a mí —dijo Arnie—. Echádsela a Helio —Sonrió con una mueca.

—Es verdad —dijo Helio—. Ha sido idea mía.

Pero cada cual mantuvo su expresión.

—¿Has hablado hoy con tu papi? —le preguntó Arnie a Jack.

—Sí. Brevemente, por teléfono.

—¿Ya ha llenado la solicitud? ¿Todo cumplimentado, sin complicaciones?

—Dice que fue procesada como corresponde —dijo Jack—. Se está preparando para volver a la Tierra.

—Qué operación tan eficiente —dijo Arnie—. Me parece admirable. El hombre se presenta en Marte, clava su estaca, va a la compañía abstracta a registrar su solicitud y emprende el regreso. No está nada mal.

—¿Qué te propones, Arnie? —dijo Jack con voz serena.

Arnie se encogió de hombros.

—Tengo que hacer una peregrinación sagrada con Manfred. Eso es todo —Pero seguía sonriendo. No podía parar, y no se molestó en esforzarse por conseguirlo.

Con el uso de un minibús postal de la ONU, la peregrinación de Lewistown a Puño Manchado se reduciría de cinco días a sólo ocho horas; eso al menos calculaba Arnie. No queda sino ir, se dijo paseándose por la sala.

Fuera del edificio, junto al bordillo, Helio estaba sentado con Manfred en el minibús aparcado. Arnie los vio por la ventana, muy abajo. Tomó su pistola del cajón del escritorio, se la ajustó debajo de la chaqueta, echó llave al cajón y salió al vestíbulo.

Un momento después emergía a la acera camino del minibús.

—Allá vamos —le dijo a Manfred. Helio bajó del minibús y Arnie se sentó detrás

del timón. Encendió el motorcillo a reacción, que emitió un zumbido de abeja atrapada en una botella—. Suena bien —dijo, contento—. Hasta pronto, Helio. Recuerda que si esto sale bien tienes premio.

—No espero ningún premio —dijo Helio—. Sólo cumplir mi deber con usted, señor. Lo haría por cualquiera.

Soltando el freno de mano, Arnie se adentró en el tráfico del atardecer del centro de Lewistown. Estaban en marcha. Arriba, sin duda Jack Bohlen y Doreen lo seguían en el helicóptero; Arnie no se tomó la molestia de divisarlos porque daba por sentado que allí estaban. Saludó a Helio con la mano y luego un enorme tractorbús llenó todo el espacio de la luneta trasera. Helio quedó fuera de la vista.

—¿Qué me dices de este chisme, Manfred? —dijo Arnie, conduciendo el minibús hacia el perímetro de Lewistown y el desierto—. ¿No es fenomenal? Da casi setenta kilómetros por ahora. No es moco de pavo.

El niño no contestó; pero el cuerpo le temblaba de excitación.

—Esto es la locura —declaró Arnie, respondiéndose solo.

Habían salido casi de Lewistown cuando Arnie reparó en un coche que se les había puesto al lado y avanzaba a la misma velocidad que ellos. Dentro del coche vio dos figuras, hombre y mujer; primero pensó que eran Jack y Doreen, pero luego descubrió que ella era su ex mujer, Anne Esterhazy, y él Millón Glaub, el psiquiatra.

¿Qué demonios quieren?, se dijo Arnie. ¿No ven que estoy ocupado, que a uno no se le puede molestar así como así?

—Kott —gritó el doctor Glaub—. ¡Pare en el bordillo, tenemos que hablarle! ¡Es vital!

—¡Y un cuerno! —dijo Arnie aumentando la velocidad del minibús. Se palpó con la mano izquierda el bulto de la pistola—. No tengo nada que decir. ¿Y qué hacéis vosotros dos confabulados?

Aquello no le gustaba nada de nada. Muy propio de ellos formar pandilla, se dijo; habría debido esperármelo. Echando mano del transmisor portátil, llamó a la Sede del Sindicato para conectarse con su administrador, Eddy Goggins.

—Soy Arnie. Mi girocompás señala 8,45702, justo en el límite de la ciudad. Ven rápido... Aquí hace falta encargarse de un grupito. Date prisa, que no me los puedo quitar de encima —Y en efecto, no se habían quedado atrás; no les costaba nada igualar la velocidad del minibús, e incluso superarla.

—Está hecho, Arnie —dijo Eddy Goggins—. Enviaré algunos muchachos en el doble; descuida.

El coche se había adelantado y ya giraba hacia el bordillo. De mala gana Arnie tuvo que frenar. El coche acabó de cerrarle el paso y Glaub, tras bajarse, se deslizó como un cangrejo hacia el minibús, agitando los brazos.

—Aquí se acaba su carrera de abuso y prepotencia —le gritó a Arnie.

Jeesús, pensó Arnie. Justo en este momento.

—¿Qué quiere? —dijo—. Dígalo rápido; tengo que hacer.

—Deje a Jack Bohlen en paz —jadeó el doctor Glaub—. Yo lo represento, y él necesita descanso y quietud. De ahora en adelante tendrá que tratar conmigo.

Del coche emergió Anne Esterhazy; se acercó al minibús para enfrentarse también con Arnie.

—Según yo lo entiendo.. —comenzó.

—Tú no entiendes nada —dijo Arnie, envenenado—. Dejarme pasar o me encargaré de los dos...

Por encima de sus cabezas, un helicóptero con el símbolo del Sindicato de Trabajadores del Agua inició el descenso. Arnie se imaginó que serían Jack y Doreen. Y más atrás, a una velocidad tremenda, venía un segundo helicóptero, sin duda con Eddy y los cofrades. Ambos helicópteros se dispusieron a aterrizar cerca.

—Arnie —dijo Anne Esterhazy—, sé que si no paras con lo que estás haciendo te ocurrirá algo malo.

—¿A mí? —dijo él, divertido e incrédulo.

—Tengo el presentimiento. Por favor, Arnie. Sea lo que sea... piénsalo dos veces. En el mundo no abunda el bien; ¿hace falta que te vengues?

—Vuelve a Nuevo Israel a cuidar tu maldita tienda —En punto muerto, Arnie aceleró el motor del minibús.

—Este niño —dijo Anne— es Manfred Steiner, ¿no? Deja que Milton lo lleve al campo B-G. Es mejor para todos; es mejor para ti y para él.

Uno de los helicópteros había aterrizado. Dos o tres hombres del sindicato saltaron a tierra para correr calle arriba. Al verlos, el doctor Glaub tiró de la manga de Anne.

—Ya los he visto —Ella no se inmutó—. Arnie, haz el favor. Hemos trabajado juntos tantas veces, en tantas cosas útiles... Hazlo por mí, por Sam... Sé que si llevas esto adelante nunca volveré a estar contigo de ningún modo. ¿Me oyes? ¿Tan importante es esto como para perder tanto?

Arnie no dijo nada.

Bufando, Eddy Goggins se plantó junto al minibús. Los del sindicato se desplegaron para avanzar sobre Anne Esterhazy y el doctor Glaub. Entretanto, había aterrizado el segundo helicóptero, del cual bajó Jack Bohlen.

—Pregúntale a él —dijo Arnie—. Viene por voluntad propia. Es un hombre adulto, sabe lo que hace. Pregúntale si se ha unido a esta peregrinación contra su voluntad.

En cuanto Glaub y Anne Esterhazy se volvieron hacia Jack, Arnie dio marcha atrás; luego aceleró esquivando el coche aparcado. Cuando Glaub intentó volver al coche estalló una refriega. Dos cofrades lo agarraron y empezó la lucha. Arnie

aceleró, dejando atrás el coche y la gente.

—Allá vamos —le dijo a Manfred.

Delante, la calle se volvía una vaga franja lisa que pasaba de la ciudad al desierto en dirección a las colinas lejanas. El minibús se bandeaba a velocidad casi máxima, y Arnie sonrió. A su lado, el niño resplandecía de excitación.

A mí no hay quien me detenga, se dijo Arnie.

El ruido de la riña se fue apagando; ahora sólo oía el zumbido del pequeño reactor del minibús. Se reclinó.

Prepárate, Puño Manchado, se dijo. Y entonces se acordó del talismán de Jack Bohlen, la aguatuja que según Helio tenía ese hombre, y frunció el ceño. Pero fue un pensamiento pasajero que no le hizo reducir la marcha.

A su lado, en su entusiasmo, Manfred graznaba:

—¡Grub grub!

—¿Qué quiere decir grub grub? —preguntó Arnie.

No hubo respuesta. Allá iban los dos dando tumbos, dentro del minibús postal de la ONU, derecho a los montes FDR.

A lo mejor cuando lleguemos descubro qué significa, se dijo Arnie. Me gustaría saberlo. Por alguna razón, los ruidos que hacía el muchacho, las palabras incomprensibles, lo ponían más nervioso que cualquier otra cosa. De pronto sintió deseos de haber llevado a Helio.

—¡Grub grub grub! —gritaba Manfred mientras el minibús corría.

El negro y sesgado promontorio de arenisca y cristal volcánico que era Puño Manchado se proyectaba delante de ellos, enorme y enjuto en el primer resplandor de la mañana. Habían pasado la noche en el desierto, en una tienda, con el helicóptero aparcado cerca. Jack Bohlen y Doreen Anderton no habían intercambiado con ellos ni una palabra. Al amanecer, el aparato había despegado para sobrevolarlos en círculos. Arnie y el niño Manfred Steiner habían tomado un buen desayuno y hecho el equipaje para seguir camino.

Ahora el viaje, la peregrinación a la roca sagrada de los oscuros, había acabado.

Viendo Puño Manchado tan cerca, Arnie pensó: he ahí el lugar que nos curará de lo que padecemos, sea lo que fuere. Dejando a Manfred al timón del minibús, consultó el mapa que había dibujado Heliogábalo. Mostraba el sendero entre cerros que llevaba a la roca. Allí, le había dicho Helio, excavada en la ladera norte había una cámara en donde generalmente podía encontrarse un sacerdote. A menos que esté en otra parte durmiendo la mona. Él conocía a los sacerdotes oscuros; en su mayor parte eran viejos borrachines. Hasta los oscuros los despreciaban.

En la base del primer cerro, a la sombra, aparcó el minibús y apagó el motor.

—Desde aquí subiremos a pie —le dijo a Manfred—. Llevaremos todo el equipaje que podamos. Comida, agua y desde luego el transmisor, y supongo que si hace falta cocinar podemos volver por la cocina. Se supone que son sólo unos kilómetros más.

El niño saltó del minibús. Entre los dos descargaron el equipaje y pronto se internaban en la cadena FDR por un sendero pedregoso.

Mirando alrededor con aprensión, Manfred se encogió estremecido. Tal vez había experimentado otra vez el AM-WEB, conjeturó Arnie. El Henry Wallace estaba a sólo unos kilómetros. Tan cerca como se encontraban, el niño bien podía haber recogido las emanaciones de la estructura por venir. De hecho casi las percibía él.

¿O era la roca de los oscuros lo que sentía?

No le gustaba el aspecto de la roca. ¿Por qué hacer de eso un altar?, se preguntó. Un lugar perverso, árido. Pero acaso hacía mucho tiempo la región había sido fértil. A lo largo del sendero se distinguían vestigios de antiguos campamentos oscuros. Tal vez allí se habían originado los marcianos; sin duda la tierra tenía una apariencia de vejez y desgaste. Como si, pensó, un millón de criaturas grisesnegras la hubieran manipulado durante edades enteras. ¿Y ahora qué era? Un último resto para una raza agonizante. Una reliquia para quienes no iban a estar mucho más en el planeta.

Jadeando por el esfuerzo de trepar con tanta carga, Arnie hizo un alto. Manfred se esforzaba tras él por la empinada cuesta, aún lanzando en torno miradas de angustia.

—No te preocupes —lo tranquilizó Arnie—. No hay nada que temer —¿Se estaba

combinando ya el don del niño con el de la roca? ¿Y se habría vuelto aprensiva la roca también? ¿Sería capaz de eso?

El sendero se allanó y se hizo más ancho. En él dominaban las sombras; frío y humedad pendían sobre todo, como si Arnie y Manfred anduvieran dentro de una gran tumba. La vegetación magra y nociva que brotaba de la superficie de las rocas tenía una cualidad mortecina, como si algo la hubiera envenenado en su crecimiento. Más adelante yacía un pájaro muerto, cadáver podrido que acaso llevara allí semanas: imposible saberlo. Parecía momificado.

No me gusta nada este lugar, se dijo Arnie.

Deteniéndose frente al pájaro, Manfred se inclinó y dijo:

—Grub.

—Pse —murmuró Arnie—. Ven, vamos.

De pronto llegaron a la base de la roca.

Un viento agitaba las hojas de la vegetación, unos arbustos que parecían desollados hasta lo elemental: piezas desnudas y derechas como huesos clavados en el suelo. El viento soplaba por la grieta de Puño Manchado y olía, pensó Arnie, como si dentro viviera algún animal. Tal vez el mismo sacerdote; sin sorprenderse realmente, vio que a un lado había una botella de vino vacía y otros residuos atrapados en el agudo follaje cercano.

—¿Hay alguien por aquí? —llamó Arnie.

Al cabo de un largo rato, surgió de la cámara un viejo oscuro, grisáceo, como envuelto en telarañas. Como si lo bambolease el viento, se movió lentamente de perfil, hizo un alto contra el flanco de la cavidad y luego siguió avanzando. Tenía una orla rojiza en los ojos.

—Viejo borracho —dijo Arnie en voz baja. Y usando un papel que le había dado Helio, lo saludó en oscuro.

El sacerdote murmuró una mecánica respuesta desdentada.

—Tenga —Arnie tendió un cartón de cigarrillos. Farfullando, el sacerdote se adelantó a cogerlo y se lo metió bajo la telaraña gris de la túnica—. Le gustan, ¿eh? —dijo Arnie—. Ya me lo imaginaba.

Del mismo papel leyó el propósito de la visita y lo que quería del sacerdote. Quería que los dejara a él y a Manfred solos en la cámara, una hora, para que pudiesen invocar al espíritu de la roca.

Murmurando aún, el sacerdote retrocedió, lidió con el ruedo de la túnica y al fin dio media vuelta y se alejó tambaleándose. Desapareció por un sendero lateral sin echar una mirada atrás.

Arnie dio la vuelta al papel y leyó las instrucciones escritas por Helio.

(1) Entrar en la cámara.

Tomando a Manfred del brazo, Arnie lo guió paso a paso por la negra hendedura de la roca; con la linterna encendida, avanzaron hasta que la cámara se hizo más amplia. Arnie pensó que seguía oliendo mal, como si llevara siglos cerrada. Como un viejo cajón lleno de trapos raídos; un olor más vegetal que animal.

¿Y ahora? Volvió a consultar el papel.

(2) Encender fuego.

Un desperejo círculo de piedras rodeaba un hoyo ennegrecido con fragmentos de leña y de lo que parecían huesos... Daba la impresión de que el vejete se hiciera allí la comida.

Arnie llevaba ramitas en la mochila; las sacó, tras poner la mochila en el suelo y desanudar las cuerdas con dedos entumecidos.

—No te pierdas, chico —le dijo a Manfred. Y se preguntó si volverían a salir de allí.

Cuando el fuego estuvo encendido, los dos se sintieron mejor. La caverna se volvió más cálida, aunque no más seca. Persistía el olor a moho, e incluso empezó a arreciar, como si, cualquiera que fuese su origen, el fuego lo estuviese atrayendo.

La siguiente instrucción lo dejó perplejo. Pero, aunque no la entendía, Arnie obedeció.

(3) Encender el transistor y sintonizarlo en 574 kh.

Arnie sacó el pequeño transistor japonés y lo encendió. En 574 kh el aparato sólo emitía ruidos de estática. No obstante, pareció obtener respuesta de la roca, que dio la impresión de cambiar, de ponerse alerta, como si la radio la hubiera despertado a la presencia de ellos. La siguiente instrucción era igualmente fastidiosa.

(4) Tomar Nembutal (el niño no).

Arnie destapó la cantimplora y tragó el Nembutal, preguntándose si el propósito sería enturbiarle los sentidos y hacerlo crédulo. ¿O acaso reprimir la angustia?

Quedaba una sola instrucción.

(5) Arrojar al fuego el contenido del paquete adjunto.

Helio había puesto en la mochila de Arnie un paquetito: unas hierbas envueltas de cualquier manera en una hoja del New York Times. Arrodillado junto al fuego, Arnie desenvolvió cuidadosamente el paquete y echó las oscuras hebras resacas a las llamas. Se alzó un olor nauseabundo y las llamas murieron. Espirales de humo colmaron la cámara; Arnie oyó que Manfred tosía. Maldición, pensó; si seguimos,

esto nos va a matar.

El humo desapareció casi enseguida. Ahora la caverna parecía oscura, desierta y mucho más grande que antes, como si los muros de roca hubieran retrocedido. De pronto, Arnie sintió como si estuviese a punto de caer; ya no parecía estar exactamente derecho. He perdido el equilibrio, pensó. No tengo nada que me sirva de apoyo.

—Manfred —dijo—, escúchame bien. Como explicó Helio, en razón de lo que he hecho no tienes que preocuparte más por el AM-WEB. ¿Entiendes? De acuerdo. Bien, ahora vuelve atrás unas tres semanas. ¿Puedes hacerlo? Pon todo tu empeño, esfuérate todo lo posible.

El niño lo escudriñó en la penumbra, los ojos dilatados de miedo.

—Ve hasta antes de que conociera a Jack Bohlen —dijo Arnie—. Antes de que me lo encontrara en el desierto aquel día en que los oscuros se morían de sed. ¿Entiendes? —Dio unos pasos hacia el niño...

Cayó plano de bruces.

El Nembutal, pensó. Mejor dar marcha atrás antes de morirme del todo. Pugnó por levantarse, buscando a tientas algo a lo que agarrarse. Destellos luminosos lo deslumbraron. Apoyó las manos... y luego estaba en el agua. Un agua tibia se derramaba sobre él, le caía en la cara; bufó, se ahogó, vio alrededor volutas de vapor, sintió bajo los pies las familiares baldosas.

Estaba en su baño de vapor.

Voces de hombres hablando. La voz de Eddy que decía: «Bien, Arnie». Luego siluetas alrededor, otros hombres duchándose.

Muy dentro de él, cerca de la ingle, la úlcera de duodeno empezó a arderle y se dio cuenta de que tenía un hambre terrible. Salió de la ducha y con piernas débiles, desganadas, anadeó por las húmedas y tibias baldosas en busca de un asistente que le diera el gran toallón afelpado.

Yo aquí ya he estado, pensó. He hecho esto, he dicho lo que voy a decir; es siniestro. ¿Cómo lo llaman? Una palabra francesa...

Mejor desayunar algo. El estómago le hacía ruidos y el dolor de la úlcera crecía.

«Eh, Tom», llamó al asistente. «Sécame y vísteme, así como algo; la úlcera me está matando.» Nunca le había dolido de ese modo.

«Bien, Arnie», dijo el asistente, avanzando hacia él con el enorme y suave toallón blanco desplegado.

Una vez vestido por el asistente, con camiseta y pantalones de paño gris, botas de cuero blando y gorra náutica, el cofrade Arnie Kott salió del baño para enfilear el pasillo de la Sede del Sindicato rumbo al comedor, donde Heliogábalo le tenía listo el desayuno.

Por fin se sentó ante una pila de tortitas con tocino, auténtico café de Casa, una

copa de zumo de naranjas de Nuevo Israel y el New York Times dominical de la semana anterior.

Tembló de consternación al levantar la copa de dulce zumo de naranja helado y colado; tan resbaladiza estaba y leve al tacto que casi se le escapa a medio camino... Debo tener cuidado, pensó; hacer las cosas despacio y tomármelo con calma. Es realmente así; estoy de vuelta en donde estuve hace varias semanas. Lo consiguieron Manfred, la roca y los oscuros juntos. Uau, pensó, la mente alborotada de expectativa. ¡Sensacional! Bebió el resto del zumo, disfrutando cada trago hasta vaciar la copa.

He conseguido lo que quería, se dijo.

Ahora bien, debo cuidarme, continuó; sin duda hay ciertas cosas que no quiero cambiar. Necesito asegurarme de no estropear el negocio del mercado negro haciendo lo natural, que sería impedir que Norb Steiner se suicide. Digo, es una pena por él, pero yo no tengo pensado abandonar el negocio; o sea que eso queda como está. Como estará, se corrigió.

Principalmente, tengo dos cosas que hacer. Primero, ocuparme de obtener la escritura de un terreno en los FDR, en toda el área del Henry Wallace, y de que esa escritura anteceda en varias semanas a la del viejo Bohlen. Cuando el viejo venga, dentro de un tiempo, descubrirá que las tierras ya están compradas. Habrá viajado hasta aquí en balde. Tal vez le dé un infarto. Pensando en eso Arnie soltó una risita. Una lástima.

Y luego la otra cosa. Jack Bohlen.

A ése voy a arreglarlo, se dijo. Un sujeto con el que todavía no me he cruzado, que no me conoce, aunque yo lo conozco a él.

Ahora soy el destino de Jack Bohlen.

—Buenos días, señor Kott.

Molesto de que le interrumpieran la meditación, alzó los ojos y vio que una chica había entrado en el despacho y esperaba junto al escritorio. No la reconoció. Una chica del equipo de secretarías, se dio cuenta, que venía a tomar el dictado matutino.

—Llámame Arnie —balbució—. Se supone que todos me llaman así. ¿Cómo es que no te conozco? ¿Eres nueva?

La chica, pensó, no era demasiado guapa, de modo que él volvió al periódico. Pero por otro lado tenía una silueta densa y plena. Era el vestido negro de seda; no lleva gran cosa debajo, se dijo observándola por el costado del periódico. Soltera: no le veía anillo de boda.

—Acércate —dijo—. ¿Me temes porque soy el famoso Arnie Kott, el que manda en todo este lugar?

La chica se aproximó con un lujurioso contoneo que lo sorprendió; parecía reptar por el borde del escritorio. Y con una voz tosca e insinuante dijo:

—No, Arnie, no te temo —La contundente mirada no parecía de inocencia; al contrario, su implícito saber lo sacudió. Parecía consciente de cada impulso y capricho suyos, sobre todo los dirigidos a ella.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

—No, Arnie —Acercándose más, ella se apoyó en el borde del escritorio de modo que una pierna, a Arnie le costaba creerlo, entró paulatinamente en contacto con la de él.

Metódicamente, la pierna se restregó contra la de Arnie de una forma sencilla, reflexiva y rítmica que lo hizo retraerse y decir débilmente:

—Eh.

—¿Qué pasa, Arnie? —dijo la chica, y sonrió. Era una sonrisa que no se parecía a nada que él hubiera visto en su vida, fría y sin embargo llena de presagios; sin ninguna tibieza, como si la hubiera estampado una máquina, como construida siguiendo una pauta de labios, dientes, lengua... Y, con todo, lo anegaba de sensualidad. Derramaba un calor saturado, untuoso, que lo mantenía rígido en la silla, incapaz de mirar a otra parte. Sobre todo era la lengua, pensó Arnie. Vibraba. La punta, notó, tenía una cualidad afilada, como si pudiese cortar; una lengua capaz de herir, de disfrutar rebanando algo vivo, atormentándolo, haciéndolo rogar piedad. Eso era lo que le gustaba más: oír las súplicas... Y también los dientes, blancos y agudos, hechos para desgarrar.

Se estremeció.

—¿Te molesto, Arnie? —murmuró la muchacha. Gradualmente había deslizado el cuerpo a lo largo del escritorio, de modo que ahora, él no entendía cómo lo había logrado, descansaba casi totalmente en él. Dios mío, pensó Arnie, está... Era imposible.

—Escucha —dijo. Intentó tragar saliva y se descubrió la garganta seca; a duras penas podía graznar las palabras—. Ve a lo tuyo y déjame leer —Agarró el periódico y lo puso entre los dos—. Anda —dijo, crispado.

La silueta se retiró un poco.

—¿Qué pasa, Arnie? —La voz era un ronroneo como de engranajes metálicos, pensó él, un sonido automático que surgía de ella como una grabación.

No dijo nada. Se aferró al periódico y leyó.

Cuando volvió a alzar la vista la chica se había ido. Estaba solo.

Esto no lo recuerdo, se dijo con un temblor en el estómago. ¿Qué clase de criatura era ésa? No lo entiendo... ¿Qué había estado pasando hacía un momento?

Automáticamente, se puso a leer un artículo sobre una nave perdida en el espacio, una mercante japonesa con un cargamento de bicicletas. Sintió que le divertía, por más que hubieran muerto trescientos pasajeros; es que era graciosa, maldición, la idea de miles de bicisetitas japonesas flotando como escombros, circunvalando el sol

eternamente... Y no que no hicieran falta en Marte, con la virtual carencia de fuentes de energía... En la baja gravedad del planeta se podía pedalear cientos de kilómetros sin desgaste.

Más adelante dio con un artículo sobre una recepción en la Casa Blanca para... Bizqueó. Las palabras se apiñaban; apenas podía leerlas. ¿Un error de impresión? ¿Qué decía allí? Acercó más el periódico...

Grub grub, decía. El artículo se volvió absurdo, no decía nada salvo un grub grub tras otro. ¡Cielo santo! Lo miró asqueado, sintiendo que el estómago le reaccionaba; la úlcera duodenal le dolía más que nunca. Se había puesto tenso y malhumorado, la peor combinación para un ulceroso, sobre todo a la hora de comer. Mecacho en ese grub grub, se dijo. ¡Es lo que dice el crío! Estropean el artículo, de eso no hay duda.

Recorriendo el periódico vio que casi todos los artículos derivaban en el sinsentido; tras una o dos líneas empezaban a enturbiarse. Más irritado aún, arrojó el periódico a un lado. ¿Para qué demonios sirve así?, se preguntó.

Es parloteo de esquizofrénicos, pensó. Lenguaje privado. ¡No me gusta nada verlo aquí! Si él quiere hablar así, de acuerdo, ¡pero aquí no tiene nada que hacer! No tiene derecho a meter eso en mi mundo. Y luego Arnie pensó: Claro que como fue él quien me trajo de vuelta, tal vez se cree que es justo. Tal vez el crío considera que este mundo es suyo.

Esa idea no le gustó; deseó que no se le hubiera ocurrido nunca.

Levantándose del escritorio, fue hasta la ventana y miró la céntrica calle de Lewistown. Abajo, lejos, la gente se afanaba; qué rápido se movían. Y también los coches. ¿Por qué tan deprisa? Había en sus movimientos una desagradable condición cinética, convulsiva; parecían chocar unos con otros o estar a punto de hacerlo. Objetos que iban a colisionar como bolas de billar, duros y peligrosos... Notó que los edificios parecían erizados de aristas filosas. Y sin embargo, cuando intentó precisar el cambio— porque había habido un cambio, sin duda —no pudo. Era la familiar escena de todos los días. Y con todo...

¿Se movían demasiado rápido? ¿Era eso? No, era más profundo. Había en la escena una hostilidad omnipresente. No era meramente que las cosas colisionaran; golpeaban unas contra otras, como adrede.

Y entonces vio algo más, algo que lo dejó sin aliento. Entre la gente que se apresuraba allá abajo casi no había rostros; sólo fragmentos y restos de rostros... como si no hubieran terminado de formarse.

Agh, esto no va a salir bien, se dijo Arnie. Ahora tenía miedo; intenso y profundo. ¿Qué ocurre? ¿Qué me están entregando?

Conmocionado, volvió a sentarse al escritorio. Tomó la taza de café y bebió intentando retomar la rutina matinal.

El café tenía un sabor amargo, acre, extraño; tuvo que dejar la taza casi en el acto.

Supongo que el chico se imagina continuamente que lo están envenenando, pensó desesperado. ¿Será así? ¿Tendré que verme comiendo cosas repugnantes por culpa de sus espejismos? Dios, pensó; es terrible.

Lo mejor, decidió, será que acabe mi tarea cuanto antes y vuelva al presente.

Abrió el cajón del escritorio, sacó la pequeña codificadora de dictado a pilas y la preparó. Dijo al micrófono:

—Scott, tengo un asunto importantísimo que transmitirte. Insisto en que actúes enseguida. Lo que quiero es comprar en los montes FDR porque la ONU va a establecer allí una urbanización gigantesca, específicamente alrededor del cañón Henry Wallace. De modo que transfiere, a mi nombre, desde luego, los fondos del sindicato suficientes para asegurarme una escritura, porque de aquí a unas dos semanas llegarán especuladores de...

Se interrumpió, porque la codificadora se había parado con un gemido. Le dio unos golpecitos y las cintas volvieron a girar antes de quedar de nuevo en silencio.

Pensé que estaba reparada, pensó Arnie enfadado. ¿No se la he dado a Jack Bohlen? Y entonces recordó que estaba en la semana previa a la aparición de Bohlen; claro que no funcionaba.

Tendré que dictarle a la secretaria-criatura, pensó. Iba a apretar el botón que la convocaría, pero se contuvo. ¿Cómo voy a dejar que eso entre de nuevo? Pero no había alternativa. Apretó el botón.

Se abrió la puerta y la chica entró.

—Sabía que ibas a necesitarme, Arnie —se apresuró, sinuosa y urgente.

—Oye —dijo él con voz autoritaria—, no te acerques mucho; no soporto que la gente se me eche encima —Pero mientras hablaba, reconoció su miedo por lo que era: el miedo fundamental del esquizofrénico a que la gente se le acercara demasiado, a que invadiera su espacio. Miedo a la proximidad, se llamaba; la causa era la percepción que tenía el esquizofrénico de la hostilidad de todo el mundo. Es eso lo que me pasa, pensó Arnie. Pero no por saberlo soportaba tener a la chica cerca. Bruscamente, se puso en pie y se alejó hacia la ventana.

—Lo que tú digas, Arnie —dijo la chica en tono insaciable, y no obstante se deslizó hacia él, como antes, casi hasta tocarlo. Arnie se encontró oyéndola respirar, oliéndole el perfume del cuerpo y el aliento, que era espeso y desagradable... Se sintió asfixiado, incapaz de recibir aire suficiente en los pulmones.

—Voy a dictarte —dijo apartándose para mantener la distancia—. Es un mensaje para Scott Temple, y tendría que ir codificado para que no lo lean —Ellos, pensó. Bueno, ese miedo siempre había sido suyo; no podía culpar al niño—. Tengo un asunto importantísimo —dictó—. Actúa enseguida; hay mucho en juego, es realmente jugoso. La ONU piensa comprar un gran trozo de tierra en los montes FDR...

Dictó y dictó, y mientras iba hablando el miedo lo hostigaba, un miedo obsesivo que crecía a cada momento. ¿Y si ella estaba escribiendo sólo grub grub? Tengo que fijarme, se dijo. Tengo que acercarme a ver. Pero se resistía a la proximidad.

—Oye, damita —dijo interrumpiéndose—, dame ese bloc. Quiero ver qué estás escribiendo.

—Arnie —dijo la áspera voz arrastrada—, no todo se entiende con sólo mirarlo.

—¿C-cómo? —preguntó él despavorido.

—Es taquigrafía —Ella sonrió fríamente, con lo que parecía una palpable malevolencia.

—Está bien —dijo él rindiéndose. Siguió con el dictado hasta completarlo. Luego le dijo que lo codificara y se lo enviara a Scott de inmediato.

—¿Y después qué? —dijo ella.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, Arnie —dijo ella, y el tono lo crispó de consternación y puro asco físico.

—Después nada —dijo—. Vete y listo; no vuelvas —La siguió, y cuando ella estuvo fuera cerró de un portazo.

Me figuro, decidió, que tendré que llamar a Scott directamente; no puedo fiarme de ella. Se sentó al escritorio, descolgó el teléfono y marcó.

Pronto se oyó la señal de llamada. Pero llamaba en vano; no había respuesta. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Me ha abandonado? ¿Está en contra mía? ¿Trabaja con ellos? No puedo fiarme de él; no puedo fiarme de nadie. Y entonces, de repente, una voz dijo:

—Hola, habla Scott Temple —Y Arnie se dio cuenta de que en realidad sólo habían pasado unos segundos y unos pocos timbrazos. Todas esas ideas de traición, de fatalidad, le habían atravesado la mente en un instante.

—Soy Arnie.

—Hola, Arnie. ¿Qué pasa? Por tu tono adivino que algo se cuece. Escupe.

Se me ha enturbiado el sentido del tiempo, comprendió Arnie. Me ha parecido que el teléfono estaba sonando una hora y no era así en absoluto.

—Arnie —decía Scott—. Di algo. Arnie, ¿estás ahí?

Es la confusión del esquizofrénico, comprendió. Un colapso de la percepción temporal. Lo tengo porque lo tiene el chico.

—¡Cristo! —dijo Scott, fuera de sí.

Dificultosamente, Arnie rompió la cadena de pensamiento y dijo:

—Ehm, Scott. Oye. Tengo un dato que se ha filtrado. Hay que actuar ahora mismo, ¿entiendes? —Le contó en detalle lo de la ONU y los montes FDR—. Ya ves, pues —concluyó—, que nos conviene comprar todo lo que podamos, y pronto. ¿Estás de acuerdo?

—¿Estás seguro del dato? —preguntó Scott.

—Sí. ¡Estoy seguro! ¡Estoy seguro!

—¿Y cómo? Francamente, Arnie, tú me caes bien, pero te da por esos planes locos... Siempre te vas por la tangente. Me reventaría quedar pringado en un desastre.

Arnie dijo:

—Créeme.

—No puedo.

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Hace años que trabajamos juntos y siempre nos hemos basado en la palabra — se ahogó—. ¿Qué ocurre, Scott?

—Eso te pregunto yo a ti —dijo Scott con calma—. ¿Cómo es que un hombre con tu experiencia en los negocios puede tragarse ese anzuelo? El dato es que los montes FDR no valen un centavo, y tú lo sabes. Yo sé que lo sabes. Lo sabe todo el mundo. ¿En qué andas metido, pues?

—¿No confías en mí?

—¿Por qué debería confiar en ti? Prueba que tienes un dato de buena fuente y no uno de tus acostumbrados pedos mentales.

Trabajosamente Arnie dijo:

—Hombre, caray, si pudiera probarlo no tendrías que fiarte; no habría confianza en juego. De acuerdo. Me embarcaré solo, y cuando descubras que te lo perdiste cúlpatelo a ti mismo, no a mí —Colgó el teléfono temblando de rabia y desesperación. ¡Había que ver! No podía creerlo; Scott Temple, la única persona del mundo con quien podía hacer negocios por teléfono. A los demás tanto daba tirarlos al mar, tan canallas eran.

Es un malentendido, se dijo. Pero basado en una desconfianza profunda, fundamental, insidiosa. Una desconfianza esquizofrénica.

Era un colapso en la capacidad de comunicar, era consciente de ello.

Levantándose, dijo en voz alta:

—Supongo que tendré que ir yo mismo a Pax Grove a ver a los de la compañía abstracta. Inscribir la solicitud.

Y entonces recordó. Primero tendría que clavar el mojón, ir realmente a los montes FDR. Y todo en él se rebeló a gritos contra la idea. Contra aquel lugar detestable donde un día aparecería el edificio.

Bien, no había otra salida. Primero mandar que le hicieran una estaca en un taller del sindicato; luego tomar un helicóptero y poner rumbo al Henry Wallace.

Parecía, pensándolo, una serie de acciones torturantemente difíciles de llevar a cabo. ¿Cómo iba a hacer todo eso? Primero tendría que encontrar algún metalúrgico que le grabara el nombre en la estaca; eso tal vez llevara días. ¿A quién conocía en los talleres de Lewistown capaz de hacerlo? Y si no conocía al sujeto, ¿cómo fiarse de él?

Al fin, como si nadara contra una corriente casi insalvable, se las arregló para levantar el auricular y pedir que le localizaran un taller.

Estoy tan cansado que apenas puedo moverme, pensó. ¿Por qué? ¿Qué he hecho hoy hasta ahora? Sentía el cuerpo aplastado de fatiga. Si al menos pudiera descansar un poco..., pensó. Si al menos pudiera dormir...

Hasta bien entrada la tarde Arnie Kott no pudo obtener del taller la estaca de metal grabada con su nombre y disponer que un helicóptero del Sindicato de Trabajadores del Agua lo llevara a los montes FDR.

—Hola, Arnie —lo saludó el piloto, un joven de rostro agradable de la plantilla institucional.

—Hola, hijo mío —murmuró Arnie, mientras lo ayudaban a instalarse en el cómodo asiento de cuero, especialmente hecho para él en la tapicería de la colonia.

Mientras el piloto ocupaba el asiento delantero, Arnie dijo:

—Bien, démonos prisa que ando retrasado; tengo que ir hasta allí y luego a la compañía abstracta de Fax Grove.

Y sé que no lo lograremos, se dijo. Y es que sencillamente no alcanza el tiempo.

El helicóptero del Sindicato de Trabajadores del Agua con el cofrade Arnie Kott a bordo apenas había despegado cuando se encendió el altavoz.

—Aviso de emergencia. En el punto 4,65003 del girocompás hay en desierto abierto una partida de oscuros muriendo por falta de abrigo y de agua. Se ordena a las naves del norte de Lewistown que se dirijan allí para prestar asistencia a la mayor brevedad posible. La autoridad legal de las Naciones Unidas exige que respondan todas las naves mercantes y privadas.

Hablando desde la emisora de la ONU, en un satélite artificial que estaría en algún lugar allá arriba, la nítida voz del anunciador repitió el aviso.

Arnie sintió que el helicóptero alteraba el curso y dijo:

—Bah, hijo, venga ya.

—Tengo que responder, señor —dijo el piloto—. Es lo que manda la ley.

Ya estaban sobre el desierto, volando a buena velocidad hacia el punto de intersección dado por el anunciador. Negros, pensó Arnie. Hay que dejar todo lo que uno esté haciendo para ayudar a esos idiotas, joder... Y lo peor es que me encontraré a Jack Bohlen. No hay modo de evitarlo. Me había olvidado; ahora ya es tarde.

Se palpó la chaqueta y confirmó que la pistola seguía en su sitio. Eso lo animó un poco; mantuvo la mano sobre el arma hasta que el helicóptero empezó a descender. Ojalá lleguemos antes, pensó. Pero para su desaliento vio que el helicóptero de la Compañía Yee había aterrizado antes y Jack Bohlen ya se ocupaba de dar agua a los cinco oscuros. Maldición, pensó Arnie.

—¿Me necesitas? —gritó el piloto—. Si no sigo viaje.

—No tengo mucha agua para darles —dijo Jack.

—De acuerdo —dijo el piloto, y apagó el motor.

Arnie le dijo:

—Dile que venga para aquí.

Cargando con un bidón de quince litros, el piloto fue hasta donde estaba Jack; al cabo de un momento Jack dejó de atender a los oscuros para acercarse a Arnie Kott.

—¿Quería algo? —dijo mirándolo.

—Sí —dijo Arnie—. Te voy a matar —Sacó la pistola y apuntó a Jack Bohlen.

Los oscuros, que estaban llenando con agua sus huevos de paka, dejaron de hacerlo. Un macho joven moreno y escuálido, casi desnudo bajo el rojizo sol marciano, alargó la mano al carcaj de flechas envenenadas que llevaba a la espalda; sacó una flecha, la colocó en el arco y de un solo movimiento la disparó. Arnie Kott no vio nada; sintió un dolor agudo y al bajar la vista se vio la flecha clavada en el pecho, apenas por debajo del esternón.

Leen la mente, pensó Arnie. Las intenciones. Intentó quitarse la flecha, pero no

cedía. Y entonces se dio cuenta de que ya se estaba muriendo. La flecha llevaba veneno, y sintió que le llegaba a los miembros, le paraba la circulación, ascendía para envolverle el cerebro y la mente.

De pie ante el helicóptero, Jack Bohlen dijo:

—¿Por qué quería matarme? Ni siquiera me conoce.

—Claro que te conozco —se las arregló para gruñir Arnie—. Vas a reparar mi codificadora y quitarme a Doreen, y tu padre me robará todo lo que tengo, todo lo que me importa, los montes FDR y lo que se avecina —Cerró los ojos y descansó.

—Debe de estar loco —dijo Jack Bohlen.

—No —dijo Arnie—. Conozco el futuro.

—Déjeme conseguirle un médico —dijo Jack Bohlen. Saltó al helicóptero y, apartando al atónito piloto, inspeccionó la flecha clavada—. Si llegamos a tiempo pueden darle un antídoto —Encendió el motor; las aspas empezaron a girar, lentamente primero, luego más rápido.

—Llévame al Henry Wallace —murmuró Arnie—. Tengo que clavar mi estaca.

Jack Bohlen lo escrutó.

—Usted es Arnie Kott, ¿no? —Haciendo al piloto a un lado, se sentó a los mandos y enseguida el helicóptero se elevó en el aire—. Lo llevaré a Lewistown; es lo que tenemos más cerca, y allí lo conocen.

Sin decir nada, Arnie se recostó con los ojos aún cerrados. Había salido todo mal. No había marcado el terreno y no le había hecho nada a Jack Bohlen. Y ahora era el fin.

Esos oscuros, pensó Arnie Kott sintiendo que Jack Bohlen lo bajaba del helicóptero. Estaban en Lewistown; con ojos nublados de dolor vio edificios y gente. La culpa es suya desde el comienzo; de no haber sido por ellos no habría conocido a Jack Bohlen. A ellos los culpo de todo.

¿Por qué no había muerto todavía?, se preguntó mientras Bohlen lo transportaba por la azotea del hospital hacia la rampa de emergencias. Había pasado mucho tiempo; sin duda el veneno lo había invadido ya entero. Y sin embargo aún sentía, pensaba, entendía... Tal vez no pueda morir en el pasado, se dijo; tal vez tenga que persistir aquí, incapaz de morir y de regresar a mi tiempo.

¿Cómo ha reaccionado tan rápido ese oscuro? Esa gente no suele usar flechas contra los terráneos; es un crimen capital. Para ellos significa el fin.

A lo mejor me estaban esperando, pensó. Conspiraron para salvar a Jack Bohlen porque él les dio comida y agua. Apuesto a que son los que le dieron la aguatuja. Claro. Y cuando se la dieron ya sabían. Lo sabían todo ya entonces, al comienzo.

Estoy inerme en el pasado esquizofrénico de Manfred Steiner, maldición. Déjenme volver a mi mundo y a mi tiempo; quiero salir de aquí. No quiero clavar la estaca ni hacer daño a nadie. Lo único que pido es volver a Puño Manchado, a la

caverna, con ese maldito niño. Adonde estaba. Por favor, pensó Arnie. ¡Manfred!

Lo estaban transportando —alguien— en una especie de carretilla por un pasillo oscuro. Voces. Puertas que se abrían, metal reluciente: instrumentos quirúrgicos. Vio rostros enmascarados, sintió que lo ponían en una mesa... Ayúdame, Manfred, gritó en lo más hondo. ¡Me van a matar! Tienes que llevarme de vuelta. Hazlo ahora u olvídame, porque...

Una máscara de vacío y oscuridad total apareció encima de él y bajó. No, gritó Arnie. No es el final; no puede acabarse para mí. Manfred, por amor de Dios, antes de que esto siga adelante y sea tarde, demasiado tarde.

Tengo que ver una vez más el brillo de la realidad normal, volver adonde no hay asesinato esquizofrénico ni alienación ni lujuria bestial ni muerte.

Ayúdame a escapar de la muerte, a volver al lugar de donde soy.

Por favor, Manfred.

Ayúdame.

Una voz dijo:

—Levántese, señor, se le ha agotado el tiempo.

Abrió los ojos.

—Más cigarrillos, señor —Inclinado sobre él con su grisácea túnica de telaraña, el viejo y sucio sacerdote oscuro lo toqueteaba gimiéndole su letanía una y otra vez al oído—. Si se quiere quedar, señor, tiene que pagarme —Rascaba la chaqueta de Arnie, explorando.

Arnie se sentó y buscó a Manfred. El niño había desaparecido.

—Apártate —dijo Arnie poniéndose en pie; se llevó las manos al pecho y no tocó nada, ninguna flecha.

Tambaleándose fue hasta la boca de la caverna y a través de la grieta salió a la fría luz matinal de Marte.

—¡Manfred! —aulló. Ni rastros del niño. Bueno, pensó, el caso es que he vuelto al mundo real. Eso es lo que importa.

Y había perdido el deseo de cazar a Jack Bohlen. También había perdido el deseo de comprar terreno urbanizable en aquellos montes. Y por lo que a mí respecta puede quedarse con Doreen Anderton, se dijo Arnie echando a andar hacia el sendero por donde habían llegado. Pero con Manfred cumpliré mi palabra; a la primera ocasión que tenga lo despacharé a la Tierra; puede que el cambio lo cure, o que en Casa ya tengan mejores psiquiatras. Como sea, no acabará en el AM-WEB.

Bajaba el sendero buscando aún a Manfred cuando vio arriba un helicóptero que volaba en círculos bajos. Quizá Jack y Doreen sepan adonde ha ido, se dijo. Ellos debían de estar vigilando. Se detuvo y agitó los brazos, indicándoles que aterrizaran.

El helicóptero descendió cautelosamente hasta posarse detrás de él, sendero arriba, en el amplio espacio que había ante la entrada de Puño Manchado. La

puertecilla se corrió y bajó un hombre.

—Estoy buscando al chico —empezó Arnie. Y entonces descubrió que el hombre no era Jack Bohlen. Era un hombre que él no había visto nunca. Apuesto, de pelo oscuro, de ojos salvajes y emotivos, se había lanzado hacia él a toda carrera, blandiendo al mismo tiempo un objeto que destellaba al sol.

—Tú eres Arnie Kott —dijo con voz aguda.

—Sí, ¿y qué? —dijo Arnie.

—Tú me has destruido la base —chilló el hombre y, alzando la pistola, disparó.

La primera bala falló. ¿Quién eres tú y por qué me disparas?, se preguntó Arnie mientras tanteaba bajo la chaqueta en busca de su arma. La encontró, desenfundó y disparó contra el hombre que corría. En ese momento se le ocurrió quién era; era el débil operador de mercado negro que había intentado burlarlo. El tipo a quien dimos una lección, se dijo Arnie.

El hombre hizo una finta, se echó al suelo, rodó y volvió a disparar. Arnie también había fallado, y la bala del otro le silbó tan cerca que por un momento se creyó herido; instintivamente se llevó la mano al pecho. No, cabrón, no me has dado, pensó. Alzó la pistola y apuntó, dispuesto a disparar una vez más contra la figura.

A su alrededor estalló el mundo. Desprendido del cielo, el sol se precipitó en la oscuridad, y junto con él Arnie Kott.

Largo rato después la figura del suelo se agitó. Precavidamente el hombre de ojos salvajes se puso en pie, estudió a Arnie y echó a andar hacia él. Lo apuntaba empuñando la pistola con ambas manos.

Un rumor que venía de arriba lo hizo alzar la vista. Una sombra lo barrió y al momento un segundo helicóptero aterrizó entre él y Arnie. Bloqueado por el aparato, Arnie dejó de ver al miserable operador clandestino. Jack Bohlen saltó al suelo. Corrió hasta Arnie y se agachó.

—Atrapa a ese tipo —susurró Arnie.

—No puedo —dijo Jack, y señaló. El operador clandestino había despegado; su helicóptero se elevó por encima de Puño Manchado, perdió altura y, recuperándose con una sacudida, superó la cima y se perdió de vista—. Olvídate de él. Estás malherido... Piensa en ti.

Arnie susurró:

—Descuida, Jack. Escúchame —Agarrando a Jack por la camisa, lo obligó a acercarse—. Te contaré un secreto. Una cosa que he descubierto. Éste es uno más de esos mundos de esquizofrenia. Este odio, tanta lujuria y muerte... Esto ya me ha pasado antes y no logré matarme. Primero fue una flecha envenenada en el pecho; ahora esto. No me preocupa —Cerró los ojos, pugnando por mantenerse consciente—. Tú encuentra al niño; tiene que estar por ahí. Pregúntale, que él te contará.

—Te equivocas, Arnie —dijo Jack, agachado junto a él.

—¿Cómo que me equivoco? —Ahora apenas veía a Bohlen; la escena se había sumido en la penumbra y la forma de Jack era tenue y espectral.

A mí no me engañas, pensó Arnie. Sé que sigo estando en la mente de Manfred; muy pronto despertaré sin ninguna herida. Estaré bien de nuevo y regresaré a mi mundo, donde no pasan estas cosas. ¿No es así? Intentó hablar pero no podía.

Apareciendo junto a Jack, Doreen Anderton dijo:

—Se está muriendo, ¿verdad?

Jack no respondió. Intentaba cargarse a Arnie Kott al hombro para subirlo al helicóptero.

Un mero mundo grub grub más, se dijo Arnie sintiendo que Jack lo alzaba. Por cierto que algo me ha enseñado. Nunca volveré a hacer una locura así. Intentó explicárselo a Jack, que lo llevaba al helicóptero. Esto ya lo has hecho hace poco, quería decir. Me llevaste al hospital de Lewistown a que me quitaran la flecha. ¿No te acuerdas?

—No hay nada que hacer —le dijo Jack a Doreen mientras ponía a Arnie en el helicóptero. Casi sin aliento se sentó a los mandos.

Vaya si no lo hay, pensó Arnie indignado. ¿Qué te pasa? ¿No vas a intentarlo? Más te vale, joder. Trató de hablar, de decirle a Jack que se esforzara, pero no pudo. No podía decir nada.

Trabajosamente, el helicóptero empezó a despegar bajo el peso de tres pasajeros.

En el vuelo de regreso a Lewistown Arnie Kott murió.

Jack Bohlen dejó a Doreen Anderton a los mandos y se sentó junto a él, pensando que había muerto creyéndose aún perdido en las oscuras corrientes mentales del niño Steiner. Quizás haya sido mejor, pensó. Quizás así le fue más fácil, finalmente.

Para su incredulidad, tomar conciencia de que Arnie Kott estaba muerto lo llenó de pena. No parece justo, se dijo, sentado junto al muerto. Es demasiado duro. Arnie no se lo merecía... Hizo maldades, pero no tan terribles.

—¿Qué era lo que te decía? —preguntó Doreen. Daba la impresión de estar muy serena, de haber tomado la muerte de Arnie con calma. Pilotaba el helicóptero con despreocupada destreza.

—Imaginaba que lo que estaba pasando no era real. Que vagaba por una fantasía esquizofrénica.

—Pobre Arnie —dijo ella.

—¿Sabes quién era el que le disparó?

—Un enemigo que se habrá hecho en alguna parte.

Estuvieron un rato callados.

—Deberíamos buscar a Manfred —dijo Doreen.

—Sí —dijo Jack. Pero yo sé dónde está ahora, pensó. Ha encontrado un grupo de oscuros salvajes en los montes y está con ellos; es evidente y seguro, y de todos

modos habría ocurrido tarde o temprano. No le preocupaba Manfred; le daba lo mismo. Acaso por primera vez en su vida el muchacho se encontrara en situación de comunicarse; quizás entre los oscuros descubriera un estilo de vida genuinamente suyo, no ese pálido y atormentado reflejo de la vida de quienes lo rodeaban, seres diferentes de él desde el nacimiento, a los que nunca se parecería por mucho que se esforzase.

Doreen dijo:

—¿No tendría razón Arnie?

Por un momento él no entendió. Luego, cuando vislumbró lo que ella quería decir, meneó la cabeza.

—No.

—¿Entonces por qué estaba tan seguro?

—No lo sé —dijo Jack. Pero algo había en relación con Manfred. Eso había dicho Arnie antes de morir.

—En muchos aspectos Arnie era sagaz —dijo Doreen—. Debía de tener una buena razón para creer eso.

—Cierto que era sagaz —señaló Jack—, pero siempre creía lo que él quería creer —Y, se dio cuenta, acababa haciendo siempre lo que él quería. Y así al fin había provocado su propia muerte; el algún punto del camino de su vida la había pergeñado.

—¿Qué será de nosotros sin él? —dijo Doreen—. A mí me cuesta imaginarme sin Arnie... ¿Sabes qué quiero decir? Creo que sí. Ojalá cuando vimos aterrizar ese helicóptero hubiéramos comprendido qué sucedería; si hubiéramos llegado unos minutos antes.. —Se interrumpió—. Ya no sirve de nada.

—De nada —dijo Jack brevemente.

—¿Sabes qué creo que nos pasará? —dijo Doreen—. Nos iremos alejando, tú y yo. Quizá no enseguida; quizá no en muchos meses, ni posiblemente en años. Pero sin él a la larga nos alejaremos.

Él no dijo nada; no intentó discutir. Tal vez fuera así. Estaba cansado de esforzarse por ver qué tenían todos por delante.

—¿Me sigues queriendo? —preguntó Doreen—. ¿Después de lo que nos ha pasado? —Volvió la cara hacia él.

—Sí. Claro que te quiero.

—Yo también —dijo ella en voz baja y mustia—. Pero creo que no es suficiente. Tú tienes una mujer y un hijo... A la larga eso es mucho. De todos modos, ha valido la pena; para mí, al menos. Nunca lo lamentaré. La muerte de Arnie no es responsabilidad nuestra; no debemos sentirnos culpables. En definitiva, con lo que se había propuesto la causó él mismo. Y nunca sabremos qué era exactamente. Pero sé que nos iba a hacer daño.

Él asintió.

Calladamente siguieron en vuelo a Lewistown, llevando con ellos el cadáver de Arnie Kott; llevando a Arnie de vuelta a su colonia, en donde había sido —y probablemente sería siempre— cofrade supremo del Sindicato de Trabajadores del Agua, Sección Cuarto Planeta.

Manfred Steiner, que subía un mal marcado sendero entre las áridas rocas de los montes FDR, se detuvo al ver al frente una partida de seis hombres morenos, casi umbríos. Llevaban huevos de paka llenos de agua y carcajs con flechas envenenadas, y cada mujer tenía un mortero. En fila india por el sendero, todos estaban fumando.

Al verlo hicieron un alto.

Uno de ellos, un enjuto varón joven, dijo educadamente:

—Las lluvias que derrama su magnífica presencia nos entonan y restauran, señor.

Manfred no entendió las palabras pero captó los pensamientos: prudentes y amistosos, sin trasfondo de odio. Percibió que no había en ellos deseo de hacerle daño, y eso era agradable. Olvidando el miedo, volvió la atención a las pieles que llevaban. ¿De qué clase de animal serían?, se preguntó.

Los oscuros también sentían curiosidad por él. Avanzaron hasta rodearlo por completo.

—Hay naves monstruo —pensó uno en dirección a él— aterrizando en estos montes sin nadie a bordo. Han suscitado asombro y especulaciones, pues parecen ser un portento. Ya han empezado a reunirse sobre el terreno para obrar cambios. ¿Viene usted de ellas, por casualidad?

—No —contestó Manfred mentalmente, de modo que oyeran y comprendieran.

Volviéndose hacia el centro de la cadena montañosa los oscuros señalaron, y él la vio, una flota de cohetes autoguiados suspendida en el aire. Se dio cuenta de que habían llegado de la Tierra. Estaban allí para abrir el suelo; se había iniciado la construcción de los bloques de casas. En la faz del Cuarto Planeta pronto aparecerían el AM-WEB y otras estructuras parecidas.

—Por eso abandonamos los montes —pensó para Manfred uno de los varones de edad—. Ahora que esto ha empezado no hay manera de que podamos vivir aquí. Hace ya mucho tiempo que nuestra roca nos lo hizo ver, pero ahora es de verdad.

Por dentro, Manfred dijo:

—¿Puedo ir con vosotros?

Sorprendidos, los oscuros se retiraron a debatir la petición. No sabían qué hacer con él ni con lo que quería. Era la primera vez que se topaban con un inmigrante.

—Vamos a salir al desierto —dijo por fin el varón joven—. Es dudoso que vayamos a sobrevivir; sólo podemos intentarlo. ¿Estás seguro de que quieres eso para ti?

—Sí —dijo Manfred.

—Entonces ven —decidió el oscuro.

Reanudaron la caminata. Aunque estaban cansados, casi enseguida marchaban ya a paso vivo. Al principio Manfred pensó que se quedaría atrás, pero ellos lo esperaron y pudo alcanzarlos.

Delante los esperaba el desierto, tanto a ellos como a él. Pero ninguno se arrepentía; de todos modos les estaba vedado regresar, porque en las nuevas condiciones no podrían vivir.

No tendré que vivir en el AM-WEB, se dijo Manfred mientras seguía a los oscuros. A través de estas sombras escaparé.

Se sentía muy bien; no recordaba haberse sentido tan bien en toda su vida.

Una de las mujeres le ofreció tímidamente un cigarrillo. Dándole las gracias, él lo aceptó. Siguieron andando.

Y mientras andaban, Manfred Steiner sintió que algo extraño ocurría dentro de él. Estaba cambiando.

Al anochecer, mientras preparaba la cena para ella, David y su suegro, Silvia Bohlen vio una figura que avanzaba a pie por el borde del canal. Es un hombre, se dijo; temerosa, fue hasta la puerta del porche, la abrió y se asomó a ver quién era. Dios, no sería otra vez el presunto vendedor de alimentos naturales, ese Otto no sabía qué...

—Soy yo, Silvia —dijo Jack Bohlen.

Saliendo de la casa, David corrió entusiasmado hacia su padre y gritó:

—Eh, ¿cómo es que no traes el helicóptero? ¿Has venido en el tractorbús? Apuesto a que sí. ¿Qué ha pasado con tu helicóptero, papá? ¿Se averió y te dejó tirado en el desierto?

—El helicóptero se acabó —dijo Jack. Parecía cansado.

—Me enteré por la radio —dijo Silvia.

—¿De lo de Arnie Kott? —Jack asintió—. Sí, es cierto —Entró en la casa y se quitó la chaqueta; Silvia se la colgó en el armario.

—Te afecta mucho, ¿no? —dijo.

—Estoy sin empleo —dijo Jack—. Arnie había comprado mi contrato —Miró alrededor—. ¿Dónde está Leo?

—Durmiendo la siesta. Se ha pasado casi todo el día fuera, con sus asuntos. Qué suerte que has venido antes de que se marche; ha dicho que mañana parte para la Tierra. ¿Sabías que la ONU ya ha empezado a ocupar tierras en los FDR? Eso también lo he oído por la radio.

—No lo sabía —dijo Jack. Fue a la cocina y se sentó a la mesa—. ¿Qué tal un poco de té helado?

Mientras le preparaba el té, Silvia dijo:

—Supongo que no debo preguntarte cómo es de serio lo del empleo.

—Puedo incorporarme a casi cualquier equipo de reparaciones. Seguro que el señor Yee me emplearía de nuevo. Para empezar, estoy seguro de que no quería vender mi contrato.

—Entonces, ¿por qué estás tan decaído? —dijo ella, y en ese momento recordó lo de Arnie.

—Hay dos kilómetros desde la parada del tractorbús hasta aquí —dijo él—. Sólo estoy cansado.

—No te esperaba en casa —Ella estaba en vilo y le resultaba difícil seguir haciendo la comida—. Sólo hay hígado, tocino, zanahorias ralladas con mantequilla sintética y ensalada. Leo dijo que de postre le gustaría comer algún pastel. David y yo íbamos a hacerle uno más tarde, porque al fin y al cabo se marcha y quizás no volvamos a verlo; debemos ser conscientes.

—Está muy bien lo del pastel —murmuró Jack.

Silvia estalló.

—Ojalá me dijeras qué te pasa... Nunca te he visto así.

Tienes algo más que cansancio; debe de ser la muerte de ese hombre.

Un momento después él dijo:

—Pensaba en algo que dijo Arnie antes de morir. Yo estaba con él. Dijo que no estaba en un mundo real, sino en la fantasía de un esquizofrénico, y ahora eso me ronda la mente. Nunca se me había ocurrido pensar cuánto se parece nuestro mundo al de Manfred... Yo creía que eran absolutamente distintos. Ahora veo que es más una cuestión de grados.

—¿No quieres contarme cómo murió el señor Kott? La radio sólo ha dicho que ha sido un accidente de helicóptero en la zona escabrosa de los montes FDR.

—No ha sido un accidente. Lo ha asesinado un individuo que se la tenía jurada, que sentía un rencor legítimo porque sin duda Arnie lo había tratado mal. Naturalmente lo está buscando la policía. Arnie murió pensando que ese odio dirigido contra él era absurdo, psicótico, pero en realidad probablemente fuera muy racional, sin ningún elemento psicótico.

Con un abrumador sentimiento de culpa, Silvia pensó: El mismo odio que sentirías tú por mí si supieras lo que he hecho hoy.

—Jack.. —dijo torpemente. Dudaba cómo expresar la pregunta pero estaba convencida de que debía hacerla—, ¿crees que nuestro matrimonio está acabado?

Él la miró fijamente un rato muy largo.

—¿Por qué dices eso?

—Es que quiero oírte decir que no.

—No —dijo él sin dejar de mirarla. Silvia se sintió expuesta, como si él le estuviera leyendo el pensamiento, como si supiera exactamente lo que había hecho—. ¿Hay alguna razón para pensar así? ¿Por qué imaginas que he venido a casa? Si

nuestro matrimonio estuviera acabado, ¿habría aparecido hoy aquí después de...? — De pronto calló—. Quisiera mi té —añadió en un murmullo.

—¿Después de qué? —preguntó ella.

—Después de la muerte de Arnie —dijo él.

—¿A qué otro lado irías?

—Cualquiera puede elegir entre dos lugares. Su casa o el resto del mundo, con toda la gente dentro.

Silvia dijo:

—¿Cómo es?

—¿Quién?

—Esa mujer. Has estado a punto de decirlo.

Jack tardó tanto en responder que ella pensó que no lo haría. Pero entonces dijo:

—Es pelirroja. Casi me quedo con ella. Pero no lo he hecho. ¿No te basta con saber eso?

—Yo también tengo una alternativa —dijo Silvia.

—No lo sabía —dijo él, envarado—. No lo había pensado —Se encogió de hombros—. Bien, es bueno enterarse; es tranquilizador. Hablas de una realidad concreta.

—Correcto —dijo Silvia.

David entró en la cocina corriendo.

—El abuelo Leo se ha despertado —gritó—. Le he dicho que estabas en casa, papá, y se ha alegrado un montón, quiere saber cómo van las cosas.

—Van de maravilla —dijo Jack.

Silvia le dijo:

—Jack, me gustaría que siguiéramos. Si tú quieres.

—Claro —dijo él—. Sabes que sí. Estoy aquí de nuevo —Sonrió con tal desamparo que a ella casi se le parte el corazón—. Ha sido un viaje muy largo, primero en esa calamidad de tractorbús, que detesto, y luego a pie.

—No habrá más... alternativas —dijo Silvia—, ¿verdad, Jack? Tiene que ser realmente así.

—No más —dijo él, asintiendo enfáticamente.

Ella fue hasta la mesa, se inclinó y lo besó en la frente.

—Gracias —dijo él, tomándola por la muñeca—. Cuánto bien me hace.

Silvia podía sentirle el cansancio; lo sentía transitar de él a ella.

—Te hace falta una buena comida —dijo—. Nunca te he visto tan... aplastado —Entonces se le ocurrió que acaso él hubiera tenido otro ataque de su enfermedad mental pasada, un brote de esquizofrenia. Así se explicaría todo de sobra. Pero no quena presionarlo; prefirió cambiar de tema—. Esta noche nos acostaremos temprano, ¿de acuerdo? —Él asintió vagamente, sorbiendo el té helado—. ¿Estás

contento ahora? —preguntó—. ¿De haber vuelto? —¿O ya te has arrepentido?, se preguntó a sí misma.

—Estoy contento —dijo él, y el tono era fuerte y firme. Era evidente que lo decía en serio.

—Tienes que ver al abuelo Leo antes de que.. —empezó ella.

Un grito la hizo saltar. Miró a Jack.

Él ya estaba en pie.

—Ha sido al lado. Los Steiner —la apartó para pasar. Salieron los dos corriendo.

En la puerta de la casa encontraron a una de las niñas.

—Mi hermano...

Dejaron a la niña y entraron en la casa. Aunque Silvia no, Jack pareció entender lo que estaban viendo. Tomándola de la mano, impidió que avanzara más.

La sala estaba llena de oscuros. Y en medio de ellos, Silvia vio un ser vivo, un viejo sólo del pecho hacia arriba; el resto era una maraña de bombas, tubos y cuadrantes, una maquinaria que crujía de actividad incesante. Ella comprendió en el acto que era eso lo que mantenía al viejo con vida. La maquinaria reemplazaba a la porción fallante. Dios mío, pensó. ¿Era persona o cosa eso que estaba sentado allí, con una sonrisa en la cara marchita?

—Jack Bohlen —rechinó. La voz salía, no de la boca, sino de un altavoz mecánico—. He venido a despedirme de mi madre —Hizo una pausa y Silvia oyó que la maquinaria se aceleraba, como trabajando con esfuerzo—. Ahora puedo darte las gracias.

Sin soltar la mano de ella, Jack dijo:

—¿Por qué? Yo no te he servido en nada.

—Yo creo que sí —La cosa sentada hizo un gesto con la cabeza; los oscuros acercaron la maquinaria a Jack y la enderezaron para que pudiera mirarlo a la cara—. En mi opinión.. —Cayó en el silencio y luego continuó, ahora más fuerte—. Hace muchos años tú intentaste comunicarte conmigo. Te lo agradezco.

—No fue hace tanto —dijo Jack—. ¿Te has olvidado? Tú acabas de volver a nosotros; ha sido hoy mismo. Estás en tu pasado lejano, en el tiempo en que eras niño.

Silvia le preguntó:

—¿Quién es?

—Manfred.

Ella se tapó los ojos; no soportaba mirarlo más.

—¿Escapaste del AM-WEB? —preguntó Jack.

—Ssssí —sibiló con un temblor de dicha—. Estoy con mis amigos —Señaló a los oscuros que lo rodeaban.

—Jack —dijo Silvia—. Sácame de aquí, por favor. No puedo soportarlo —Se

aferró a él, y él la guió de la casa de los Steiner nuevamente a la noche.

Leo y David los recibieron, agitados los dos y temerosos.

—Eh, hijo, ¿qué ha pasado? —dijo Leo—. ¿Por qué gritaba esa mujer?

—Ya ha pasado —dijo Jack—. Todo va bien —Se volvió hacia Silvia:—La madre habrá salido corriendo. Seguro que no ha entendido nada.

Temblando, Silvia dijo:

—Yo tampoco entiendo, y no quiero entender. No trates de explicármelo —Fue hasta la cocina, apagó los fogones y miró si no se había quemado nada.

—No te preocupes —dijo Jack palmeándole la espalda.

Ella intentó sonreír.

—Probablemente no vuelva a ocurrir —dijo Jack—. Y aunque ocurra...

—Gracias —dijo ella—. Cuando lo vi pensé que era el padre, Norbert Steiner. Fue eso lo que me asustó tanto.

—Hay que ir a buscar a Erna Steiner —dijo Jack—. Llevaré una linterna. Tenemos que asegurarnos de que está bien.

—Sí —dijo ella—. Id Leo y tú mientras yo acabo con esto. Si no se estropeará la cena.

Los dos hombres salieron de la casa con una linterna. David se quedó con Silvia, ayudándola a poner la mesa. ¿Dónde estarás —se preguntó ella mirando a su hijo— cuando seas viejo y te hayan despedazado y reemplazado por tuberías? ¿Serás así tú también?

Es una ventaja que no podamos ver el futuro, se dijo. Gracias a Dios que no podemos.

—Yo quería ir —se quejó David—. ¿No puedes decirme por qué ha gritado la señora Steiner?

—Tal vez un día —dijo Silvia.

Ahora no, pensó. Es demasiado pronto para cualquiera de nosotros.

La cena ya estaba lista, y automáticamente salió al porche a llamar a Jack y Leo, sabiendo de todos modos que no irían; estaban muy ocupados, tenían demasiado que hacer. Pero igual los llamó, porque era su tarea.

En la oscuridad de la noche marciana, su marido y su suegro buscaban a Erna Steiner. La linterna destellaba aquí y allá. Se oían las voces, metódicas, eficaces, pacientes.

FIN